DANIEL RAFECAS

HISTORIA DE LA SOLUCIÓN FINAL

UNA INDAGACIÓN DE LAS ETAPAS QUE LLEVARON AL EXTERMINIO DE LOS JUDÍOS EN EUROPA

SÉPTIMA EDICIÓN

siglo veintiuno editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Epigrafe

Prólogo a la presente edición. Reflexiones en torno al décimo aniversario de Historia de la Solución Final

Presentación (por Leonardo Senkman)

Introducción

1. Primera etapa. La erradicación de la influencia judía

Primeras medidas antijudías
- Condicionamientos iniciales del régimen
- La consigna de los primeros tiempos
- Las leyes de Núremberg

La emigración de los judíos del Reich como política de Estado
- Fortalecimiento del régimen
- Emigración judía: aumenta la presión
- El pogromo de la Noche de los Cristales
- Medidas antijudías posteriores
- Creación de la Oficina Central del Reich para la Emigración Judía
- El mundo se cierra para los judíos europeos
- A modo de síntesis

2. Segunda etapa. La Solución Territorial

Rupturas y continuidades con la etapa previa
- Creación de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA)

El plan Nisko

El plan Madagascar

Antecedentes
El impulso del plan tras la caída de Francia
La incidencia de la batalla de Inglaterra en el futuro del plan
El plan Madagascar entra en el ocaso

3. Tercera etapa. El plan Siberia

La operación Barbarroja

Concepción del plan Siberia
Un antecedente histórico: el Genocidio Armenio
Una nueva perspectiva para resolver la cuestión judía

Comienza la guerra en el este

Una importante decisión

La deportación al este de los judíos del Reich

La dura contienda bélica en el camino a Moscú

El sitio de Leningrado

La Conferencia de Wannsee: epílogo del plan Siberia

4. Cuarta etapa. La aniquilación de los judíos tras el frente oriental

Breve retrospectiva

Fusilamientos selectivos
Antecedentes
El inicio de la ofensiva

Generalización de las matanzas
Gestación del cambio
En busca de un discurso justificante
Transmisión de la orden
Incremento de los efectivos
Ampliación de los fusilamientos
Se redobla la campaña de propaganda antijudía
Continúan las masacres
Los efectos de las deportaciones desde el Reich
Conclusiones parciales

Liquidación de juderías locales mediante gaseamiento
La irrupción de los transportes de gaseo tras el frente del este
Un antecedente ineludible: el Programa T-4
Fracaso de la iniciativa en los territorios soviéticos

5. Quinta etapa. El exterminio en cámaras de gas de todos los judíos europeos

Sucesos que marcan el rumbo final
El campo de exterminio de Chelmno
Planificación y construcción del campo de exterminio de Belzec

A las puertas de la Solución Final definitiva

Auschwitz y la Solución Final. Una cronología esclarecedora

Auschwitz durante las etapas de la Solución Territorial, el plan Siberia y los fusilamientos de judíos en el este

Auschwitz-Birkenau durante la etapa de la Solución Final de la cuestión judía en Europa

El campo de exterminio de Belzec y su papel en la Solución Final

El campo de exterminio de Sobibór

El campo de exterminio de Treblinka

El papel del campo de concentración y exterminio de Majdanek (Lublin)

Conclusiones sobre el advenimiento de la Solución Final

Reflexiones finales

Referencias bibliográficas

Lista de siglas utilizadas

Agradecimientos

Daniel Rafecas

HISTORIA DE LA SOLUCIÓN FINAL

Una indagación de las etapas que llevaron al exterminio de los judíos en Europa

siglo veintiuno editores

Rafecas, Daniel Historia de la Solución Final / Daniel Rafecas.- 2ª ed. ampliada- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.
Libro digital, EPUB.- (Singular) Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-801-119-6

1. Historia de Europa. 2. Holocausto Judío. 3. Fascismo. I. Título.

CDD 940.53181

© 2012, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

< www.sigloxxieditores.com.ar >

1ª edición: 2012

2ª edición ampliada: 2021

Diseño de cubierta: María Cecilia Cabrera y M. R.

Foto de cubierta: familia judía en el gueto, Budapest, Hungría, 1944 (*Para que lo sepan las generaciones venideras. La recordación del Holocausto en Yad Vashem*)

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: noviembre de 2021

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-119-6

Lo que comienza como algo acotado en destrucción y limitado en el tiempo puede rápidamente convertirse en un monstruo de crímenes masivos; ese mal tiene grados, pero es también un proceso, y puede moverse lentamente, sin dificultades, hacia un mal de mayores dimensiones.
Martin Gilbert

En el apogeo de la matanza de los judíos de Riga, capital de Letonia, entre el 7 y el 9 de diciembre de 1941, veinticinco mil hombres, mujeres y niños judíos fueron asesinados.
Entre ellos estaba quien era considerado en ese momento el más destacado historiador judío, Simon Dubnov, de 81 años, autor de una obra muy prestigiosa, en diez volúmenes, acerca de la historia del pueblo judío. Enfermo y con fiebre, con las piernas debilitadas, no pudo moverse lo suficientemente rápido como para salir del gueto hacia el sitio de las ejecuciones, y un guardia lo fusiló por la espalda. Según el relato, las últimas palabras de Dubnov, mientras caía, fueron "Schreibt un farschreibt!": "¡Escriban y registren!" (Gilbert, 1987: 229-230).
Ese poderoso e irrenunciable mandato llega intacto hasta nosotros, y diría que cobra más vigencia que nunca. Que este trabajo, consistente en una recopilación de la información disponible hasta nuestros días en torno al advenimiento de la Solución Final, que se cobró la vida de Dubnov, su familia, sus discípulos, toda su comunidad y, en definitiva, de seis millones de judíos, sea entonces un homenaje a su obra, su legado y su mensaje final, definitivo, el que dio con el último aliento de vida.

Prólogo a la presente edición

Reflexiones en torno al décimo aniversario de *Historia de la Solución Final*

Corría el año 2011 cuando, por intermedio de un amigo en común, pauté un encuentro con Carlos Díaz, director editorial de Siglo XXI, quien me recibió en su oficina. El motivo de la reunión era presentarle una propuesta de libro (este mismo libro), que yo sentía listo para ser publicado.

Pese a que llevaba muchos años trabajando en el proyecto, hasta ese momento no me había ocupado en procurarle el modo de que saliera a la luz. Decidí comenzar esa búsqueda por los sellos que consideraba más prestigiosos; al tope de la lista estaba Siglo.

La meta no era del todo fácil: yo era un autor desconocido fuera del ámbito judicial, el proyecto que ofrecía no trataba cuestiones jurídicas sino más bien históricas, el tema en sí –nada menos que el Holocausto– tal vez estuviese fuera del radar de la editorial, y además parecía ya bastante transitado durante las últimas décadas.

Por todo ello, durante la reunión, me enfoqué en explicar el potencial que, a mi juicio, tenía la obra que iba a ofrecer. Si bien es muy cierto que existen bibliotecas enteras sobre la Shoá, la gran mayoría de sus ejemplares aborda aspectos parciales del fenómeno (algunos se refieren a los perpetradores, otros se concentran en algunos de los dispositivos empleados –guetos, campos de concentración, campos de exterminio–, o bien recuperan las historias de vida de los sobrevivientes del genocidio), ninguno da cuenta del tema en un sentido general. Es decir, todos y cada uno aportan piezas al gran rompecabezas, pero no pretenden responder la gran pregunta: ¿cómo pudo haber sido posible Auschwitz?

Por añadidura, las obras traducidas que sí indagan esa cuestión (*La destrucción de los judíos europeos*, de Raul Hilberg; *El Tercer Reich y los judíos*, de Saul Friedländer, por citar dos clásicos) son tan profundas e inmensas que están destinadas solo a los expertos y estudiosos del tema, no a un público general.

Allí estaba la oportunidad: hasta ese momento, en el ámbito hispanoparlante, no había obras que afrontaran ese interrogante fundamental desde una perspectiva histórica, valiéndose de un

registro accesible aun para quien poco y nada sabe sobre el tema, y con una extensión razonable, incluso modesta, para la magnitud del problema.

Desde luego, existen obras de ese tenor en el universo anglosajón: la de Hilberg, por ejemplo, cuenta con una versión resumida, de excelente factura, pero que jamás fue traducida a nuestro idioma.

En mi encendido alegato ante el editor, hice converger este argumento con otro, surgido de mi actividad docente: era muy difícil abordar la enseñanza del Holocausto en ámbitos secundarios y universitarios, ya que para cada cuestión tratada se debían poner a disposición múltiples textos y autores, que se acumulaban en los programas de estudios: una obra que los abarcara a todos, delineando un panorama de lo sucedido entre 1933 y 1945, necesariamente debía resultar más que bienvenida en ese tipo de cursos, y accesible tanto para docentes como para alumnos.

En ese momento, también expliqué que en este ensayo se condensan tres vertientes de información histórica: los estudios específicos sobre el Holocausto (que incorporan también los relatos de sobrevivientes), las prolíficas investigaciones y biografías acerca de Hitler y demás perpetradores, y las incontables obras que abordan el devenir de la Segunda Guerra Mundial (sobre todo, en la escena bélica de Europa oriental). Fueron muchos años de enhebrar, hacer confluir y sintetizar toda esta información en una obra única, que, en mi percepción, había llegado el momento de dar a conocer.

Así fue como la editorial, después de tomarse un tiempo para leer y analizar el proyecto, me llamó para darme la buena noticia de que había decidido publicar el libro. Para encuadrar mejor esta *rara avis* en su catálogo, Siglo lanzó una nueva colección: “Singular”. Y encomendó a la mejor profesional de su equipo la tarea de cimentar el tránsito del manuscrito al libro: Caty Galdeano.

La intuición del editor no falló: *Historia de la Solución Final* se agotó en veinte días. Desde ese momento, y a lo largo de esta década, se fueron sucediendo, una tras otra, las reimpresiones, para cubrir la constante demanda. En estos años también se multiplicaron las presentaciones del libro, que me llevaron a recorrer el país de punta a punta, e incluso a participar en actividades de promoción de la obra en Santiago de Chile, Caracas, Bogotá y Montevideo.

Pese a conversar con estudiantes y lectores con mucha frecuencia, sigo preguntándome por qué se sostiene la vigencia de esta obra. Creo que, al menos en parte, esto se explica por el hecho de que, más allá del interés suscitado en el público en general, el libro se incluye cada vez más como bibliografía –a veces obligatoria, a veces de consulta– en cursos permanentes que encaran la cuestión de la Shoá, sobre todo en el mundo universitario, con un muy amplio espectro.

En el ámbito del Derecho, por caso, el nacionalsocialismo y el Holocausto se estudian, tanto en grado como en posgrado, como un perfecto reverso de la vigencia del estado de derecho: la Alemania nazi es un ejemplo inmejorable para mostrarles a las y los estudiantes qué es lo que sucede cuando son arrasados los derechos fundamentales. Como docente universitario, aprendí que, en términos históricos y vivenciales, no hay mejor manera de inculcar el compromiso en la defensa del sistema democrático que abrir una puerta para asomarse a aquellos períodos en los que imperó el totalitarismo y conocer sus consecuencias dramáticas.

En mi rol docente, sin ir más lejos, empleo el libro en cursos de Derecho Penal, pero también en un seminario específico sobre Ciencias Penales y Holocausto que dicto desde hace años en la Maestría en Derecho Penal de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires; así como en un curso de Lecturas Intensivas en Derechos Humanos, en el marco del Doctorado en Derechos Humanos de la Universidad Nacional de Lanús; y en una materia sobre el papel de la judicatura durante la vigencia del nazismo en Alemania, en la Escuela Judicial del Consejo de la Magistratura de la Nación. También soy invitado todos los años a dar cursos breves sobre el tema en carreras de posgrado y doctorado destinadas a colegas de toda Latinoamérica, que han contribuido a correr la voz acerca del libro.

Lo cierto es que, más allá de los programas académicos ligados al derecho o la historia, estamos ante un tema obligado para cualquier campo de las humanidades. En efecto, el Holocausto es un tópico insoslayable en sociología, en psicología, en filosofía y en antropología; más recientemente, se lo estudia en las áreas de las ciencias de la comunicación, la criminología, la historia del arte y la literatura, la bioética…

Ahora bien, el abordaje que cada saber pueda efectuar del tema debe comenzar, necesariamente, por una instancia en la cual se procure responder a las preguntas básicas: ¿qué fue el nacionalsocialismo? ¿Cómo llegó Hitler al poder? ¿Cómo hicieron los nazis para convertir Alemania en una dictadura? ¿Quiénes fueron Hitler, Göring, Himmler, Goebbels? ¿Qué fue exactamente la Solución Final? ¿Qué es un gueto, un campo de concentración, un campo de exterminio? ¿Cómo se llega a la cifra de seis millones de judíos asesinados? ¿Qué incidencia tuvo la guerra en Europa? Dar por sentado que quienes se inscriben en un curso específico sobre esta temática conocen cabalmente las cuestiones históricas básicas no pasa de ser una ilusión.

En definitiva, creo que aquí reside la clave de la vigencia de esta obra: *no se puede abordar en profundidad ningún aspecto relacionado con la Shoá (filosófico, psicológico, jurídico, etc.) sin antes conocer, desde una*

perspectiva histórica, al menos los factores básicos de lo que fue este acontecimiento; sin manejar una cronología elemental de los sucesos; sin tener un contexto claro de en qué consistieron, dónde, cuándo, cómo se produjeron y quiénes fueron sus protagonistas.

Para decirlo de otro modo: ¿queremos extraerle toda la savia posible a esa obra extraordinaria que es *Los hundidos y los salvados* de Primo Levi? ¿Queremos descender al infierno de Auschwitz y Buchenwald de la mano de otro sobreviviente, Elie Wiesel, y su obra *La noche*? ¿Capitalizar a fondo las enseñanzas de *El hombre en busca de sentido* de Viktor Frankl, de *Homo sacer* de Giorgio Agamben, o de *La violencia nazi* de Enzo Traverso? Para ello es necesario, previamente, conocer con el mayor grado de aproximación posible qué fue la Shoá en términos históricos: esa es la misión que se propuso este libro.

Por añadidura, muchos lectores me comentaron gratamente que la lectura les había permitido comprender de modo más cabal expresiones artísticas relacionadas con el tema, como los films *La lista de Schindler*, *El pianista*, *El lector* o *El hijo de Saúl*. En muchos casos, veían por segunda vez esas películas y, a la luz del libro, sentían que cada cuadro pasaba a tener otra dimensión, cada secuencia otra significación, y la apreciación general se tornaba más intensa, más rica, más profunda.

A lo largo de esta década, el libro también demostró ser perfectamente abordable por alumnas y alumnos de los últimos años de colegios secundarios. No hace falta enfatizar aquí la importancia que tiene, en una sociedad democrática, alejar a nuestros jóvenes de toda forma de discriminación, y advertirles acerca de los peligros de generar o difundir miedos y prejuicios con relación a personas o comunidades a las cuales pueda señalarse como diferentes: en este aspecto, el antisemitismo, por desgracia, sigue muy vigente en ciertos circuitos culturales, comunicacionales y de redes sociales.

Así, las lecturas sobre la Shoá, complementadas con la visita a un museo o un centro de Memoria alusivo a la cuestión, son herramientas fundamentales para combatir este fenómeno persistente. Me reconforta pensar que este ensayo histórico, recomendado por docentes a estudiantes, en colegios de todo el país, ha servido –y lo seguirá haciendo– a esa misión, y que contribuye a disipar y erradicar discursos relativistas, o directamente negacionistas, del Holocausto.

Por lo demás, las hipótesis centrales que se plantean en la obra (la escalada que los nazis imprimieron a la segregación y aniquilación de los judíos, primero alemanes, luego europeos; el papel fundamental de las SS de Heinrich Himmler en esta empresa criminal; el “Plan Siberia” como vector fundamental para el genocidio en ciernes; la inspiración de los planificadores nazis en lo que fue el genocidio armenio; el momento clave en que se decide la implementación de los campos de

exterminio; la relativización de la importancia que tuvo la Conferencia de Wannsee, entre otras) no fueron puestas en entredicho en los debates historiográficos posteriores, lo que nos confirma la pertinencia del aporte.

Por todas estas razones, nos enorgullece y alegra –tanto a la editorial como a mí– presentar esta nueva edición de *Historia de la Solución Final*, con un nuevo y flamante diseño de tapa, a diez años de su lanzamiento original, para que pueda llegar a un público que se renueva constantemente; en especial, a las nuevas generaciones, que no cejan en su interés por el tema, ni en explorar respuestas a las grandes preguntas que plantea la Shoá, no solo respecto de la condición humana llevada al límite (frente al Mal absoluto), sino también acerca de las implicancias de la Modernidad y del futuro de la Humanidad.

Pienso en mi propia hija, que con 19 años trabaja como guía voluntaria en el Centro Ana Frank. Si esta obra llegase a sus manos, y a las de sus compañeras y compañeros –jóvenes humanistas entusiastas–, para contribuir a su formación, para que se sientan acompañados y respaldados en su vocación de construir un mundo decididamente mejor, ello por sí solo habrá de justificar esta iniciativa.

Daniel Rafecas
Buenos Aires, julio de 2021

Presentación

Leonardo Senkman [1]

Durante varios años los investigadores han intentado dar respuesta a la pregunta de cómo arribaron los jerarcas de la Alemania hitleriana a tomar las decisiones que condujeron a la así llamada Solución Final respecto de los judíos europeos. En los últimos años, esa cuestión cedió lugar al conocimiento del proceso por el cual las órdenes que desembocaron en el exterminio fueron autorizadas y ejecutadas tanto por los rangos más elevados –y también por los intermedios– del régimen nacionalsocialista en Alemania como por los involucrados en la conquista del "espacio vital" en la Europa del Este (Bankier, 2001).

Es sabido que el programa de exterminio del Tercer Reich no comenzará a ejecutarse completamente sino hasta la primavera y el verano de 1942, aunque el conjunto de decisiones cruciales de los genocidas nazis se tomaran en 1941. Tal como demostró Ian Kershaw (2007, cap. 10), la primera decisión data del verano en que empezó el asesinato de los judíos en territorio de la Unión Soviética. La segunda decisión fue acordada para ejecutar la Solución Final de todos los judíos de Europa.

La determinación de Hitler de exterminar a los judíos europeos fue un secreto de Estado de primer orden que Himmler –responsable ante Hitler de la puesta en práctica de la Solución Final– verbalizó recién en octubre de 1943 a oficiales de las SS y líderes del partido nazi. Pero las autorizaciones que fueron sucediéndose durante los fatídicos meses del verano y el otoño de 1941, en la etapa de radicalización de las prácticas genocidas a causa de la invasión alemana a la URSS, expresaban el propósito de liquidar a los judíos soviéticos, cuyo asesinato masivo preludió la Solución Final de la "cuestión judía" a escala europea (Browning, 2004).

Precisamente, este valioso libro de Daniel Rafecas se ocupa de poner de relieve las etapas previas del exterminio, reconstruyendo la cadena de autorizaciones acumulativas sobre la base de pruebas circunstanciales en el terreno de los hechos, cuya pesquisa el autor acomete con la sagacidad y ecuanimidad de un juez en una de las causas criminales sin parangón en la historia.

En un breve trabajo anterior, Rafecas ya había indagado, en su

condición de jurista penal, acerca del aporte de discursos criminológicos a la conformación de Auschwitz (véase Rafecas, 2005). Pero ahora asume esta tarea con la objetividad documentada de un investigador meticuloso de la Shoá que procura desentrañar algunos hechos históricos y las conductas genocidas de los perpetradores nazis.

La investigación reciente de la Solución Final ha superado las explicaciones basadas en motivaciones funcionalistas, como la frustración de los planes militares de conquista de los nazis y de reasentamiento de alemanes étnicos en el frente oriental; asimismo, esa investigación profundiza en las razones por las cuales ideológicamente se escogió como enemigos a muerte para solucionar problemas logísticos de la guerra mundial a judíos expulsados y a sus familias desintegradas, así como a gitanos nómadas (Tyrnauer, 1991, y Friedländer, 2007). El tránsito de la lógica nazi del imperialismo racial de expulsiones a los asesinatos masivos tuvo lugar primero en las operaciones bélicas en la URSS, y no en Polonia, y fue el curso de la guerra antibolchevique el que posibilitó la radicalización del temprano consentimiento judeofóbico hitleriano y se transformó en coerción orientada al exterminio y sostenida por la complicidad entre perpetradores y colaboracionistas (Gellately, 2001).

El trabajo histórico y de pesquisa criminal de Rafecas es consecuente con la necesidad de que las hipótesis causalistas se complementen con la indagación de motivaciones ideológicas profundas, que den cuenta del odio a los judíos y de la limpieza étnica, tanto por perpetradores nazis como por colaboracionistas, y de la indiferencia cómplice de la población local, mucho antes de la apertura del frente del este y de las consecuencias de Pearl Harbor.[2]

El indiscutible aporte del libro radica en su documentada periodización de las etapas previas a la nada lineal senda que condujo al exterminio sistemático, y en el acierto de evitar suscribir la teoría intencional de los historiadores que pensaron la existencia de un *straight road to Auschwitz* (Lucy Davidowicz [1975], por ejemplo); asimismo, el libro se distancia de la línea unicausalista de aquellos investigadores que confiaron demasiado en la eficacia tecnológico-organizativa del imperio del Tercer Reich para implementar una decisión genocida, supuestamente tomada con antelación y precipitada por el curso de la guerra (Hilberg [1992] y Browning [1992], por ejemplo).

Si bien el autor muestra que la devastadora contraofensiva del Ejército Rojo acabó con el plan anterior de deportación hacia el este para resolver la “cuestión judía” (el plan Siberia), su análisis toma muy en cuenta la evidencia histórica de que no fue la euforia que acompañó las victorias bélicas la que habría engendrado el proyecto letal de implementar la Solución Final (tesis que sostiene Ch.

Browning[3]) sino, precisamente, el fracaso del colosal plan de reasentamiento y *ethnic cleansing* en los confines territoriales de la URSS.

El ingreso de los Estados Unidos en la contienda bélica después del ataque japonés a Pearl Harbor precipitó la amenaza de Hitler de enero de 1939, en el sentido de que una segunda guerra mundial provocaría "la inevitable consecuencia de la aniquilación de los judíos". Rafecas coincide con Friedländer en destacar que la importancia de ese acontecimiento no puede soslayarse a la hora de explicar la radicalización de la política nazi de destrucción, pero no se limita a seguir el curso bélico, sino que analiza pormenorizadamente el desarrollo tecnológico industrial para el gaseamiento y la incineración en crematorios de los campos de exterminio, a fin de estudiar la viabilidad de la quinta etapa letal de la Solución Final: la deportación de los judíos de toda Europa hacia los campos de la muerte.[4]

Las acumulativas decisiones sobre el exterminio total después de la fatídica Conferencia de Wannsee no exigían otra acción que la tarea organizativa y la ejecución de la Shoá a escala continental. Por eso, el libro concluye con una minuciosa indagación y siniestra cronología sobre la transformación del *Lager* de Auschwitz I en Auschwitz-Birkenau, y el papel que cumplieron los campos de exterminio de Belzec, Sobibór, Treblinka y Majdanek en la Solución Final de Europa.

Los lectores encontrarán en esta obra una síntesis pionera, actualizada con la mejor bibliografía académica sobre la Solución Final y un lúcido análisis de las pistas ineludibles para comprender las prácticas genocidas perpetradas en la Shoá, que, a pesar de su singularidad y magnitud increíbles, revelan cómo fue posible ese crimen de lesa humanidad.

Los lectores argentinos sentirán, como yo, un compartido orgullo al comprobar que este talentoso académico e investigador, que desovilla los rastros del inconmensurable genocidio judío, es el mismo juez federal designado para hacer justicia en la causa criminal del Primer Cuerpo de Ejército, acaso el proceso más vasto relacionado con el terrorismo de estado y las violaciones de los derechos humanos cometidas durante la última dictadura militar.[5]

Referencias bibliográficas

Bankier, David (2001), "Introducción" a *La política de exterminio nazi, 1939-1945: Investigación y polémica en la nueva historiografía alemana*, Jerusalén-Yad Vashem, Ulrich Herbert editor, pp.

109-112 (edición en hebreo).

Browning, Christopher (1992), *The Path to Genocide. Essays on the Launching of the Final Solution,* Nueva York, Cambridge University Press.

— (2000), "From 'Ethnic Cleansing' to Genocide to the 'Final Solution', en *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 1-25.

— (2004), *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln, University of Nebraska Press y Yad Vashem.

— (2008), "On my Book *The Origins of the Final Solution*: Some Remarks on its Background and on its Major Conclusions", en David Bankier y Dan Michman (comps.), *Holocaust Historiography in Context. Emergence, Challenges, Polemics and Achievements,* Jerusalén y Nueva York, Yad Vashem y Berghahn Books, pp. 403-420.

Dawidowicz, Lucy (1975), *The War against the Jews,* Nueva York, Holt, Reinhart and Winston.

Friedländer, Saul (2007), *Nazi Germany and The Jews 1939–1945. The Years of Extermination*, Nueva York, Harper Collins Publishers.

Gellately, Robert (2001), *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press.

Hilberg, Raul (1992), *Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe, 1933-1945*, Nueva York, Harper Collins.

Hirschfeld, Gehrhardt (ed.) (1986), *The Politics of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Regime*, Londres, Allen & Unwin.

Kershaw, Ian (2007), *Decisiones trascendentales. De Dunquerque a Pearl Harbour (1940-1941). El año que cambió la historia,* Barcelona, Península.

Rafecas, Daniel (2005), "El aporte de los discursos penales a la conformación de Auschwitz", *Nuestra Memoria*, nº 25, junio, pp.139-144.

— (2007), "La especial brutalidad antisemita del terrorismo de Estado durante la última dictadura militar en la Argentina", *Nuestra Memoria*, nº 29, diciembre, pp. 195-208.

— (2011), "La reapertura de los procesos judiciales por crímenes contra la humanidad en la Argentina", en Gabriele Andreozzi (coord.), *Juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina*,

Buenos Aires, Cara o Ceca, pp. 155-176.

Tyrnauer, Socrate (1991), *Gypsies and the Holocaust: a Bibliography and Introduction* Essay, Montreal, Montreal Institute for Genocide Studies.

[1] Universidad Hebrea de Jerusalén. Profesor de Historia del Departamento de Estudios Románicos y Latinoamericanos y director de programas académicos del Centro Liwerant para el Estudio de América Latina, España, Portugal y sus Comunidades Judías. Miembro correspondiente en Israel de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina.

[2] Sobre las otras víctimas del Tercer Reich en el ensañamiento con prisioneros de guerra y civiles soviéticos, véanse Hirschfeld (1986) y Browning (2000).

[3] Christopher R. Browning (2008: 412) considera que la euforia alemana provino del exitoso bloqueo en torno a Leningrado el 8 de septiembre 1941, la consumación del aislamiento impuesto a las fuerzas soviéticas en el frente sur el 16 de ese mes, y la ocupación de Kiev, diez días después. En los primeros días de octubre las tropas alemanas reanudarán la ofensiva contra Moscú en el frente central.

[4] Véase Browning (2008: 413).

[5] Véase Rafecas (2007 y 2011).

Introducción

Esta obra es un intento de exploración que apunta a desentrañar las complejas causas que desembocaron en la consumación del crimen de genocidio más significativo de la historia moderna del hombre: la Shoá.

A pesar de los numerosos trabajos realizados hasta ahora por prestigiosos historiadores, estudios sin duda fehacientes y certeros que han arrojado luz sobre distintos aspectos relacionados con el exterminio de los judíos europeos a manos de los nazis y sus aliados, [6] en amplios sectores de la opinión pública persiste la impresión –ciertamente tranquilizadora– de que a ese acontecimiento se llegó pura y exclusivamente merced al voluntarismo de un puñado de dirigentes psicópatas encabezados por Adolf Hitler.

Esta impresión se funda en lo incalificable del resultado final de la gigantesca empresa criminal emprendida por el nazismo: en la Europa de mediados del siglo XX fueron exterminadas seis millones de víctimas judías, entre ellas un millón y medio de niños masacrados en fusilamientos o gaseados en las cámaras de los campos de exterminio. Sólo un conjunto de mentes desquiciadas –se dice– pudo haber desencadenado un crimen semejante.

No obstante habrá que insistir, una vez más, en lo errado de esta última afirmación. Debemos preguntarnos si, como integrantes de nuestras sociedades modernas y "civilizadas", estamos preparados para asumir la dura realidad, según la cual Auschwitz –y todo lo que simboliza– ha sido un producto más de nuestra modernidad. En efecto, un análisis exhaustivo del devenir de los sucesos durante la vigencia de la dictadura nacionalsocialista nos revela que a la Shoá se llegó tras superar una serie de etapas, a través de las cuales se fueron radicalizando las decisiones en torno a la situación de los judíos –primero alemanes, luego europeos–, decisiones que fueron tomadas, interpretadas e implementadas, con plena conciencia de las consecuencias de sus actos, por cientos de miles de individuos en todos los niveles y prácticamente en todas las reparticiones estatales que se encontraban bajo el control del Estado nazi y de sus aliados.

Precisamente, fue este avance en etapas sucesivas –acompañado de la propaganda y los discursos legitimadores de la persecución– el que permitió a los dirigentes e ideólogos nazis sentar las bases para que el inmenso aparato burocrático estatal –que no sólo incluía la

administración pública sino también las Fuerzas Armadas– se adaptase a las consignas persecutorias de la minoría judía propiciadas por los líderes del movimiento. Desde esta perspectiva, el salto de la burocracia hacia la última etapa del proceso de destrucción sólo fue posible una vez consolidada y asumida plenamente la racionalización de las etapas previas.

Por eso nos parece fundamental analizar la genealogía de este crimen de proporciones inauditas mediante la identificación y la descripción, aun someras, de cada una de las etapas del proceso que culminó en las cámaras de gas y los hornos crematorios de Auschwitz-Birkenau, ya que "[h]asta un genocidio debe nacer de una manera o de otra, por monstruoso que nos parezca. Hasta un genocidio debe tener una génesis, aunque existan acontecimientos que mucho le cueste aprehender a la investigación histórica" (Burrin, 1990: 11).

En ese sentido, si bien en la portada de este libro se menciona la existencia de una serie de *etapas*, es necesario aclarar desde un comienzo que los sucesos que abordaremos no guardan una linealidad temporal definida; las circunstancias políticas, económicas y sociales que los condicionaron, especialmente en el marco del conflicto bélico mundial, deben ser asumidas en su complejidad y, en todo caso, el hecho de asignar a estos sucesos un lugar entre otros anteriores y posteriores debe considerarse siempre como algo relativo y aproximado.

Si nos permitimos esta concesión –la de segmentar por tramos lo que constituye a las claras un complejísimo proceso (método que por lo tanto conllevará cierta dosis de arbitrio)–, es porque estamos convencidos de que, al presentar los hechos de este modo y arrojar luz sobre la lógica subyacente a toda la secuencia, contribuiremos a desbaratar las invectivas de quienes aún hoy niegan o relativizan la Shoá basándose precisamente en la imposibilidad fáctica de que algo semejante, de tamaña magnitud, haya podido suceder. Al mismo tiempo, procuraremos llamar la atención sobre lo incalificable de la "Solución Final" perseguida por esta empresa criminal de proporciones inauditas: la erradicación de la faz de la tierra de todo un pueblo, de su gente, su historia y su cultura, como si nunca hubiese existido, sin hacer diferencias entre hombres, mujeres, niños o ancianos; religiosos, conversos o ateos; ricos o pobres; personas cultas o sin educación formal; defensores de una ideología conservadora o bien revolucionaria; promotores de un Estado propio o cultores de la asimilación. La definición nazi del *judío* como enemigo irreconciliable por su sola "condición racial" los alcanzó a todos, sin excepción.

Tan extraordinaria era la magnitud del crimen que se estaba cometiendo que el jurista polaco de origen judío Raphael Lemkin, radicado en los Estados Unidos, debió acuñar en 1944 un vocablo

nuevo para hacer referencia a él: *genocidio*, término que refleja la desquiciada consigna de querer arrancarle una de sus ramas al árbol de la humanidad, de privar al mundo de un pueblo entero, de hacer que este desaparezca para siempre. Eso era lo que los perpetradores nazis les decían a los judíos cautivos en los campos de concentración: "Nadie quedará vivo para contarlo. Y si alguno logra escurrirse, cuando intente contar lo que vio, nadie creerá que semejante cosa pudo haber sucedido".

Por otra parte, cabe señalar que para avanzar a través de las sucesivas etapas, siempre en busca de aproximarnos a la verdad histórica, emplearemos la *indagación* como técnica de adquisición de conocimientos. Eso se debe a nuestra formación profesional, en cuyo marco la *indagación judicial* es un ejercicio cotidiano.[7] En este sentido, toda indagación que tienda a la reconstrucción histórica de un hecho pasado debe reconocer de antemano cuáles serán los aspectos a los que se asignará mayor relevancia, en desmedro de otros que, por distintos motivos, sólo serán considerados secundariamente. Ninguna indagación acerca del proceso causal que condujo a la Shoá podrá prescindir de tres piedras basales:

- la figura, el pensamiento y la acción del conductor de la dictadura nacionalsocialista: Adolf Hitler;
- la estructura y el desenvolvimiento de la corporación burocrático-estatal que se encargó de buscar e implementar la solución de la cuestión judía: las SS de Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich; y
- las alternativas, muchas veces inesperadas y dramáticas, que viviera Alemania en el marco de la Segunda Guerra Mundial en Europa, especialmente lo sucedido en el frente oriental a partir de finales de junio de 194
- Si se explora la historiografía dedicada a la Shoá se advierte que, si bien en la mayoría de los trabajos hay una justa consideración de las dos primeras premisas fundamentales recién señaladas, suele infravalorarse la influencia de la contienda bélica sobre el proceso, en especial durante el período comprendido entre el verano de 1941 y fines de 1942, cuando la guerra sin cuartel con la Unión Soviética impactó decisivamente sobre las últimas etapas de la Solución Final e imprimió a la Shoá los definitivos y trágicos contornos de modo, tiempo y lugar que hoy conocemos. En esto coincidimos con Jürgen Matthäus, quien afirma que "[e]n la búsqueda de

> respuestas a las preguntas de cómo, cuándo y por qué la persecución nazi hacia los judíos evolucionó hacia la Solución Final, la importancia de la guerra contra la Unión Soviética difícilmente puede ser sobrestimada" (en Browning, 2005: 245).

Nuestro análisis descansa sobre estos tres ejes, que a su vez deben articularse con muchas otras cuestiones que, de un modo u otro y en distintos momentos del proceso histórico estudiado, también ejercieron su influencia:

- el antisemitismo tradicional latente en Alemania y en buena parte de la Europa luego conquistada por Hitler, además del odio antijudío fomentado de un modo creciente por el régimen nazi a lo largo de su existencia;
- la actitud del pueblo alemán y de los países anexados y aliados frente a la persecución de los judíos;
- el aporte de otras agencias estatales y no estatales alemanas, en especial el Ejército, pero también el Partido Nacionalsocialista, la administración y la industria;
- el rol ejercido por otros altos dirigentes nazis, como Hermann Göring, segundo en la línea de poder del régimen, Joseph Goebbels, su ministro de Propaganda, o Hans Frank, responsable de la Gobernación General en la Polonia conquistada, entre otros;
- las necesidades económicas (especialmente de mano de obra) del Estado alemán a partir del esfuerzo de guerra;
- el papel cumplido por las víctimas judías y sus representantes a lo largo de todas las etapas estudiadas;
- la actitud asumida frente a la cuestión judía por los restantes países de Occidente antes de y durante la Segunda Guerra Mundial.

A menudo se me pregunta por los motivos que me impulsaron a afrontar esta tarea. La respuesta es sencilla: la Shoá no atentó solamente contra el pueblo judío sino contra la humanidad en su conjunto; desde esta perspectiva, ya no puede ser considerada patrimonio exclusivo de un pueblo, pues su sombra proyectada pone en cuestión la mismísima condición humana.
Preguntarse por la esencia del ser humano sin asomarse a la Shoá, sin enfrentar el significado profundo de Auschwitz, no tendría demasiado

sentido en el siglo XXI, pues se estaría excluyendo un aspecto fundamental de su compleja historia. En buena medida, las respuestas que la humanidad viene buscando desde que posee conciencia de sí y de su potencial, tanto para el Bien como para el Mal, pueden encontrarse allí mismo: en el universo concentracionario, en los campos de la muerte.

Por ello, la sola pertenencia a nuestras sociedades occidentales debería convocarnos a reflexionar sobre esta tragedia tan reciente de nuestra historia, que ha significado un quiebre decisivo en la utopía del progreso civilizador; y en efecto, se advierte que Auschwitz, ese gran *agujero negro* de la modernidad, sigue concitando la atención de todos los ámbitos del pensamiento, tanto filosófico como científico, como asimismo proyecta su influencia sobre la literatura, el cine y muchas otras expresiones artísticas de la cultura universal.

Destaco en este sentido la importancia capital del estudio de estos acontecimientos y las conclusiones que necesariamente deben extraerse de ellos en el ámbito del Derecho. No encuentro mejor manera de hacer comprender a los estudiantes de leyes la absoluta necesidad de defender de un modo irrestricto la vigencia del Estado de derecho, las garantías y los derechos fundamentales del hombre, que mostrando lo que pasó en la Alemania de Hitler cuando esos derechos y esas garantías fueron arrasados. No existe mejor modo de valorar su trascendencia que denunciando adónde condujo fatalmente la dinámica autoritaria que guiaba al Estado nacionalsocialista: al campo de concentración, al asesinato masivo, al genocidio.

Pero para poder comprender un fenómeno tan complejo como fue sin duda la Shoá, debemos investigar y reconocer sus antecedentes históricos y luego, sobre esa plataforma, generar las reflexiones posteriores, ya sea desde la psicología, la sociología o las ciencias políticas, por mencionar sólo algunas disciplinas. Precisamente, la idea de escribir este trabajo surgió al advertir, en seminarios de estudio sobre la Shoá dictados en facultades de Derecho, que el abordaje de autores y textos que reflexionan acerca del tema (Zygmunt Bauman, Giorgio Agamben, Enzo Traverso, etcétera) se iniciaba sin que los participantes tuvieran un conocimiento previo adecuado sobre la Solución Final y menos aún sobre cómo se había llegado a ella.

Es en este punto donde este libro pretende convertirse en un discreto aporte: servir de puente entre las obras monumentales de algunos historiadores –como Raul Hilberg o Saul Friedländer– y el lector de habla hispana que, proveniente del ámbito que fuere, se acerca, no sin perplejidad, no sin preocupación, muchas veces con prejuicios, a la siempre difícil cuestión de la Shoá, con la intención de encontrar respuestas frente al gran interrogante: ¿cómo pudo haber sido posible?

[6] Si bien en este trabajo nos enfocaremos en el genocidio del pueblo judío, no debemos dejar de mencionar que, simultáneamente, los nazis persiguieron a otras minorías, y que esa persecución culminó en el exterminio de entre un cuarto y medio millón de romaníes o "gitanos" (véanse las diversas estimaciones, desde las que proponen Zadoff, 2004: 259, y Kenrick-Puxon, 1997: 152, hasta las de Hancock, 2005: 149-150, con citas de Ulrich König y Sybil Milton), unos ochenta mil prisioneros políticos alemanes, setenta mil discapacitados mentales, más de diez mil homosexuales y varios miles de testigos de Jehová. Tampoco podemos dejar de mencionar, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, el asesinato de más de tres millones de prisioneros de guerra soviéticos, de una cifra similar de católicos polacos y de unos setecientos mil serbios a manos de los nacionalistas croatas, aliados de los nazis en esa zona de los Balcanes.

[7] Michel Foucault destaca la relevancia histórica de este método: "[e]l gran movimiento cultural que después del siglo XII comienza a preparar el Renacimiento puede ser definido en gran medida como el desarrollo o el florecimiento de la indagación como forma general del saber" (2000: 84-85).

1. Primera etapa

La erradicación de la influencia judía

Interior de una sinagoga destruida durante el pogromo de la Noche de los Cristales. Gentileza: Yad Vashem

Desde el ascenso de Hitler al poder, en 1933, las primeras medidas del nuevo régimen apuntaron a reemplazar el modelo democrático por un Estado autoritario, mediante una combinación de iniciativas pretendidamente legales, por un lado, y de la imposición de la violencia estatal y paraestatal más desnuda y abierta, por el otro. Consolidada esta fase –y tras ocuparse de comunistas y otros "enemigos políticos"–, el régimen se dispuso a tomar medidas destinadas a eliminar la supuesta influencia de los judíos, quienes en 1935 perdieron su condición de ciudadanos plenos, entre otras disposiciones fuertemente discriminatorias que ejercieron una creciente presión oficial para forzar su emigración. El pogromo de noviembre de 1938 fue la más acabada expresión de este proceso.

Primeras medidas antijudías

Condicionamientos iniciales del régimen

La llegada al poder de Adolf Hitler el 30 de enero de 1933, en el contexto del marco democrático instituido en la Alemania de la posguerra y conocido como la República de Weimar, marcó el comienzo del proceso que nos ocupa, dirigido a la persecución sistemática de los judíos en Alemania. En aquel momento, el nuevo canciller alemán era una figura política aún condicionada por la autoridad del presidente conservador Paul von Hindenburg y por un gabinete ministerial de cuyos integrantes sólo dos le respondían. Por otra parte, Alemania continuaba afectada por las condiciones deshonrosas que le había impuesto el Tratado de Versalles una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, situación que impactaba tanto en lo económico como en lo político.[8]

El Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP), liderado por Hitler, reunía un considerable porcentaje del electorado: en efecto, el 31 de julio de 1932 los nazis habían obtenido casi catorce millones de votos, contra algo más de los trece millones conseguidos por los socialdemócratas y los comunistas en conjunto. Ante este resultado, Hitler se había postulado como canciller, ya que por sí solo representaba el 37,3% del electorado. No obstante, estaba todavía muy lejos de contar con una mayoría propia en el Parlamento (el Reichstag) y por lo tanto, para poder mantenerse en el poder, sus partidarios debían negociar y hacer alianzas con otras fuerzas nacionalistas de derecha.

Por otra parte, la coalición conservadora que hasta entonces ejercía

el poder en Alemania le allanó el camino a Hitler para alcanzar la jerarquía de primer ministro pensando que este funcionaría como un dique para impedir que la socialdemocracia –o peor aún, el comunismo– accedieran al poder en el marco de la República de Weimar.

Y así fue, efectivamente. Primero los comunistas y luego los socialdemócratas cayeron víctimas de los métodos violentos del nuevo orden instaurado el 30 de enero de 1933, que dio en llamarse *revolución nacionalsocialista.* Era en estos sectores de la política nacional donde Hitler veía la principal fuente de peligro para la consolidación del régimen autoritario que tenía proyectado construir en Alemania. Y hacia ellos dirigió, en forma prioritaria, su atención y la de sus seguidores.

Ante la creciente hostilidad de Hitler hacia los comunistas –el 5 de febrero de 1933 habían sido atacados y saqueados numerosos locales partidarios e incendiadas sus bibliotecas–, el 21 de febrero de ese mismo año los dirigentes de ese partido exhortaron a sus seguidores –miembros del proletariado alemán– a desarmar las fuerzas de choque nazis. Unos días después, el órgano oficial del Partido Comunista alemán emitió un comunicado justificando el empleo de la violencia (Toland, 2009: 445). En este contexto de abierto enfrentamiento con los nazis en toda Alemania, Marinus van der Lubbe, un comunista holandés de 23 años llegado a Berlín una semana antes, le dio a Hitler la excusa perfecta para extremar la represión anticomunista al provocar un incendio de gran magnitud en el Parlamento el 27 de febrero de 1933.

Al día siguiente, agitando el fantasma de una supuesta revolución comunista en ciernes y aprovechando que el Parlamento había sido disuelto con vistas a las elecciones del 5 de marzo, Hitler, flamante canciller, logró que el presidente Von Hindenburg y el resto del gabinete firmaran un decreto "para la Defensa del Pueblo y del Estado", que disponía una suerte de estado de sitio a nivel nacional, fundamentado en el artículo 48 de la Constitución alemana de 1919 (renovado en 1937 y 1939, este decreto adquirió carácter permanente en virtud de uno posterior de 1943, y se mantuvo vigente hasta 1945).

En el marco de ese decreto se estableció la suspensión de las libertades civiles y se autorizó a poner bajo "custodia protectora" a los "conspiradores" y los "enemigos" del Reich. Si bien se limitaba el alcance del decreto a los "actos de violencia comunista que ponían en peligro la seguridad del Estado", de hecho la Gestapo –la policía secreta del Estado alemán– actuó de modo generalizado, y los tribunales terminaron convalidando su actuación. La capitulación del Estado de derecho se completó poco después, cuando el Parlamento aprobó, el 23 de marzo de 1933, una ley de delegación de poderes, la

llamada Ley para Aliviar las Penurias del Pueblo y del Reich, que le concedía a Hitler plenas potestades legislativas y ejecutivas.

En los primeros meses de existencia del nuevo régimen, las fuerzas estatales y paraestatales, además del aparato de propaganda, se ocuparon de difamar, perseguir, encarcelar, forzar a emigrar y muchas veces asesinar o hacer desaparecer a los dirigentes y militantes del Partido Comunista alemán, con el que los nazis venían rivalizando en las calles y en las urnas desde mucho antes de acceder al poder. Se estima que la cifra total de comunistas encarcelados durante los primeros años del régimen superó los cien mil, mientras que el número de asesinados fue calculado en dos mil quinientos por la dirigencia del Partido Comunista alemán.

Así, con el objetivo de encerrar a los enemigos políticos, el 1º de abril de 1933 se puso oficialmente en funcionamiento el primer campo de concentración en las afueras de Múnich: Dachau. Su promotor había sido el ambicioso jefe policial del estado de Baviera, Heinrich Himmler, quien ostentaba desde 1929 –es decir, desde sus 29 años– el cargo de Reichsführer de las SS, un cuerpo de elite creado en 1925 como "escuadra de protección" personal de Hitler. Unos días antes de que Dachau abriera sus puertas, la prensa del partido nazi había anunciado que el *Lager* (establecimiento) estaba previsto para el encarcelamiento –bajo la figura de "detención preventiva"– de "todos los funcionarios comunistas y, en caso necesario, de la Reichsbanner [fuerza de choque favorable a la República de Weimar] y los socialdemócratas" (Evans, 2005: 385).

Una vez puestos los comunistas fuera de circulación, y como una continuación de la estrategia de eliminar hasta el último vestigio de oposición política, hacia mediados de 1933 le llegaría el turno a la más importante fuerza de centroizquierda. El 22 de junio de 1933, basándose en la Ley del Incendio del Parlamento, Hitler prohibió oficialmente al Partido Socialdemócrata alemán acusándolo de ser "*hostil a la nación y al Estado*". Como para ese entonces el canciller había sumado otros cinco miembros a su gabinete, el 14 de julio de 1933 no tuvo oposición y logró la sanción de una ley que establecía al NSDAP como el único partido político de Alemania. Por esa misma época, los diputados socialdemócratas fueron expulsados del Parlamento, y varios miles de sus dirigentes y partidarios siguieron el mismo derrotero que sus antecesores: el encarcelamiento, la tortura y el exilio. En suma, se calcula que fueron tres mil los funcionarios socialdemócratas que resultaron privados de su libertad.

Los sindicatos y demás asociaciones de trabajadores también padecieron el rigor de la revolución nacionalsocialista en esta etapa: sus dirigentes fueron perseguidos y sus entidades disueltas. En efecto, la ordenanza del 7 de diciembre de 1933 estipulaba la disolución de

todas las organizaciones sindicales. A modo de medida preparatoria, siete meses antes, el 12 de mayo de ese mismo año, el fiscal general de Berlín había embargado todos los bienes de los sindicatos para luego, durante el mes de junio, ocupar sus oficinas. Poco después, con la ordenanza del 24 de octubre de 1934, las organizaciones sindicales fueron reemplazadas por un único ente representativo de los trabajadores alemanes, el Frente del Trabajo, bajo el mando de un dirigente del partido, Robert Ley.

Hacia mediados de 1934, y a los efectos de ganar las Fuerzas Armadas –hasta entonces reacias a él– para la causa nacionalsocialista, Hitler decidió deshacerse de su ala más radical: las Tropas de Asalto (SA), lideradas por el dirigente nazi Ernst Röhm, que, hacia febrero de 1934, estaban conformadas por unos cuatro millones de hombres.[9] Por lo tanto, el régimen también se preocupó por llevar a cabo la profunda y violenta purga de algunos de sus elementos más imprevisibles (cuyo epicentro fue "la Noche de los Cuchillos Largos",[10] el 30 de junio de 1934), que permitió el descabezamiento de las SA y la absorción de sus huestes por las restantes organizaciones del movimiento nazi.

Debido precisamente a esa decisión de neutralizar en primer lugar a los sectores de izquierda, y también a las luchas intestinas provocadas por la necesidad del movimiento nazi de adaptarse al hecho de estar en el poder, la cuestión judía pasó a un plano secundario. Pero no por ello dejó de figurar en la agenda de los nazis durante ese período. Por el contrario, la identificación del *judío* con el *comunismo*, muy común en los discursos de extrema derecha europeos, situaba a los judíos alemanes, al menos en forma indirecta, en la mira de aquellos que temían una permanente conspiración bolchevique para desestabilizar al Estado burgués, cuya nueva cara visible, para potenciar aún más las contradicciones, era el régimen hitleriano.

Pero lo cierto es que durante estos dos primeros años los condicionamientos políticos, económicos y sociales internos y externos del régimen de Hitler, más su opción estratégica de apuntar a los sectores de izquierda –rivales históricos de los nazis–, redujeron la política de Estado dirigida a la minoría judía a una serie de medidas legales tendientes a "erradicar la influencia" de este colectivo en los diversos ámbitos de la vida alemana. En efecto, "[e]n sus preocupaciones de entonces, esta política antijudía ocupaba un sitio relativamente limitado. Lo esencial de sus esfuerzos apuntaba a reconquistar una libertad de acción en Europa y a recuperar la fuerza militar" (Burrin, 1990: 58).

Borrar la influencia de lo judío era una consigna no sólo plasmada en la obra capital de Hitler, *Mi lucha*, sino también ampliamente difundida en los círculos nacionalistas alemanes. Además, mientras Hitler estuvo en el poder se convirtió en una política constante, mencionada en muchos de sus discursos y conversaciones, privados y oficiales.

Tras la brumosa apelación al influjo de los judíos sobre las finanzas, la prensa, la industria y las artes, se propiciaba contrarrestar ese influjo tomando *medidas adecuadas*. En este sentido, y "[p]or muy periférico que pueda parecer a posteriori, el ámbito cultural fue el primero del cual los judíos –y los 'izquierdistas'– fueron expulsados de manera masiva. […] se habían vuelto contra los representantes más visibles del 'espíritu judío' que a partir de ese momento iba a ser erradicado" (Friedländer, 2009: 29).

El cambio producido por la llegada de Hitler al poder el 30 de enero de 1933 hizo que algunos alemanes, judíos y no judíos, percibieran que había llegado el momento de dejar el país (de hecho, durante 1933 abandonaron Alemania unos treinta y siete mil judíos). Entre los judíos, fue el caso del físico Albert Einstein,[11] y entre los no judíos, del escritor Thomas Mann. No obstante, la amplia mayoría del medio millón de judíos residentes en Alemania –menos del 1% de la población– "creían que podrían capear el temporal" (Friedländer, 2009: 95). Hacia fines de 1933, "decenas de millones de personas, dentro y fuera de Alemania, eran conscientes de la política de segregación y persecución sistemática que el nuevo régimen alemán había puesto en marcha contra los ciudadanos judíos. Sin embargo […] para mucha gente, tanto judía como no judía, quizá fuese imposible formarse una idea clara de los objetivos y límites de esa política. Entre los judíos alemanes había inquietud, pero no pánico ni sensación alguna de urgencia" (2009: 103).

Según Friedländer, "[l]a comunidad judía, sin embargo, había conseguido mayor visibilidad al concentrarse cada vez más en las grandes ciudades y dedicarse a ciertas profesiones, al tiempo que absorbía a un creciente número de judíos de Europa del Este, fácilmente identificables" (2009: 114). Este autor señala que se destacaban en el área de los negocios y las finanzas (a principios del siglo XX, de cincuenta y dos bancos berlineses, treinta pertenecían a banqueros judíos), el periodismo y las actividades culturales, la medicina y la ley, como asimismo por su compromiso con la política liberal y de izquierdas. "El éxito económico y la creciente visibilidad de un colectivo sin poder político fueron los causantes, al menos en parte, de su propia perdición", al ser blanco de la agitación antisemita

(2009: 119).

El primer impacto de consideración, demostrativo del nuevo estado de cosas, se produjo el 1º de abril de 1933, cuando las fuerzas de choque del movimiento nazi organizaron un boicot contra los comercios judíos. El episodio, que alcanzó gran visibilidad nacional e internacional gracias a la amplia cobertura de la propaganda oficial, contó con la tolerancia de las fuerzas policiales.

El obispo Otto Dibelius, principal autoridad protestante de Alemania, justificó las acciones del nuevo régimen en un discurso por radio a los Estados Unidos pronunciado el 4 de abril:

> *Mis queridos hermanos: No sólo comprendemos sino que simpatizamos completamente con las recientes motivaciones por las cuales ha emergido el movimiento* völkisch *[…]. Siempre me he considerado antisemita. Uno no puede ignorar que los judíos desempeñaron un papel importante en las manifestaciones más destructivas de la civilización moderna* (en Friedländer, 2009: 68-69).

Apenas una semana después del boicot, y cuando aún no se habían acallado las repercusiones de la medida, Hitler emitió, a través del Ministerio del Interior, la Ley para la Restauración de un Funcionariado Civil Profesional, bajo cuya égida inició una purga implacable dirigida a los dos millones de servidores públicos, federales, provinciales o municipales. El objetivo era identificar y expulsar a los que tuvieran origen judío –pero también a los comunistas–, incluidos los jueces y fiscales, los profesores universitarios, los maestros y hasta los becarios del sistema educativo. Desde la emancipación de los judíos en 1871, jamás se había promulgado en Alemania una ley que los discriminase oficialmente. [12] El párrafo 3 de esta ley, que se volvió conocido como el "párrafo ario", decía: "*I. Los funcionarios que no sean de origen ario deben retirarse*".

Si bien en un comienzo la ley establecía –en su segundo apartado– ciertas excepciones, estas se fueron eliminando una por una durante los años siguientes, de manera que la ley pasó a alcanzar a todos los judíos, lo que tuvo importantes consecuencias sociales y económicas. El 11 de abril, el primer decreto suplementario de la ley definía como un individuo "no ario" a: "*aquel que desciende de padres o abuelos no arios, particularmente judíos. Basta con que uno de los padres o de los abuelos sea no ario*". Esta definición procuraba ser lo más amplia y abarcadora posible, producto del celo antisemita y racista que dominaba a los expertos sobre raza del Ministerio del Interior del Reich.

En esos días, el periódico nazi *Völkischer Beobachter* había reproducido un oportuno discurso de Hitler, en el cual prometía públicamente "*depurar a la nación y en particular a las clases intelectuales de las influencias de origen extranjero y de la infiltración foránea desde el punto de vista racial*". A los representantes de la cultura, les aseguró que "*debía llevarse a cabo la inmediata erradicación de la mayoría de los intelectuales judíos de la vida cultural e intelectual de Alemania con el fin de garantizar el derecho innegable que tenía el país a ostentar su propio liderazgo intelectual*" (Gellately, 2002: 48).

El 11 de abril de 1933, se hizo pública una nueva ley discriminatoria antijudía que se había aprobado atendiendo una propuesta del ministro de Justicia, Franz Gürtner, para excluir a todos los abogados judíos de los tribunales, con el mismo alcance y las mismas excepciones que la Ley del Funcionariado.[13] En verdad se trató de una legislación que cristalizó lo que ya venía ocurriendo de hecho en los tribunales, donde hacia fines de marzo de 1933 el acoso físico a los juristas judíos se había extendido por todo el Reich: "En Dresde sacaron a rastras a jueces y abogados judíos de sus despachos, e incluso de los tribunales durante los procesos judiciales, y a menudo luego los golpearon […]. Hubo decenas de acontecimientos similares por toda Alemania" (Friedländer, 2009: 53).

A ello le siguió, el 25 de abril, la aprobación de la Ley contra el Hacinamiento en las Escuelas y Universidades Alemanas, también llamada de *numerus clausus*, exclusivamente dirigida a alumnos y estudiantes "no arios". Esta ley limitaba la matriculación de nuevos estudiantes judíos a un 1,5% del total de los solicitantes y establecía que el máximo de alumnos judíos de cada institución no podía superar el 5%. Así, se redujo drásticamente la cantidad de judíos en las instituciones superiores, de donde ya habían sido despedidos cerca de mil doscientos miembros del cuerpo académico, entre ellos el gran jurista Hans Kelsen, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Colonia (Rafecas, 2010: 133-153).

Días después, el ministro de Ciencias, Educación y Cultura Alemana, Bernhard Rust –quien ese mismo año se hizo conocido por introducir la obligación de que estudiantes y profesores se saludasen con el ademán nazi, así como también por defender la idea de que la educación en Alemania debía ser funcional a la formación y el adoctrinamiento de nuevas generaciones de nacionalsocialistas–, se expresaba así en el auditorio de la Universidad de Berlín sobre la sanción de la ley que purgaba a los estudiantes judíos de las escuelas:

> *La ciencia para un judío no supone una tarea, una obligación, un dominio de organización creativa, sino un negocio, y una forma de destruir la cultura del pueblo que le ha acogido. Por eso las*

> *cátedras más importantes de las universidades que se hacen llamar alemanas están llenas de judíos. Se vaciaron para permitirles el acceso y para que prosiguieran sus actividades parasitarias, las cuales fueron luego recompensadas con premios Nobel* (en Friedländer, 2009: 88).

Por su parte, el propio Hitler, tras recordar que había sido la Iglesia católica la que había recluido a los judíos en guetos y prohibido a los cristianos que trabajaran con ellos, explicó que él simplemente sería más eficaz en la tarea que la Iglesia había intentado concretar durante varios siglos, pues los judíos no eran "*nada más que perniciosos enemigos del Estado y de la Iglesia, y en consecuencia deseaba expulsar cada vez a más judíos, especialmente de la vida académica y de los cargos públicos*" (en Toland, 2009: 466).

La intención del régimen se explicó cuidadosamente en la prensa; así, el *Deutsche Allgemeine Zeitung* reproducía el 27 de abril de 1933:

> *Una nación que se respete a sí misma no puede dejar, en la escala aceptada hasta ahora, sus actividades más elevadas en manos de individuos de origen racial extranjero. […] Permitir la presencia de un porcentaje demasiado elevado de personas de origen extranjero en el seno de la población general podría interpretarse como la aceptación de la superioridad de otras razas, algo que debe ser rechazado de forma categórica* (en Friedländer, 2009: 53).

En paralelo, la hostilidad hacia los judíos era orquestada por las SA y demás fuerzas paramilitares nazis, así como también por la profusa campaña de difamación realizada a través de los medios de comunicación del régimen. En el marco de esta campaña antijudía, el 10 de mayo de 1933 tuvieron lugar "rituales de exorcización" en la mayoría de las universidades y ciudades de Alemania. En Berlín, mientras los fanáticos escuchaban el discurso de Goebbels, se quemaron más de veinte mil libros, y varios miles más siguieron el mismo destino en muchas otras ciudades alemanas.

Otra medida relevante en la estrategia de estos primeros tiempos de la llegada de Hitler al poder, en lo atinente a la cuestión judía, fue la prohibición, en septiembre de 1933, de que los judíos poseyeran granjas o se dedicaran a la agricultura. Para Friedländer,

> [s]egún el pensamiento racial nazi, la comunidad nacional alemana extraía su fuerza de la pureza de la sangre y de su arraigo al sagrado suelo alemán. Tal pureza racial era una

> condición inexcusable para la creación cultural superior y para la construcción de un Estado poderoso, garante de la victoria en la lucha por la supervivencia y la dominación raciales. *Desde el principio, por tanto, las leyes de 1933 apuntaban a la exclusión de los judíos de todas las áreas clave de esa visión utópica* (2009: 56).

Ello implicaba excluirlos del Estado, las leyes, la cultura, el suelo.

Como sostiene Bankier, durante aquellos primeros años la dictadura hitleriana fue amoldando su antisemitismo al sentir de la opinión pública; así, cada paso en contra de los judíos fue dado teniendo en cuenta la reacción popular. También Johnson afirma que, en el cumplimiento de sus objetivos genocidas, los líderes nazis fueron "especialmente sensibles al talante popular de los ciudadanos alemanes; era preciso conseguir su silencio y complicidad" (2003: 351). Se había llegado a la conclusión de que el pueblo alemán acompañaba las medidas nazis en tanto no perjudicaran en modo alguno a los no judíos ni afectaran gravemente los intereses nacionales, especialmente la imagen del país en el extranjero.

El denominador común de estas medidas legales discriminatorias, sumadas a los boicots y demás actos de hostigamiento y persecución que sufrieron los judíos y las instituciones que los representaban durante esta primera etapa, era el afán de la dirigencia nazi por extirpar la influencia judía de todos los ámbitos de la vida alemana, con especial énfasis –más allá, obviamente, de la actividad política– en la educación y las ciencias, la prensa, las artes, las finanzas y el ejercicio del comercio y de las profesiones liberales.

En este contexto, la emigración de los judíos alemanes, si bien era considerada como algo positivo y deseable por la dirigencia nazi, no estaba aún prevista como una política de Estado, como una meta en pos de la cual se articularían los poderosos resortes de la burocracia oficial; en todo caso, en estos primeros años de existencia del nuevo régimen imperante en Alemania, era considerada como una consecuencia esperable a partir de las iniciativas que se fueron adoptando durante dicho período respecto de los judíos. Como sostiene Peter Longerich, en los primeros años del Tercer Reich, ni la Gestapo ni las demás agencias policiales o de seguridad del Estado, fundamentales en lo que hace al tratamiento de los que eran considerados *enemigos internos* del régimen, "se ensañaron en forma destacada con la persecución de los judíos", sino que más bien fue "el sutil engranaje conformado por los militantes del Partido y la maquinaria legisladora el que, en el primer período, impulsó decisivamente la política antijudía del régimen" (Longerich, 2009: 203).

Cabe señalar ahora que al primer conjunto de legislación discriminatoria hacia los judíos, ya reseñado, le seguirían, en los siguientes meses y años, una serie interminable de normas destinadas a perpetuar el hostigamiento y la persecución de esa minoría, entre ellas, las que apuntaban a erradicar de la literatura, de las obras científicas y de los repertorios musicales todo aporte de escritores, científicos o artistas de origen judío, y muchos otros discursos y medidas por el estilo que se verificarían de modo incesante de allí en más.

Las leyes de Núremberg

El avance implacable sobre los derechos ciudadanos de los integrantes de la comunidad judía alemana era acompañado por un estridente coro de voces de juristas en el ámbito del derecho público, quienes avalaban las consignas del Estado racial y anticipaban, desde la doctrina, propuestas de medidas concretas para consagrar la más amplia discriminación, empujando a los colectivos apuntados –en especial, el judío– a asumir el rol de meros *súbditos* despojados de atributos jurídicos, en sintonía con la creciente aceptación del estereotipo del *Jude* como enemigo mortal de la comunidad del pueblo alemán.

La consolidación de este clima finalmente decidió a Hitler a impulsar un proyecto de ley que tenía en carpeta desde 1933. Según parece, los primeros borradores se habían redactado en el Ministerio del Interior a finales de mayo de ese año, y fueron enviados en junio al Comité de Expertos para la Política Racial y de Población de ese ministerio.

De este modo, se pretendía engarzar un eslabón fundamental en la campaña antijudía a través de las leyes de Núremberg, dos normas aprobadas el 15 el septiembre de 1935. Su denominación misma remite a uno de los sitios fundacionales del nacionalsocialismo, donde año tras año el hitlerismo rendía honor a los mártires del partido y se llevaban a cabo vistosos y multitudinarios desfiles. Precisamente fue en esa ciudad, y en el marco del festejo correspondiente a 1935, donde el Parlamento, convocado por Hitler y para entonces completamente nazificado, redactó y sancionó estas leyes.

Una de las normas aprobadas, la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Germánicos, prohibía la celebración de matrimonios mixtos y todo contacto sexual entre arios y no arios (judíos). Los aspectos penales de esta legislación, que acompañaron a la definición jurídica del judío, crearon nuevos “delitos” tendientes a castigar con penas de prisión no sólo los matrimonios entre judíos y arios, sino

también todo "*comercio carnal extramatrimonial entre judíos y ciudadanos de sangre alemana*", entre otras nuevas figuras. Y la otra norma sancionada establecía, en un lenguaje impersonal y administrativo (que sin embargo condenaría a millones de personas en los años siguientes), las bases sobre las cuales posteriormente se dispondría quién debía ser considerado legalmente judío según la ley germana.

La irrupción en escena de esta legislación fue precedida de una amplia difusión del tema y, en el momento de su sanción, fue acompañada por una gran campaña de prensa oficial, que aplaudía la decisión del Führer de separar arios de judíos en el seno de la comunidad alemana. El objetivo fundamental de estas normas era consagrar jurídicamente que los judíos alemanes dejaban de ser ciudadanos plenos y pasaban a ser ciudadanos de segunda clase, lo que implicaba en forma manifiesta la abolición del principio de *igualdad ante la ley*. Este fue un paso decisivo en el largo proceso de exclusión legal del colectivo judeoalemán.

Esta normativa requirió posteriores aclaraciones, en especial porque no definía quién debía ser considerado "judío" desde el punto de vista jurídico. A raíz de ello, el 14 de noviembre de 1935 se sancionó la Primera Ordenanza de la Ley de Ciudadanía del Reich, que aclaraba el punto y que además establecía un método automático para separar a los judíos en distintas categorías. Según el citado decreto, quedaban exentos el *mischlinge* (mestizo) con un solo abuelo judío, o aquellos con dos abuelos judíos que no practicaran la religión judía ni estuvieran casados con un cónyuge judío.

Una vez que alguien era declarado legalmente judío, todas las medidas jurídicas y administrativas, pasadas y futuras, podían alcanzarlo sin más consideraciones.

Apenas la legislación entró en vigencia, el 1º de enero de 1936, estas frías y calculadas especificaciones tendientes a definir quién era "judío" en sentido técnico-legal fueron rápidamente asumidas por la maquinaria burocrática estatal –puesta al servicio de la persecución de esa colectividad– y luego copiadas –e incluso ampliadas– en casi todos los territorios anexados, conquistados o bajo regímenes aliados a Hitler.

Debe subrayarse el hecho de que no sólo Alemania, sino el mundo entero tuvo conocimiento de la entrada en vigor de esta legislación abyecta. Y lo cierto es que prácticamente no hubo críticas ni condenas, sino más bien distanciamiento; a lo sumo se señalaba que se trataba de una *cuestión de política doméstica* de Alemania que no tendría mayores consecuencias (Lipstadt, 1986: 77-80). La convocatoria alcanzada por el régimen nazi al año siguiente, en oportunidad de los Juegos Olímpicos de Berlín, no deja lugar a dudas

al respecto.

Las leyes de Núremberg fueron justificadas por el órgano católico oficial Klevsblatt como "*salvaguardas indiscutibles de la mejora de la composición del pueblo alemán*" (Toland, 2009: 746). La sanción de estas leyes marca el cierre de la primera etapa de este análisis. A partir de entonces, una vez digeridas y asumidas las medidas discriminatorias contra los judíos –incluido el expreso reconocimiento jurídico de su condición de ciudadanos de segunda categoría– por la burocracia estatal y la opinión pública mayoritaria, quedaban establecidas las condiciones materiales para la puesta en marcha de una nueva estrategia: si el *ser judío* resultaba incompatible con el *ser alemán* –de ahí las drásticas medidas tendientes a suprimir todo vestigio de su influencia–, entonces "el judío" no podía seguir con su perniciosa vida cultural ni con sus pérfidas actividades en Alemania, "el judío" *debía* irse, Alemania debía quedar *Judenfrei*, "libre de judíos".

Así, si como sostiene Friedländer, "[a]ntes de las leyes de Núremberg, el objetivo principal era la segregación de la comunidad judía", a partir de entonces lo será la emigración. Destaca este autor que justamente en septiembre de 1935, en una conversación con Walter Gross –un destacado antisemita del partido, experto en cuestiones raciales–, Hitler mencionó como uno de sus nuevos objetivos "*una emigración más vigorosa de los judíos de Alemania*". Friedländer agrega que "[e]n algún momento de finales del año 1935 o en 1936, las todavía dubitativas directrices de Hitler se convirtieron en una guía firme para todas las instituciones relacionadas con el Estado y con las organizaciones del partido"; lo que equivale a decir que en este período comenzó a perfilarse una *política de Estado* cuyo objetivo básico era la emigración de la comunidad judía alemana.

Concretamente, acerca del tránsito de la etapa de la erradicación cultural a la de emigración física de los judíos, sostiene Friedländer que "[e]l desplazamiento hacia nuevos objetivos coincidía […] con la reciente radicalización tanto en el terreno interno como en el externo", en referencia a las leyes de Núremberg, en el primer terreno, y a la ocupación militar de Renania y la consiguiente ruptura del Tratado de Versalles el 7 de marzo del 1936 en el segundo (Friedländer, 2009: 309, Burrin, 1990: 56).

La emigración de los judíos del Reich como política de Estado

Hacia el otoño de 1935, el régimen de Hitler se encontraba notoriamente fortalecido, pues para ese entonces ya prácticamente había desaparecido todo vestigio de Estado de derecho, lo que se traducía en los planos más decisivos de la vida política y social, a saber:

- Anulación del Parlamento: tras su disolución legal, en febrero de 1933, acordada por Hitler con el presidente Hindenburg con vistas a las nuevas elecciones convocadas para el 5 de marzo, no hubo más sesiones libres y transparentes en el Poder Legislativo. A un primer y breve período de funcionamiento irregular –en el Parlamento había muchos diputados presos o exiliados (comunistas, luego también socialdemócratas)– le siguió la etapa final: tras la Ley de Autorización, desde 1935 y hasta el final de la guerra, se reunió esporádicamente y al solo efecto decorativo y propagandístico del régimen.
- Sometimiento de los órganos judiciales: la autoconsagración de Hitler como "*supremo magistrado judicial*" (ley del 30 de junio de 1934) significó la virtual anulación de la independencia del Poder Judicial; a ello le siguió otra ley del Parlamento (aprobada el 3 de julio de 1934), que consagraría la total impunidad por los crímenes cometidos durante la Noche de los Cuchillos Largos, ordenados por Hitler.
- Control y creciente censura de la prensa independiente: "Con el establecimiento de la Cámara de Prensa del Reich, los editores e impresores quedaron bajo su control y se suprimieron los últimos vestigios de independencia. Junto con la libertad de prensa, también desaparecieron las libertades literaria, radiofónica, teatral, musical, cinematográfica y artística" (Toland, 2009: 481).
- Unificación, en la persona del Führer, de los cargos de presidente y canciller: el 2 de agosto de 1934, "mientras Hindenburg todavía yacía moribundo, el gabinete de Hitler aprobó una ley que combinaba los cargos de presidente y canciller. El voto fue unánime, con la firma de [Franz von] Papen añadida por poder. La medida entraría en vigor cuando falleciese Hindenburg, cosa que ocurrió pocos minutos después […]. Gracias al golpe legal,

Hitler ostentaba ahora los títulos de presidente y canciller del Reich". El 19 de agosto siguiente, el 85% del pueblo alemán –treinta y ocho millones de votos– otorgó su aprobación a Hitler como sucesor de Hindenburg. "Al hacerlo, aceptaban también su programa y su liderazgo, y lo impulsaban un paso más en su camino hacia la dictadura" (Toland, 2009: 533-536).

- Designación de Hitler como máximo jefe militar: el cargo de presidente significaba que también era comandante supremo de las Fuerzas Armadas, que a partir de entonces pasaron a llamarse "Wehrmacht".
- Abolición de las jurisdicciones provinciales: la denominada Ley para Reconstruir el Reich, del 20 de enero de 1934, suprimió la autonomía de los estados federados o *Lander*, al aniquilar su carácter estatal y abolir sus presupuestos, y asimismo dispuso la nacionalización de todas las policías locales.
- Disolución de los municipios: la abolición de los últimos reductos de organización estatal por fuera del régimen se concretó a través de la ordenanza del 30 de enero de 1935, con lo cual el control autoritario del poder administrador central fue completo.

El Estado autoritario también se movilizó fuertemente para la captación y homogeneización de las masas, que reaccionaban con fervor ante cada avance de Hitler en materia de política exterior. Tras la violación del Tratado de Versalles con la ocupación de Renania en marzo de 1936, Hitler, a fines de ese mismo mes, "fue lo bastante astuto como para capitalizar [esa]ocupación a fin de consolidar su posición en Alemania" (Toland, 2009: 580): el 98,8% del electorado votó a favor de su gestión en un plebiscito.

Como vimos en el apartado anterior, durante los primeros tiempos, el Estado autoritario emergente se ocupó principalmente de deshacerse de opositores comunistas y socialdemócratas, aunque también se abocó a neutralizar los sindicatos y a una profunda purga dentro de su propio movimiento, entre otros muchos aspectos que relegaron el *problema judío* a un segundo plano. Ahora bien, a medida que el espectro de enemigos internos, reales o potenciales, fue menguando, el colectivo judío comenzó a ser objeto de mayor atención por parte de las altas autoridades nazis, que cada vez con mayor frecuencia, en directivas, memorandos y discursos, fueron orientando la compleja burocracia estatal hacia un nuevo objetivo en torno de la cuestión judía: concretar, con la mayor eficacia posible, la

emigración de los judíos del territorio del Reich.

De ello no debe deducirse que durante los primeros años no hayan existido iniciativas importantes –aunque aisladas– destinadas a alentar o favorecer la emigración. Un claro ejemplo fue el llamado Acuerdo de Haavara (en hebreo; "transferencia" en castellano), firmado en una fecha tan temprana como el 27 de agosto de 1933 entre el Ministro de Economía alemán y los máximos representantes sionistas de Alemania y Palestina. El acuerdo "permitía a los inmigrantes judíos una transferencia indirecta de parte de sus bienes y facilitaba la exportación de artículos de la Alemania nazi a Palestina. […] la mayoría de los sesenta mil judíos alemanes que llegaron a aquel país entre 1933 y 1939 pudieron asegurarse así una mínima base para su subsistencia material" (Friedländer, 2009: 96).[14]

Sin embargo, hacia fines de 1935 y comienzos de 1936, lo que hasta entonces eran iniciativas aisladas que fomentaban la emigración judía pasó a ser algo mucho más consolidado en los circuitos de poder del régimen. Así, señala Friedländer que el 29 de septiembre de 1936 el secretario de Estado del Ministerio del Interior del Reich, Wilhelm Stuckart, convocó a una conferencia de altos representantes ministeriales para poner a su consideración las medidas a adoptar tras las leyes de Núremberg. Todos estuvieron plenamente de acuerdo en reconocer "que el objetivo fundamental en aquel momento era la 'emigración completa' de los judíos y que todas las demás medidas debían tomarse con esta en mente" (Friedländer, 2009: 308).

Durante estos años intermedios de 1936 y 1937, las agencias policiales y demás fuerzas de seguridad del Estado alemán sufrirían una constante concentración de sus líneas de mando, en un paulatino pero formidable proceso de ingeniería burocrática que terminó por otorgar a un solo líder nazi, Heinrich Himmler, el control de prácticamente todo el aparato punitivo interno del régimen.

Himmler, aquel ambicioso policía de Múnich de poco más de 30 años en 1933, pasó de ser el jefe de la policía local (donde descolló al ser el primero en erigir un campo de concentración en Alemania, Dachau, inaugurado en marzo de ese año) a ser designado, el 21 de abril de 1934, jefe de la Gestapo en Prusia, además de ser por aquel entonces líder de las SS. De allí saltó, el 17 de junio de 1936, a ser el jefe supremo de la policía alemana, que abarcaba la policía secreta (Gestapo) y la policía criminal (Kripo).

Por iniciativa de Himmler, y como medida preparatoria para un posible conflicto bélico (Longerich, 2009: 228), a mediados de 1937 se estableció el segundo campo de concentración: Buchenwald. Además, se ampliaron las instalaciones de Dachau. Y al año siguiente se inauguraron los campos de Flossenburg y Mauthausen[15] y se inició la construcción de Ravensbrück. El sistema de campos planificado

debía estar preparado para acoger entre treinta mil y cincuenta mil presos.

Bajo el amparo del cada vez más poderoso Reichsführer, otros dos jerarcas nazis escalarían posiciones desde sus orígenes en la policía de Baviera: Reinhard Heydrich y Heinrich Müller, quienes también tendrían un papel crucial en el largo camino de la Solución Final.

Emigración judía: aumenta la presión

Tras la reorganización de las fuerzas policiales y de seguridad del Estado, hacia finales de 1937 y durante todo 1938, la política antijudía recobró su antiguo impulso. Si bien venía implementándose desde años anteriores una política de "arianización" de las empresas y negocios judíos en Alemania –eje fundamental de las medidas antijudías de aquel momento–, a partir de entonces el proceso se aceleró, no sólo en la presión ejercida sobre los judíos para que se desprendieran de sus bienes, sino también en las condiciones y términos de esas transferencias, que pasaron a ser sumamente perjudiciales para los coaccionados vendedores. Este proceso se profundizó tras la salida de los últimos ministros conservadores que quedaban en el gabinete (entre ellos el de Economía, Schacht, reemplazado por el dirigente nazi Walter Frank). A partir de entonces desapareció "la protección tan débil como ambigua que ofrecían los conservadores frente a la radicalización de las políticas antijudías del régimen nazi (Friedländer, 2009: 324) y "[l]a campaña económica antijudía empezó a toda máquina a principios de 1938: leyes y decretos se sucedieron unos a otros a lo largo del año, destrozando toda la existencia económica judía que quedaba en Alemania" (Friedländer, 2009: 353).

Estos mecanismos coercitivos en materia económica respondían a la estrategia oficial del momento: arrinconar a los judíos alemanes para forzarlos a emigrar del país. Hacia finales de enero de 1938, Hitler hizo pública su determinación de mantener el Acuerdo de Haavara, en el sentido de conseguir, según Friedländer, "un aumento de la emigración judía, y utilizando todos los medios disponibles. A la burocracia no le quedaba más que una solución: acatar la orden. Y eso fue lo que hizo" (2009: 327).

Hacia noviembre de 1937, Goebbels anotaba en su diario que Hitler estaba firmemente resuelto a hacer emigrar a los judíos, no sólo de Alemania, sino de toda Europa, intención que se afirmaba en forma proporcional a los éxitos alcanzados: "Por el momento, la partida de los judíos de Alemania era el objetivo hacia el cual tanto los

responsables del partido como los de la administración dirigían sus miradas. Quedaba entendido incluso que la emigración podría ser realizada eventualmente 'mediante la coerción'" (Burrin, 1990: 58-59).

Tras la anexión de Austria al Reich (*Anschluss*) el 12 de marzo de 1938, otros ciento ochenta y tres mil judíos fueron alcanzados por los nazis. Una vez más, Hitler aprovechó el éxito en política exterior para convocar a la población a las urnas. El 10 de abril, tanto en Alemania como en Austria, el dictador obtuvo un aplastante apoyo popular para su gestión, con cifras cercanas al 100% de los votos. Evidentemente, el escenario posterior a marzo fue considerado un momento propicio para profundizar la persecución antisemita, incluyendo a los recientemente alcanzados judíos austríacos. Así vemos, entre otras iniciativas, que:

- el 26 de abril de 1938 se ordenó a todos los judíos que registrasen sus propiedades;
- el 6 de julio siguiente se les prohibió el ejercicio de ciertas actividades comerciales, como el corretaje inmobiliario;
- el 14 de julio se estableció, mediante el Tercer Decreto Suplementario de la Ley de Núremberg, cuándo un negocio debía considerarse "judío";
- el 25 de julio, el Cuarto Decreto Suplementario de la Ley de Núremberg puso fin al ejercicio de la profesión médica en Alemania por parte de los judíos; las licencias fueron retiradas el 30 de septiembre de ese mismo año;
- el 17 de agosto se emitió el Segundo Decreto de Implementación de la Ley relacionada con el Cambio de Nombres y Apellidos, por el cual a partir del primer día de 1939 los judíos que no llevasen los nombres de pila indicados en una lista adjunta debían añadir el de *Israel* o el de *Sara,* según el caso;
- el 27 de septiembre, el Quinto Decreto Suplementario de la Ley de Núremberg les prohibió ejercer el Derecho, a partir del 30 de noviembre en Alemania y del 31 de diciembre en Austria.

Pero eso no fue todo. El 10 de junio de ese año, Goebbels, en su condición de líder político (*Gauleiter*) de Berlín, se dirigió a unos trescientos oficiales de policía locales, instigándolos a acosar a los judíos para obligarlos a abandonar la ciudad. No hubo que esperar mucho tiempo para que comenzaran los saqueos y desmanes contra

los comercios judíos. El escándalo fue tan grande –recuérdese que todavía en ese entonces había periodistas extranjeros acreditados en la capital del Reich–, que Hitler ordenó detener las acciones. El 24 de julio, Goebbels anotaba en su diario:

> *Discutimos la cuestión judía. El Führer aprueba mi acción en Berlín. Lo que escriba la prensa extranjera no tiene relevancia. Lo fundamental es expulsar a los judíos. Dentro de diez años deben estar todos fuera de Alemania. Por ahora, todavía queremos mantener aquí a los judíos como prenda* (en Friedländer, 2009: 359).

Con estos y otros métodos, los nazis fueron incrementando sus esfuerzos a fin de lograr la emigración de la mayor cantidad posible de judíos del territorio del Reich, como un objetivo por completo compatible con la consigna originaria que postulaba erradicar en forma drástica y definitiva la influencia judía de todos los ámbitos de la vida alemana.

Un documento de correspondencia interna entre dos dirigentes de una organización sionista, fechado en Londres a fines de abril de 1938, retrata la situación de los judíos de Austria tras la anexión de ese país a la Alemania nazi: "*De un modo general, la situación en Viena, tanto del lado judío como del lado no judío, parece que se caracteriza por la confusión, incertidumbre e inestabilidad*". Según la impresión de quien redacta el informe, a los judíos austríacos, los nazis:

> *tratan de eliminarlos de la vida económica, despojarlos de todos sus recursos económicos, y obligarlos, ya sea a morir de hambre, o a abandonar el país sin medios, a expensas de las grandes organizaciones judías del extranjero y con la ayuda de los países que estén dispuestos a recibirlos* (en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 105).

Y otro documento relevante parece corroborarlo, esta vez del lado de los opresores, nada menos que del puño y letra de Adolf Eichmann, un joven oficial de la Gestapo, especialista en asuntos judíos, sobre cuya actuación volveremos una y otra vez a lo largo de este libro. Se trata de una carta suya fechada el 8 de mayo de 1938 y dirigida a un colega del departamento de Asuntos Judíos en Berlín, luego de hacerse cargo del control de la vida judía en Austria. Allí escribe:

> *puedes creerme que a estos señores los haré bregar. Desde ahora, ya están trabajando muy activamente. He exigido de la*

> *comunidad judía y de la Organización Sionista de Austria, la emigración de veinte mil judíos sin medios [económicos], durante el período que se extiende del 1º de abril de 1938 al 1º de mayo de 1939, y me han prometido cumplir con ello.*

Y luego agrega:

> *He dado instrucciones a la comunidad judía para que, dentro de la comunidad, establezcan una oficina central de emigración hacia todos los países, excepto Palestina.*[16] *Ya se ha puesto en marcha el trabajo preparatorio para esto. […] Incitar a los judíos a que emigren es sobradamente la labor más difícil, y esta incumbe al SD. Ahora que la comunidad judía y la Asociación Judía de Austria han sido reorganizadas, sus actividades tienen también como objetivo la emigración* (en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 107-108).

La creciente presión sobre los colectivos judíos alemanes y austríacos llevó a un lógico aumento de la recepción, en todo Occidente, de refugiados provenientes del Tercer Reich. Gilbert ha establecido que para ese entonces más de doscientos cincuenta mil judíos habían dejado Alemania y Austria (2007: 131,135 y 193). Como la política de Hitler de librarse de los judíos estaba absolutamente clara, aquella demanda inesperada que recaía sobre los demás países de Europa y América, y la certeza de que había al menos otros varios cientos de miles de judíos que, tarde o temprano, seguirían el mismo camino, generaron una crisis internacional de considerable trascendencia.

Por esta razón, el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt convocó, del 6 al 14 de julio de 1938, en la ciudad de Evian –sobre el lago de Ginebra, en Francia–, una conferencia a la que asistieron representantes de una treintena de naciones y en la que depositó públicamente sus esperanzas de encontrar una solución a este problema. Ante la mirada de la prensa internacional y del mundo, no sin solidarizarse con los perseguidos, los diplomáticos de los países invitados debatieron, formularon discursos y efectuaron permanentes consultas con sus respectivos gobiernos. Pero, a la hora de concretar propuestas para descomprimir la desesperada situación de los refugiados que pugnaban por emigrar del imperio nazi, Evian no ofreció ni la más mínima esperanza.

El fracaso de la conferencia llevó al *Völkischer Beobachter* a titular: "*Nadie los quiere*". Hitler, en su discurso del 12 de septiembre de 1938, calificó de "*excusa pueril*" el hecho de que esos países no tuvieran sitio para albergar a los refugiados:

> *Esperan por tanto que Alemania, con sus ciento cuarenta habitantes por kilómetro cuadrado, siga manteniendo a sus judíos sin problema alguno, mientras los imperios del mundo democrático, con sólo unas pocas personas por kilómetro cuadrado, no pueden de ningún modo asumir una carga tan pesada en su interior. ¡En resumen, ninguna ayuda, pero sí muchos sermones!* (en Friedländer, 2009: 342)

En línea con la desoladora señal proveniente de Evian, los gobiernos de Occidente endurecieron su legislación y restringieron al máximo las posibilidades de admitir legalmente a los "perseguidos políticos europeos", es decir, en ese momento, a los judíos alemanes y austríacos. Gilbert menciona especialmente a los Estados Unidos y a Gran Bretaña, aunque también destaca: "Cuatro países sudamericanos, Argentina, Chile, Uruguay y México, adoptaron leyes restringiendo severamente el número de judíos que podían ingresar" (2007: 132). A esta nómina hay que agregar a Ecuador, según recientes descubrimientos del historiador Efraim Zadoff. Repárese que en el subcontinente latinoamericano, pese a sus enormes posibilidades (geográficas, económicas, políticas, etcétera) de recepción, entre 1933 y 1941 apenas lograron establecerse unos cien mil refugiados judíos europeos, en su mayoría en forma clandestina o ilegal.[17]

Esta política de cerrazón alcanzó también a Palestina, que se encontraba bajo mandato británico, donde el cupo de ingreso de judíos europeos estaba muy por debajo de las demandas urgentes de aquel momento. Las restricciones tendieron a incrementarse y cristalizarían pocos meses después, el 17 de mayo de 1939, en lo que se conocería como el "Libro Blanco",[18] documento a través del cual la Oficina Británica para las Colonias hizo pública su política de restringir severamente la emigración de refugiados judíos a Palestina, por razones políticas, orientadas a apaciguar a la población árabe, que veía el incremento de la población judía en la región como una amenaza: de allí en más, sólo se permitiría el ingreso, durante otros cinco años, de diez mil judíos por año; así como otros veinticinco mil siempre y cuando se garantizara "una provisión adecuada para su mantenimiento" (Hilberg, 2005: 1235-1236).

Las crecientes restricciones, que se hicieron sentir especialmente desde abril de 1938, dieron lugar a un episodio, el acuerdo Gestapo-Haganah, que pone en su exacta dimensión hasta dónde estaban dispuestas a llegar las agencias de seguridad del régimen nazi para cumplir el objetivo fijado en aquel entonces en torno a la cuestión judía. La Haganah, como fuerza defensiva de los judíos en Palestina, contaba con un cuerpo de inteligencia. Ante la actitud de los británicos y el contexto internacional reinante a mediados de 1938, la

dirigencia judía ya establecida en lo que en un futuro sería el Estado de Israel decidió acelerar la inmigración judía "ilegal", esto es, rebelarse frente a las condiciones británicas. Así, relata Gilbert que, a mediados de 1938, un agente de inteligencia de la Haganah

> viajó a Berlín, donde obtuvo permiso de la Gestapo tanto para residir allí como para organizar grupos de jóvenes judíos para emigrar a Palestina, a pesar de no poseer certificados de admisión palestinos. Un segundo agente del Mossad […] fue a Viena, donde negoció con Adolf Eichmann, [quien] le ofreció establecer granjas de entrenamiento y facilidades para jóvenes judíos austríacos que fueran a ser tomados por el Mossad para llevarlos a Palestina "ilegalmente", sin los necesarios permisos británicos (Gilbert, 1987: 132-133).[19]

A comienzos de noviembre de 1938 ya había unos mil jóvenes judíos en estas granjas, a la espera del viaje que, en forma clandestina, los llevaría a *Eretz Israel* ("la tierra de Israel"). Desde la perspectiva del régimen nazi, este acuerdo

- fue decidido por la agencia policial clave en asuntos judíos, la Gestapo, con la aprobación no sólo de Adolf Eichmann, sino especialmente de su superior, Reinhard Heydrich, y el visto bueno de Himmler y Hitler;
- fue llevado a la práctica pese a los numerosos obstáculos logísticos de todo tipo que suponía una empresa de estas características;
- se pudo concretar pese a los riesgos que acarreaba en el contexto internacional, al involucrar al Estado en una actividad abiertamente clandestina e ilegal; y
- fue mantenido durante más de un año, ya que sólo el comienzo de la guerra frenó los embarques.

Han salido a la luz muchos detalles de estas operaciones. En marzo de 1939, el agente del Mossad en Berlín "fue convocado al cuartel general de la Gestapo y se le ordenó, de parte de Heydrich en persona, que organizara en una semana la salida de cuatrocientos judíos alemanes hacia Palestina. El imperativo de la Gestapo era la emigración, fuera legal o ilegal desde la perspectiva británica, lo que demandaba enormes sumas de dinero que ni la comunidad judía ni el Mossad podían reunir fácilmente". No obstante, "[b]ajo el esquema Gestapo-Mossad, los primeros doscientos ochenta judíos dejaron Berlín

ese mes" (Gilbert, 2007: 211). A ellos se les sumaron otros ciento veinte judíos austríacos en Viena, reunidos por el agente del Mossad en esa ciudad, hasta totalizar cuatrocientos: la cantidad establecida por contingente. El tren se dirigió al puerto yugoslavo de Susak y desde allí los judíos se trasladaron por mar hacia Palestina, donde desembarcaron en forma clandestina sin contratiempos.

Según Gilbert, cada mes salía un nuevo grupo por diferentes rutas: "Algunos eran interceptados por la marina británica e internados en Palestina; otros llegaban a tierra sin ser molestados. En agosto de 1939 cinco pequeños botes con un total de doscientos noventa y siete refugiados alemanes, y un barco más grande con ochocientas personas a bordo, fueron interceptados y sus pasajeros internados en Palestina. Se les permitía quedarse, pero su número era deducido por los británicos de la cuota anual autorizada para Palestina" (2007: 211-212).[20]

Todo esto revela a las claras que, más allá de las actitudes y los discursos provocadores y belicosos de Hitler y otros dirigentes de su entorno, la política real y concreta implementada por el aparato burocrático estatal en esta y otras iniciativas se mantuvo estable en torno a la idea que para entonces (1938-1939) seguía plenamente vigente: "librarse de los judíos" que quedaban en el Reich por la vía de la emigración a terceros países, incluso asumiendo ciertos costos y riesgos que ponen de manifiesto, en todo caso, hasta dónde llegaba la determinación de la dirigencia nazi para cumplir su cometido.

Por supuesto que la inmensa burocracia estatal estaba explorando paralelamente y en forma incipiente distintas alternativas a esta política, que fueran capaces de ofrecer, frente a la lentitud del proceso emigratorio, una solución definitiva al problema de cómo deshacerse de los judíos del Reich sin generar una reacción universal adversa que, por estar aún en tiempos de paz (tiempos que Hitler estaba aprovechando al máximo para expandir su imperio), perjudicara la imagen de Alemania y de su política exterior.

La política imperante en esta etapa también quedó en evidencia cuando, el 20 de agosto de 1938, como un reconocimiento a las gestiones de Eichmann y para facilitar y acelerar su tarea, se decretó la creación de la Oficina Central para la Emigración Judía en Viena, cuyo objetivo era "*prestar ayuda y acelerar las disposiciones para la emigración de los judíos de Austria*". Para ello, la oficina se ocuparía de la

> *creación de oportunidades de emigración, negociando con los servicios competentes alemanes y demás organizaciones de emigración para obtener permisos de entrada […]. Colaboración con las agencias de viaje y las compañías marítimas, para*

asegurar los trámites técnicos necesarios a la emigración (Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 111-113).

Eichmann, como vimos, se había instalado con sus hombres en Viena unos meses atrás y, a partir de astutos acercamientos con la comunidad judía local, además de su aceitado manejo de los circuitos burocráticos interesados en la cuestión –potenciado con la creación de la Oficina Central en Viena–, logró consolidar rápidamente una gestión eficaz que satisfizo con creces las expectativas de sus superiores. En efecto, sumando a los que ya habían salido del país entre marzo y agosto de 1938 y los que lo hicieron hasta marzo de 1939, los nuevos amos del país habían logrado "despachar" fuera del Reich a más de la mitad de los judíos austríacos, unas cien mil personas. Según Friedländer, "[l]o que había ocurrido en Austria después del *Anschluss* era, sencillamente, la parte mejor organizada de una política general adoptada en todo el Reich. El nexo entre la expropiación económica y la expulsión de los judíos […] continuó caracterizando esa etapa de la política nazi hasta el estallido de la guerra" (2009: 339).

El pogromo de la Noche de los Cristales

El 18 de octubre de 1938, Hitler dio un nuevo paso en su escalada de persecución contra el colectivo judío al decidir, sin miramientos ni contemplaciones, la expulsión inmediata de varios miles de judíos de origen polaco que habían vivido en Alemania legalmente, en muchos casos durante veinte e incluso treinta años. Las víctimas fueron obligadas a dejar sus hogares en el transcurso de una noche y sólo se les permitió llevar una valija. Sus posesiones fueron confiscadas como botín por las autoridades nazis, y en cientos de casos, los vecinos de los judíos expulsados completaron el despojo.
Cuatro centenares de judíos fueron aceptados por las autoridades polacas. Pero a los restantes ocho mil que llegaron a la frontera se les negó la entrada y fueron forzados a quedarse allí, en la intemperie, en la estación de Zbaszyn y en unos establos de la zona. El 3 de noviembre, el joven judío Herschel Grynszpan, de 17 años, residente en París, recibió una carta donde su hermana le relataba las dramáticas vivencias que estaba atravesando junto a sus padres. Así se enteró de que su familia, originaria de Hamburgo, estaba en Zbaszyn. El día 7, tras comprar un arma de fuego, Grynszpan se dirigió a la embajada alemana y le disparó al funcionario que lo atendió: el tercer

secretario Ernst vom Rath. No lo mató en el acto, pero una de las heridas de bala provocó su muerte dos días después.

El atentado tomó estado público inmediatamente. En clara réplica al ataque, al día siguiente se anunció en Berlín la primera represalia colectiva: todos los diarios y revistas judíos dejarían de publicarse de inmediato hasta nuevo aviso (en ese entonces había cuatro diarios judeoalemanes de circulación nacional).

En la tarde del 9 de noviembre llegaron a Berlín las noticias de la muerte de Vom Rath. El clima de incitación a la venganza contra los judíos estaba latente, en especial entre los dirigentes nazis fanáticos. Durante esas tensas horas Himmler pronunció un discurso secreto ante sus generales de las SS: "*En Alemania el judío no será capaz de mantenerse; es sólo cuestión de años […], los obligaremos a salir con una crueldad sin precedentes*" (en Friedländer, 2009: 399).

Hitler, quien ya estaba al tanto del fatal desenlace, se encontraba en Múnich en un mitin del partido. Goebbels le informó que había disturbios antijudíos en varias ciudades de Alemania y Hitler le dio a entender que debía incentivarlos y dar instrucciones para que la policía no interviniera. Ese "dejar hacer" frente a una iniciativa venida desde abajo pero que sus seguidores interpretaban que estaba en sintonía con los deseos del Führer, en línea con su pensamiento y con su doctrina, tan típico de su estilo de conducción, fue suficiente para desatar la más cruda violencia, como no se veía en Alemania desde hacía mucho tiempo. Había comenzado el gran pogromo, la *Kristallnacht* (Noche de los Cristales). Más aún: siguiendo a Steinert, "ahora ya no caben dudas de que Hitler autorizó a Goebbels a armar esa manifestación violenta de antisemitismo" (2004: 454).

Los desmanes, en verdad, ya habían comenzado en algunas ciudades durante la noche del miércoles 9, tras la muerte de Vom Rath aquella misma tarde. Una vez recibida la consigna de Hitler de incentivar el descontento y no interferir, los disturbios fueron intensificándose con el paso de las horas durante esa noche y en la madrugada del jueves: "Berlín fue una de más de mil ciudades, pueblos y villas en toda Alemania donde ocurrieron eventos terribles cuando aún estaba oscuro" (Gilbert, 2007: 30). La orgía de violencia se prolongó durante la jornada del jueves 10 hasta que, a las 5 en punto de la tarde, llegó la contraorden de Goebbels (por obvia indicación de Hitler) de detener de inmediato las "demostraciones". La contraorden, según Gilbert, "fue transmitida por radio a cada ciudad y pueblo y la policía y los elementos del partido comenzaron a enviar a los saciados y exhaustos manifestantes a sus casas" (2007: 38-39). Durante el resto del día, muchísimos edificios de la comunidad judía (sinagogas, casas de rezos, centros comunitarios, etcétera) siguieron consumiéndose bajo las llamas. Gilbert estima que sólo en Viena fueron casi un

centenar.

Para Friedländer, "[u]n odio total y abismal parecía la razón de ser de la arremetida. El único objetivo inmediato era hacer daño a los judíos, tanto como permitieran las circunstancias y por todos los medios posibles: infligirles daño y humillarlos": una suerte de "degradación ritual" y, en muchos sentidos, un punto de inflexión decisivo (2009: 379). Durante este trágico episodio, que marcó para siempre la historia del pueblo judío, fueron asesinadas casi un centenar de personas y se destruyeron doscientas sesenta y siete sinagogas y siete mil quinientos negocios, además de numerosos cementerios y viviendas.

Prácticamente en forma inmediata, Hitler tomó varias iniciativas tendientes a señalar como responsables de los desmanes a las propias víctimas. Mientras Göring disponía que los judíos debían pagar una multa de mil millones de marcos, Himmler ordenaba la detención de padres de familia judíos en todas las ciudades para ser conducidos a los campos de concentración. Así, hacia el 12 de noviembre, unos veinte mil judíos ya habían sido despachados a Buchenwald, Sachsenhausen y Dachau. La brutalidad a la que fueron sometidos era inaudita, a tal punto que en pocos meses la cifra de muertos ascendió a cinco mil, de los cuales más de la mitad eran judíos austríacos.

Mientras los arrestos y el traslado a los campos se consumaban a la vista de todo el mundo –las imágenes de las columnas de prisioneros ocupaban la primera plana de los diarios de Alemania y Austria–, el 11 de noviembre de 1938 se cumplía el vigésimo aniversario del Armisticio de la Primera Guerra Mundial. Chaim Weizmann, líder de la Agencia Judía para Palestina, declaraba en Londres: "*Mientras millones de personas de todas las naciones celebraban hoy el Armisticio, no hubo paz para los judíos. Hoy abrimos esta sesión a la luz de las sinagogas ardiendo en toda Alemania, y con los gemidos de los asesinados y los gritos de miles de judíos en los campos de concentración*" (en Gilbert, 2007: 140-141).

Por otra parte, los informes del servicio de inteligencia de las SS daban cuenta de la extendida crítica popular a la violencia y los daños causados durante el pogromo. En palabras de Kershaw, "[l]a gente tenía miedo a hablar abiertamente, pero las invectivas murmuradas y las palabras de repugnancia por la barbaridad de la acción y la vergüenza y el horror por lo sucedido se observaron inequívocamente en Múnich y las principales ciudades de Alemania", a tal punto que, en su opinión, "[h]ubo pocas ocasiones, si es que hubo alguna, en las que el Tercer Reich generó una oleada de repulsa tan generalizada como la que fue consecuencia del pogromo de la Noche de los Cristales Rotos" (2009: 301-311). En el mismo sentido, uno de los informes de las SS, en este caso austríaco, revelaba que "*el*

conocimiento de esas violencias en su detalle ha tenido una mala influencia en el ambiente general" (Bensoussan, 2005: 35, nota 21).

Algunas críticas no estaban exentas de consideraciones prácticas debido a lo caprichosas que parecían la destrucción de propiedades y las pérdidas causadas a los alemanes y al Estado. Las Iglesias de ambas confesiones (católica y protestante) no expresaron públicamente su rechazo al pogromo, pero sí lo hicieron algunos miembros aisladamente, como el sacerdote católico Bernhard Lichtenberg, quien rezó en público en Berlín por los judíos perseguidos.

Medidas antijudías posteriores

Las medidas antijudías, en especial en la esfera económica, se aceleraron aún más tras el pogromo del 8 y 9 de noviembre de 1938, ya que se vigorizó la campaña nacional tendiente a que los judíos abandonaran sus negocios, liquidaran sus empresas y entregaran sus riquezas y bienes de valor a las autoridades estatales con vistas a su salida definitiva del país. Al mismo tiempo, las redadas contra judíos que se desataron los días siguientes al pogromo y que condujeron a miles de ellos, en su mayoría jefes de familia, a los campos de concentración de las SS, estuvieron al menos en parte motivadas por ese mismo objetivo, pues a los reclusos se les ofrecía su liberación si lograban demostrar la obtención de algún visado que les permitiera emigrar definitivamente junto con sus familias.

Cabe recordar una historia entre miles: un joven judío de Viena, Eric Goldstaub, relató cómo, antes del pogromo de noviembre, obtuvo visas para toda su familia en el consulado de China (ello fue posible gracias al cónsul chino en Viena, doctor Ho, quien otorgaba entre cuatrocientas y quinientas visas mensuales y de ese modo posibilitó que unos dieciocho mil refugiados judíos alemanes y austríacos llegaran a Shangai). Con las visas en mano, la familia compró en una compañía italiana los pasajes para un barco que zarparía desde el puerto de Génova el 20 de diciembre con destino final en Shangai. Durante el pogromo, seis semanas antes del viaje, el negocio familiar en Viena fue destruido y saqueado. Tanto Eric como su padre fueron arrestados y enviados al campo de concentración. Pero el hecho de que tuvieran las visas y los pasajes hizo que fueran liberados unos días antes de la fecha de embarque para tomar el tren a Génova y emigrar a China (Gilbert, 2007: 162). Una vez más, estos casos reflejan la vigencia de la consigna decisiva imperante: lograr que los judíos abandonaran el Reich.

Estas y otras medidas tomadas durante los días siguientes al

pogromo de noviembre, cuyos alcances y cantidad resultan francamente abrumadores, además de las declaraciones efectuadas durante esos días en forma casi simultánea por Göring, Goebbels y Heydrich ante distintos públicos y en distintos contextos, dejan traslucir que Hitler había dado instrucciones claras y precisas tendientes a forzar al máximo la maquinaria burocrática del Estado para lograr la emigración de todos los judíos que aún quedaban en su imperio. Veamos, en primer lugar, las revelaciones de su entorno:

- Tres días después del pogromo, el día 12 de noviembre, Hermann Göring convocó a una conferencia de altos oficiales en su ministerio y les anunció:

> *He recibido una carta de [Martin] Bormann [jefe de la Cancillería del partido], enviada por orden del Führer, pidiéndome* que la cuestión judía, de una vez por todas, se aborde en su totalidad y se resuelva de algún modo, ahora mismo. *Ayer el Führer me llamó por teléfono para indicarme que deben adoptarse medidas decisivas de una forma coordinada* (Toland, 2009: 751; el destacado me pertenece).

- El 6 de diciembre, Göring dio un discurso, esta vez a los líderes regionales. Allí, entre otros conceptos, dejó en claro que, respecto de la cuestión judía, la prioridad fundamental era lograr la emigración a toda costa: "*A la cabeza de todas las demás consideraciones y medidas está la idea de trasladar a los judíos lo más rápida y efectivamente posible a países extranjeros, y acelerar la emigración con toda la presión posible, y apartar todo lo que impida esta emigración*" (Friedländer, 2009: 394).[21]
- En el transcurso de la reunión del 12 de noviembre, Reinhard Heydrich orientó las deliberaciones hacia la emigración del colectivo judío, señalando, entre otras, las experiencias del SD con la Central de Emigración Judía de Viena, que venía funcionando eficazmente desde unos meses atrás. Propuso una institución similar para todo el territorio del Reich y obtuvo la aprobación de Göring. Además, sometió a debate "*una campaña de emigración para el judaísmo en el resto del Reich*". En concreto, propuso implementarla en un período que abarcaría "*por lo menos entre 8 y 10 años*" (Longerich, 2009: 382-383).

- Josef Goebbels también se hacía eco de lo que él mismo había denominado en un artículo periodístico –publicado en primera plana el 13 de noviembre de 1938– la "*Solución Final de la cuestión judía*", donde aseguraba que el único interés de Alemania era que "*los judíos abandonaran el país*". Y opinaba que "*el pueblo alemán está totalmente de acuerdo con el método consistente en acosar a los judíos para que abandonen el país*" (en Gellately, 2002: 182).
- El 16 de diciembre se realizó otra conferencia, esta vez convocada por el ministro del Interior, Wilhelm Frick, en la cual participaron altos funcionarios, entre ellos Heydrich y los líderes regionales. En resumen, en la citada conferencia se subrayó una vez más que el objetivo político principal era acelerar la emigración de los judíos, y que todas las medidas que se tomaran sobre la cuestión judía debían confluir en esa meta (Friedländer, 2009: 396).
- Al día siguiente, el ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, se reunió en París con su par francés, Bonnet. Allí conversaron sobre la cuestión judía. Bonnet le hizo saber al ministro alemán que Francia no quería recibir más refugiados judíos del Reich, y Ribbentrop, además de exponerle las medidas que se habían adoptado para neutralizar ese problema diplomático,[22] le manifestó que: "*Todos deseamos librarnos de nuestros judíos*" (Friedländer, 2009: 397).

Todas estas declaraciones y discursos no dejan margen de duda acerca de la continuidad en la política de Estado que regía respecto de la cuestión judía al menos desde 1935 (cuando el tema comenzó a ser objeto de mayor atención tras los primeros años de lucha y consolidación de la dictadura), esto es, el forzamiento a la emigración de todos los judíos. Si se examina este aspecto en el transcurso de los años, hasta fines de 1938 y comienzos de 1939, se advierte una creciente presión y articulación, desde todos los ámbitos estatales, para lograr ese objetivo. Pero está claro que todos los dirigentes importantes de los distintos sectores del régimen dictatorial conocían la determinación de su conductor y por lo tanto sabían en qué dirección había que trabajar. Lo que variaría de allí en más, a partir del pogromo, sería la metodología empleada para lograr los sucesivos objetivos relacionados con la cuestión judía. Cabe citar aquí a una de las voces más autorizadas en la materia, el historiador Raul Hilberg:

> *Los pogromos eran demasiado caros y, en último término, no conseguían nada […]. Cada burócrata, perteneciese o no al partido, se convenció a partir de entonces de que había que tomar medidas* sistemáticas *contra los judíos […]. A partir de ese momento, la cuestión de los judíos se trataría de modo "jurídico", es decir, de forma ordenada que permitiese la planificación adecuada y profunda de cada medida mediante memorandos, correspondencia y conferencias […]. La burocracia había asumido el poder. [A partir de entonces,] el proceso burocrático de destrucción [fue] el que, paso a paso, condujo finalmente a la aniquilación* (Hilberg, 2006: 64).

En efecto, como sostiene Kershaw, el distanciamiento de la opinión pública nacional "debió de convencer a la cúpula nazi de que era un tipo de táctica que no tenía que volverse a poner nunca en práctica y de que las medidas antijudías debían seguir un curso más 'racional'" (2009: 312).

En cuanto a la nueva andanada de legislación antijudía, entre otras ordenanzas, resoluciones e iniciativas de muchas dependencias públicas tendientes a acorralar al colectivo judío, se destacaron, en una sucesión que no da respiro, las siguientes:

- El 10 de noviembre de 1938 Himmler, cuando aún no habían cesado los actos de violencia, emitió un decreto que prohibía a los judíos la tenencia de armas, y que fue ratificado al día siguiente por el ministro del Interior (Longerich, 2009: 383).
- El día 11 se promulgó una medida que sólo les permitía residir y trabajar en lugares específicos. Las propiedades judías fuera de los "sectores segregados" sufrirían la expropiación y a lo sumo podrían ser intercambiadas por inmuebles ubicados en dichos sectores (Gilbert, 2007: 141).
- El 12, día de la reunión de los altos mandos en el despacho de Göring para tratar la cuestión judía, fue sin dudas "[e]l golpe final que destruyó toda la vida económica judía en Alemania", cuando Göring emitió una orden conforme a la cual, a partir del 1º de enero siguiente, quedaba totalmente prohibido a los judíos llevar adelante actividades empresariales, comerciales o manufactureras (Friedländer, 2009: 353).
- En efecto, según ese anuncio, desde el 1º de enero de 1939

ningún judío podría ser comerciante minorista. La medida se cumplió con todo rigor. Por ejemplo, de los seis mil pequeños negocios "judíos" existentes en Berlín en 1933, el 1º de abril de 1938 sólo quedaban poco más de la mitad debido al proceso de arianización que se venía desarrollando desde la llegada de Hitler al poder. Con la nueva ordenanza en vigor, en apenas dos meses y medio, de los poco más de tres mil negocios judíos que aún resistían, la mayoría (dos mil quinientos setenta) fueron liquidados, mientras que el resto (quinientos treinta y cinco) fueron vendidos a "arios" (Friedländer, 2009: 431). La prohibición alcanzaba también a todo judío que actuara como exportador o directivo de una empresa, o jefe o encargado en algún negocio o fábrica; ni siquiera podían desempeñarse como empleados en manufacturas (Gilbert, 2007: 146).

- Ese mismo decreto establecía que los negocios que no hubieran sido transferidos a manos "arias" para esa fecha serían confiscados por el Estado. Los judíos tenían que liquidar sus empresas, como asimismo las tierras y acciones que hubieran podido conservar hasta entonces.
- El día 14 se estableció, mediante el Tercer Decreto Suplementario de la Ley de Núremberg, cuándo debía considerarse que un negocio era "judío".
- El mismo día, el ministro de Educación alemán Bernhard Rust emitió un decreto que prohibía a los judíos inscribirse en cualquier universidad alemana o austríaca, o asistir a clases.
- Al día siguiente, 15 de noviembre de 1938, fecha en que los Estados Unidos retiraron a su embajador en Berlín en protesta por las medidas antijudías, otro decreto del ministro Rust estableció que todos los niños judíos que quedaban todavía en las escuelas alemanas fueran "*expulsados de inmediato*", para completar de este modo la purga inicial dispuesta en abril de 1933 con la llamada Ley de Hacinamiento en las Escuelas (Friedländer, 2009: 389).
- Ese mismo día se hizo pública la multa de mil millones de marcos alemanes dispuesta por Göring contra la comunidad judía por los daños ocasionados por el pogromo de noviembre.
- El día 19 los judíos fueron expulsados del sistema general

de ayudas sociales.

- El 2 de diciembre de 1938, “día de la solidaridad nacional alemana”, se les prohibió salir a los judíos de sus casas entre las 12 y las 20 horas (Longerich, 2009: 383).
- Al día siguiente, se los privó de sus permisos de conducir.
- El 6 de diciembre, por orden de Goebbels, la policía de Berlín les prohibió asistir a teatros, cines, salas de conciertos y conferencias, museos, ferias, exposiciones e instalaciones deportivas.
- El 8 se les prohibió el acceso a las bibliotecas universitarias.
- El 20 de diciembre, en una medida que generó especial preocupación en la comunidad judía, se emitió un decreto que ordenaba inscribirse a todos los judíos desempleados y aptos para el trabajo para desempeñar trabajos forzados.
- El 17 de enero de 1939, el Octavo Decreto Suplementario de la Ley de Ciudadanía del Reich prohibió a los judíos ejercer cualquier actividad relacionada con la medicina y la salud: farmacia, odontología o veterinaria.
- El día 24, Göring puso en marcha la Asociación del Reich de los Judíos en Alemania, que le permitió al régimen concentrar todas las asociaciones judías en una organización obligatoria de carácter unitario.[23]
- El 23 de febrero, Göring anunció en Berlín que todos los judíos debían, en las dos semanas siguientes, entregar sus joyas y otros objetos de oro, plata o platino, diamantes, perlas y otras piedras preciosas, así como también sus cubiertos de plata. Los locales públicos de adquisición les ofrecerían una “compensación” a cambio. El incumplimiento acarreaba una pena de hasta diez años de prisión o trabajos forzados.

Fue así como “[d]urante las semanas cruciales de noviembre de 1938 a enero de 1939, las medidas decididas por Hitler, Göring y sus socios acabaron por completo con cualquier resto de vida judía y con toda esperanza para la vida de los judíos en Alemania” (Friedländer, 2009: 399).

Creación de la Oficina Central del Reich para la Emigración Judía

Siempre bajo la inspiración del lema fundamental, según el cual debían hacerse todos los esfuerzos posibles para *erradicar para siempre la influencia de* "lo judío" *de todos los ámbitos de la vida alemana*, y alentados por los resultados obtenidos por la oficina que Eichmann había diseñado en Viena (donde había logrado la emigración de cincuenta mil judíos en el breve lapso que Austria llevaba anexionada, contra apenas unos diez mil de Alemania), el mariscal del Reich Hermann Göring firmó un decreto, el 24 de enero de 1939, por el cual disponía la creación de la Oficina Central del Reich para la Emigración Judía, con sede en Berlín y alcance nacional, que respondía a la misma lógica y estructura de su par vienesa, y designó al frente a Reinhard Heydrich, quien ya para entonces gozaba de la confianza tanto de Göring como de Himmler en lo atinente a asuntos judíos.

Göring tuvo que informar sobre la creación de la oficina al ministro del Interior Frick, ya que aquella funcionaría en el marco de su cartera, pero bajo la exclusiva responsabilidad de Heydrich. Este, a su vez, designaría a Heinrich Müller (que en septiembre de ese año ascendería a jefe de la Gestapo) como titular de la nueva oficina. Estaba claro que, detrás de Müller, el Departamento de Asuntos Judíos de la Gestapo, con Eichmann y sus expertos y eficientes burócratas a la cabeza, pondría manos a la obra en esta compleja tarea, como lo venía haciendo en Viena:

> *La Oficina Central del Reich tendrá la tarea de concebir políticas uniformes del siguiente modo:*
> *1) medidas para la "preparación" de la emigración creciente de los judíos;*
> *2) la "canalización" de esa emigración, incluyendo, por ejemplo, la preferencia a la hora de emigrar de los judíos más pobres […];*
> *3) la aceleración de la emigración en casos "individuales"* (Friedländer, 2009: 433-434).
>
> En los términos de su redacción, la primera frase del decreto de creación de la oficina no pudo ser más explícita y categórica: "*La emigración de los judíos de Alemania deberá ser favorecida por todos los medios*". Una decisión así indicaba que "Hitler se había decidido a hacer de la partida de los judíos un objetivo político inmediato. Lo hacía en un momento en que la emigración se había vuelto más difícil que nunca, en particular para personas que […] estaban destinadas a perder la mayor parte de sus recursos. No por ello dejó de perseguir su objetivo con una resolución innegable" (Burrin, 1990: 69).

Seguramente a partir de esta iniciativa, clara e inequívoca en lo que se refiere a la continuidad de la política de Estado antijudía durante

1939, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán emitió una circular, fechada en Berlín el 27 de enero, tres días después de la creación de la oficina berlinesa, que condensa el pensamiento nazi entonces imperante:

> *Probablemente no se deba a una mera casualidad que el señalado año 1938, además de traer la concreción del concepto de una Gran Alemania [debido a la anexión de Austria], acercará al mismo tiempo la solución de la cuestión judía. La política judía fue a la vez condición previa y consecuencia de los acontecimientos de 1938, […] fue la penetración de la influencia judía y de la mentalidad corruptora judía en la política, la economía y la cultura, la que, al paralizar la fuerza y la voluntad del pueblo alemán, le impedía alzarse nuevamente.*

Tras mencionar que a los judíos alemanes se les sumaban ahora los casi doscientos mil austríacos, continúa diciendo el informe:

> *La influencia de los judíos en la economía austríaca […] hizo necesario [tomar, en lo atinente a asuntos judíos,] medidas inmediatas para eliminar a los judíos de la economía alemana […]. La liquidación de empresas de venta al por mayor y de las fábricas judías, así como de las casas y propiedades inmobiliarias judías, está progresando gradualmente, a un ritmo tal que, dentro de un corto período, la existencia de la propiedad judía en Alemania habrá pasado a la historia.*

Y concluye de un modo característico para aquella primera etapa:

> *El objetivo final de la política judía de Alemania es la emigración de todos los judíos que viven en territorio alemán […]. Los judíos fueron eliminados de la política y de la cultura, pero hasta 1938 siguió intacta en Alemania su poderosa situación económica y su determinación tenaz en resistir hasta que [fuera] posible un retorno a "mejores tiempos" […]. Sería deseable que los amigos de los judíos en el mundo, y particularmente en las democracias occidentales, que tienen bajo su mando tanto espacio en la Tierra, suministren a los judíos una zona fuera de Palestina que les sirva de reservación y, desde luego, no para erigir un Estado judío* (en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 140-145).

Hitler, entre otras invectivas similares,[24] lanzaría en esa misma

época su más conocida admonición sobre la suerte futura del pueblo judío, a la cual volvería una y otra vez durante los años posteriores y hasta el último día de su vida. Todo ocurrió el 30 de enero de 1939, ante el Parlamento y con gran repercusión nacional e internacional:

> *Hoy quiero ser, una vez más, profeta: si los judíos que dirigen las finanzas internacionales dentro y fuera de Europa consiguen lanzar una vez más a las naciones a otra guerra mundial, la consecuencia no será la bolchevización de la tierra y, por lo tanto, la victoria judía, sino la aniquilación* [Vernichtung] *de la raza judía en Europa* (en Hilberg, 2005: 432-433).

Habida cuenta del contexto político en que fue pronunciado este discurso, especialmente en lo que hace a la situación de Alemania en el ámbito internacional a partir de su agresiva y continua estrategia de expansión territorial y la consecuente hipótesis, cada vez más cercana, de una reacción de Francia, Inglaterra y eventualmente los Estados Unidos, que desembocaría en un nuevo conflicto bélico de proporciones, la postura de Hitler contra los judíos "podía considerarse como un ejercicio más de chantaje. Los judíos de Alemania –y de Europa– serían retenidos como rehenes en caso de que sus belicosos hermanos y sus diversos gobiernos instigasen una guerra general" (Friedländer, 2009: 424). Para reforzar esta conjetura, Friedländer cita el editorial del 3 de noviembre del periódico oficial de las SS, *Schwarze Korps*, y concluye atinadamente que la posibilidad de que estuviera hablando de exterminio era apenas una entre tantas.
Por supuesto que en los años siguientes Hitler le daría ese sentido en forma inequívoca, pero recién a partir de fines de 1941 y hasta el final de la guerra. Lo importante es desentrañar el sentido que quiso darle el dictador a esa frase en el momento de ser pronunciada, y en ese caso no es posible ser concluyente; al contrario, las probabilidades inducen a entenderla como una amenaza con fines de chantaje o amedrentamiento, amenaza que, como todas, nunca permite saber a ciencia cierta qué grado de determinación y de convencimiento tiene quien la profiere. En el mismo sentido se pronuncia Steinert, para quien "esta declaración puede también entenderse como un nuevo intento de intimidar a las democracias para realizar con éxito sus proyectos en Checoslovaquia y eventualmente en Polonia: los judíos le servirían de rehenes" (Steinert, 2004: 462).

Con el discurso de Hitler del 30 de enero de 1939, la presión ejercida sobre los judíos para que abandonaran el Reich llegó probablemente a su máxima expresión. Pero para ese entonces, y pese a que el régimen hizo ingentes esfuerzos para concretar la emigración masiva, la gran mayoría de los judíos que vivían bajo la égida del imperio nazi ya

habían sido desposeídos de sus riquezas, propiedades y ejercicio de actividades laborales; por mucho que pretendieran escapar del acoso abrumador al que eran sometidos, a partir de ese momento la posibilidad de conseguir un visado desde el extranjero era cada vez más lejana.

Entretanto, a pesar de las crecientes dificultades producto del rápido empobrecimiento del colectivo perseguido, la burocracia estatal del régimen seguía trabajando en pos del mismo objetivo, sólo que ahora con una centralización administrativa que procuraba imprimirle al asunto un ritmo más acorde con las expectativas de la dirigencia política. El 5 de febrero de 1939 Göring apareció nuevamente en escena, esta vez dando instrucciones a Heydrich para resolver el problema judío "*mediante la emigración y la evacuación*".

En tales circunstancias, Heydrich, como responsable político de la flamante Oficina de Emigración instalada en Berlín, dio lo máximo de sí para acelerar la partida de judíos, y se concentró en estimular el "*éxodo masivo*" de la judería germana. Su gestión fue ciertamente eficiente, ya que mientras que la cifra de emigración de judíos desde Alemania había sido de unos cuarenta mil en 1938, en los primeros nueve meses de 1939, y a pesar de todos los contratiempos, especialmente la situación de penuria económica de los afectados, la cifra subió a unos setenta y ocho mil. Destaca Gilbert que, todavía a comienzos de 1940, "aquellos que procuraban emigrar continuaban con su búsqueda de visas. El problema no era del lado de Alemania, para quien la emigración judía era un imperativo, sino de parte de las naciones que se mostraban reticentes a aceptar a los inmigrantes" (2007: 194).

Por otra parte, el 11 de febrero de 1939, dos semanas después de la creación de la Oficina Central de Emigración con sede en Berlín, se efectuó la primera sesión de trabajo a la que fueron convocados los jefes de las distintas secciones. En dicha ocasión, su responsable político, Heydrich, informó a los presentes acerca de la expectativas que tenía el SD en la vigencia del Acuerdo de Haavara con la agencia judía Mossad en Palestina. En defensa de su continuidad, y desdeñando su aspecto menos presentable –el hecho de que el Estado alemán actuaba en la más abierta ilegalidad frente al derecho internacional–, señaló que:

> *[…] los transportes ilegales ya circulaban por allí desde muchos otros países europeos, que en sí mismos eran sólo países de tránsito, y en esas circunstancias Alemania debía aprovechar también la oportunidad, pero sin participación oficial […] había que aprovechar todas las posibilidades que se presentasen de expulsar a un judío de Alemania* (Friedländer, 1997: 415).

En efecto, y tal como vimos al momento de concretarse el acuerdo Gestapo-Mossad engendrado durante el otoño del año anterior, unos diecisiete mil judíos ilegales alemanes y austríacos, en su mayoría jóvenes, llegaron a Palestina durante los ocho primeros meses de 1939. Ahora bien, según Steinert, en el marco de este arreglo "[e]l comienzo de la guerra contra Polonia hizo fracasar la partida de diez mil judíos de Emden y de Hamburgo hacia ese territorio" (Steinert, 2004: 457).

Otra iniciativa verificada durante aquellos meses –entre el pogromo de noviembre y la invasión a Polonia–, demostrativa de los designios del régimen nazi de deshacerse de todos sus judíos, que debió superar considerables complicaciones y requirió el trabajo coordinado de autoridades alemanas, británicas y entidades filantrópicas judías y cristianas, fueron los llamados *Kindertransport* (transporte de niños), a través de los cuales se organizó la emigración de miles de niños, en su gran mayoría judíos alemanes, austríacos y checos, con destino a Inglaterra.

La empresa, bajo la supervisión de Heydrich y controlada a partir de febrero de 1939 desde la oficina central, consistía en el alistamiento y despacho de trenes especiales desde Berlín, Viena, Praga y otras ciudades del Tercer Reich, con destino al puerto inglés de Harwich, vía Holanda, desde donde partían los barcos que cruzaban el canal de la Mancha con el precioso cargamento a bordo: centenares de niños y niñas judíos. El último tren logró pasar la frontera alemana-holandesa apenas unas horas antes del inicio de la guerra y, desde allí, los últimos niños fueron llevados a las costas inglesas. En esos nueve meses, "las organizaciones involucradas en el *Kindertransport*, tanto judías como cristianas, llevaron 9354 niños refugiados a Gran Bretaña; de ellos, 7482 eran judíos […], 1350 niños judíos más fueron admitidos en Gran Bretaña como parte de los programas de entrenamiento agrícola para la futura emigración a Palestina" (Gilbert, 2007: 227).

Asimismo, el 25 de febrero de 1939, y en lo que resultó ser otra medida concreta dispuesta por Heydrich en pos del objetivo encomendado por Göring veinte días antes (recuérdese que este no sólo había hablado de "emigración" sino también de "evacuación"), la Gestapo le ordenó a la comunidad judía en Berlín que presentara a diario una lista de cien judíos (tres mil al mes) que deberían ser obligados a abandonar Alemania dos semanas después de presentada la lista. La emigración también fue organizada según esos mismos parámetros desde los centros establecidos en otras siete ciudades: Viena, Breslau, Stuttgart, Fráncfort, Dresde, Colonia y Hamburgo.

En medio de este proceso coordinado de expulsión de los judíos alemanes y austriacos, tuvo lugar un nuevo e impactante suceso del

frente internacional. El acontecimiento tenía un antecedente muy reciente, ya que Alemania, en enero de ese año, había anexionado un territorio marginal a expensas de Checoslovaquia, los Sudetes, alegando que su población era en buena medida de origen alemán, hecho que no había traído mayores consecuencias sobre la política de emigración de Göring y Heydrich debido a que prácticamente todos los judíos de aquella región habían huido, previsiblemente, a otras regiones del citado país vecino.

Pero el 14 de marzo siguiente, Hitler, sin salir de Berlín, mediante una astuta e insidiosa maniobra de coacción, logró arrancarle al presidente checoslovaco Emil Hacha la firma del documento de capitulación. Enseguida ordenó la invasión del país y las Fuerzas Armadas ocuparon Praga al día siguiente. De este modo, unos ciento dieciocho mil judíos más, sumados a veinticinco mil refugiados alemanes, austríacos y de los Sudetes, quedaron bajo dominio nazi; más de la mitad de ellos vivían en su capital, Praga. Sin perder tiempo, hacia allí se dirigieron desde Viena los oficiales de las SS Franz Stahlecker y Adolf Eichmann, y una vez más establecieron una Oficina Central para la Emigración Judía en Praga.

Previsiblemente, y otra vez en apoyo a la política de Estado imperante, "las órdenes de Eichmann eran llevar a cabo las instrucciones de Heydrich, vía Göring, y acelerar la emigración judía. En los seis meses de que dispuso antes del desencadenamiento de la guerra, Eichmann aseguró la emigración de treinta mil judíos, tanto checos como de Alemania, Austria y los Sudetes que habían encontrado refugio en Praga" (Gilbert, 2007: 204).

Entretanto, continuaban las medidas en pos del ahogamiento económico de los judíos. Entre esta sucesión de disposiciones, cabe destacar la adoptada por decreto del 30 de abril de 1939, que permitía rescindir los contratos de alquiler de los judíos, lo que favoreció su creciente concentración en alojamientos que eran propiedad de judíos. Esta medida, además, fue utilizada por las autoridades municipales y del partido para presionar a los propietarios arios a rescindir los contratos que hubieran celebrado con inquilinos judíos. Esta escalada tendría un último eslabón a comienzos de 1941, cuando se dispuso mediante otra ordenanza que todos los judíos que todavía no lo habían hecho fueran forzados a abandonar sus hogares para hacinarse en *Judenhäuser* (casas judías) especiales (Gilbert, 2007: 239-240).

En definitiva, a partir del pogromo de la Noche de los Cristales, durante los últimos dos meses de 1938 y hasta bastante avanzado el año siguiente, en que comenzó la Segunda Guerra Mundial, la dictadura nacionalsocialista le imprimió aún mayor velocidad e intensidad al proceso de segregación y empobrecimiento dirigido hacia los judíos; con todo, como veremos en los siguientes capítulos,

todo lo que se había hecho en contra de este colectivo hasta ese momento no era más que "un cruel preludio del terror creciente y constante" al que se enfrentarían después (Johnson, 2003: 424).

En los diez meses posteriores al citado pogromo, el régimen nazi produjo más de doscientas veinte medidas antijudías: leyes, decretos, reglamentos, resoluciones ministeriales, emanados de organismos de seguridad y de policía, de ministerios y de entes económicos, entre otros. Este vasto corpus de normas, detrás de cuyo lenguaje pretendidamente impersonal se proyectaba una carga de crueldad y discriminación pocas veces vista, empobreció a todo un pueblo, "alimentando la avaricia de sus adversarios y quebrando sus posibilidades, de modo que apenas pudieran cubrir las necesidades más básicas de la vida cotidiana" (Gilbert, 2007: 146).

Ahora bien, como sostiene Friedländer, "los nazis eran muy conscientes del dilema que había exacerbado la arianización acelerada: el rápido empobrecimiento de la población judía y las crecientes dificultades en el camino de la emigración estaban creando un nuevo problema judío social y económico de proporciones inmensas" (2009: 356). El final de este camino era previsible: "de unos cuantos plumazos, la burocracia había reducido a una comunidad en otro tiempo próspera, con una experiencia acumulada e inversiones extensas, a una banda de famélicos trabajadores forzados que suplicaban su magra comida al final del día", diría Hilberg (2005: 168) de la situación de los judíos en el Reich.

Pero está claro que el insoportable acoso a que fueron sometidos los judíos no estaba relacionado –al menos, no todavía– con la previsión de conducirlos a su exterminio físico, sino que las intenciones y proyectos de los líderes nazis seguían transitando el andarivel de la supresión total de su influencia en el seno de la comunidad germana y, en consonancia con ello, la búsqueda cada vez más inescrupulosa de su emigración masiva.

El mundo se cierra para los judíos europeos

Podríamos decir que los ocho primeros meses de 1939, tras el fracaso de la conferencia de Evian y la creciente campaña antijudía del régimen hitleriano, fueron el período durante el cual el mundo pudo haber salvado cientos de miles de refugiados judíos y, por diversas razones, ninguna de ellas justificada, no lo hizo. En cuanto a las cifras puntuales, según el censo alemán de mayo de 1939, 213 000 judíos plenos (de los 566.000 que había en enero de 1933, cf. Zadoff, 2004: 524) vivían en el Altreich, es decir en Alemania, y a ellos deben

sumárseles los 118 000 judíos checos recientemente incorporados, y unos 60 000 (de los 190.000 originales) que aún quedaban, para ese entonces, en Austria. El total orillaba los 400.000 (Friedländer, 2009: 431).

A pesar de la evidencia de la magnitud del peligro que estaba corriendo esa minoría establecida en el corazón de Europa, y de la situación desesperante que estaba atravesando en lo social y económico, Occidente actuó movido por intereses mezquinos y cálculos de corto plazo, apelando casi siempre a excusas pueriles y diatribas basadas en motivos raciales, nacionalistas o religiosos. Eso conllevó la perdición de miles y miles de familias, que en su mayoría terminaron en los campos de exterminio años después.

Si bien durante este lapso muchos países continuaron aceptando el ingreso de judíos, con el transcurso de los meses las naciones receptoras fueron disminuyendo y las que aún admitían la inmigración fueron cerrando cada vez más las compuertas, hasta dejar tan sólo resquicios por donde fluía un número meramente simbólico de nuevos salvados: "En Europa, Holanda, Francia, Bélgica, Luxemburgo, Suecia, Finlandia, Noruega y Dinamarca continuaron aceptando refugiados judíos germanos. Durante mayo [de 1939], tres mil judíos alemanes y austríacos llegaron a Shangai, más que duplicando a los que ya estaban allí. Pero los lugares de refugio eran cada vez menos según pasaban los meses" (Gilbert, 2007: 208-210).[25] Estos ocho meses ignominiosos están plagados de episodios de rechazo a refugiados de los que las naciones involucradas hoy se avergüenzan, y que en su momento habrán significado la mayor de las decepciones para esas personas que sólo buscaban un lugar seguro para poder continuar con sus vidas. Veamos algunos de estos hechos tan tristes para la historia de Occidente:

- El 25 de febrero de 1939, el gobierno uruguayo rechazó la entrada de sesenta y ocho refugiados judíos alemanes llegados a bordo del barco italiano Conte Grande; y la Argentina tuvo una actitud similar. Finalmente, el 1º de marzo, en un gesto francamente excepcional, Chile los aceptó a todos (Gilbert, 2007: 199-200).
- También hacia fines de febrero de 1939 la Argentina rechazó a otros veintiocho refugiados judíos alemanes provenientes de Hamburgo en el vapor General San Martín, que debieron regresar a Alemania (Gilbert, 2007: 200).
- Lo mismo les ocurriría a unos doscientos refugiados judíos a bordo de otros tres vapores, Cap Orte, Monte Oliva y

Mendoza, tras sendos rechazos de Paraguay y de la Argentina (Lipstadt, 1986: 119).

- Hacia abril de 1939, Gran Bretaña, ante el acercamiento del mundo árabe al Eje, “se desdijo de todos sus compromisos y a efectos prácticos cerró las puertas de Palestina a la inmigración judía” (Friedländer, 2009: 409).
- Asimismo, los Estados Unidos no cubrieron las cuotas de inmigración para Alemania y Austria en 193 En julio de 1939 se propuso una ley de admisión de veinte mil niños judíos refugiados, que el Senado no aprobó (Lipstadt, 1986: 112; Friedländer, 2009: 409).
- El buque St. Louis zarpó de Hamburgo el 13 de mayo con novecientos veintisiete refugiados judíos alemanes a bordo. Todos tenían visas de ingreso a los Estados Unidos, pero no para ese año sino para 1940 y 194 El 27 de mayo el buque llegó a Cuba, donde se suponía que quedarían transitoriamente los refugiados hasta la fecha prevista por la visa norteamericana. Sin embargo, sólo se autorizó a desembarcar a veintidós. Siete países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Panamá, Paraguay y Uruguay) rechazaron recibir a un solo refugiado. El 2 de junio el barco zarpó de La Habana con destino a Hamburgo, aunque demoró su regreso frente a las costas norteamericanas, a lo largo del estado de Florida. Pero el secretario de Estado Cordell Hull rehusó autorizar la entrada de los refugiados. Estos imploraron clemencia al presidente Roosevelt, pero no obtuvieron respuesta. El 8 de junio, Canadá también los rechazó. El 10 de junio, el barco partió de regreso a Europa. Una semana más tarde amarró en Amberes. Finalmente, ante semejante escándalo internacional, cuatro naciones europeas realizaron un gesto humanitario y resolvieron admitirlos: Francia (doscientos cuarenta y cuatro), Bélgica (doscientos catorce), Holanda (ciento ochenta y uno) e Inglaterra (doscientos ochenta y ocho).[26]
- Otros dos vapores, el Flandres (con un total de noventa y seis refugiados) y el Orduna (con un total de cuarenta), también tuvieron que retornar a puertos europeos tras sendos e infructuosos viajes a América. Los refugiados, finalmente, tuvieron un destino similar al de los pasajeros del St. Louis (Gilbert, 2007: 215).

Podemos resumir la situación de los judíos durante esta etapa del siguiente modo: en lo que muchos historiadores consideran el primero de los dos grandes períodos de la historia del nacionalsocialismo, es decir, desde el ascenso de Hitler al poder hasta el desencadenamiento de la guerra (1933-1939), los judíos alemanes (a los que luego se sumaron sus pares austríacos y checos) fueron perseguidos, discriminados y coaccionados a emigrar de modo creciente; y así la comunidad fue reduciéndose, paulatinamente, a la mitad de lo que era en la época del ascenso de Hitler al poder (Gellately, 2002: 198).

Durante ese período, la política de Estado imperante en los circuitos del poder y las estructuras burocráticas y administrativas al servicio de los designios de Hitler y su régimen fue la misma: hacer desaparecer todo vestigio de judaísmo de la vida y del suelo del imperio alemán y, para ello, la principal herramienta a la que el dictador echó mano se condensó en una sola palabra: emigración. Más aún, hay quienes extienden este período hasta 1940; es el caso de Hilberg y de Steinert, quien llega a afirmar que esta política de emigración compulsiva se solapa en realidad con las distintas soluciones territoriales que siguieron.

Básicamente fueron dos los factores que dieron estabilidad a esta idea durante un prolongado período de más de seis años. El primer factor era de tipo demográfico. La emigración total de la comunidad judía alemana, como asimismo de la austríaca y la checa –consecuencia de las respectivas anexiones al Reich–, cuyo total en ningún momento superó el medio millón de personas (dado que la incorporación de contingentes de judíos producto de las sucesivas anexiones territoriales se compensaba con las emigraciones que se iban concretando), no parecía un objetivo inalcanzable para las agencias estatales nazis, deseosas de cumplir este mandato.

El segundo factor es que, en este primer período de la dictadura nacionalsocialista, Hitler quería que Occidente siguiera considerándolo un líder político digerible en el concierto de los países de Europa; pretendía perversamente ser aceptado por naciones como Francia e Inglaterra (el momento culminante de esta política fueron los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936) para poder así continuar con su ambiciosa política de anexiones territoriales a expensas de sus vecinos, en especial, en el sur y en el este. Las prácticas abiertamente genocidas en tiempos de paz hubieran conspirado seriamente contra esta estrategia, que en pocos años convirtió a la Alemania de Hitler en una potencia.

Los cálculos estimativos recientes señalan que entre 1933 y 1940, sobre una población judía total de unas ochocientas setenta mil

personas, casi medio millón de ellas lograron emigrar del imperio nazi: trescientos veinte mil alemanes, ciento treinta mil austríacos y veinticinco mil checos.[27] Estas cifras, en forma aproximativa, se asemejan a las que el propio Adolf Eichmann informó a sus superiores en la RSHA, precisamente en diciembre de 1940.[28] También se constatan, aunque siempre en forma relativa, a partir de los judíos que terminaron siendo asesinados, contabilizados por cada una de estas naciones, conforme al siguiente cuadro:[29]

		b. Em	c. Asesinados
Alemania	[illegible]		160.000
Austria	[illegible]		65.000
Checoslovaquia	[illegible]		85.000
Totales			**310.000**

En estos más de seis años transcurridos, no fue mayor la salida del país de los miembros de la judería alemana, a los que se sumarían más tarde los de las colectividades austríaca y checa, en primer lugar debido a que muchos de sus integrantes, así y todo, se resistían a abandonar su patria, y en segundo término porque fueron imponiéndose en el mundo políticas crecientemente refractarias a la inmigración que no fuera de grupos nacionales.

La Noche de los Cristales, su violencia desnuda y abierta contra las comunidades judías en todas las ciudades de Alemania y Austria, su amplia publicidad y las reacciones posteriores del régimen nazi, en especial el ya citado aceleramiento de la producción de medidas antisemitas y la escalada de los discursos de Hitler y otros dirigentes en su contra, convencieron a la gran mayoría de los judíos que aún quedaban en el Reich de que no había ya esperanzas de resistir “hasta la llegada de tiempos mejores” (Johnson, 2003: 424).

Lo cierto es que, hacia mediados de 1939, los preparativos para la invasión a Polonia coincidieron con un agotamiento de esta etapa, aunque la emigración no forzada, incluso después del estallido de la guerra, siguió con vida –al menos formalmente– en el marco de la política oficial alemana para la cuestión judía hasta el otoño de 1941 (Gellately, 184; Burrin, 1990: 14). Claro que los judíos que para ese entonces aún estaban en condiciones de superar las dificultades logísticas y económicas que les planteaba ese objetivo eran una ínfima minoría: durante 1940 tan sólo emigrarían de Alemania unos quince mil, y durante 1941, apenas ocho mil (Johnson, 2003: 425-426).

En definitiva: en los meses previos a la invasión a Polonia, la burocracia dedicada a los asuntos judíos en todos los estamentos del

Reich ya estaba preparada para dar el salto hacia el siguiente desfiladero, aún más estrecho, adonde sería conducida la judería europea bajo el dominio nazi: la llamada Solución Territorial.

[8] Acerca del Tratado de Versalles y de lo que significó el período de la República de Weimar en la construcción del poder político nacionalsocialista, véase Weitz (2009, caps. I, III y, especialmente, cap. IX).

[9] El 18 de julio de 1934, tras la disolución de las Tropas de Asalto, Hitler conferiría a las SS la condición de organización independiente y les permitiría la formación de unidades armadas.

[10] La Noche de los Cuchillos Largos fue un hito remarcable en el proceso de desintegración de los más elementales pilares del Estado de derecho durante la Alemania nazi. Consistió en el asesinato, planificado por Hitler y las SS, y ejecutado sin ningún tipo de contemplaciones ni juicio previo ni advertencia, de casi un centenar de adversarios políticos –en especial, Ernst Röhm y demás miembros de las SA, además de dirigentes conservadores como el ex canciller Kurt von Schleicher y de altos jefes del Ejército, como el mayor general Ferdinand von Bredow–. Los asesinatos fueron realizados por miembros de las SS y otros grupos de choque, empleando la más elemental fuerza bruta, ya que los señalados para su eliminación murieron víctimas de feroces palizas, de apuñalamientos o de ejecuciones a corta distancia con armas de fuego, la mayoría sorprendidos en sus propias viviendas, aunque no faltaron casos –como el del líder de las SA Röhm y su círculo de confianza– en que los perseguidos fueron secuestrados, conducidos a cárceles y allí masacrados sin más. Tres días más tarde, el 3 de julio de 1934, el Parlamento sancionó por aclamación la Ley de Medidas de Legítima Defensa del Estado, por la cual los sangrientos sucesos acaecidos se consideraban un acto directo de ejercicio de autoridad por parte del Führer y, como tales, se sustraían a cualquier revisión o juzgamiento. Esta decisión parlamentaria fue saludada públicamente, entre otros, por el jurista Carl Schmitt.

[11] Estaba de viaje en el exterior y decidió no regresar a Alemania. En represalia, "[l]a sociedad del Káiser Guillermo lo despidió de su cargo; la Academia de Ciencias prusiana lo expulsó y le fue retirada la ciudadanía. Einstein ya no era alemán" (Friedländer, 2009: 28-29). Toland (2009: 464) agrega que "[l]as cuentas bancarias de Albert Einstein fueron embargadas cuando se encontró en su casa un cuchillo de cortar pan, arma categóricamente letal".

[12] En mayo de 1925, Wilhelm Frick, por entonces diputado del NSDAP, había propuesto infructuosamente ante el Reichstag la misma legislación. Tras haber sido designado por Hitler como ministro del Interior, el 24 de marzo remitió nuevamente el proyecto de ley al gabinete. En el momento del boicot (1º de abril) Hitler le dio su apoyo y Frick consiguió su aprobación (Friedländer 2009: 50).

[13] Debido a las excepciones, la aplicación inicial de la ley de expulsión de los abogados judíos fue bastante laxa. De los 4585 abogados judíos que ejercían en Alemania, el 70% pudo continuar trabajando; la mitad de los setecientos jueces y fiscales judíos también siguieron en sus puestos (Friedländer, 2009: 52), aunque no durarían mucho tiempo más en sus cargos.

[14] Friedländer relata que, en el verano de 1933, uno de los principales líderes sionistas de Palestina, Arthur Ruppin, nacido en Alemania, visitó al teórico nazi de la raza Hans F. K. Günther en la Universidad de Jena: "'Los judíos –le aseguró Günther– no eran inferiores a los arios, sino sencillamente distintos'.

Eso significaba que había que encontrar una 'solución justa' para el problema judío. El profesor, indicaba Ruppin con satisfacción, se mostró muy amistoso" (2009:98). Véanse asimismo, sobre el Acuerdo de Haavara, Hilberg, 2005: 153-154, y Steinert, 2004: 452-457.

[15] El 8 de agosto de 1938 llegarían los primeros trescientos presos al recientemente inaugurado *Lager* de Mauthausen, delincuentes austríacos y alemanes provenientes de Dachau. Recién en 1940 llegarían los primeros noventa judíos.

[16] La exclusión de Palestina obedecía a que la emigración hacia esta región estaba regulada por el ya referido Acuerdo de Haavara, vigente desde agosto de 1933, que se mantuvo activo incluso algunos meses más allá del inicio de la guerra en Europa en septiembre de 1939 (véase Zadoff, 2004: 113-114).

[17] Al respecto véanse Milgram (2003: 9-11) y los demás trabajos allí contenidos, en especial el de Haim Avni. Véase asimismo Rafecas (2008: 123-126). El Museo del Holocausto de Washington estima la cifra total en algo menos, alrededor de ochenta mil refugiados para toda América Latina (cf. Berenbaum, 2006: 54).

[18] Este fue derogado recién el 14 de mayo de 1948, con la creación del Estado de Israel.

[19] Véase asimismo Friedländer (2009: 414-415): "Estas operaciones ilegales las respaldaban Heydrich y todas las ramas del SD y la Gestapo, con pleno conocimiento de la *Wilhelmstrasse*", es decir, del Ministerio de Relaciones Exteriores, a cargo de Joachim von Ribbentrop desde enero de 1938.

[20] Heydrich había previsto que a partir de octubre de 1939 los barcos salieran directamente de dos puertos alemanes, e incluso los barcos despachados por el Mossad estaban en camino, pero "el inicio de la guerra puso fin a la continuidad de la actividad de rescate" (Gilbert, 2007: 212).

[21] Friedländer agrega: "El dinero necesario para financiar la emigración se obtendría mediante un préstamo internacional […]. Hitler, afirmaba Göring, era muy favorable a esa idea".

[22] Entre otras disposiciones, dos meses antes, el 15 de octubre, las autoridades alemanas decidieron cancelar todos los pasaportes de judíos debido a las crecientes quejas diplomáticas ante Alemania, por parte de Francia y otros países, sobre todo fronterizos, acerca de refugiados ilegales –judíos alemanes y austríacos– que ostentaban sellos y visados falsos en pasaportes legítimos. Desde entonces, para obtener nuevos pasaportes, los futuros emigrantes deberían atravesar un largo y engorroso proceso (Gilbert, 2007: 137). Después de la visita de Ribbentrop a París, el 23 de diciembre de 1938, se adoptó otra medida destinada a acallar las quejas diplomáticas: la Gestapo dio órdenes muy estrictas a todos los cuarteles fronterizos para evitar que los judíos pasaran ilegalmente a los países vecinos (Friedländer, 2009: 413). Es importante comprender la lógica de estas medidas en este contexto, pues de otro modo podría considerárselas contradictorias con la política imperante para la cuestión judía; nótese que ambas disposiciones, desconectadas del contexto y las razones que las motivaron, podrían tomarse erróneamente como destinadas a entorpecer u obstaculizar adrede la salida de los judíos del Reich.

[23] Véase Longerich, 2009: 382-383. Esta asociación fue heredera de la Representación en el Reich de los Judíos Alemanes (Reichsvertretung), una organización nacional judía fundada el 17 de septiembre de 1933 con el objetivo de aglutinar a todas las agrupaciones judías existentes para hacer un frente común en defensa de sus intereses ante el nazismo. Sus principales directivos fueron el rabino de Berlín, Leo Baeck, y el dirigente comunitario Otto Hirsch. Entre otras tareas filantrópicas, la Reichsvertretung ayudó a los judíos

alemanes a preparar la emigración en coordinación con las autoridades alemanas. Con la aprobación de las leyes de Núremberg en 1935, se vio obligada a cambiar su nombre por el de Delegación en el Reich de los Judíos Alemanes. Cinco meses después, el 4 de julio, mediante el artículo 2º del Décimo Decreto Suplementario de la Ley de Ciudadanía, se establecería como misión fundamental de la asociación "*favorecer la emigración de los judíos*" (Friedländer, 2009: 433).

[24] Pocos días antes, el 21 de enero de 1939, Hitler le dijo al ministro de Relaciones Exteriores checoslovaco, Chvalkovsky, que en lo atinente a la cuestión judía en Alemania "*[n]uestra blandura fue una debilidad, y lo lamentamos. Esta plaga debe ser destruida. ¡Los judíos son nuestros enemigos jurados, y para finales de año [de 1939] no quedará un judío en Alemania! Ha llegado el momento de ajustar cuentas*" (Toland, 2009: 759). Según Friedländer, Hitler le dijo además que "*los judíos de Alemania serían* 'aniquilados*', término que en el contexto de sus declaraciones parecía aludir a su desaparición como comunidad*" (2009: 423). Burrin le asigna el mismo sentido: "[s]e trataba aquí del aniquilamiento de los judíos en cuanto comunidad viva en Alemania, no de su exterminio físico" (1990: 71).

[25] El 24 de marzo de 1939, ciento veinticinco refugiados judíos alemanes llegaron a Nueva York con permisos válidos a bordo del Deutschland, y se les permitió la entrada. El 15 de abril, otros quinientos arribaron a esa ciudad a bordo del Washington (Gilbert, 2007: 201).

[26] Gilbert, 2007: 214-215. Véanse asimismo Friedländer, 2009: 409, y la crónica del Museo del Holocausto de Washington en Berenbaum, 2006: 54. El seguimiento del caso por la prensa norteamericana puede verse en Lipstadt, 1986: 115-120.

[27] Véase Hilberg, 2005: 1236. Del total, se calcula que unos cien mil fueron recapturados por los nazis en sus posteriores conquistas. El resto pudo escapar definitivamente al acecho genocida. Según este autor, unos 155.000 encontraron refugio en los Estados Unidos (en el mismo sentido Gilbert, 2007: 131 y 134-135), setenta mil en Palestina y unos ciento cincuenta mil en otros lugares del mundo (2005: 1237).

[28] Informe de Eichmann a Himmler acerca de la *situación actual de la cuestión judía*, fechado el 4 de diciembre de 1940, en el que se fija exactamente en 501 711 la cifra de judíos deportados desde Alemania, Austria y el Protectorado de Bohemia y Moravia. Agrega el informe que, debido al descenso de la población judía, del contraste entre fallecimientos y nacimientos judíos en ese período, que arroja una diferencia negativa de 57 036 personas, en definitiva quedaban aún otros 315 642 judíos dentro de las fronteras del Tercer Reich (citado en Browning, 2005: 102).

[29] Fuente: Zadoff, 2004: columnas A, B y C, 119, 141, 162, y cuadro p. 524; Hilberg, 2005: 1236, columna B. Estos cálculos son meramente aproxima—tivos ya que, como afirma este último autor, "no se puede reconstruir con precisión la imagen general, porque los judíos se trasladaron de un país a otro" (2005: 1246).

2. Segunda etapa

La Solución Territorial

Der Stürmer

Deutsches Wochenblatt zum Kampfe um die Wahrheit

HERAUSGEBER: JULIUS STREICHER

Nummer 1 | Nürnberg, im Januar 1938 | 16. Jahr 1938

Madagaskar

Mit Beginn der roten Revolution im November 1918 wurden plötzlich auf allen wichtigen Stellen des Staates Juden. Damit offenbarte sich nach außen hin die von innen her gewordene Judenherrschaft jener Tage.

Aber nur den Wissenden im Volke war die Gefahr, die mit jenem Geschehen aufgekommen war, bewußt geworden. Für den Großteil des deutschen Volkes hatte jener Vorgang jedoch keine Bedeutung. Für das deutsche Volk gab es schon seit langem keine Judenfrage mehr. Das deutsche Volk war in einer materialistisch-demokratisch-liberalistisch verseuchten Zeit dazu erzogen worden, im Juden keinen Fremdrassigen mehr zu sehen. Es war dazu erzogen worden den Juden als Volksgenossen und damit als gleichberechtigt anzuerkennen. So konnte es sein, daß der Großteil des deutschen Volkes der Machtübernahme durch die Juden unwissend und gleichgültig gegenüberstand. Diese Unwissenheit und Gleichgültigkeit hatten zur Folge, daß die nun einsetzende antijüdische Aufklärungsarbeit sehr erschwert war.

Dem Stürmer aber gelang es gar bald, die erste Bresche zu schlagen und innerhalb und außerhalb der nationalsozialistischen Bewegung eine Volkstümlichmachung antisemitischen Gedankengutes herbeizuführen. Da das Wissen vom Juden in allen Schichten des deutschen Volkes sich immer mehr ausbreitete und heute zum unverlierbaren Besitz geworden ist, sowie der nationalsozialistische Staat Gesetze schaffen, die den Juden aus seiner ergaunerten Vorherrschaft wieder auf ein Maß zurückführten, das der

Aus dem Inhalt

Ein talmudisches Wunder
Größte Diamantschmugglerbande in Amerika gesprengt
Die Judenfrage in Jugoslavien
Der Verteidiger des Alkazar
220 Volt Spannung
Aus der Reichshauptstadt
Aus Schlesien
Arbeiterunterdrücker Jud Seemann

Das Ende

Die Krise hat den Juden bös,
Die neue Zeit macht ihn nervös.
Kein Lug, kein Trug will frommen,
Er sieht das Ende kommen

Die Juden sind unser Unglück!

Tras los dramáticos sucesos de fines de 1938, la *cuestión judía* fue puesta en manos del cuerpo de seguridad del Estado (las SS), que durante los dos años siguientes elaboró una sucesión de planes destinados a deportar masiva y compulsivamente a todos los judíos del imperio nazi a distintos sitios. Esos planes fueron sucesivamente descartados a medida que el escenario europeo se iba modificando, debido al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial y a las conquistas territoriales logradas por Hitler. Finalmente, los proyectos secretos de invadir la Unión Soviética concitarían la atención de los planificadores que buscaban "una solución al problema judío".

Rupturas y continuidades con la etapa previa

Podemos identificar una fecha que marca un punto de inflexión en el tratamiento oficial de la cuestión judía. A partir de ella, la estrategia de forzamiento de la emigración como política de Estado –propia de la etapa anterior– dejaría de ser realizable incluso a mediano o largo plazo: esa fecha es el 11 de abril de 1939, y el acontecimiento, la orden de Hitler a las Fuerzas Armadas de prepararse para la operación Blanco, la invasión a Polonia.

Una vez incluida esta nueva coordenada en los circuitos burocráticos estatales, las agencias encargadas de los asuntos judíos –a partir del esperable acceso a un contingente de no menos de tres millones de ellos, esta vez polacos (una cifra seis veces más elevada que la de cualquier momento previo)– advertirían rápidamente que la embrionaria orden de Göring –impartida dos meses antes y consistente en buscar, junto con la emigración, la *evacuación* de los judíos como Solución Final al asunto– sería el nuevo camino a seguir en pos del objetivo.

Está claro que este nuevo sendero a explorar ya había sido tanteado durante los años previos a través de algunos borradores, comentarios, notas y ensayos especulativos, inevitables por ser tantas las áreas y los funcionarios involucrados en el tema. Pero ahora –y esto es lo relevante– eran las usinas de poder –es decir, los lugares desde donde se coordinaba y se impulsaba el inmenso y poderoso aparato estatal del régimen, y especialmente las agencias de seguridad– las que tomaban la iniciativa.

Al mismo tiempo, y en paralelo a los veloces progresos en el diseño de diversas posibilidades de evacuación masiva de los judíos, la anterior política de emigración siguió vigente en el Reich: aunque comenzó a perder fuerza cuando se desató la guerra, continuó en

forma decreciente durante 1940,[30] y fue finalmente sepultada el 21 de octubre de 1941 con el cierre definitivo de las fronteras del imperio para los judíos.[31]

Lo que sí continuó vigorosamente, y así se mantuvo casi hasta el final de la guerra, fue la producción incesante de legislación antijudía, que retomó especial impulso –y estrechó cada vez más las posibilidades de subsistencia de esta minoría en el territorio del Reich– cuando se concretó la operación Blanco, es decir, cuando las tropas alemanas traspusieron la frontera polaca en la madrugada del 1º de septiembre de 1939 con una eficacia que asombró al mundo y que sería bautizada como *Blitzkrieg,* o "guerra relámpago". Este episodio histórico marcó, de un modo ciertamente esperable, el inicio de la guerra en Europa.

Según uno de los biógrafos de Hitler, tras la invasión a Polonia "el mundo quedó conmocionado por el súbito ataque. No hubo una condena del Vaticano […]. Hitler echó la culpa de la hostilidad norteamericana a la prensa controlada por los hebreos y a los judíos que rodeaban al presidente *'Rosenfeld*'" (Toland, 2009, 854). Fue entonces cuando, con el pretexto de servir de "*represalia ante la hostilidad de la judería mundial*" tras la movida más reciente de Alemania en el tablero internacional, se adoptaron muchas otras medidas contra los judíos. Entre otras, las siguientes:

- El 10 de septiembre de 1939, Hitler prohibió a todos los judíos del Reich, desde entonces considerados enemigos del Estado, salir de sus casas durante la noche (Toland, 2009: 854).
- El 12, tres días después de la invasión a Polonia, la Policía de Seguridad asignó a los judíos tiendas específicas para adquirir víveres y demás artículos destinados a cubrir sus necesidades básicas dentro el territorio del Reich (Longerich, 2009: 422).
- El 21, todas las comunidades judías en Alemania con menos de quinientos miembros fueron disueltas y forzadas a dejar sus pueblos y villas y a trasladarse a comunidades judías más grandes (Gilbert, 2007: 229).
- El 23, fueron incautados en todo el Reich los aparatos de radio que estuvieran en poder de judíos, incautación ordenada por Himmler al día siguiente del comienzo de la guerra (Toland, 2009: 854; Longerich, 2009: 422).

Pero, más allá de las iniciativas adoptadas tras el inicio de la guerra,

debemos recordar que, en los dos años posteriores a la invasión a Polonia, se dictaron en total más de doscientas cincuenta medidas discriminatorias y persecutorias contra los judíos en el territorio del Reich (Longerich, 2009: 442). Y también cabe señalar que este importante aspecto de la política antijudía en ningún momento perdió funcionalidad sino que, por el contrario, fue aprovechado en cada una de las etapas que atravesó la cuestión judía, ahora inmersa en el marco del conflicto bélico, primero europeo y después mundial.

Creación de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA)

Ya hemos visto que la larga etapa previa –que duró más de cinco años y propugnó una política nazi antijudía estable destinada a forzar la emigración– reposaba sobre dos variables: una interna (la cifra relativamente manejable de judíos de la que los nazis tuvieron que ocuparse) y otra externa (la necesidad del régimen autoritario de proyectarse como una nación tolerable para la comunidad internacional). Pero el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, el 1º de septiembre de 1939, derribó de un solo golpe las dos columnas que sustentaban esta estrategia.

En efecto, la primera dejó de existir ante la certidumbre de "tener" que absorber, en el corto plazo, otros tres millones de judíos que vivían en territorio polaco, una cifra inabarcable para el marco de actuación vigente hasta ese momento, sobre todo teniendo en cuenta la extrema pobreza y dispersión territorial de buena parte del nuevo grupo. El hecho de que el número final de judíos polacos en manos alemanas se redujera aproximadamente a unos dos millones[32] –luego de que el Ejército Rojo invadiera la zona oriental de Polonia el 17 de septiembre–[33] no modificó el nuevo cuadro de situación. En lo esencial, este era fruto del pacto "Molotov-Ribbentrop" de no agresión entre ambas potencias, firmado antes de la guerra en Moscú, el 23 de agosto, y especialmente de la firma de un segundo acuerdo germano-soviético el 28 de septiembre, que dividió a Polonia en dos mitades, firmado también en Moscú y llamado oficialmente: "Tratado germano-soviético de amistad y de fronteras".

La segunda de las razones, que gravitaba en el ámbito exterior, también estalló por los aires con el desencadenamiento del conflicto bélico; a partir de entonces, las ambiciones expansionistas de Hitler no podrían concretarse mediante la astucia y la manipulación de los resortes de la diplomacia en tiempos de paz sino exclusivamente a través de la guerra. No había razones, por ende, para seguir manteniendo la mascarada de un Estado y de un conductor

mínimamente presentables ante los diplomáticos occidentales que aún se desempeñaban en Berlín o ante los corresponsales de prensa extranjeros acreditados en la capital alemana.

En fin, había llegado la hora del corrimiento del velo y de mostrar sin ambages, dentro y fuera del imperio nacionalsocialista, la definitiva emergencia de lo que para ese entonces ya era una *dictadura abiertamente totalitaria y criminal* (Arendt, 1999: 155). Sin la necesidad de mantener las formas en política exterior ni, menos aún, en política interior, y con el advenimiento de la guerra, todo desembocó lógicamente en una radicalización de la visión del "problema judío", aspecto en el cual Hitler y su entorno respaldaron los planes que se venían esbozando desde meses atrás y por el cual se abocaron a concretar algunas de las sucesivas ideas de *deportación* de la comunidad judía bajo su dominio a un territorio, colonia o reserva capaces de contenerla.

El 27 de septiembre de 1939, el mismo día que Varsovia cayó en manos alemanas, Heinrich Himmler y el imperio SS dieron un paso fundamental. En lo que constituyó una muestra cabal de radicalización y verticalización de la dictadura nazi, el Reichsführer firmó un decreto que condensó en una única superestructura, a cargo de su mano derecha Reinhard Heydrich, dos áreas fundamentales en la política de represión interna del régimen: la Policía Estatal (tanto la dedicada a asuntos penales –Kripo– como la secreta –Gestapo–), en manos de Himmler desde 1936, y el servicio de inteligencia del partido nazi, el Sicherheit Dienst o SD. De allí surgió la Oficina Principal de Seguridad del Reich, la infausta RSHA,[34] que sería clave para el destino de la judería europea subyugada.

El plan Nisko

El 14 de septiembre de 1939, mientras se estaba desarrollando la campaña militar en territorio polaco, en el despacho de Reinhard Heydrich en Berlín tuvo lugar una reunión de los jefes de departamento de la Policía de Seguridad. En su transcurso, Heydrich puso al tanto a sus más estrechos colaboradores acerca de los nuevos planes que Himmler estaba presentando en ese mismo momento a Hitler respecto del "problema judío en Polonia". Si bien esos planes aún no contaban con la máxima autorización necesaria para su ejecución, era evidente que Heydrich confiaba en las habilidades del Reichsführer para obtenerla.

Esa confianza se vio convalidada cuando una semana después, el día 21 de septiembre –mientras la Wehrmacht seguía avanzando victoriosa en territorio polaco–, Heydrich comunicó por carta a sus hombres que Hitler finalmente había autorizado los planes de Himmler para la "*deportación de judíos al Gau [provincia] de lengua extranjera*". Los judíos polacos sufrirían la "*expulsión al otro lado de la línea de demarcación*" (Longerich, 2009: 410, y Toland, 2009: 870).

Mediante cartas urgentes a los jefes de grupo, Heydrich indicaba que los judíos polacos debían ser "concentrados" en las grandes ciudades y luego deportados a un área situada en la frontera oriental de la Polonia ocupada. Según el propio Heydrich le informara al jefe del ejército Von Brauchitsch, estaba previsto crear en esa área un "*Estado judío bajo administración alemana*". Hay quienes sostienen, como Toland, que esa iniciativa era el primer paso de un plan de exterminio de los judíos. Coincidimos, en cambio, con Friedländer, quien argumenta que "ni siquiera la rabia asesina del Führer y su escrutinio del horizonte político en busca de las opciones más extremas sugieren la existencia de un plan para el exterminio total en los años anteriores a la invasión alemana de la Unión Soviética" (2009: 19-20).

En la carta del 21 de septiembre, en efecto, Heydrich mencionaba que el objetivo buscado era evacuar a los judíos polacos pero también a todos los judíos del imperio nazi (Longerich, 2009: 409-410). No sólo eso: como unos días antes la Unión Soviética había comenzado la ocupación del territorio polaco oriental, Heydrich, irónicamente, especulaba en su misiva con la posible "expulsión" de todos los judíos a dicho territorio, esgrimiendo la tradicional identificación que hacían los nazis de los judíos con el bolchevismo, que debería llevar a su natural acogida. Pero, tras el acuerdo final del 28 de septiembre entre alemanes y soviéticos para la demarcación definitiva de la frontera en

la Polonia conquistada (que llevaría a la firma del tratado en Moscú al día siguiente), y dado que la zona situada entre los ríos Vístula y Bug –que pasaría a llamarse Distrito de Lublin– había quedado del lado alemán, se decidió instalar allí la futura reserva judía –o, como la llamaba Heydrich, "*el Gueto del Reich*"–.

Aquel 28 de septiembre, a menos de un mes del inicio de la campaña bélica, se produjo la rendición de Polonia. Al día siguiente, un Hitler exultante manifestaría sin rodeos ante un alto funcionario sus intenciones de dividir el territorio polaco recién conquistado en tres extensas franjas, con destinos muy distintos:

- Al oeste, a lo largo de la frontera con Alemania, una primera franja de territorio que, por sus características, resultaba apta para ser germanizada en su totalidad (mediante la expulsión de las minorías indeseadas y el trasplante de grupos arios). Esta franja abarcaría las ciudades de Lodz y Poznan, entre otras, y sería incorporada al Reich, como antes lo habían sido Austria y luego Bohemia y Moravia. En palabras de Steinert, "las regiones occidentales de Polonia debían ser pobladas enteramente por alemanes repatriados provenientes de Volinia y de Galitzia, así como de los estados bálticos situados en la esfera de influencia soviética" (2004: 367).
- Al centro, un Estado satélite poblado por la nación polaca (considerada inasimilable y de raza inferior), que abarcaría las ciudades de Varsovia y Cracovia, entre otras, destinado a la explotación económica.
- Al este, una "reserva exterior" con epicentro en Lublin, donde serían deportados todos los grupos perniciosos e indeseables, y en primer lugar los judíos (Longerich, 2009: 410).

En esos mismos días, el espinel burocrático Himmler-Heydrich-Müller-Eichmann –ahora enmarcado en la flamante RSHA– que definía el tratamiento de la cuestión judía se puso a trabajar "sobre el terreno" tomando en cuenta el cuadro real de situación, para clarificar y conducir las operaciones administrativas hacia los nuevos objetivos. Aunque todavía estaban en preparación las directivas formales sobre qué hacer con la población judía recientemente incorporada, se impusieron rápidamente las medidas legales discriminatorias ya vigentes en el territorio del Reich.

De hecho, se llegó mucho más lejos, pues los pobladores judíos de la

recientemente creada Gobernación General,[35] al mando de Hans Frank,[36] fueron obligados por primera vez –a partir del 1º de diciembre de 1939– a portar la estrella amarilla y a prepararse para ser recluidos en guetos, una institución medieval desenterrada por los nazis para alojar a los judíos polacos. Según Hilberg (2005: 238), los primeros guetos aparecieron en los territorios incorporados al Reich tras la ocupación de Polonia durante los últimos meses de 1939 y comienzos de 1940: el primero de gran tamaño funcionó a partir de abril de 1940 en la ciudad de Lodz; el de Varsovia se creó en octubre de ese año; los de Cracovia y Lublin, en marzo y abril de 1941 respectivamente. Tras la invasión de la parte oriental de Polonia se sumaron las ciudades de Bialystok y Lvov, entre otras, y de esta manera se completó el *proceso de guetoización* en la Gobernación General hacia finales de ese mismo año.

A partir de las nuevas directivas de la Cancillería del Reich, en los territorios que fueran conquistándose habrían de generarse formidables movimientos poblacionales: por un lado, grupos inasimilables e indeseados que deberían ser expulsados; por el otro, contingentes germánicos destinados a ser trasplantados. Todas estas iniciativas requerían una fuerte centralización burocrático-administrativa para ser implementadas con éxito, dado que abarcaban un conjunto de cuestiones y esferas demasiado amplias.

Frente a este desafío, el 7 de octubre de 1939 Hitler firmó el Decreto de Fortalecimiento de la Etnia Alemana y designó una vez más a Heinrich Himmler (que ese día cumplía 39 años) como Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Etnia Alemana. Concretamente, le encomendó la doble tarea antes señalada: la "reemigración" de alemanes étnicos y alemanes del Reich y la "*eliminación de la influencia perjudicial de aquellos segmentos de población heteroétnicos que representan un peligro para el Reich y para la comunidad étnica alemana*". Según el citado decreto, Himmler podría "*asignar a los segmentos en cuestión determinadas áreas residenciales [y la] configuración de nuevos territorios de colonización alemana mediante el reasentamiento*" (Longerich, 2009: 404-405).[37]

De este modo, en la persona de Himmler convergían, por un lado, todas las agencias policiales y de seguridad del Estado, fuertemente concentradas y verticalizadas en la recientemente creada RSHA, y por el otro, amplias facultades para someter a sus designios a gigantescos contingentes de población. Ambas pinzas apuntaban a atenazar, en forma prioritaria, a los judíos. Para ese entones, la RSHA ya había iniciado los preparativos para la deportación masiva de los judíos del Reich a la "reserva exterior" en la región de Lublin, haciendo uso de la autorización del Führer de fines de septiembre de 1939.

Como era de rigor, el solícito Adolf Eichmann, responsable de la

Oficina de Asuntos Judíos de la Gestapo (RSHA-IV-b-4), puso manos a la obra de inmediato. En efecto, Eichmann, desde Praga,[38] y evidentemente sin dimensionar aún las nuevas facultades asignadas en Berlín al jefe supremo de las SS, decidió situar en la localidad de Nisko, a orillas del río San, la estación de destino y el lugar de emplazamiento de un campo de tránsito para los futuros judíos deportados. Situado en la entrada oeste del distrito de Lublin, fue pensado como una "puerta de paso" que los deportados cruzarían para luego instalarse más al este, en lo que sería la "reserva de judíos" (Longerich, 2009: 411).

El 18 de octubre, según consta en un informe de la Oficina Central para la Emigración Judía, se dejó asentado que:

> *fue decidido que la operación de traslado de poblaciones a Polonia va a iniciarse el 20 de octubre de 1939 […] en Viena, con el primer transporte de mil judíos aptos para el trabajo. La comunidad judía proporcionará herramientas para erigir una aldea de barracas en Nisko […]. Cuando quede terminada […], los judíos llegados con el primer convoy serán repartidos progresivamente hacia el interior [de la reserva] en las aldeas judías ya existentes en esta zona* (Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 158-159).

Así, a partir del 20 de octubre y durante una semana, unos cuatro mil setecientos judíos de Viena y otras dos ciudades (Katowice y Ostrava) fueron deportados a Nisko, donde las fuerzas que los escoltaban forzaron a la mayoría de ellos a salir a campo abierto y permanecer en la intemperie. Allí fueron a parar también, en una decisión evidentemente coordinada, varios cientos de judíos que habían quedado varados en Hamburgo al iniciarse la guerra, que tenían visas para salir de Alemania y que el 21 habían sido deportados en tren a un área desolada cerca de Lublin. Un día después de las deportaciones de Hamburgo, "varios cientos de judíos provenientes de Viena también fueron deportados a esta *'Lublinland'*, como la llamaban despectivamente los alemanes" (Gilbert, 2007: 229-230).[39]

Pero esta iniciativa, pensada como el comienzo de una deportación masiva que duraría meses, fue abortada desde el primer día en las oficinas de la RSHA en Berlín, decisión comunicada sobre el terreno unos días más tarde. Todo indicaba que, a partir de las nuevas potestades asignadas a Himmler como Comisario Étnico, los planes demográficos para la zona de Lublin serían más vastos y complejos y, por tanto, demandarían una cuidadosa planificación. Sobre todo porque exigirían la evacuación sistemática de judíos y polacos indeseados de ese territorio para que los alemanes étnicos reemigrados

pudieran radicarse allí.

Sin embargo, el propio Himmler promulgaría, el 30 de octubre de 1939, un plan para crear una "reserva judía" en la zona de Nisko, donde supuestamente debían ser trasladados todos los judíos provenientes de los territorios polacos anexionados al Reich (el llamado *Wartheland,* con epicentro en Lodz, y la alta Silesia, con epicentro en Cracovia) en un plazo de cuatro meses. Esto muestra a las claras que, a pesar de las nuevas prioridades fijadas por Himmler y de la suspensión de la operación ideada por Eichmann, la RSHA "seguía manteniendo el principio de deportar a los judíos del territorio del Reich al distrito de Lublin" (Longerich, 2009: 411).[40]

Pero el plan estaba destinado al fracaso debido a la inexperiencia de las agencias de seguridad en el traslado de poblaciones a gran escala. Además, desde ese primer momento comenzaron las tensiones con el responsable político de la Gobernación General, Frank, quien supuestamente debía proveer a los nuevos habitantes de las condiciones mínimas para subsistir y que, como era previsible, poco y nada hizo en tal sentido porque su objetivo era boicotear estas y otras iniciativas posteriores (el régimen de Frank en Cracovia se resistía a aceptar el papel de destinatario de todos los judíos del imperio, y para ello contaba con el apoyo de Göring [véase Burleigh, 2008: 948-949]).

Por todas estas razones, más allá de algunas deportaciones esporádicas de escasa envergadura, verificadas durante febrero y marzo de 1940 y que obedecían a motivos puntuales de reasentamiento,[41] el proyecto fue archivado casi de inmediato. Podemos considerar el 24 de marzo de 1940 como su fecha de defunción definitiva, cuando el segundo al mando en la dictadura nacionalsocialista, Göring, presionado por Frank, suspendió por tiempo indeterminado toda deportación a la Gobernación General al reclamar, como medida previa, la conformidad expresa no sólo de Frank, sino también del propio Reichsmarschall. "Así, los desplazamientos quedaron suspendidos de hecho, y el proyecto de una reserva especial de judíos en Lublin fue abandonado definitivamente" (Longerich, 2009: 424).[42]

Esa fue la única vez, en la historia de la persecución nazi al colectivo judío, en la que algunos grupos de deportados lograron regresar a los lugares de donde los habían expulsado: en abril de 1940 el campo de Nisko fue disuelto por orden del jefe regional SS Krüger, y los judíos que quedaban regresaron a Viena y a Praga (Browning, 2005: 42).

No obstante, entre fines de 1939 y comienzos de 1940 continuaron debatiéndose distintas alternativas para concretar alguna Solución Territorial al problema judío. Así, el 25 de mayo de 1940, Himmler le envió un memorando secreto a Hitler titulado "*Algunas reflexiones sobre el tratamiento de los heteroétnicos en el este*", donde sostenía:

> *Espero que el concepto de judíos desaparezca completamente gracias a la posibilidad de una emigración en gran escala de todos los judíos hacia África o hacia cualquier otra colonia […]. Por más cruel y trágico que nos pueda parecer cada caso individual, este método es el más suave y el mejor si, por convicción personal, rechazamos el método bolchevique de destrucción física de un pueblo por ser no-alemán* (en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 219).

Para ese entonces, como ya lo dejaba entrever Himmler en este documento, la respuesta momentánea a la inquietud de los burócratas dedicados a asuntos judíos en las distintas estructuras del Estado nazi acerca de qué hacer con ellos surgió a partir de la invasión alemana hacia el oeste. En efecto, su rápido desenlace tras la conquista de París el 14 de junio de 1940 y la rendición de Francia una semana después abrió nuevos horizontes a la cuestión judía (con la súbita agregación de varios cientos de miles de judíos holandeses, belgas y franceses, más los refugiados que residían allí) y permitió postular una segunda idea de Solución Territorial, ciertamente extravagante: trasladar a todos los judíos a la isla africana de Madagascar.

El plan Madagascar

Antecedentes

La posible deportación de todos los judíos a Madagascar, una isla de considerables dimensiones ubicada frente a las costas orientales del sur de África que era colonia francesa desde fines del siglo XIX, fue una idea lanzada inicialmente por antisemitas franceses e ingleses y mantenida en círculos xenófobos durante las primeras décadas del siglo XX. Más por su originalidad y descaro que por su posible concreción, la idea entusiasmó a antisemitas alemanes como Hermann Göring y Richard Wagner, que solían frecuentar aquellos círculos elitistas y reaccionarios. De hecho, según parece, la propuesta de transferir parte de la población judía a Madagascar fue planteada por primera vez por el antisemita alemán Paul de Lagarde (1827-1891), quien hacia 1887 consideraba a los judíos como "*bacilos y parásitos, dignos de ser exterminados por completo y con la mayor rapidez*" (Browning, 2005: 81).

Más cercanas en el tiempo a los acontecimientos estudiados fueron las negociaciones encaradas hacia 1937 por los gobiernos de Francia y de Polonia, a partir del agravamiento de las persecuciones a judíos en este último país. Como la administración colonial francesa se mostró en principio receptiva a la idea, ambos gobiernos se abocaron a buscar una forma de concretar el traslado de toda la judería polaca a Madagascar. A tal efecto, se formó una comisión de tres miembros (dos de ellos judíos) que viajaron a la isla. A su regreso a Polonia, los dos representantes judíos presentaron un informe pesimista sobre la capacidad de absorción de nueva población en ese territorio insular. Pero el gobierno polaco adhirió al informe del tercer miembro. Las negociaciones con los franceses se mantuvieron en pie y, a comienzos de 1938, Varsovia aún se mostraba dispuesta a poner en práctica el plan.

Como era previsible, la prensa seguía de cerca y atentamente estos sucesos (en enero de 1938, el periódico antisemita de Julius Streicher, *Der Sturmer*, le dedicó un número especial al tema), como asimismo los dirigentes y burócratas alemanes encargados de lidiar con la cuestión judía, que creyeron estar frente a una alternativa viable a la política de Estado que venía desarrollándose en el Reich en aquel momento. Las señales que lo confirman son varias:

- El 5 de marzo de 1938, un oficial del Estado Mayor de Heydrich remitió una directiva a la Sección Asuntos

Judíos de la Gestapo de Eichmann, donde expresaba que el "proyecto Madagascar" que estaban considerando Francia y Polonia era sumamente atractivo, y le ordenó que:

En los próximos días deberá reunir todo el material necesario para el memorándum que habrá de preparar […], debe quedar bien claro que sobre la base presente (emigración), la cuestión judía no se puede resolver (dificultades financieras, etcétera) y que por tanto debemos empezar a buscar una solución a través de la política exterior, tal y como se está negociando ya entre Polonia y Francia (en Friedländer, 2009: 302).

- El 20 de septiembre de ese mismo año, Hitler le dijo al embajador polaco en Berlín, Jósef Lipski, que estaba considerando enviar a los judíos a alguna colonia, en cooperación con Polonia y Rumania.
- El 9 de noviembre siguiente, inmediatamente después del pogromo de la Noche de los Cristales, según Göring, el Führer se disponía a sugerir a las potencias extranjeras que se mostraban tan preocupadas por las persecuciones a los judíos alemanes y austríacos que se los deportara a la isla de Madagascar: "*Me lo explicó el 9 de noviembre. Piensa decirles a los otros países: ¿Por qué no hacen ustedes más que hablar de los judíos? ¡Llévenselos!*" (Toland, 2009: 752).
- El 17 de diciembre de 1938, el ministro de Relaciones Exteriores alemán, Ribbentrop, se reunió con su par francés, Georges Bonnet, en París. En el curso de esas conversaciones, en las que Francia protestó por el creciente aluvión de refugiados judíos alemanes y austríacos legales e ilegales, resurgió nuevamente la idea de Madagascar como una posible salida a la crisis.
- Unos días después, el 5 de enero de 1939, Hitler afirmó ante el ministro de Relaciones Exteriores polaco Józef Beck que, si las democracias occidentales hubieran comprendido mejor sus objetivos coloniales, habrían destinado un territorio en África para el asentamiento de los judíos.
- Dos semanas después, el 21, Hitler volvió a mostrarse favorable a esta idea ante el ministro de Relaciones Exteriores checoslovaco, Frantisek Chvalkovsky.

El plan Madagascar, que hasta ese momento nunca había superado el marco conjetural, pasó a ser tomado muy en serio por la dirigencia nazi encargada de la cuestión judía tras la invasión y conquista de Francia, en junio de 1940. O al menos sirvió para tener ocupados por unos cuantos meses, durante la segunda mitad de 1940, a burócratas expertos de la RSHA, del Ministerio de Relaciones Exteriores y de algunas otras áreas, ya que se lo consideró una alternativa más viable que otros posibles proyectos en danza para solucionar la cuestión judía en el Reich según los expresos deseos del Führer, y que por supuesto incluía a los judíos polacos de los territorios anexionados al Reich y de la Gobernación General, tras el vergonzoso reparto de ese país con la Unión Soviética. Browning (2005: 88) es muy gráfico al respecto: "Como un meteoro espectacular, el plan Madagascar surcó los cielos de la política judía nazi, para apagarse abruptamente", pero mientras tuvo vigencia fue "tomado seriamente por la jefatura nazi".
El primero de los documentos que circularon durante aquellos meses en los despachos de los altos mandos alemanes vio la luz a comienzos de junio de 1940, cuando el jefe de la Oficina D III encargada de los asuntos judíos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich, Franz Rademacher, presentó un memorando en el cual planteaba la opción de "*deportar a los judíos de Europa Occidental, por ejemplo, a Madagascar*". Más allá de las especulaciones e insinuaciones intermitentes sobre el tema que se habían hecho durante los años anteriores, esta era la primera vez que se lo abordaba oficialmente. Según Hilberg (2005: 435), "con mucho, el proyecto más ambicioso de 1940 fue el plan de Madagascar", el cual "planteaba ocuparse de millones de judíos. Los autores del plan querían vaciar el Área del Reich-Protektorat y toda la Polonia ocupada de población judía". Hitler estuvo al corriente del proyecto desde el primer momento y mantuvo conversaciones al respecto tanto con Benito Mussolini, el 18 de junio de 1940, como con el jefe de la Armada, almirante Raeder, dos días después.

Rademacher siguió trabajando en el tema y semanas más tarde terminó un informe, fechado en Berlín el 3 de julio. En este documento, presentado días después de la rendición de Francia, el burócrata nazi expresaba que el objetivo deseable era la expulsión de todos los judíos europeos; para ello proponía lo siguiente:

> *En el Tratado de Paz, Francia deberá poner la isla de Madagascar a disposición de una solución a la cuestión judía, y asimismo reinstalar y dar compensaciones a los aproximadamente veinticinco mil ciudadanos franceses que viven allá. La isla será*

> *transferida bajo mandato a Alemania. […] los judíos permanecerán en manos alemanas como garantía del futuro buen comportamiento de los miembros de su raza en América.*

Y finalizaba:

> *Con objetivos de propaganda, podremos prevalernos de la generosidad mostrada por Alemania, al permitir a los judíos una autoadministración cultural, económica, administrativa y legal; se podrá insistir al mismo tiempo sobre nuestro sentido de la responsabilidad alemana con respecto al mundo* (en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 238-241).

La RSHA trabajó en este plan en el transcurso de las dos semanas siguientes, no sólo por las nuevas posibilidades que ofrecía el panorama geopolítico sino también porque veía en Joachim von Ribbentrop, el ministro de Relaciones Exteriores, a un rival de consideración que podría poner en riesgo los ya consolidados avances de las SS para sustraer la cuestión judía de las otras agencias del Estado. Debido a eso había que neutralizar el informe de Rademacher. Como primera medida en ese sentido, el 24 de junio de 1940 Heydrich le envió una carta a Ribbentrop recordándole que en enero de 1939 Göring había designado al titular de la RSHA como responsable de la emigración judía desde todos los territorios del Reich. Por lo tanto, Ribbentrop estaba invadiendo esferas que no le correspondían. Ante esta intimación directa, Ribbentrop reconoció que Heydrich tenía plena jurisdicción sobre la cuestión (Browning, 2005: 83).
Así, ya el 15 de julio de 1940 la RSHA publicó un memorando en el cual se hablaba de crear en Madagascar un "Estado Policial" para los cuatro millones de judíos por entonces bajo la égida nazi. Su traslado en barcos, estimaba el documento, insumiría unos cuatro años (el memorando, de catorce páginas, fue elaborado por el Departamento IV-B-4 de la RSHA –Eichmann-Dannecker– y era sumamente detallado). Esta información formaría parte de la contrapropuesta de la RSHA sobre el plan Madagascar, presentada en agosto de 1940. Según Dieter Wisliceny, uno de los oficiales que trabajaba con Eichmann:

> *Todos esperaban que la guerra terminara muy pronto. En una memoria detallada, Eichmann, con el apoyo explícito de Heydrich, propuso a Himmler la evacuación obligatoria de todos los judíos de Europa con destino a Madagascar. Esta propuesta fue aprobada por Himmler y por el propio Hitler. Eichmann quedó*

encargado de elaborar un proyecto detallado (Poliakov y Wulf, 1960: 83-84).

En paralelo, el 12 de julio de 1940, Hans Frank comunicaba los nuevos planes a sus colaboradores en Cracovia, capital de la Gobernación General, en términos muy similares:

> *Otro punto importante es la decisión que el Führer tomó a mi pedido [para] que no haya más transportes de judíos hacia el* Generalgouvernement. *[…] después de que hayamos conseguido la paz, está planificado el traslado de toda la tribu de judíos […]. Consideramos que Francia debería ceder Madagascar para este propósito. Allí, en una zona de 500 000 km², tendremos sobrado espacio para instalar a unos cuantos millones de judíos. He procurado que los judíos del* Generalgouvernement *también tengan su parte en esta oportunidad de construir una nueva vida en una nueva tierra. Esto ha sido aceptado, por lo que en un tiempo récord podrá sentirse una tremenda relajación en la situación.* [43]

Como estaba previsto, el 15 de agosto Eichmann presentó el plan elaborado en su oficina, denominado "RSHA: Madagascar Projekt", donde se consignaba: "*Con la incorporación de las masas orientales [los judíos polacos], una solución a la emigración judía se ha vuelto imposible […] para evitar el contacto fluido de otros pueblos con los judíos, una solución ultramarina de carácter insular debe tener preferencia sobre otras*" (Browning, 2005: 87). Para esa misma época, mediados de agosto de 1940, Goebbels, ministro de Propaganda, anotaba en su diario: "*[q]ueremos transportar después [del fin de la guerra] a los judíos a Madagascar*" (Kernshaw, 2002: 324). El informe de Eichmann, como se había anticipado en el memorando de julio, proponía la deportación de los hasta ese entonces cuatro millones de judíos bajo la égida del Reich, y a razón de un millón por año, a Madagascar, que sería convertido en un "Estado Policial" bajo jurisdicción de las SS.
Pero la demostración más cabal de que tanto Hitler como las burocracias del Estado, del Partido y de las SS estaban tomando en serio la posibilidad de concretar el proyecto fue sin duda la decisión del Führer de deportar a los judíos de aquellas localidades lindantes con Francia que pertenecían al Reich con destino a varios campos de concentración en su zona meridional, con vistas a su próximo reasentamiento en Madagascar. En efecto, seis mil quinientos judíos de Baden y de Sarre-Palatinado fueron deportados el 22 de octubre de 1940, en una serie de operaciones preparadas por los líderes

regionales de dichas áreas y coordinadas por la RSHA: "estas deportaciones al sur de Francia fueron planificadas como el inicio de una ola mayor de deportaciones destinadas a terminar en la 'Reserva Judía' en la isla del este de África".[44]

Queda claro entonces que en esta etapa, desde fines de 1939 y durante todo el año 1940, ya no sólo se trataba de erradicar mediante la emigración la influencia cultural judía de la Alemania nazi y sus territorios conquistados; ahora se procuraba una solución cuyas connotaciones genocidas no podían obviarse, dado que se buscaba la deportación de todos y cada uno de los judíos fuera del territorio del Reich en condiciones que se sabía serían terribles, tanto en cuanto al transporte como en cuanto a lo que les esperaba en el lugar de destino.

Este panorama se vio corroborado cuando Rademacher respaldó una propuesta de Victor Brack, el organizador del siniestro y mortalmente eficaz Proyecto T-4,[45] presentada en agosto de 1940, consistente en "*utilizar para el traslado de los judíos a Madagascar el sistema de transporte que ha organizado para el tiempo de la guerra por orden especial del Führer*" (Longerich, 2009: 471; véase además Burleigh, 2008: 956).[46] Si además tenemos en cuenta que estaba previsto que otro de los principales responsables del Programa T-4 (sobre el cual volveremos), Philipp Bouhler, fuera nombrado gobernador general de la isla, "el carácter siniestro de todo el proyecto salta claramente a la vista" (Longerich, 2009: 471).

Las inhóspitas condiciones de vida y los previsibles castigos policiales harían el resto. En suma, resultan evidentes las implicancias genocidas que se ocultaban detrás del proyecto (Browning, 2005: 88-89). Agrega Longerich (2009: 471) que, aun en tal contexto, persistía en la lógica hitleriana la idea de que los judíos deportados siguieran constituyendo una "prenda de garantía" frente a los norteamericanos, y que el maltrato y las condiciones inhumanas podrían eventualmente "replantearse en caso de 'buen comportamiento' de los Estados Unidos".

La incidencia de la batalla de Inglaterra en el futuro del plan

No obstante, los signos vitales del plan Madagascar estaban fuertemente sujetos a las alternativas de la batalla aérea con Inglaterra que en ese momento se estaba llevando a cabo, y su suerte discurría paralelamente a los planes de invasión a las Islas Británicas.

En efecto, tras las victorias en el frente occidental –en junio de 1940 la Wehrmacht ya había conquistado Noruega, Dinamarca, Bélgica,

Holanda y Francia, superando los pronósticos más optimistas–, Hitler se abocó a su nuevo objetivo bélico: someter a Inglaterra. Con la capitulación del Reino Unido –pensaban los burócratas nazis dedicados a la política antijudía–, se eliminaría todo peligro para el traslado por vía marítima de varios millones de judíos al sur de África, donde la ya vencida Francia no tendría otra alternativa que ceder Madagascar, apenas un punto en el mapa de su vasto imperio colonial en ese continente.

Como la victoria en la campaña occidental había sido tan rápida, hacia fines de junio de 1940 Hitler apenas tuvo tiempo para esbozar un plan de invasión, mientras esperaba una oferta de paz por parte de Inglaterra, que nunca llegaría. El 13 de julio, finalmente, sus jefes militares le presentaron un plan viable, que Hitler aprobó sin más. Tres días más tarde, dictó instrucciones que apuntaban a ocupar las islas completamente, en una operación denominada León Marino. El 1º de agosto emitió una directiva que Keitel firmó en su nombre: allí ordenaba que los preparativos de la operación León Marino estuvieran terminados a mediados de septiembre, y luego decía: "*Entre ocho y catorce días después de lanzar la ofensiva aérea contra Gran Bretaña, prevista para el 5 de agosto [de 1940] aproximadamente, el Führer decidirá si la invasión se llevará a cabo este año o no; su decisión dependerá principalmente de los resultados de esa ofensiva aérea*" (Toland, 2009: 934).[47]

Como se sabe, Inglaterra resultó vencedora en la ofensiva aérea alemana que comenzó el 13 de agosto y que en Berlín se denominó "operación Águila". Cuatro días después, el fracaso de la iniciativa bélica era evidente, pero los ataques aéreos persistieron durante un tiempo.[48] Finalmente, a Hitler no le quedó otra alternativa que afrontar los hechos. El 17 de septiembre de 1940 anunció la suspensión de la operación León Marino debido a la incapacidad de alcanzar la superioridad aérea. Como sostiene Toland (2009: 939), "[p]osponer significaba cancelar; en adelante la invasión a Inglaterra sólo existiría en el papel".[49]

El plan Madagascar entra en el ocaso

Derrotar a Inglaterra era una condición *sine que non* para seguir avanzando en los planes que apuntaban a transportar a todos los judíos a Madagascar. Si el imperio británico seguía en pie, mantendría bajo control el acceso por vía marítima al continente africano, tanto por el Mediterráneo como por el Atlántico, lo que tornaría imposible la ejecución de la operación planeada. Finalmente, la renuncia

alemana a invadir Inglaterra, sumada a otros ostensibles condicionamientos logísticos, hizo que el plan Madagascar resultara manifiestamente inviable y fuera abandonado definitivamente al despuntar el año 1941.[50]

Entretanto, a lo largo de los meses en que fue considerado, durante la segunda mitad de 1940, la RSHA siguió desarrollando los planes y cálculos tendientes a conformar una "reserva judía", que habían comenzado con las frustradas iniciativas de constituirla dentro de la Gobernación General. El hecho de que una segunda posible locación –Madagascar– también hubiera sido descartada no alteró las directivas ni el trabajo de las oficinas especializadas en el tema. Si aquella resultó no ser la opción adecuada, "ya se encontraría oportunamente otro territorio. Esa debía ser la lógica de los responsables" (Longerich, 2009: 471).

Así, los planes eran cada vez más amplios y complejos, ya que a medida que el imperio se expandía, cada nueva comunidad judía alcanzada era incorporada a los planes generales de evacuación. Era necesario entonces buscar otro territorio donde deportar a todos los judíos; pero más allá de cuál fuera, "los llamados planes territoriales sobre la 'Solución Final de la cuestión judía' respondían a la intención de deportar a los judíos europeos a un área que careciera de los medios de vida suficientes, con el fin de acabar con ellos" (Longerich, 2009: 500).

De este modo, los círculos burocráticos encargados de esta cuestión comenzaron a racionalizar la idea, todavía latente y encubierta, pero lógica y materialmente inevitable, del exterminio masivo de millones de personas. El hecho de que la posibilidad de una empresa semejante estuviera todavía muy lejos de concretarse en los hechos contribuyó de manera notable a que fuera paulatinamente digerida por las cadenas de funcionarios encargados de implementarla.

Con el tiempo –que permitió superar los reparos morales y propició la natural decantación, ciertamente excepcional, de quien no estuviere "a la altura de las circunstancias"–, todos contaban con esas consecuencias como parte de los planes, que asumían como una medida necesaria en el marco de la guerra y por el bien de Alemania. La propaganda y el constante adoctrinamiento antijudío, que fue intensificándose de un modo permanente durante la guerra, ayudó a remover las últimas objeciones de conciencia de legiones de futuros *autores de escritorio*. Entretanto, Hitler mencionó algunas veces más la "solución Madagascar" en algunas conversaciones posteriores con dirigentes extranjeros, pero para ese entonces había pasado a ser "una tapadera de soluciones más radicales" (Burleigh, 2008: 959).

Como veremos con detalle a continuación, la reorientación hacia el este del esfuerzo principal de la guerra condujo a poner allí la mira en

pos de una nueva Solución Territorial de la cuestión judía. Desde principios de 1941, "la cúpula directiva estaba decidida a materializar ese propósito en los territorios de la Unión Soviética pendientes de conquista" (Longerich, 2009: 500). En efecto, hacia febrero de 1941 Hitler y sus más estrechos colaboradores cayeron en la cuenta de que los planes secretos que estaban desarrollando febrilmente, relacionados con la inminente apertura de otro frente bélico de inauditas proporciones –la invasión de la Unión Soviética–, bien podrían conllevar una solución *eficiente* y *superadora* para la cuestión judía, cuyas siniestras consecuencias estaban ahora más a la vista.

No obstante, ante esta nueva perspectiva, el aparato burocrático dedicado a estos asuntos ya estaba preparado, una vez más, para involucrarse en el nuevo estado de situación y, eventualmente, para asumir sus consecuencias.

[30] El propio Himmler, el 29 de febrero de 1940, sostuvo que la "*emigración normal de los judíos*" de todo el Reich debía continuar "*a pesar de la guerra*". Y, reconociendo la notoria reducción de las cifras, agregó: "*Seguiremos haciendo emigrar todavía a entre seis mil y siete mil judíos por mes, concretamente a Palestina, América del Sur y del Norte*" (Longerich, 2009: 424). Ello surge además claramente de la circular firmada por Heydrich dos meses después, el 24 de abril, por la cual se les dio a las delegaciones policiales la siguiente instrucción: "*La emigración judía del territorio del Reich debe seguir intensificándose también durante la guerra*" (Longerich, 2009: 443; Burrin, 1990: 157). Por supuesto que los obstáculos ya eran, a esa altura de los acontecimientos, prácticamente insalvables: con excepción del primer trimestre de 1940 (en el cual el SD informaría que habían emigrado de Alemania entre tres mil y cuatro mil judíos por mes, poco más de diez mil judíos en total [véase Longerich, 2009: 442-443, por debajo de las estimaciones de Himmler]), las cosas se complicarían al extremo a partir de la invasión a Escandinavia, Bélgica, Holanda y Francia durante abril y mayo de aquel año, lo que reduciría aún más las cifras, prácticamente hasta llegar a la insignificancia (a partir de entonces, un promedio de unos quinientos judíos emigrados mensuales para alcanzar un total anual de quince mil).

[31] Para ese entonces, la cifra de 475 000 emigrados de fines de 1940 se elevaría en unos 60 000 más: el 20 de enero de 1942, según el propio Eichmann informara en la Conferencia de Wannsee, el total de emigrados de la esfera alemana hasta el cierre de las fronteras en octubre de 1941 fue de 537 000 judíos (360 000 de Alemania, 147 000 de Austria y 30 000 de Bohemia y Moravia). Similares estimaciones pueden encontrarse en Hilberg, 2005: 1236, y Bensoussan, 2005: 41, entre otros.

[32] Véanse Hilberg, 2005: 202, y Steinert, 2004: 366. La parte de Polonia que quedó en manos del Tercer Reich tenía una mayor cantidad de población judía, ya que abarcaba Varsovia (donde residían unos cuatrocientos mil), Lodz, Cracovia, Poznan y Lublin, entre otras. Bensoussan estima 1 900 000 en total. (2005: 38).

[33] Las altas esferas del régimen nazi consideraban que este pacto era una solución de compromiso y que pronto las cosas se pondrían en su lugar; particularmente en cuanto al territorio polaco cedido a los soviéticos, "Hitler estaba tan convencido de la debilidad del Ejército Rojo que debió de pensar

que podría recuperar fácilmente por la fuerza lo que había otorgado en el papel" (Toland, 2009: 869).

[34] Para mayores detalles, véanse Hilberg, 2005: 299-300, Longerich, 2009: 436-437, y Gellately, 2002: 109.

[35] Este Estado satélite fue concebido por decreto de Hitler el 12 de octubre de 1939, y se constituyó el 26 de ese mismo mes y año. Estaba dividido en cuatro distritos: Varsovia, Lublin, Radom y Cracovia, a los que más tarde, tras la operación Barbarroja, en junio de 1941, se agregaría un quinto distrito, el de Galitzia oriental. Con esta última anexión, un total de unos 2200 000 judíos quedaron dentro de sus fronteras.

[36] Su designación también tuvo lugar el 12 de octubre de 1939. Se trataba de un prominente jurista nazi que había sido abogado personal de Hitler durante los primeros años de su carrera política. Hasta ese momento ostentaba, entre otras designaciones, la de ministro del gabinete, aunque sin una cartera en concreto. Véase la ácida descripción que hace de su persona Hilberg, 2005: 211.

[37] De todos modos, según Longerich, "las ambiciones de Himmler […] de convertir su Comisaría en máxima autoridad del Reich fueron contrarrestadas exitosamente por [Hans] Lammers", el poderoso secretario de Hitler en la Cancillería del Estado (2009: 405). Véase también Kershaw (2009: 119).

[38] Allí estaba instalado y ocupándose de los judíos checos, junto con su ocasional jefe Walter Stahlecker, comandante del SD en el Protectorado de Bohemia y Moravia.

[39] Gilbert agrega que muchos fueron llevados al campo de trabajos forzados de las SS en la localidad de Zarzecze, donde parte de ellos fueron asesinados.

[40] Véanse también Browning (2005: 43) y Burleigh (2008: 944). Paradójicamente, Lublin se convertiría, dos años después, en la plataforma territorial de la futura reordenación "político-étnica" del este, cuando Himmler le encomendó a Odilo Globocnik la creación de un gran campo en la ciudad de Lublin y los preparativos para el asentamiento de alemanes étnicos en la región de Zamosc (Longerich, 2009: 488-489).

[41] El 15 de febrero, unos mil cien judíos fueron deportados a la zona de Lublin desde el puerto báltico de Stettin, y varios cientos desde el puerto báltico de Straslund. Himmler justificaría esas deportaciones aduciendo motivos de reasentamiento de alemanes bálticos en esa zona costera, a los que había que hacerles espacio (Longerich, 2009: 424). Asimismo, el 12 de marzo, otros ciento sesenta judíos fueron deportados a *Lublinland* desde la localidad de Schneidemühl, por razones similares (Gilbert, 2007: 231; Longerich, 2009: 423).

[42] Según Longerich, esa fue la razón por la que el propio Frank reactivó, en Varsovia, los preparativos para la conformación de un gueto para alojar a unos cuatrocientos mil judíos. Véase también Kershaw (2009: 118).

[43] Véase el texto completo en Arad, Gutman y Margaliot (1996: 241-242); aparece citado también en Poliakov y Wulf (1960: 149), Browning (2005: 83-84) y Hilberg (2005: 226).

[44] Cf. el trabajo de Peter Klein en Kampe, 2009: 136; véanse asimismo Gilbert, 2007: 237, Friedländer, 2007: 113 y 147-148. En cuanto a la expulsión de los judíos de Baden y de Sarre-Palatinado, según Friedländer, la RSHA, sin consultar al gobierno de Vichy, envió a los deportados a la zona no ocupada; los franceses los enviaron a los campos, entre otros, de Gurs y Rivesaltes. "Los alemanes explicaron a las autoridades francesas que aquellos judíos serían enviados a Madagascar en un futuro próximo" (2007: 148). Como esos planes quedaron en la nada, de los casi catorce mil judíos alemanes alojados en Gurs y

los demás campos franceses, la mitad perecieron durante los siguientes dos años por las duras condiciones concentracionarias, y el resto terminó siendo deportado a Auschwitz a partir del verano de 1942.

[45] Por el cual, como veremos más adelante, a partir de septiembre de 1939 serían asesinadas, en Alemania y Austria, unas setenta mil personas cuya "vida estaba desprovista de valor vital", con distintas discapacidades y deficiencias mentales. La mayoría de ellas fueron asesinadas con gas en cuatro establecimientos especiales acondicionados para tal fin. También se emplearon ocasionalmente camiones con furgones sellados a los que se reconducía el caño de escape del vehículo, de modo que las víctimas eran envenenadas con monóxido de carbono.

[46] El "plan" de Brack aprobado por Rademacher tendría que ver con la última de las técnicas mencionadas en la nota anterior, factible a partir del empleo de los gases tóxicos emanados de los grandes motores normalmente instalados en los barcos de transporte de gran calado, necesarios para un viaje de estas características.

[47] Durante la segunda quincena de julio de 1940, tanto Hitler como el jefe de la Armada, el almirante Raeder, eran conscientes de los graves problemas que acarrearía cruzar el canal de la Mancha. Raeder evaluaba que "tendrían que transportar a la mayoría de las tropas en lanchas de río o en embarcaciones de las que se usaban en los canales y que, además, había que traer desde el interior del Reich". Por otro lado, "quedaban sólo cuarenta y ocho submarinos, un crucero pesado, cuatro destructores y tres lanchas torpederas listos para entrar en acción" (Toland, 2009: 929). Brauchitsch (Ejército) y Göring (Fuerza Aérea), en cambio, eran optimistas.

[48] Es que los alemanes desconocían que los ingleses habían descifrado el código Ultra y contaban con la información necesaria de antemano. Hacia el 7 de septiembre, "[e]l éxito o la capitulación dependían del ataque aéreo, así que Hitler aprobó ataques masivos sobre Londres al día siguiente […]. Oleada tras oleada de aviones despegaron con destino a Londres". Eran trescientos veinte bombarderos. "El devastador ataque continuó hasta el amanecer y recomenzó al anochecer del día siguiente. Ochocientos cuarenta y dos londinenses murieron en aquellos dos días de terror […]. Hitler autorizó otro ataque masivo para el 15 de septiembre" (Toland, 2009: 938).

[49] Toland agrega que "*Ultra* y un grupo reducido de pilotos británicos […] le habían infligido a Adolf Hitler su primera derrota militar". Según Steinert (2004: 398), la decisión de suspender la operacion León Marino tuvo lugar tres días antes. Más allá de ello, el 12 de octubre se anunciaría la definitiva *postergación* de la operación hasta 1941. La autora destaca que la "batalla por Inglaterra" fue, de hecho, el primer fracaso de Hitler (2004: 398-399).

[50] Véanse Kershaw (2002: 324) y Browning (2005: 88), quien cita una conversación entre Eichmann y un funcionario del Ministerio del Interior (Lösener) de la cual se desprende que Heydrich aún tenía el plan sobre su escritorio en los últimos días de 1940. A comienzos de febrero de 1941, Hitler hizo una mención especial al plan Madagascar en una reunión con Bormann (Cancillería del Partido) y Keitel (Alto Mando del Ejército), entre otros. En su reiterado afán por alcanzar "*la eliminación de la influencia judía en toda la esfera de poder del Eje*", señaló que el problema era que no sabía dónde poner a esos varios millones de judíos y que "*iba a hablar con los franceses sobre Madagascar*"; luego agregó que habría que pensar cómo trasladarlos. Bormann preguntó cómo se podía hacer eso en plena guerra, a lo que Hitler respondió que "*ahora estaba pensando en algo distinto, no precisamente amistoso*" (Hilberg, 2005: 436). Posiblemente se estuviera refiriendo a los planes atados a una nueva campaña

militar en preparación para entonces, que llevarían a una más drástica Solución Territorial, y que veremos en la etapa siguiente.

3. Tercera etapa

El plan Siberia

Mapa de Europa hacia el 20 de enero de 1942. Adaptación que destaca la línea del frente oriental. Gentileza: Bureau for Carthographie J. Zwick Giessen / Casa de la Conferencia de Wannsee, Berlín

La decisión de Hitler de invadir la Unión Soviética abrió una nueva perspectiva y significó un salto cualitativo hacia una nueva etapa en la Solución Final: la deportación a Siberia de todos los judíos europeos, un plan inspirado en buena medida en el genocidio de los armenios perpetrado por el imperio turco-otomano dos décadas antes. Los primeros meses de la invasión, con cientos de kilómetros conquistados y millones de bajas soviéticas –entre muertos, heridos y prisioneros–, insuflaron optimismo en los altos mandos nazis, y así Hitler ordenó el reasentamiento de los judíos del Reich en guetos ubicados más hacia el este, como paso previo a su destino final –una vez lograda la victoria militar definitiva–, en los confines siberianos. Sin embargo, hacia fines de 1941, con la llegada del invierno, la ofensiva alemana se detendría en las puertas de Moscú, al tiempo que, en el norte, la ciudad de Leningrado soportaba un feroz e inhumano asedio, mas se resistía también a caer en manos enemigas. En ese contexto de extrema fluidez, tanto de las alternativas de la guerra como así también de la *cuestión judía*, tuvo lugar la Conferencia de Wannsee, cuyo principal objetivo fue reafirmar el liderazgo de las SS ante las demás agencias del Estado nazi en cuanto al manejo de la política antijudía en el Tercer Reich.

La operación Barbarroja

Desde mediados de 1940, el alto mando del ejército alemán venía trabajando sin pausa en los preparativos para la invasión a la Unión Soviética, siguiendo directivas secretas del Führer. Estos planes contradecían no sólo el hecho de que Hitler y Stalin hubiesen acordado en agosto de 1939 un pacto de no agresión sino también la firma, un mes después, de un tratado bilateral entre ambas naciones para repartirse el territorio polaco, e incluso otros acuerdos que amparaban el creciente y vital intercambio comercial entre Alemania y la Unión Soviética durante aquellos meses –conforme, por ejemplo, el tratado de intercambio comercial germano-soviético del 10 de enero de 1941–.

En efecto, en lo que suponía una abierta traición a su por entonces socio de conveniencia, hacia julio de 1940 Hitler dio instrucciones a los mandos militares para que comenzaran a planificar un posible ataque sorpresa en el este. A tal fin, el 22 de julio de 1940, el general Jodl, jefe del Estado Mayor del Ejército, mantuvo una reunión con algunos de sus subordinados, donde se trabajó sobre esta posibilidad.

Una semana después, el día 31, Hitler convocó a sus comandantes militares a una reunión en la que se suponía que tratarían ciertos aspectos de la batalla de Inglaterra, pero que terminaría desviándose en la dirección opuesta: fue entonces cuando les dio a conocer sus

intenciones de invadir Rusia en mayo de 1941. Los designios de Hitler, que hasta ese momento no habían salido del terreno exploratorio, comenzaron a adquirir otra consistencia tras el viaje oficial que el ministro de Relaciones Exteriores soviético Molotov hizo a Berlín el 12 de noviembre de 1940, para dialogar acerca de una posible coalición con Alemania. En la tarde de ese día, Molotov le hizo saber al Führer que la Unión Soviética, en el marco de esa potencial alianza, pretendía anexionarse Finlandia, Rumania, Bulgaria y Turquía. Hitler dejó inmediatamente de lado sus mínimas esperanzas de acuerdo, convencido de que las ambiciones expansionistas de ambas partes tarde o temprano terminarían desembocando en un conflicto bélico: "El ataque a la URSS –afirma Kershaw– tenía que producirse en 1941, porque de tales conversaciones surgía claro que los intereses territoriales de ambas potencias eran incompatibles y era inevitable un choque en el futuro próximo" (Kershaw, 2002: 334). Fue entonces cuando el conductor de los destinos del Reich tomó la decisión irrevocable de atacar la Unión Soviética.

En tales circunstancias, Hitler le decía a uno de sus hombres de máxima confianza, el jefe de la Cancillería del partido, Martin Bormann, que la visita de Molotov lo había convencido de que:

> *Tarde o temprano Stalin nos abandonaría y se pasaría al enemigo […]. El Tercer Reich, defensor y protector de Europa, no podía sacrificar a esos países amigos en el altar del comunismo […] Hiciéramos lo que hiciéramos, la guerra con Rusia era ya inevitable. Posponerla significaría tener que luchar más adelante en condiciones menos favorables. Por lo tanto, en cuanto Molotov partió decidí ajustar cuentas con Rusia tan pronto como el buen tiempo me lo permitiera* (en Toland, 2009: 964).

Sin perder un solo día, ese mismo 12 de noviembre, Hitler emitió una orden secreta según la cual "*todos los preparativos ordenados verbalmente para el este debían continuar*". La precaria sociedad "no seguiría ni siquiera como un matrimonio de conveniencia" (Kershaw, 2002: 334). El siguiente paso importante ocurrió un mes después, el 18 de diciembre, cuando Hitler emitió la directriz de guerra 21, por la cual se hacía saber a los mandos conjuntos de las Fuerzas Armadas que debían estar preparados "*para aplastar a la Rusia soviética en una campaña rápida*". Había que acelerar al máximo los preparativos. Estaba previsto que, bajo el nombre codificado "Barbarroja", el ataque se iniciara en cinco meses, a fines de mayo de 1941.

En ese momento, hacia fines de 1940, Hitler y el alto mando militar alemán ya estaban convencidos de que el éxito arrollador de las invasiones a Polonia y a Francia, conocido como *Blitzkrieg,* se repetiría

en la campaña en el este, debido a por lo menos cinco razones:

- Tenían plena confianza en la eficiencia de la maquinaria bélica alemana, basada en la coordinación entre los recursos aéreos y terrestres, que sería desplegada en un número nunca antes visto en la frontera oriental.
- Las Fuerzas Armadas habían acumulado experiencia en combate, ya que tanto el ejército, incluyendo sus unidades blindadas, como la aviación y la marina estaban teniendo un amplio protagonismo en la contienda bélica europea.
- Se confiaba en mantener hasta el último momento el factor sorpresa. Tomar desprevenido al enemigo sería demoledor y le impediría desarrollar posibles estrategias de defensa (de hecho así fue: Stalin ignoró sistemáticamente los alarmantes informes que advertían que Hitler planeaba invadir su país y sólo reaccionó cuando ya era demasiado tarde).
- Los nazis veían con profundo desprecio tanto al régimen bolchevique –digitado, a sus ojos, por la judería internacional– como al pueblo eslavo, a quien consideraban *racialmente inferior*. Hitler afirmaba para ese entonces que "*los eslavos habían nacido esclavos, que necesitaban tener un amo y que Alemania desempeñaría en Rusia el mismo papel que Inglaterra en la India. 'Como los ingleses, gobernaremos este imperio con un puñado de hombres'*" (Toland, 2009: 1020). En la misma línea, un folleto editado por el Departamento Central de las SS, denominado "El subhombre", sostenía la opinión de Himmler sobre los "individuos del este": "'*un engendro horrible […] nada más que un parto parahumano, […] inferior en lo espiritual, en lo anímico, a cualquier animal*'" (Longerich, 2009: 579).
- Esta presunta inferioridad racial y la deficiente organización política de los soviéticos se habrían visto confirmadas en el campo de batalla con la llamada "guerra de invierno" de la URSS contra Finlandia, iniciada el 30 de noviembre de 1939: la lamentable actuación del Ejército Rojo en este frente de batalla, en el extremo meridional europeo, constituyó indudablemente un aliciente para que los alemanes se decidieran a actuar.[51]

Como sostiene Longerich (2009: 477), lo novedoso de esa guerra fue

el hecho de que hubiera sido pensada, desde un principio, “como una guerra de exterminio ‘cosmovisional’ y racista. Se trataba no sólo de vencer a la Unión Soviética sino de erradicar a su capa dirigente, diezmar en millones de personas a los pueblos que vivían en su territorio y explotar a los supervivientes como esclavos laborales al servicio del nuevo ‘espacio vital’ alemán”.

Así, el 5 de diciembre de 1940 –en el marco de los febriles preparativos conforme los plazos fijados– hubo una reunión con los altos jefes militares del ejército. La conducción militar en el frente oriental, representada por el general Halder, fijaba como prioridad librar una batalla decisiva contra Moscú para destruir la capital política y el principal centro industrial del enemigo. Hitler, en cambio, si bien aprobaba en general el plan de ataque a Rusia, se opuso a concentrar la ofensiva en Moscú, ya que tenía la mirada puesta en las ciudades de Leningrado y Stalingrado, a las que consideraba centros de anidación del bolchevismo. Con la destrucción de estos dos enclaves, el bolchevismo moriría. Dicho de otro modo, había que aniquilar la “fuerza vital” del enemigo comenzando por Leningrado, cuna de la revolución bolchevique, mientras que la segunda operación apuntaba al este de Ucrania, es decir, a Stalingrado. Sólo después podría ejecutarse la otra ofensiva contra Moscú (Steinert, 2004: 432; Toland, 2009: 967).

El 30 de marzo de 1941 se celebró otra importante reunión de los mandos militares a la que acudieron más de doscientos oficiales, a quienes se les hizo saber que, debido a la campaña que habría que enfrentar previamente en los Balcanes,[52] el ataque comenzaría el 22 de junio. En ese mitin Hitler expresó, entre otros conceptos: “*¡La guerra contra Rusia será de tal magnitud que no podrá librarse de manera caballeresca! Esta es una lucha de razas e ideologías, y habrá de ser conducida con una dureza sin precedentes, inexorable e implacable*” (Toland, 2009: 977).

Desde un comienzo se buscó convencer a los alemanes y a sus aliados de la necesidad y la legitimidad de la guerra en ciernes. Para ello, sostiene Steinert, “Hitler y Goebbels habían determinado las líneas rectoras de la propaganda una semana antes del ataque: profesar un antibolchevismo ilimitado”. Según la autora, los argumentos

> fueron repetidos y enseñados a los soldados a través de millones de boletines informativos (*Mitteilungen*), ya impresos por orden de Goebbels en total clandestinidad para no comprometer el elemento sorpresa. Se explicó a las tropas que no se trataría de una guerra “normal”, sino de un combate ideológico que abolía todo derecho de guerra, […]

quienquiera que pudiese representar un peligro debía ser inmediatamente eliminado (Steinert, 2004: 430).
Un alto mando del ejército asignado al frente norte escribía el 25 de abril de 1941 en su diario:
De Rusia nos separa un profundo abismo ideológico y racial. Rusia es, ya sólo por la inmensidad de su territorio, un estado asiático. El Führer no desea pasar a una generación posterior la responsabilidad de la existencia de Alemania; ha decidido forzar el enfrentamiento con Rusia antes de que termine el año, […] el objetivo debe ser la aniquilación de la Rusia europea para disolver el estado ruso en Europa (Jones, 2009: 37).

Este pensamiento coincidía con la directiva del OKW (Comando Supremo de las Fuerzas Armadas) del 19 de mayo de 1941, "Sobre la conducta de las tropas", que presentaba al bolchevismo como:

el enemigo mortal de la nación nacionalsocialista alemana. Contra esa ideología destructiva y contra sus adeptos. Alemania comienza la guerra. Ese combate exige medidas enérgicas y despiadadas contra los agitadores bolcheviques, los francotiradores, los saboteadores y los judíos, y la eliminación total de toda resistencia activa o pasiva (Steinert, 2004: 430).

Tras las rápidas victorias de los alemanes en los Balcanes, hacia mayo de 1941, los líderes militares que aún se mantenían escépticos frente a la apuesta que presuponía Barbarroja se contagiaron del creciente optimismo reinante entre los dirigentes y los altos mandos: ahora casi todos compartían la convicción de que obtendrían una rápida victoria. La campaña en el este habría terminado hacia septiembre de ese año.

El mariscal de campo Von Brauchistsch tenía una previsión incluso más optimista. Después de *"no más de cuatro semanas"* de grandes batallas, predijo, la guerra degeneraría en una operación de limpieza contra *"grupos menores de resistencia"*. El terco Jodl estuvo de acuerdo y rápidamente silenció a Warlimont, quien ponía en tela de juicio la categórica afirmación de que *"el coloso ruso resultará ser una vejiga inflada: pinchadlo y reventará"* […]. El Führer había logrado contagiar su optimismo sin fundamentos a su entorno militar inmediato –según el general Guderian–. El OKW y el OKH estaban tan serenamente confiados en que la victoria llegaría antes del invierno, que sólo habían ordenado preparar ropa de abrigo para uno de cada cinco hombres en el ejército

(Toland, 2009: 982-983; el destacado me pertenece).

Según Burrin, la campaña de Rusia se organizó en un clima de confianza sin precedentes:

> El ejército alemán, que hasta entonces había volado de éxito en éxito, se comería de un bocado a un enemigo mal equipado, mal encuadrado, poco motivado […]. Estimaciones hechas […] acerca del estado del rearmamento soviético, prejuicios fuertemente arraigados sobre la incapacidad de organización de los eslavos, ideas preconcebidas no menos tenaces respecto de la impopularidad del régimen staliniano: todo tendía hacia el optimismo (1990: 178).

En el mismo sentido, otro autor sostiene que "[l]os alemanes habían dado por supuesto que las cosas serían todavía más sencillas en el este: los rusos no lucharían por defender a un régimen que odiaban. El Ejército Rojo, desmoralizado, se descompondría ante ellos. Sería todo un paseo" (Braithwaite, 2006: 132).

En todo momento y hasta la víspera de la invasión (en las horas previas Hitler le había dicho a uno de sus ayudantes que "*dentro de tres meses como máximo, los rusos sufrirán una debacle como jamás se ha visto en el mundo*"), los cálculos estimaban que bastaría con una campaña de verano y otoño para derrumbar al gigante ruso y hacerse de enormes extensiones de territorios y vastísimas riquezas de todos los órdenes, incluyendo millones de trabajadores esclavos. Según los cálculos geopolíticos de Hitler, semejante golpe obligaría a Inglaterra a doblegarse y a resignarse a firmar un acuerdo de paz, lo que pondría fin a la guerra en Europa. La historia enseñaría que fue un tremendo error de apreciación.

Concepción del plan Siberia

En ese contexto, a lo largo del año 1941, se comenzó a pensar y a trabajar en lo que a simple vista parecía una nueva Solución Territorial, pero que en verdad significó otro salto importante en la historia de la Solución Final. Por primera vez, los circuitos burocráticos nazis responsables de manejar la cuestión judía encararon, de manera indisimulada, un proyecto abiertamente genocida: la deportación de todos los judíos europeos de su área de influencia a los confines de la Unión Soviética, donde realizarían

trabajos forzados en los pantanos y las gélidas estepas de esa geografía inmensa. Bien puede denominárselo el plan Siberia.

Cabe destacar, en este sentido, las diferencias con el plan Madagascar, cuyas connotaciones genocidas habían sido apenas insinuadas y en última instancia estaban supeditadas a las condiciones concretas del transporte y del lugar de destino. Una cuestión nada menor en este aspecto es que, si se cumplían ciertas condiciones (derivadas de considerar a los judíos que serían deportados como "prenda de cambio"), el plan Madagascar no descartaba aceptar la ayuda de la comunidad judía mundial para mejorar la situación humanitaria en la isla; además, Hitler pensaba usar políticamente esta iniciativa tras el final de la guerra en Europa, que creía inminente. Por último, las dimensiones y la ubicación geográfica de la isla hacían que el futuro "protectorado" alemán fuera ampliamente vulnerable a la filtración de información sobre las condiciones de vida de sus habitantes, que podrían difundirse por todo el mundo: Madagascar no era el lugar más indicado para concretar un genocidio a gran escala. Siberia, en cambio, sí lo era.

Un antecedente histórico: el Genocidio Armenio

En la idea de fijar las estepas siberianas como nuevo destino de la judería europea se proyectaba claramente la sombra de otro genocidio, el del pueblo armenio a manos del imperio turco-otomano, acaecido apenas dos décadas antes, entre 1915 y 1917, cuya característica descollante fue que, en gran medida, los perpetradores se habían salido con la suya al aniquilar físicamente a la minoría perseguida y al obtener considerables niveles de impunidad y de silenciamiento de los terribles sucesos: "[l]a relativa facilidad con la que se llevó a cabo el Genocidio Armenio y con la que los perpetradores escaparon de la justicia retributiva impresionó a los líderes nazis cuando contemplaron una iniciativa similar respecto de los judíos, […] el episodio resultó instructivo principalmente debido a que, como ya se dijo, había sido recompensado con la impunidad" (Dadrian, 2008: 380).[53]

No es posible desarrollar aquí los pormenores del genocidio de los armenios, pero sí trazar unas líneas comparativas entre aquel suceso y la cuestión a resolver por parte de la burocracia nazi hacia 1941 para advertir los rasgos comunes a ambos casos:

- Desde la perspectiva de los Estados opresores, se trataba

de una Solución Final a una cuestión para la cual se habían ensayado diversas iniciativas infructuosas durante los años anteriores. En el caso armenio, el imperio otomano venía llevando adelante diversas políticas de represión contra esa minoría, con el objetivo de acallar sus demandas y someterla a las exigencias del régimen.[54] Por otra parte, la idea de transferir a todos los armenios al este del imperio, a la Mesopotamia, era una "Solución" pergeñada desde hacía décadas, y, en efecto, esa región se convertiría, durante la Primera Guerra Mundial, en "el valle de la muerte para el pueblo armenio" (Dadrian, 2008: 48). En el mismo sentido, el historiador turco Taner Akçam sostiene que el motivo que llevó al régimen de los Jóvenes Turcos a tomar la decisión, en marzo de 1915, "de remover de sus casas a los armenios y asesinarlos" fue que percibían que esta medida era "la única manera de garantizar la integridad territorial del imperio, y de terminar, de una vez y para siempre, con la prolongada cuestión armenia", y la calificaron como una "Solución Final" a dicha cuestión (2010: 22 y 36). En el acta de acusación del juicio posterior a la guerra, de mayo de 1919, se dio por probada la conformación de un plan criminal vasto y centralmente dirigido de destrucción, guiado por el objetivo de "resolver de una vez y para siempre los problemas y conflictos irresueltos", entre los cuales se consideraba a la cuestión armenia como el más difícil.

- El colectivo atacado era claramente identificable y, en su conjunto, no redundaba en un peligro interno para ninguno de los dos Estados genocidas, ya que tanto los armenios del imperio turco-otomano como los judíos del Tercer Reich estaban en su gran mayoría nucleados en comunidades pequeñas, medianas y grandes dedicadas al comercio, las artesanías, la industria y las profesiones liberales, además de haber numerosos individuos de ambos pueblos directamente ligados a las ciencias, las artes o la religión. Tales actividades eran normalmente desempeñadas por los hombres cabeza de familia; no está de más reiterar que tanto ellos como los niños, las mujeres y los ancianos, que eran la gran mayoría de dichas poblaciones, no entrañaban ningún tipo de peligro para la estabilidad de los regímenes que lanzaban esa clase de invectivas.

- Los integrantes de los grupos minoritarios que terminaron siendo objetivo de sendos procesos genocidas ostentaban de antemano un estándar jurídico de *súbditos* o *vasallos*, y no de ciudadanos en igualdad de condiciones. En el caso de los judíos, a partir de la entrada en vigor de las leyes de Núremberg de 1935, que los devolvieron al estatus inferior que tenían antes de mediados del siglo XIX y que los había caracterizado desde siempre en Europa; en el caso de los armenios, dada su condición de cristianos o "súbditos infieles" no musulmanes (*dhimmi*) durante los seis siglos que llevaban viviendo bajo la égida del imperio otomano.[55]
- Tras las razones esgrimidas, de tipo racial –en el caso armenio no era inusual la comparación con el estereotipo del judío como *parásito*[56]–, subyacía la persecución de una utopía nacionalista –*panturca* en un caso, *pangermánica* en el otro– que demandaba la depuración física de todos aquellos elementos extraños a la comunidad del pueblo. Según Akçam, tras la derrota en la Guerra de los Balcanes (1912-1913), "las autoridades dirigentes turco-otomanas establecieron una política que apuntaba a homogeneizar a la población de Anatolia, el corazón territorial del Imperio", para lo cual se propusieron, entre otras medidas drásticas, "la expulsión de la población no turca y no musulmana de Anatolia, lo que significaba la remoción de dos millones de personas, esencialmente toda la población cristiana de la región" (2010: 23). Para un historiador de la Primera Guerra Mundial, el régimen controlado por los Jóvenes Turcos procuraba "una Turquía homogénea, étnicamente compacta, que eliminase los elementos ajenos –los griegos y los armenios– dentro de su territorio y promoviese un movimiento panturanio [es decir, panturco] capaz de liberar y unificar los treinta millones de habitantes de etnia turca del Cáucaso, sur de Rusia y Asia central bajo un solo gobierno" (Howard, 2004: 67).
- Se aprovecharía el contexto bélico mundial para ejecutar los designios propuestos: "Es ampliamente aceptado que las guerras crean un clima favorable para el genocidio" (Akçam, 2010: 153). En efecto, el estallido de una guerra, debido a su naturaleza misma, está plagado de múltiples ocasiones que constituyen un momento ideal. No es accidental que la destrucción de los armenios haya

ocurrido en momentos decisivos de la contienda bélica circundante: la guerra representaba una óptima oportunidad para un grupo dominante que buscaba liquidar a una minoría vulnerable (Dadrian, 2008: 224 y 367).

- Se asignó a la minoría perseguida el rol de *enemigo interno,* al que era tan imprescindible neutralizar como a los enemigos externos. En el caso de los armenios, después de la entrada de Turquía en la Primera Guerra Mundial, en octubre de 1914, se los acusó infundadamente de maniobrar y conspirar en secreto a favor del gran enemigo en el contexto bélico, el imperio ruso, con el que los armenios tendrían afinidad […] religiosa dada su condición de cristianos (aunque la Iglesia Apostólica Armenia era independiente de la Ortodoxa rusa). En 1915 se culpó a la minoría armenia de las derrotas turcas durante la guerra, con el argumento de la *puñalada por la espalda*, retomada tres años más tarde en Alemania para acusar a los judíos de su propia debacle en esa misma conflagración bélica.[57] El máximo responsable político del Genocidio Armenio, Enver Pashá, intentó atribuir la derrota a la traición armenia y definió a los armenios como una "amenaza" (Akçam, 2010: 193).
- La ocultación de los fines genocidas buscados mediante el recurso permanente, en documentos y discursos, a los eufemismos. En efecto, en el caso armenio, el lenguaje codificado reveló ser ampliamente funcional para desviar la atención de los propósitos reales del proyecto genocida y concretar la empresa criminal: "La historia del Genocidio Armenio en todas sus etapas de desarrollo se halla marcada por una serie de técnicas de engaño, desvío y deflexión que los perpetradores utilizaron para garantizar y optimizar su resultado". En concreto, se empleaban los términos "deportación" y "reubicación", como asimismo las expresiones "protección de los convoyes", "castigar a los transgresores", etcétera (Dadrian, 2008: 356). Esta metodología sería llevada a niveles superlativos por la Alemania nazi, en especial –aunque no solamente– en las últimas etapas de la cuestión judía.[58]
- Al mismo tiempo, las instrucciones relacionadas con el exterminio de los deportados circularon mediante órdenes verbales, secretas o cifradas. Según las acusaciones

posteriores a la guerra, la ejecución del plan central contra los armenios fue asegurada y dirigida a través de órdenes e instrucciones secretas y orales, enviadas vía telegramas cifrados, acompañadas muchas veces por el mandato de "destruirlas" tras su lectura (Akçam, 2010: 226). En aquel juicio de 1919 se agregó evidencia documental para probar concretamente que la cúpula que controlaba el aparato de poder turco había dado instrucciones orales que debían interpretarse como órdenes de exterminio contra los armenios (Dadrian, 2008: 306). La sentencia de la Corte Marcial del 5 de julio de 1919 dejó en claro, a través de las órdenes de deportación, "el plan central de destrucción" del pueblo armenio (Dadrian, 2008: 313). Según Akçam, durante estos juicios se demostró que "[l]os enunciados de estos telegramas decían reiteradamente que la deportación significaba eliminación y masacre" (2010: 228).

- En concreto, al igual que el proyectado plan Siberia, el tramo más extenso del genocidio cometido por el régimen de los Jóvenes Turcos consistió en la orden de deportación de todos los armenios para su "reubicación" en zonas desérticas ubicadas en el este del imperio, con la excusa de que esta minoría cristiana constituía un "peligro" para la seguridad del Estado otomano durante la guerra. Siguiendo a Dadrian (2008: 211-212), en 1915, "[b]ajo alegatos de actos de traición, separatismo y otros crímenes análogos imputados a los armenios como minoría nacional, las autoridades otomanas ordenaron, por razones de seguridad, la masiva deportación del total de la población armenia […] para vaciar Anatolia de su población de armenios al amparo de la guerra". Estas medidas fueron extendidas a prácticamente toda la población armenia del imperio, incluyendo su capital, Estambul. Estas deportaciones masivas, de unas ochocientas mil personas, terminaron siendo una pantalla tras la cual se perpetraron asesinatos masivos por fusilamientos, degollaciones, hambre y agotamiento en zonas alejadas y desiertas. Este fue sólo un tramo de lo que se conoce como el Genocidio Armenio, que abarcó muchas otras masacres antes y después de este trágico episodio, que alcanzaron un total aproximado de un millón y medio de víctimas. La orden de deportar a todos los armenios del imperio, "presentada bajo el disfraz de un traslado de la población a causa de las urgencias de la

guerra, servía como máscara para la planeada ejecución de la población armenia. La vasta mayoría de los deportados perecieron a través de una variedad de atrocidades, directas e indirectas, perpetradas durante las deportaciones" (Dadrian, 2008: 213). Para el embajador norteamericano Henry Morgenthau, "[e]l verdadero propósito de este destierro era el robo y la destrucción; en realidad, constituía un nuevo método de matanza. Cuando las autoridades turcas dieron la orden de destierro, de hecho estaban pronunciando la sentencia de muerte de toda una raza; ellos lo sabían, y en las conversaciones que sostenían conmigo, no hacían ningún esfuerzo para ocultarlo" (Dadrian, 2008: 211 y 223). A comienzos de 1917, el problema armenio había sido íntegramente "resuelto" (Akçam, 2010: 176).

- La elección de sitios inhóspitos y desérticos donde deportar al colectivo perseguido (los desiertos de Arabia en un caso; las estepas y pantanos de Siberia, en el otro) constituye sin dudas un remarcable factor en común entre el plan turco concretado a partir de mayo de 1915[59] y el plan nazi elaborado durante 194 Esta estrategia permitía preservar el secreto de las operaciones y, así, mantener impunes los crímenes masivos, al desconocer ante la comunidad internacional tanto las masacres como las altísimas tasas de mortalidad impuestas en forma deliberada para diezmar a los sucesivos grupos humanos hasta su virtual exterminio. En el caso armenio, la práctica de dejar morir a los deportados de hambre y cansancio en el camino, y la existencia de campos de la muerte en el trayecto, indicaban a las claras qué les ocurriría a los armenios cuando llegaran a sus lugares de destino: ser enviados a Siria y al sur de la Mesopotamia (es decir, a los desiertos de Arabia) representaba una muerte segura. En uno de los destinos en el desierto, a los deportados se les negaba refugio, comida y atención médica. Los llevaban allí para dejarlos morir (Akçam, 2010: 248). Muy similares eran los objetivos del plan Siberia elaborados durante el transcurso de 1941 y presentados por los líderes de las SS en Wannsee en enero de 1942.
- Otro denominador común fue el empleo de "voluntarios" o "unidades de milicias irregulares", que se incorporaron masivamente a los batallones o regimientos regulares que funcionaban como unidades móviles y participaron

activamente en los aspectos más atroces de las operaciones de exterminio, tanto en el caso armenio (Akçam, 2010: 180 y ss.) como en el de los judíos (Rhodes, 2005: 182).

- Para implementar las deportaciones hacia los lugares de destino, se decidió que las columnas de prisioneros se organizaran obedeciendo la siguiente consigna: los hombres marcharían por un lado, las mujeres y los niños por el otro; en el caso de los armenios, esto facilitó la rápida eliminación de los primeros, mayormente mediante fusilamientos y degollaciones en lugares apartados: "Los hombres fueron separados de las mujeres y los niños antes de ser enviados fuera, o masacrados a tiros poco después de la partida de la caravana" (Akçam, 2010: 237; Lepsius, 2009: 445). Es lógico suponer que el plan Siberia, al prever también esta táctica, apuntaba en la misma dirección.
- Como una estrategia genocida más, decenas de miles de armenios aptos para el trabajo, entre ellos soldados desmovilizados, fueron obligados a formar *batallones de trabajo* y forzados a *construir y reparar carreteras* en lugares apartados, contexto en el que eran aniquilados (Akçam, 2010: 220; Dadrian, 2008: 246). Veremos más adelante la similitud que en concreto tiene este punto con las acciones de los nazis en el sur de Polonia a partir de 1940, a través de la Organización Schmelt. Además, Heydrich haría expresa referencia a ello en la Conferencia de Wannsee.
- A los pocos que lograban escapar de las matanzas, los internaban en "campos de trabajo" en condiciones insoportables, donde morían por enfermedades o por la brutalidad imperante. En el caso armenio, para los sobrevivientes de las marchas, "las autoridades crearon una serie de estaciones en el desierto, a partir de las cuales eran regularmente enviados hacia la muerte definitiva por los más variados métodos. […] constituyeron un método alternativo de muerte para las víctimas en el desierto, condenándolas a hambrunas artificiales y enfermedades epidémicas" (Dadrian, 2008: 234). Si bien usualmente se ha denominado a estas estaciones como campos de concentración, según el historiador turco Taner Akçam (2010: 248) eran verdaderos *campos de la muerte*, pues en ellos se verificaban "espantosas condiciones humanitarias y sanitarias" en las cuales "la supervivencia era un

milagro”.

A esta larga lista de circunstancias confluyentes entre el genocidio de los armenios concretado en 1915 y el genocidio de los judíos que se estaba proyectando en 1941, hay que agregarle el detallado conocimiento que, de aquel precedente, tenían en general los altos mandos alemanes, y Hitler en particular –en este caso, cristalizado en diversas declaraciones sobre el genocidio de los armenios, en especial la famosa frase que se le adjudica en las vísperas del ataque militar a Polonia, frente a los altos mandos militares, a fines de agosto de 1939: “*Después de todo ¿quién habla hoy de la destrucción de los armenios?*”–, [60] no sólo por haber sido aliados del imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial, sino también por la directa injerencia que tuvieron en ese marco bélico las fuerzas armadas alemanas sobre sus pares turcos, ya que en ese contexto histórico “[l]os diplomáticos alemanes ejercieron enorme influencia en el gobierno de Constantinopla, […] los oficiales contribuían al entrenamiento y nuevo equipamiento del ejército turco” (Howard, 2004: 68).[61]

Una nueva perspectiva para resolver la cuestión judía

En definitiva, por esta y otras razones y antecedentes, el plan de deportación de todos los judíos europeos al extremo oriental de Europa implicaba su aniquilamiento físico en una escala sin precedentes, ya sea por extenuación, por hambre o por frío, además de las previsibles ejecuciones a lo largo de todo el proceso. Como sostiene Kershaw, este ambicioso plan de Solución Territorial habría tenido como resultado “una forma distinta de genocidio a largo plazo”, aunque aclara, con razón, que no fue esa la Solución Final que emergió durante los meses posteriores (2009: 128). En el mismo sentido se pronuncia Lawrence Rees, para quien Hitler, Himmler y Heydrich seguían manteniendo una actitud por demás optimista respecto de la deportación de todos los judíos al este lejano, que debía producirse en algún momento de aquel otoño de 1941 (2005: 106). Como vemos, y de todos modos, con esta solución no hubiesen escapado del genocidio.

Hans Frank, el regente de la Gobernación General en Polonia, tuvo la prueba más cabal de que los nuevos planes estaban en marcha cuando visitó a Hitler en Berlín el 17 de marzo de 1941. El Führer le prometió entonces que su región sería la primera que se vería “libre de judíos”, lo que constituía un giro completo respecto de la política previa,

consistente justamente en asentar a todos los judíos del Reich en ese espacio conforme al plan acordado con Heydrich unos meses antes y que evidentemente ya había sido descartado. Además, a su regreso a Cracovia, capital de la Gobernación General, Frank reveló la impactante noticia a sus colaboradores.

Tres días más tarde hubo otro indicio de ello, cuando un Hitler soberbio y exultante recibió en su despacho al ministro de Defensa del recién creado Estado títere eslovaco, Slavko Kvaternik, a quien le aseguró que, tras completar la campaña del este, los judíos ("*el azote de la humanidad*") habrían de ser "*expulsados de Europa, sin que importe a qué lugar, Siberia o Madagascar*".[62] Está claro entonces que Hitler, una vez consumados los planes de invasión, estaba pensando en enviar a los judíos de su imperio "más hacia el este", pues descontaba la derrota de la Unión Soviética a más tardar en octubre de 1941.

En definitiva, la promesa de Hitler a Frank era un indicador más de su decisión de optar por una solución radical de la cuestión judía no bien finalizara la guerra, a través de la masiva deportación al este de todos los judíos europeos bajo su dominio. Además, una nota de Heydrich recientemente descubierta hace referencia a "un nuevo anteproyecto" sobre la cuestión judía que estaba preparando para presentarle a Göring. Según Rees, era una respuesta ante el cambio que significaba la inminente invasión a la Unión Soviética. Como lo de Madagascar perdía sustento, a comienzos de 1941 Hitler le había ordenado buscar otro lugar, esta vez dentro del gran Reich, pero ante esta nueva perspectiva tanto Hitler como Heydrich "debieron juzgar razonable empujar a los judíos más al este aquel mismo otoño, a modo de solución interna al problema […]. En los yermos de Rusia oriental, los judíos sufrirían lo indecible" (Rees, 2005: 97; véase también Kershaw, 2002: 350).

Estos planes ya avanzados se engarzaban con el traslado de todos los judíos del Reich y de Europa Occidental a la Gobernación General y otros puntos intermedios (Lituania, Bielorrusia) como meros destinos de tránsito, en los que ocuparían temporalmente los guetos y demás sitios desocupados por los judíos locales. A su vez, los judíos polacos y lituanos, entre otros, ya para ese entonces deberían estar siendo transportados hacia los confines siberianos.

Allí, según los grandilocuentes planes en marcha, parte de los millones de judíos deportados acabarían en los campos de trabajos forzados del sistema Gulag que los soviéticos dejarían tras su derrumbe, en Siberia y otras zonas inhóspitas del vasto territorio ruso, en zonas árticas e islas recónditas del extremo norte, en el marco de un sistema concentracionario cuya gestación los nazis atribuían a los judíos que controlaban el régimen bolchevique y que ahora, con los nuevos amos, en un cruel giro del destino, aquellos iban a padecer en

masa. Como le dijo Heydrich a Goebbels en un encuentro en Berlín a fines del verano de 1941: si los campos del sistema Gulag, según la particular visión de los nazis, habían sido levantados por los judíos: "*¿qué habría más apropiado que llenarlos de judíos?*" (Hilberg, 2005: 440).

En esta época, "la derrota de la URSS, que se suponía cuestión de sólo unos meses, dejaría abierta la perspectiva de la deportación completa de los judíos a las nuevas tierras conquistadas en el este […] y trabajos forzados en condiciones brutales" (Kershaw, 2002: 348). Claro que, una vez más, el plan del cual ahora hablaban Himmler, Heydrich y Eichmann dependía absolutamente de la marcha de la contienda bélica; su suerte estaba atada a que la *guerra relámpago* funcionara en la campaña del este al menos hasta la conquista de Moscú en el centro y Leningrado en el norte, golpes de los cuales los rusos suponían que no podrían recuperarse y que los llevarían a una rendición incondicional.

En la imaginación de Hitler, toda esta movilización de millones de judíos de Occidente hacia el extremo oriente europeo debía esperar la finalización de la campaña militar en la Unión Soviética, momento en el cual los transportes ferroviarios que regresarían del frente, colmados de tropas victoriosas, materiales bélicos y botín de guerra, podrían perfectamente ponerse en marcha nuevamente hacia el este para transportar a los judíos a su terrible destino.

Mientras la operación Barbarroja se ajustaba cada vez más y el ambiente optimista llegaba a límites exasperantes tras la asombrosa campaña de los ejércitos alemanes en Yugoslavia y Grecia –que, como ya señalamos, duró apenas unas semanas–, la Oficina Central de Emigraciones en Berlín daba un nuevo paso en la política antijudía. A tono con el clima de invencibilidad, el 20 de mayo de 1941 entró en vigencia la prohibición de emigrar, dirigida a los judíos de todos los territorios ocupados, en vista de que, respecto de la cuestión judía, era "*indudable una inminente Solución Final*".

Con esta directiva, firmada por Göring y enviada a todas las oficinas de la Gestapo, se buscaba impedir de allí en más la emigración desde los países conquistados, en especial a través de una ruta recientemente detectada desde la Francia de Vichy y con pasaportes norteamericanos. Si la deportación al extremo oriental del imperio nazi estaba en el horizonte, ya no había razones para permitir la salida de judíos de los territorios conquistados, que tantas quejas diplomáticas había suscitado. Gilbert (1987: 152) señala que esta fue la primera referencia oficial a una Solución Final o *Endlösung*. A esta directiva le seguiría otra igual, decidida en octubre de 1941, pero que esta vez alcanzaría a todos los judíos del Reich, esto es, alemanes, austríacos y checos. Fue entonces cuando las fronteras del Tercer

Reich se sellaron definitivamente.

Comienza la guerra en el este

El 22 de junio de 1941, finalmente, se dio inicio a la operación Barbarroja. En aquella infausta jornada, Hitler declaró la guerra a la Unión Soviética –a la que tomó en buena medida por sorpresa– y ocupó rápidamente Polonia oriental. En las semanas siguientes invadió Lituania, Letonia, Ucrania y Bielorrusia, entre otras zonas. Estas anexiones en el este sumaron alrededor de dos millones y medio de judíos al dominio alemán, mientras que un millón y medio alcanzaron a escapar más hacia el este (Friedländer 2007: 208-209).[63]
Todo parecía indicar que las expectativas de los planificadores en Berlín habían sido acertadas. Bialystok, en Polonia oriental, cayó apenas cinco días después del inicio de la campaña, y Minsk, la capital de Bielorrusia, se rindió al día siguiente. Durante las primeras dos semanas de Barbarroja, los alemanes se apoderaron de enormes extensiones de territorio y capturaron casi medio millón de soldados soviéticos.

Uno de los altos comandantes del ejército alemán, el general Halder, escribía en su diario el 3 de julio: "*No es exagerado decir que la campaña contra Rusia se ha ganado en catorce días*". Anotaba a continuación que no por ello la guerra iba a terminar; la extensión del espacio y la tenacidad de la resistencia partisana demandarían varias semanas más de esfuerzos. En el frente norte, por ejemplo, el general Von Manstein seguía adelante tras haber avanzado unos trescientos kilómetros en cuatro días. A partir del 4 de julio lograron abrir una brecha en la línea defensiva "Stalin", lo que ponía a los invasores en franco camino hacia Leningrado.

Cuando Hitler se enteró de estas noticias, según Goebbels, afirmó: "*Nadie duda de que triunfaremos en Rusia […]. Del bolchevismo no quedará piedra sobre piedra*". Para esa misma época, expresó a sus seguidores que: "*Rusia prácticamente ha perdido la guerra. ¡Qué gran suerte hemos tenido, de aniquilar los cuerpos blindados rusos y la fuerza aérea desde el principio! Los rusos nunca podrán reponerlos*" (Toland, 2009: 1008).[64] Simultáneamente decidió, a través de una directiva del 14 de julio, que se adoptaran las medidas necesarias para concentrar la producción de armamentos en aviones y barcos con el objetivo manifiesto de conquistar a su otro enemigo, Gran Bretaña, y en función de ello, "*reducir considerablemente el ejército en un futuro cercano*".

Tras dejar atrás Minsk y atravesar todo el territorio bielorruso, el 17

de julio de 1941 el frente del centro conquistó la primera gran ciudad en territorio ruso: Smolensk. Así, a mediados de julio, no era sorprendente que los altos mandos alemanes confiaran en que la campaña en el este estaba próxima a convertirse en otra aplastante victoria y que todo finalizaría, tal como estaba previsto, hacia octubre o noviembre de ese mismo año. Al respecto, una reciente crónica de la Segunda Guerra Mundial consigna que la ofensiva en el este

> [p]arecía la repetición de las victorias obtenidas en Francia y los Balcanes. Los muy optimistas planificadores alemanes creyeron que vencerían en unas seis semanas, aunque después hubiera que invertir bastante más tiempo en alcanzar la remota línea donde la Wehrmacht debería detenerse […]. Tampoco los estrategas británicos creyeron que el Ejército Rojo fuera a aguantar más de cuatro semanas. Los estadounidenses, por su parte, calcularon que el Ejército Rojo perdería el grueso de sus efectivos en sólo dos semanas y estimaban que la campaña en su conjunto costaría a los alemanes entre uno y tres meses (Molina, 2009: t. 7, 70).

El propio Hitler, en una entrevista que mantuvo en esos días con el embajador japonés, Hiroshi Oshima, le confió que calculaba terminar la guerra en seis semanas, es decir, hacia fines de agosto de ese año. Sin embargo, tras esta conquista, la *Blitzkrieg* (guerra relámpago) fue detenida por una línea defensiva de los soviéticos, que les sirvió para reorganizar las tropas y hacer llegar unidades de refuerzo desde el extremo oriental de la URSS.

Una importante decisión

El siguiente hito de esta tercera etapa en el camino hacia la materialización de la Solución Final ocurrió a mediados de 1941. El 24 de junio, Reinhard Heydrich se quejaba por escrito de las dificultades con que tropezaba en el intento de encontrar una solución a la cuestión judía. En opinión del segundo de Himmler, era necesario descartar la deportación judía a Madagascar y buscar una solución más práctica. La respuesta a tales observaciones llegaría el 31 de julio, con la emisión de un comunicado redactado en la RSHA por Adolf Eichmann a pedido de Heydrich, jefe de aquella oficina. De acuerdo con ese comunicado, el segundo en la línea de sucesión de Hitler, Hermann Göring, tras mencionar "*la tarea que le fue asignada el 24 de*

enero de 1939 referente a la consecución de una solución tan ventajosa como fuera posible de la cuestión judía por la vía de la emigración y de la evacuación", le encomendó a Heydrich "*que realice los preparativos organizativos, funcionales y materiales necesarios para resolver completamente la cuestión judía en la esfera de influencia alemana en Europa*".

Göring le encargó además que le enviara en el futuro "*un plan general*" sobre las medidas "*que deberán adoptarse para llevar a cabo la deseada Solución Final de la cuestión judía*": detrás del inocuo lenguaje burocrático "se ocultaba la concesión a las SS de la autoridad más absoluta para organizar el exterminio de los judíos de Europa" (Toland, 2009: 1046). Esta sería la segunda referencia oficial de Göring a una Solución Final de la cuestión judía; la primera, como señalamos, fue en mayo de aquel año, en oportunidad de decretar el cierre de las fronteras para los judíos en los territorios ocupados.

Este mandato escrito del último día de julio de 1941 ampliaba el que Heydrich ya había recibido –y a raíz del cual, hacia marzo, había apurado un "nuevo anteproyecto" sobre la cuestión– y puede interpretarse como "una continuación de la política existente que combinaba deportar y diezmar, más que como el inicio de una vía cualitativamente distinta" (Kershaw, 2009: 128). Coincidimos aquí con Burrin, quien sostiene respecto de este encargo que

> nada figura en él que pueda convertirlo en el documento donde todo se habría originado […]. Formalmente, las soluciones examinadas eran la emigración y la evacuación […]. Ninguno de los documentos que subsisten de ese verano indica que haya sido decidido o preparado un exterminio; algunos de ellos permiten inferir, por el contrario, que la "Solución Final" considerada seguía siendo la deportación de los judíos a una reserva (1990: 153-154).

Por su parte, Burleigh señala un aspecto de sentido común:

> Sólo Hitler tenía la visión panorámica. Sólo él operaba al nivel de Antonescu [Rumania], Horthy [Hungría], Laval [la Francia ocupada], Mussolini [Italia], Pétain [la Francia de Vichy] y Quisling [Noruega]. Dado lo extremadamente delicado que era políticamente extraer judíos […] ciudadanos de otros países, parece sumamente improbable que la autorización para poner en marcha la "Solución Final" no hubiese llegado personalmente de él (2008: 1016).

De hecho, el propio Hitler le confió a Goebbels, en encuentros privados mantenidos dos semanas después, su proyecto de enviar a los judíos alemanes al este lejano una vez terminada la guerra con la Unión Soviética. Para Friedländer, estas señales amenazantes acerca del futuro de los judíos "podía[n] significar que después de que se consiguiera la victoria en el este, los judíos de Alemania serían deportados al norte de Rusia, y allí, 'con ese clima tan duro, recibirían una buena lección'. *El asesinato de masas estaba implícito en las palabras de Hitler*, aunque es improbable que en aquella fase la declaración del líder nazi significase un *exterminio organizado, generalizado e inmediato*" (2007: 253).

Más allá de ello, está claro que la principal finalidad de esta nueva carta era reafirmar la autoridad de las SS-RSHA en las relaciones con las demás agencias del Estado nazi interesadas en el tema (en particular, preocupaba a los burócratas de las SS la designación, a fines de marzo, de Alfred Rosenberg como responsable político en los territorios orientales ocupados, pues constituía una amenaza potencial al poder de Himmler y Heydrich). Así, la misiva del 31 de julio fue concebida para ayudar al Reichsführer a reafirmar su propia posición (Rees, 2005: 97).

En este sentido, la citada directiva pretendía consagrar el control de las SS sobre la Solución Final una vez obtenida la victoria definitiva en el este, esperada para el final del otoño: "Hitler había pensado afrontar el problema de los judíos europeos después de ganar la guerra, […] la misión que Göring le encargó a Heydrich [con la directiva del 31 de julio de 1941] se suponía que conduciría a una 'inmediata y unificada solución de la cuestión judía en Europa una vez concluida la guerra'" (Rhodes, 2005: 284; véase también Kershaw, 2009: 429).

La deportación al este de los judíos del Reich

En forma incipiente, hacia agosto de 1941 algunos perspicaces jefes militares advirtieron que en la campaña del este "habían subestimado la flexibilidad y eficacia soviéticas, el verdadero teatro de operaciones y las dificultades provocadas por el mal estado de las carreteras. La ofensiva alemana llevaba semanas de retraso, y si el Ejército Rojo aguantaba dos meses más, la campaña fracasaría y los alemanes se hundirían en una guerra permanente en dos frentes" (Dwork y Van Pelt, 2004: 418).

Ante esta nueva realidad, los oficiales radicalizaron el discurso; la retórica anticomunista dio paso a invectivas racistas que legitimaban

la invasión al afirmar que los eslavos eran una raza inferior y que eso los hacía actuar, en el frente de batalla, con la astucia propia de los animales: "*su indiferencia a las condiciones meteorológicas, su forma de vida incivilizada y su astucia es lo que los convertían en adversarios formidables*" (Jones, 2009: 54).

Sin embargo, Hitler desdeñaba esas insinuaciones y seguía confiando, en público y en privado, en la no muy lejana victoria final. A tal punto estaba convencido de ello –siempre empujado por el desprecio al bolchevismo y a la "subhumanidad" eslava– que, en una histórica decisión militar adoptada el 19 de julio de 1941 y reafirmada en agosto, desvió parte de los blindados y de los ejércitos destinados a la conquista de Moscú (ciudad de la que estaban a unos trescientos kilómetros de distancia) al frente norte, hacia Leningrado, y al frente sur, hacia Crimea. El dictador no lo sabía en ese momento, pero unos meses más tarde se daría cuenta de que había juzgado con excesivo optimismo la ofensiva sobre la capital soviética. En todo caso, fue una decisión estratégica destinada a cambiar el curso de la guerra y de la historia.[65]

Más allá de ello, las noticias más relevantes llegadas a mediados de septiembre al búnker de Hitler fueron indudablemente excelentes, ya que las fuerzas militares alemanas habían logrado cerrar el cerco en torno a dos de las tres ciudades más importantes de la Unión Soviética:

- Entre el 14 y el 15 de septiembre, en el frente de Ucrania, las tropas del general Von Kleist, desde el sur, y las del general Guderian, desde el norte, se enlazaron por detrás de la ciudad de Kiev, y encerraron en un cerco a más de medio millón de efectivos soviéticos.
- El mismo 15 de septiembre, en el extremo norte del frente, las tropas alemanas completaron otro cerco territorial, esta vez en torno a la ciudad de Leningrado, y comenzaron su asedio.

Como resume Jones, hacia mediados de septiembre

> los alemanes estaban triunfando en todos los frentes, y la guerra contra Rusia pasaba por su apogeo. Al sur, casi 750 000 soldados rusos estaban rodeados en Kiev y las fuerzas alemanas avanzaban por Ucrania sin encontrar oposición. Ahora el objetivo era emprender una gran ofensiva para aplastar los últimos ejércitos rusos que se enfrentaban al

> Grupo Centro de Ejércitos, tomar Moscú y finalizar la guerra. Hitler irradiaba júbilo (2009: 66).

En efecto, horas después de que se hubiera cerrado el cerco en derredor de Kiev, el 16 de septiembre, el mariscal Von Bock, a cargo del grupo de ejércitos del centro, instituyó sin más la operación Tifón, necesaria para conquistar Moscú, para lo cual había concentrado cerca de dos millones de hombres frente al millón doscientos cincuenta mil de soldados soviéticos (Braithwaite, 2006: 281). Entre el 16 y el 17 de septiembre,[66] inmediatamente después de estos importantes logros militares y teniendo en carpeta el inminente ataque final a la capital soviética, Hitler, tras haberle ordenado a Himmler efectuar algunos sondeos durante las semanas previas (Longerich, 2009: 501), cambió de parecer y tomó una decisión fatídica, enmarcada en las expectativas de "evacuación a los confines de Europa" de la judería de su imperio: les ordenó a Himmler y a Heydrich que, en cuanto estuvieran dadas las condiciones materiales, comenzaran las deportaciones de todos los judíos alemanes, austríacos y checos a los guetos y ciudades "del este" para que luego, en una segunda etapa, tal vez en la siguiente primavera, fueran empujados aún más lejos en esa dirección.

Hasta ese entonces, el dictador se había mostrado reacio a hacerlo, pues se atenía al plan original según el cual debía esperarse al final de la guerra:[67] deportar al este a los judíos del Reich estando la guerra aún en curso significaba llevar el "peligro judío" más cerca del frente, donde –según el credo hitleriano– más dañino podía ser. Así y todo, el hecho de que Hitler estuviese dispuesto a ceder se debía en buena medida a que, para ese entonces, confiaba en que el derrumbe del gigante soviético no tardaría en llegar. En efecto, pese a que se trata de una cuestión discutida, coincidimos aquí con Browning: "Entre mediados de septiembre y mediados de octubre, las expectativas de una rápida victoria se incrementaron enormemente, […] la reanudación de ofensivas exitosas en los frentes de Leningrado y de Ucrania, por consiguiente, fue el contexto bélico para la directiva de Hitler a Himmler de dar inicio a las deportaciones desde el Tercer Reich" (2005: 327-328).[68]

El alentador panorama en el frente militar se coronó unos días después, el 19 de septiembre, cuando Kiev finalmente se rindió al cuerpo de ejércitos del centro, suceso que convirtió el optimismo en euforia en el cuartel general alemán. Cuando se enteró, Hitler predijo una vez más no sólo la pronta conquista de toda Ucrania, sino también la inminente caída de la Unión Soviética (Toland, 2009: 1020).[69] Tal como sucedería reiteradamente a lo largo de la contienda bélica, su exagerado optimismo lo haría tomar decisiones apresuradas, al dar

por descontados supuestos éxitos militares que, en última instancia, no se cumplirían.[70]

Tras haber recibido la directiva de Hitler, el 18 de septiembre de 1941 el Reichsführer SS Heinrich Himmler se dirigió a Arthur Greiser, responsable político del Wartheland –un área de Polonia, anexada al Reich, donde estaba la ciudad de Lodz–, a quien había convencido de aceptar a los judíos expulsados, diciendo: "*El Führer desea que el Reich y el Protectorado estén limpios y libres de judíos de oeste a este lo más rápido posible*". Himmler propuso mandarlos transitoriamente a los territorios anexados "*y deportarlos aún más lejos la próxima primavera*". Es muy probable que las palabras que empleó en esta carta hayan sido tomadas literalmente de las instrucciones verbales que Hitler le impartiera en esos días.

Se trató, indudablemente, de una directiva emitida en forma apresurada y sin efectuar una mínima evaluación de sus implicancias; el desprecio por la suerte de los judíos guiaba los procedimientos y dejaba abiertos grandes interrogantes acerca de su futuro inmediato: "con toda probabilidad se tenía sólo una vaga idea: emplear a los judíos en el este, en guetos y en campos, en trabajos forzados, […] imperaba el concepto de que los enormes espacios en la Unión Soviética podrían dar cuenta de los judíos de Alemania", aunque "no existían objetivos claros con respecto al destino subsecuente de los deportados" (Broszat, 1979: 86).

Ahora bien, la confianza de Hitler en la victoria en el frente oriental no explica por sí sola la decisión adoptada el 16 de septiembre. Otros motivos incidieron para que finalmente adoptara esa determinación y se dispusiera a asumir sus consecuencias. Una de esas razones fueron las constantes presiones que recibía de parte de los líderes nazis locales: no sólo porque habían aumentado los bombardeos ingleses[71] y se exigía lugar para los refugiados (que previsiblemente les sería quitado a los judíos deportados), sino porque además llegaban quejas recurrentes de soldados que volvían del frente y "se indignaban ante la vida que llevaban los judíos".[72]

Asimismo, otros motivos condujeron a la decisión del dictador nazi. Además de las crecientes bajas en el frente ruso y el encarnizamiento de la guerra, de la que Hitler culpaba a los judíos,[73] a comienzos de septiembre de 1941 llegó a Alemania la noticia de la decisión de Stalin de deportar a Siberia y otras zonas remotas a los "alemanes del Volga", casi un millón de alemanes étnicos, lo que causó un enorme impacto en el entorno hitleriano. Especialmente indignado ante Hitler se mostró Alfred Rosenberg. Goebbels, el fiel ministro de Propaganda, había insinuado, tras enterarse de los hechos, que esa deportación *podría provocar una reacción radical* (Kershaw, 2002: 469-470). Efectivamente, esta no se hizo esperar. Sin dudas, la decisión soviética

le sirvió al régimen nazi como pretexto ante la opinión pública y ante la propia burocracia que debía llevar a cabo las medidas tendientes a dejar el Reich libre de judíos.

Otro acontecimiento importante ocurrido en los días previos fue la decisión del presidente Roosevelt, tomada el 6 de septiembre, de disparar a las naves alemanas que fueran avistadas en la zona de seguridad que los Estados Unidos reclamaban en el Atlántico, lo que equivalía a un estado de guerra no declarado. En la lógica hitleriana, este gesto, que marcó una escalada en el conflicto con la "plutocracia norteamericana controlada por la judería internacional", debía recibir una respuesta vigorosa de Alemania, en la que la expulsión de los judíos del Reich bien podía desempeñar un papel destacado.[74]

Pero debemos enfatizar, en primerísimo lugar, la absoluta confianza de Hitler en la pronta finalización de la guerra en el este. Según Browning (2005: 328), estaba convencido de que hasta el 15 de octubre el enemigo ofrecería alguna resistencia, pero luego sería derrotado. Puesto que, con el cerco militar, la destrucción y la inanición que amenzaban a Leningrado se habían puesto en marcha, Hitler pronosticó el mismo destino para Moscú, a la que esperaba tener rodeada también para mediados de octubre.

En resumen, tomó esta decisión por una sumatoria de razones:

- Su confianza en la pronta victoria en el frente oriental, a partir de la noticia del cierre de los cercos en torno a Kiev y a Leningrado y el inminente inicio de la ofensiva sobre Moscú.
- La necesidad de dar respuesta a las presiones de los líderes regionales de las ciudades alemanas, que reclamaban soluciones habitacionales inmediatas para las víctimas alemanas de los bombardeos.
- La intención de neutralizar los reclamos que señalaban a los judíos del Reich por llevar una vida licenciosa mientras los alemanes se sacrificaban por la guerra.
- La necesidad de adoptar una represalia ejemplar sin más demora, no sólo contra los judíos (supuestamente culpables de las cuantiosas bajas en el frente), sino también contra Stalin (por su decisión de deportar a Siberia a los alemanes étnicos del Volga) y contra Roosevelt (quien había elevado la escala del conflicto con Alemania).

Esta decisión de Hitler, como veremos en el siguiente apartado, se

concretó rápidamente y provocó la evacuación, a partir de mediados de octubre de 1941 y hasta enero de 1942, de unos cincuenta mil judíos alemanes, austríacos y checos con destino al este, a las ciudades de Lodz, Riga, Kovno y Minsk. Estos serían los primeros de muchos más que los seguirían a lo largo de los siguientes años.

Como en esos lugares no se habían materializado los planes de origen (trasladar a los judíos locales hacia la Rusia profunda para hacer espacio a los recién arribados), su llegada fue caótica y a la vez trágica. El 9 de noviembre, un funcionario con jurisdicción sobre los guetos de Riga y Minsk, con una lógica incuestionable, realizó un requerimiento urgente a sus superiores para que los transportes fuesen enviados "más hacia el este". La respuesta del Ministerio del Este fue que las deportaciones eran "medidas preliminares" y que los deportados se asentarían allí temporariamente (Mätthaus, en Browning, 2005: 304).

Precisamente, lo que se estaba retrasando era la materialización de la idea central del plan Siberia. Recordemos que el 24 de septiembre de 1941 Goebbels escribía en su diario que había mantenido una conversación sobre un asunto importante con Heydrich, dado que el ministro de Propaganda y responsable regional de Berlín anhelaba la inmediata evacuación de todos los judíos de la capital del Reich, y Heydrich le había prometido que así se haría "*en cuanto se resolviera la situación militar en el este*".

Goebbels tomó nota de las afirmaciones de Heydrich: no bien la situación militar lo permitiera, los judíos serían transportados a los campos de trabajo esclavo creados por los comunistas a lo largo del canal del Mar Blanco (Burrin, 1990: 170). Se refería a un canal ubicado en el extremo septentrional de la URSS, terminado en 1933, de unos doscientos treinta kilómetros de extensión (para el que se habían empleado cerca de doscientos cincuenta mil prisioneros políticos), que unía Leningrado (sobre el Báltico) con el Mar Blanco, que daba a las aguas del Ártico. Según Heydrich, habría que transportar a los judíos a esos campos. Como ya dijimos, si estos habían sido levantados por los judíos –según la particular visión de los nazis–, "*¿qué habría más apropiado que llenarlos de judíos?*".

Tras haber sido designado el 27 de septiembre de 1941 a cargo del Protectorado de Bohemia y Moravia, Heydrich dejó en claro los nuevos planes en una reunión efectuada en Praga, poco tiempo después de asumir su nuevo cargo, el 10 de octubre. El mitin, al que asistieron Eichmann y otros expertos, tenía por objeto tratar las novedades en torno de la cuestión judía. En concreto, Heydrich expuso ante sus interlocutores que los judíos checos serían prontamente deportados a Lodz, Minsk y Riga, para ser concentrados en campos donde se los alojaría en forma "*temporaria*" y en "*campos de prisioneros*

[de guerra] comunistas" en los que se haría lugar para ellos.

Además, según el protocolo de la reunión expresó que "*Dado que es deseo del Führer que para fines de este año los judíos estén removidos tan lejos como sea posible de la esfera de Alemania, cuestiones pendientes deben ser resueltas de inmediato. La cuestión del transporte tampoco debe ofrecer ningún problema*". En un documento vinculado con esta reunión, Heydrich resumió las conclusiones subrayando que era la "*aspiración final [del régimen] no sólo excluir a la judería de toda influencia sobre los pueblos europeos, sino la posibilidad de reasentarla fuera de Europa […]. He decidido atravesar aquellas etapas también en el Protectorado en forma consistente y tan rápido como sea posible*" (Mätthaus, en Browning, 2005: 301).

Estos nuevos expulsados, que automáticamente perdieron su ciudadanía y todos sus bienes apenas atravesaron la frontera, nunca serían "transportados aún más lejos" ni "reasentados fuera de Europa" conforme al plan original y a la promesas de Himmler y Heydrich. Su suerte quedó sellada conjuntamente con la de los judíos polacos, lituanos, letones y bielorrusos, con quienes compartieron el mismo destino.

En paralelo a estas deportaciones, y como una derivación lógica de la precipitada y caótica puesta en marcha del plan Siberia, el 18 de octubre de 1941 Himmler ordenó prohibir la emigración de judíos desde el Reich –justamente desde donde en ese mismo momento comenzaban las redadas y las deportaciones a Lodz– hacia otros destinos del área de influencia nazi, en especial a la Francia de Vichy. Al igual que la directiva del 20 de mayo de ese año, el 21 de octubre se notificó a todas las estaciones de la Gestapo que ello debía cumplirse "*en vista del advenimiento de una 'Solución Final' de la cuestión judía*".

Conforme a los nuevos planes, se les negaría a los judíos el permiso de emigrar, incluso a regiones que estuviesen bajo influencia alemana. En rechazo a un pedido de una mujer judía de trasladarse de Alemania a la Francia de Vichy, Eichmann anotó el 28 de octubre de 1941: "*En vista de la inminente Solución Final del problema de la judería europea, uno tiene que prevenir la inmigración de judíos en el área no ocupada de Francia*". Lo mismo hizo con otra mujer judía el 19 de noviembre (Gilbert, 1987: 237).

La dura contienda bélica en el camino a Moscú

Mientras tanto, la guerra continuaba sin pausa. El 6 de septiembre, Hitler emitió la Directriz 36, por la que se decidió finalmente a atacar

Moscú mediante una ofensiva concéntrica con la totalidad de las fuerzas acorazadas disponibles, que rodearían la capital soviética por el norte y por el sur. En esos momentos afirmó: "*Dentro de unas pocas semanas estaremos en Moscú […]. De eso no hay duda. Voy a arrasar esa maldita ciudad y construiré en su lugar un lago artificial iluminado. El nombre de Moscú desaparecerá para siempre*" (Toland, 2009: 1017).[75] El 24 de septiembre, mantuvo una importante reunión en su cuartel general con Himmler, Heydrich, Goebbels, Lammers y Frank, entre otros altos funcionarios y mandos militares. Allí mostró un optimismo desbordante:

> *el bolchevismo, que había comenzado con hambre, sangre y lágrimas, naufragaría en el hambre, la sangre y las lágrimas […]. Los asiáticos debían ser devueltos a sus guaridas en Asia […]. Moscú estaba cercada, y la operación podía estar terminada el 15 de octubre […]. Ya se habían previsto barracas para alojar a las tropas durante el invierno […]. Una vez vencida la Unión Soviética, no podría sobrevenir ninguna desgracia* (Steinert, 2004: 443).

El 2 de octubre de 1941 comenzó la operación Tifón, la ofensiva de los ejércitos alemanes contra Moscú: la última oportunidad de ganar la guerra en el este antes de la llegada del invierno. El objetivo era "destruir las defensas centrales soviéticas con una temible formación de 69 divisiones antes de avanzar sobre la capital; su estrategia básica era un avance dirigido a Moscú con un doble movimiento envolvente de tanques, una tenaza que cerraría 130 kilómetros detrás del Ejército Rojo" (Toland, 2009: 1021).

Ese mismo día, Hitler, según uno de sus biógrafos, estaba tan seguro de la victoria que se trasladó a Berlín con el fin de mostrarse ante el pueblo, algo que hacía meses no hacía. Al día siguiente, dio un discurso en el cual, tras reseñar que con la guerra en el este se había iniciado la batalla más grande de la historia, aseguró públicamente que todo había salido de acuerdo con los planes y anunció que el enemigo: "*¡ya está vencido y no volverá a levantarse jamás!*". A continuación, "comenzó a enumerar las estadísticas de la victoria: 2 500 000 prisioneros, 22 000 piezas de artillería destruidas o capturadas, 18 000 tanques destruidos o capturados, más de 14 500 aviones destruidos. Y seguían los números: los soldados alemanes habían avanzado 1000 kilómetros" (Toland, 2008: 1022). En el mismo sentido, una crónica de la Segunda Guerra Mundial señala: "No importa que la estación cálida esté por terminar. Hitler está seguro de que todo concluirá en pocos días, mucho antes de la llegada del invierno. El dictador está viviendo el momento más exaltado de su

vida. En dos años de guerra su ejército no ha sufrido aún ninguna derrota" (Del Pozo, 1979: t. 2, 629).

Durante la primera semana de la ofensiva de octubre, los avances concretados por los invasores llevaron nuevamente al alto mando alemán a un clima de euforia, y al ruso a un simétrico estado de desesperación. Los ejércitos alemanes avanzaban, en el sur y en el centro. Hacia el 6 de octubre "[l]as victorias se sucedían, y dos días después, los informes que llegaban del frente indicaban que el Ejército Rojo podía 'considerarse prácticamente destruido'".[76]

Desde el lado soviético, la situación era exactamente la inversa: conforme a una crónica de la guerra, "[a]quel octubre es un octubre muy triste para todos los rusos. La situación, por decir algo, es desesperada. Leningrado está sitiada. Minsk, Kiev, Odessa, Smolensk y Sebastopol han caído. Casi toda la Rusia europea está gobernada por Gauleiter alemanes. Al victorioso ejército alemán le han bastado tres meses de guerra para llegar a este resultado" (Del Pozo, 1979: t. 2, 627).

Con nuevos avances en el frente, el 9 de octubre de 1941 Hitler en persona dictó un comunicado de prensa tras la conferencia militar. Los diarios del día siguiente hablaban de una gran victoria: dos grupos del ejército soviético habían sido cercados, unos dos millones de efectivos del Ejército Rojo. El 13 de octubre, las tropas acorazadas ocuparon la ciudad rusa de Kaliningrado, camino a la capital.

En el frente centro, mientras la temperatura descendía rápidamente y la nieve anegaba los caminos, los ejércitos invasores ya se dirigían a Moscú. Stalin ordenó el estado de sitio en la capital rusa. La situación parecía irremediable. Tres días después los alemanes ocuparon Briansk. Tenían seiscientos cincuenta mil nuevos prisioneros. En menos de una semana, habían abierto una brecha de cerca de quinientos kilómetros de amplitud en las líneas de defensa soviéticas, por lo que parecía que Moscú quedaba ahora al alcance de la mano. Los rusos se concentraron en la defensa de la ciudad y movilizaron a todos los civiles disponibles.

Si la confianza de Hitler en la victoria en el este se veía empañada por alguna duda, probablemente esta se disipó cuando se enteró de que casi todos los funcionarios soviéticos habían abandonado Moscú el 15 de octubre, para trasladarse unos ochocientos kilómetros más al este, a Kuybishev, una ciudad de provincias sobre el río Volga;[77] a ello se sumaba que para ese entonces los alemanes ya habían tomado más de dos millones de prisioneros soviéticos (Braithwaite, 2006: 131). Sin embargo, en medio de fuertes nevadas y con la temperatura cayendo sin pausa, a comienzos de noviembre se detuvo la ofensiva sobre Moscú.

No obstante, espoleados por un Hitler obsesionado y colérico, el 15 y

el 24 de ese mes se iniciaron los últimos ataques sobre la ciudad. Si bien algunos jefes expresaban cierto pesimismo, otros, como Von Bock, Brauchitsch y Halder, opinaban que se podía continuar la ofensiva; el 12 de noviembre, este último aseguró que los rusos estaban a punto de derrumbarse. Hitler se contagió de ese optimismo y tres días después, el 15, se reanudó el avance sobre Moscú (Toland, 2009: 1028). Así fue como los alemanes hicieron pie en algunos suburbios, desde donde comenzaron a bombardear la ciudad con dos poderosos cañones. En su avance tomaron un puente sobre el canal Moscova-Volga y llegaron hasta Krásnaya Poliana, a escasos veinticinco kilómetros de la capital. Horas después, se replegarían.

Pero el ataque del 24 de noviembre, iniciado con temperaturas cercanas a los treinta grados bajo cero, fue repelido. No obstante, en aquellos últimos días de noviembre Hitler no perdió la fe en la victoria: "*Un empujón más y venceremos*", le dijo a Alfred Jodl. Había despachado al frente un batallón especial de demolición con el fin de arrasar el Kremlin y otros edificios emblemáticos. Pero las últimas acometidas no prosperaron como se esperaba. Para ese entonces, "la ofensiva alemana decaía en ritmo e intensidad, mientras los dos bandos avanzaban y retrocedían a trompicones en lo que parecía el tambaleante cuerpo a cuerpo de dos boxeadores medio groguis […]. Fue entonces cuando se dieron cuenta de lo muy erróneos que habían sido sus cálculos estratégicos" (Braithwaite, 2006: 386-388).

A comienzos de diciembre, ya en pleno invierno ruso, la ofensiva de las Fuerzas Armadas sobre la capital soviética fue definitivamente rechazada. La noche del 4 al 5 de diciembre, con temperaturas que alcanzaban los cuarenta grados bajo cero, comenzaría la contraofensiva rusa: fue la primera retirada alemana en la guerra. Hacia mediados de diciembre, con la reconquista rusa de Kaliningrado y otros puntos estratégicos, la amenaza sobre Moscú fue conjurada.

En esos días dramáticos, "el general Georgi Zhukov lanzó una contraofensiva masiva con cien divisiones a lo largo de un frente de trescientos cincuenta kilómetros. Este asalto combinado de infantería, tanques y fuerza aérea tomó por sorpresa a los alemanes, de modo que Hitler no sólo perdió Moscú, sino que parecía destinado a correr la misma suerte que Napoleón […]. Desalentado, admitió a Jodl el 6 de diciembre [de 1941] que 'la victoria ya no era posible'" (Toland, 2009: 1031). Los desastrosos informes que llegaron del frente ruso lo forzaron a dictar la siguiente directriz el 8 de diciembre: "*El severo invierno, que ha llegado más temprano de lo esperado en el Este, y las consiguientes dificultades para abastecer a las tropas nos obligan a abandonar inmediatamente todas las operaciones ofensivas y ponernos a la defensiva*" (2009: 1038).

Tras ello, Hitler dejó su cuartel general militar (la Guarida del Lobo,

o *Wolfsschanze*) para dirigirse a Berlín y comandar en persona la crisis surgida a raíz de lo sucedido el día anterior en Pearl Harbor (el ataque japonés a la flota estadounidense en el Pacífico). En simetría, el día 13 el Sóviet anunciaba públicamente el fracaso de Hitler en su ataque a Moscú y el 15 la plana mayor soviética ordenaba el regreso a la capital de los principales organismos del gobierno.

Esos acontecimientos frustrarían la posibilidad, en la que Hitler había pensado varias veces en los meses previos, de enviar a todos los judíos al este *lejano*, a Siberia y otros sitios inhóspitos, piedra basal del esquema de Solución Final vigente hasta ese momento y absolutamente dependiente de la marcha de la guerra en el frente oriental. Era evidente que esa idea ya no era viable, por lo menos en lo inmediato. De estabilizarse el frente durante el invierno, quedaba tan sólo la posibilidad de intentar el zarpazo final a partir de la primavera de 1942. Friedländer resume así ese momento:

> [a]hora que una rápida y victoriosa campaña en el este se alejaba del horizonte, ahora que los peligros de una larga y dificultosa guerra habían comenzado a concretarse, la movilización de todas las energías nacionales era esencial. Para el nazismo, los judíos, el peligro judío y la lucha sin fronteras contra 'el Judío' eran, como vimos, *el mito movilizante del régimen*. Había llegado la hora no sólo de agitar el eslogan de Goebbels '¡Los Judíos son los culpables!' sino también de dar los pasos que compelerían a la *comunidad del pueblo* a combatir esta amenaza mortal con todas las fuerzas disponibles y ofrecerían a los miembros más duros del partido el necesario aumento del sentido de retribución (2007: 287-288).

El sitio de Leningrado

Se hace necesario desviar el foco de atención momentáneamente, para contemplar los sucesos acaecidos en la ciudad de Leningrado (llamada San Petersburgo hasta 1924) y su población, una vez que las tropas alemanas –junto con sus aliados finlandeses– dispusieron un cerco total a su alrededor, el 15 de septiembre de 1941.

San Petersburgo era un símbolo del esplendor de antaño: se había convertido en la capital del imperio ruso y, por tanto, en una vidriera que proyectaba su intensa actividad política y cultural. En 1918, una vez colapsado el imperio zarista, el régimen revolucionario bolchevique, que se enfrentaba a una peligrosa guerra civil, trasladó la capital a Moscú; pero esta gran ciudad del mar Báltico continuó albergando las principales fábricas de armamento del país y siguió siendo la base de la poderosa Flota del Báltico.

Lo sucedido en esta ciudad constituye una de las páginas más oscuras de la Segunda Guerra Mundial, sobre la que se fue adquiriendo mayor información en los últimos tiempos y que resulta fundamental para nuestro estudio. Se trató de un caso en el que un deseo expreso de Hitler con connotaciones claramente genocidas, como era el de exterminar de hambre y de frío a la población de una ciudad habitada por tres millones de personas –designio que no carecía de antecedentes en actos del propio Stalin respecto de minorías étnicas perseguidas en la URSS durante la década anterior[78]–, fue cuidadosamente planificado por expertos convocados a tal efecto y, una vez sentadas sus condiciones materiales, llevado a cabo con todo rigor por las fuerzas armadas, que de este modo consumaron una de las peores catástrofes humanitarias de la contienda.

El sitio de Leningrado, conocido popularmente como “los novecientos días”, duró exactamente ochocientos setenta y dos, pero fue particularmente mortífero durante el primer invierno de 1941-1942. Se estima que más de un millón de personas –hombres, mujeres y en especial niños y ancianos–, que constituían aproximadamente un tercio de una población civil inerme, murieron como consecuencia de la estrategia genocida de Hitler y sus planificadores. Resulta imperioso, entonces, abordar esta tragedia, que discurrió en paralelo a la ejecución de las diversas etapas de la Solución Final y de la cual extraeremos algunas conclusiones relevantes. Según Jones,

> Hitler supo entender la relevancia económica y militar de Leningrado, pero veía a esta ciudad ante todo como la cuna del bolchevismo y el centro neurálgico de la ideología revolucionaria que tanto aborrecía. Lenin fundó su Sindicato para la Lucha Obrera en San Petersburgo en 1895 y comenzó a introducir el socialismo marxista entre los trabajadores de la ciudad […] hasta que, en octubre de 1917, fue el puntal de la revolución que dio el poder de Rusia a los bolcheviques. Un año más tarde se concibió en San Petersburgo el brazo militar del bolchevismo: la Guardia Roja, embrión del futuro Ejército Rojo (2009: 39).

La conquista de Leningrado, sobre el Mar Báltico, era el objetivo principal del grupo de ejércitos del norte cuando se desencadenó la invasión a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. El ataque a la ciudad quedaría en manos del decimosexto ejército a cargo del general Ernst Busch y del decimoctavo ejército a cargo del general Georg von Küchler, ambos nazis y anticomunistas convencidos. Unos días antes del inicio de la invasión, Hitler visitó el cuartel general del grupo de ejércitos del norte y subrayó –una vez más– lo que a su juicio era un objetivo fundamental en la cruzada contra el bolchevismo: "*La caída de Leningrado privará al estado soviético del símbolo de su revolución, un símbolo que ha constituido un profundo sostén para el pueblo ruso durante veinticuatro años [1917-1941]. Los reveses en el campo de batalla minarán el espíritu de la raza eslava, pero la pérdida de Leningrado provocará un colapso total*" (Jones, 2009: 40).

Tras los avances incontenibles de las primeras semanas, la certidumbre de la inminente caída de Leningrado llevó a Hitler a meditar seriamente sobre qué hacer con la gigantesca población de esa ciudad. Según su visión, Leningrado era uno de los mayores focos de difusión de la ideología comunista y por lo tanto ocuparla, e incluso destruirla por completo, no conjuraría del todo el mal que irradiaba de aquel centro vital del bolchevismo: se imponía entonces la aniquilación completa de su población.

Las primeras señales de estas inclinaciones genocidas hacia la población civil aparecieron en las anotaciones de Goebbels, quien el 4 de julio de 1941 registraba que "*El Führer tiene la intención de borrar del mapa ciudades como [San] Petersburgo*" (Jones, 2009: 49). Cuatro días después, uno de los máximos jefes militares del frente oriental, el general Halder, anotaba en la entrada de su diario: "*Es la firme decisión del Führer que Moscú y Leningrado sean arrasadas hasta los cimientos, con el fin de impedir que permanezca allí gente a la que tengamos que mantener durante el invierno*" (Burleigh, 2008: 891).

Los acontecimientos en el frente de batalla hacían que se acercara el

momento en que debieran fijarse directivas concretas para Leningrado. El 15 y el 16 de agosto, el general Manstein se impuso a las posiciones rusas en el lago Ilmen, lo que colocó al ejército alemán en situación de franco avance sobre Leningrado desde el sudeste. Dos días después, Goebbels se reunió nuevamente con Hitler en su cuartel general en Prusia oriental. A propósito de los recientes avances, y ante la inminencia de la caída de Leningrado, Goebbels anotó en su diario:

> *Al Führer no le preocupa la ocupación de ciudades concretas […]. Quiere evitar bajas entre nuestros soldados. Por tanto, ya no se propone tomar [San] Petersburgo por la fuerza de las armas, sino obligarla a pasar hambre hasta que se someta. Sus planes son, tras aislar la urbe, bombardear los medios que sustentan a su población con la Luftwaffe y la artillería. No quedará gran cosa de este lugar* (Jones, 2009: 60).

A comienzos de septiembre de 1941, Finlandia le declaró la guerra a la Unión Soviética, y el 8 de ese mes sus soldados restauraron la antigua frontera de 1939. Al norte de Leningrado, los finlandeses cortaron todo abastecimiento y comunicación para los rusos. Entretanto, los bombardeos a gran escala sobre Leningrado diezmaban los almacenes de alimentos.

Ese mismo día, y ante la inminente consolidación del cerco, algunos miembros del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas se reunieron con el profesor Ernst Ziegelmeyer, un prestigioso experto del Instituto de Nutrición de Múnich. Le encomendaron que hiciera un cálculo científico para predecir en cuánto tiempo moriría de inanición toda la población de Leningrado. Al día siguiente, el nutricionista respondió que en treinta días las raciones serían de apenas doscientas cincuenta calorías por persona, algo imposible de sobrellevar, y recomendó entonces que se mantuviera el asedio durante el invierno venidero: "*No merece la pena arriesgar la vida de nuestra tropa. Los habitantes de Leningrado morirían de todas formas. Es esencial que ni una sola persona traspase nuestro frente. Cuantos más de ellos se queden en la urbe, antes morirán y podremos entrar sin problemas y sin perder un solo soldado*" (Jones, 2009: 63). Goebbels parece haberse enterado de estas precisiones aportadas por expertos en inanición masiva el 10 de septiembre, ya que ese día escribió en su diario: "*No nos molestaremos en pedir la capitulación de Leningrado. Podemos destruirla aplicando un método casi científico*" (Jones, 2009: 64).

Finalmente, y como era de esperar, el día llegó: el 15 de septiembre los alemanes ocuparon posiciones desde el oeste, a unos diez kilómetros de la ciudad, y cerraron el cerco en torno a Leningrado. [79] Al día siguiente Hitler mantuvo una entrevista con Otto Abetz, el

embajador alemán ante el régimen de Vichy, en cuyo marco expresó:

> *[San] Petersburgo –el venenoso nido que durante tanto tiempo ha vertido ponzoña asiática sobre el Báltico– debe desaparecer de la faz de la Tierra. La ciudad ya está rodeada. Sólo nos falta bombardearla una y otra vez, destruir su abastecimiento de agua y energía y dejar a su población sin todo lo que necesita para sobrevivir* (Jones, 2009: 63).

A mediados de septiembre, el mando supremo militar redactó un informe secreto sobre las opciones. Descartada la "ocupación normal" de Leningrado, el jefe del Estado Mayor, Alfred Joel, aprobó el informe por el cual se disponía: "*Sellar Leningrado herméticamente y debilitarla mediante el terror y un hambre cada vez mayor. En primavera [seis meses más tarde, marzo de 1942] ocuparemos la ciudad, echaremos a los supervivientes hacia el interior de Rusia y demoleremos la ciudad entera con explosivos de máxima potencia*" (Jones, 2009: 64). La consumación del plan genocida quedó cristalizada el 22 de septiembre, al dictar Hitler una orden titulada "El futuro de la ciudad de Petersburgo" –con un contenido sorprendentemente similar al anotado por Goebbels a comienzos de julio–, que fue enviada a todos los generales, oficiales y soldados del frente norte:

> *El Führer ha decidido arrasar la ciudad de Petersburgo de la faz de la Tierra […] Se ha propuesto someterla a un estrecho asedio y no dejar piedra sobre piedra a base de bombardearla sin cesar […] Si ello provoca intentos de rendición, se hará caso omiso. En esta guerra no nos interesa preservar ni la menor parte de la población de esta gran ciudad* (Jones, 2009: 66).

Asimismo declaraba: "*Debe rechazarse toda oferta de rendición de Leningrado, puesto que no podemos resolver el problema de alojar y alimentar a la gente. En esta lucha por la supervivencia, no nos interesa en modo alguno que sobreviva ni siquiera una parte de la población de la ciudad*" (Jones, 2009: 16).

Unas semanas después, el 8 de noviembre, los alemanes capturaron Tikhvin en el norte, con lo que cerraron la última ruta ferroviaria que abastecía a la ciudad a través del lago Ladoga. Hitler anunció entonces, triunfante: "*Leningrado está condenada a morir de hambre*". [80] Así fue como, especialmente durante el otoño y el invierno de 1941-1942, los habitantes de la ciudad fueron efectivamente sometidos a un régimen brutal de inanición, fundamentado no en razones bélicas sino exclusivamente en consideraciones ideológicas y

raciales: las víctimas eran globalmente concebidas como portadoras del germen del bolchevismo y, a la vez, como racialmente inferiores; por lo tanto, se trataba de una población que no tendría ninguna cabida en el imperio nazi tras la esperable derrota de la Unión Soviética.

Lo mismo se había pensado para otras ciudades, como Moscú, Jarkov o Kiev (Burleigh, 2008: 895); y de hecho, demostrando una política coherente al respecto, también se empleó la estrategia del hambre para diezmar al universo de prisioneros de guerra soviéticos: ya hacia el 1° de febrero de 1942, es decir, a siete meses de la apertura del frente oriental, casi el 60% de los más de tres millones de prisioneros capturados durante 1941 habían sido aniquilados; un gran número de ellos habían sido víctimas de la "estrategia del hambre" (Steinert, 2004: 442).[81]

El cerco de Leningrado fue ampliamente difundido por los medios de prensa, en especial a partir de las denuncias de los aliados. Así, cuando en distintos despachos en Berlín y otras ciudades del imperio nazi comenzaron a llegar, a fines de noviembre de 1941, las invitaciones cursadas por la RSHA para una reunión en la que se trataría la Solución Final de la cuestión judía en toda Europa, nadie pudo evitar imaginar, para la judería europea, un destino similar al que estaba padeciendo en esos mismos momentos el pueblo de Leningrado, sobre todo debido a la escala de las operaciones, que involucraban, en ambos casos, a millones de víctimas. Y, en efecto, el plan concebido no habría de sorprenderlos en demasía, por sus similitudes con el que ya estaba ejecutándose en Leningrado:

- Suponía la actuación, al menos en parte, de los mismos dos agentes: el frío y el hambre.
- Las implicancias genocidas estaban a la vista y afectaban a millones de personas.
- Las motivaciones *no* tenían que ver con el desarrollo de la guerra.
- Se llevaría a cabo en el mismo ámbito espacial: el este de Europa.
- Procuraba el mismo objetivo: la aniquilación física del colectivo perseguido.

Para los organizadores del encuentro, especialmente interesados en avanzar en la liquidación de las juderías de toda Europa, la barbarie e inhumanidad desplegada en Leningrado y otras poblaciones civiles en el frente oriental, el tratamiento dado a los prisioneros de guerra

soviéticos, así como la información que los convocados podían haber reunido acerca de los fusilamientos masivos que estaban efectuándose detrás del frente oriental (en principio secretos, pero cuya información se filtraba entre los despachos nazis),[82] eran elementos más que suficientes para que Heydrich contara de antemano con que los burócratas que acudirían a la cita estarían ya preparados para asimilar las nuevas iniciativas previstas por Hitler a través de las máximas autoridades de las SS con respecto a los judíos.

La Conferencia de Wannsee: epílogo del plan Siberia

Por cierto que el trabajo que demandaba el plan Siberia, del cual se venía ocupando la RSHA de Heydrich al menos desde marzo de 1941, y que la directiva del 31 de julio de 1941 respaldó, era todo un desafío. Los planes a cargo de la oficina de Adolf Eichmann, que llevaron varios meses de arduo trabajo, abarcaban una docena de países en condiciones muy disímiles en cuanto a la cuestión judía. Impresiona realmente la capacidad de trabajo de este burócrata de la Gestapo encargado de los asuntos judíos. Ya vimos cómo se destacó en la tarea de tramitar y acelerar la emigración judía, en especial en Viena, y después también en Praga. Luego estuvo involucrado en los proyectos que fueron prototipo de las siguientes deportaciones, como el plan Nisko, pero también había elaborado el plan Madagascar en nombre de la RSHA. En suma, Eichmann estaba siempre en el centro de la escena de las sucesivas etapas por las que atravesó la Solución Final, y así sería hasta el final.

La detallada planificación abarcaba desde Polonia, con millones de judíos sometidos a condiciones brutales de guetoización y persecución permanente, hasta Francia y los Países Bajos, donde no se había avanzado más allá de alguna legislación antijudía, además de incluir a los aliados italianos, húngaros o búlgaros, cuyos líderes (Mussolini, Horthy y el rey Boris respectivamente) seguramente se mostrarían reticentes a entregar a sus judíos. Por eso Heydrich necesitaría, en primer lugar, dejar en claro su máxima autoridad para dirigir la deportación de los judíos europeos a extremo oriente una vez finalizada la guerra.

En este marco, la entrevista que mantuvo con el doctor Alfred Meyer, adjunto de Alfred Rosenberg, el 4 de octubre de 1941, demuestra la preocupación de las SS por alcanzar este objetivo. Según Burrin, “[l]a cuestión judía fue uno de los puntos examinados. Heydrich se preguntaba si el ministerio de Rosenberg debía ‘aún’ tener encargados propios de asuntos judíos; su deseo era que las SS tuvieran el

monopolio de esto". El motivo que invocó ante Meyer era que muchas industrias intentarían retener a sus judíos y esto "*reduciría a la nada el plan de un trasplante total de los judíos fuera de los territorios ocupados por nosotros*" (1990: 162). Para coordinar semejante empresa era preciso que todos los estamentos burocráticos involucrados, muchos de los cuales escapaban al influjo de la RSHA y de las SS, tomaran nota de la importancia que se le daba al proyecto, que cooperaran en lo que se les exigiera y que no pusieran obstáculos burocráticos para su desenvolvimiento.

Particularmente preocupantes para las SS-RSHA eran no sólo la designación de Rosenberg como gobernador de los territorios orientales y la Gobernación General de Hans Frank –que nunca se llevó bien con las SS y reclamaba permanentemente una solución para "sus" judíos–, sino también las áreas autónomas del gabinete con injerencia en la materia, como las carteras de Interior, Justicia y Relaciones Exteriores, todas ellas con oficinas y expertos en asuntos judíos: Interior (Stuckart, Lösener) y Justicia (Freisler) elaboraban decretos antijudíos y tenían en sus manos la definición legal de a quién debía considerarse judío; Relaciones Exteriores (Rademacher, Luther) era indispensable para avanzar en la deportación de los judíos de los países aliados.[83]

Otro ejemplo elocuente del celo de la cúpula de las SS sobre esta cuestión quedó registrado en la agenda de Himmler, debido a un encuentro que el Reichsführer mantuvo el 24 de noviembre con el secretario de Estado del Ministerio del Interior, Wilhelm Stuckart. Como este había sido uno de los mayores rivales en las disputas con las SS por la cuestión judía, Himmler anotó en su agenda personal una frase que funcionaba como recordatorio y a la vez revelaba una obsesión: "*Las cuestiones judías son mías*".[84]

Así las cosas, cuando en noviembre de 1941 el experto en asuntos judíos de la Gestapo-RSHA Adolf Eichmann tuvo listo el "plan general" encargado por Göring el 31 de julio anterior, Heydrich convocó a una reunión de considerables dimensiones para asegurarse la esperada coordinación estatal de la monumental empresa en ciernes. Según el historiador Philippe Burrin,

> [t]odo se había organizado en un intervalo de cuatro semanas, entre el 18 de septiembre y el 18 de octubre. La conferencia de Wannsee no haría más que registrar una solución tomada desde mediados de octubre por Himmler y sus hombres […]. El envío de judíos a la Unión Soviética encontraba su causa primaria en la presión ejercida por un Hitler deseoso de "depurar" al Reich antes de fines de año (1990: 169).

Las cartas fueron enviadas el 29 de noviembre de 1941, y a cada una se le adjuntó la copia de la orden de Göring del 31 de julio de ese año. El lugar escogido para la reunión fue una casa señorial que las SS tenían en la ribera del lago Wannsee, en las afueras de Berlín. Se invitaba a todas las áreas involucradas en asuntos judíos, "*considerando la enorme importancia que debe dárseles a estas cuestiones*", con el propósito "*de lograr el mismo punto de vista en las agencias centrales en lo concerniente al trabajo restante con referencia a la Solución Final*".

Como revelan estos párrafos textuales, Heydrich (RSHA) estaba preocupado por que todas las partes implicadas no sólo reconociesen su primacía en la organización de las deportaciones (Kershaw, 2002: 478; Rees, 2005: 133), sino además por que se tomara plena conciencia de la trascendencia de la empresa y se alistara a sus burócratas para la difícil tarea que se avecinaba (Friedländer, 2007: 339). Esta, como vimos, abarcaba desde países donde ya se estaba exterminando abiertamente a los judíos, pasando por aquellos que los mantenían con vida pero en condiciones desesperantes, hasta otros en los que el camino de la destrucción apenas había comenzado, y finalmente aquellos donde los dirigentes locales, si bien habían avanzado en la imposición de legislación discriminatoria contra los judíos, seguramente vacilarían ante la perspectiva de tener que entregarlos a las autoridades alemanas para su deportación.

Esta convocatoria, que guarda estrecha relación con los avances del plan Siberia (desarrollados durante marzo, mayo, julio, septiembre y octubre de 1941), permite sostener que hacia fines del otoño de 1941 los nazis seguían manteniendo la idea de "transportarlos a Oriente" una vez acabado el conflicto bélico con la URSS, idea surgida a comienzos de ese año y que se plasmaría en la reunión que estaba preparándose (Rees, 2005: 106). En el mismo sentido, Longerich sostiene que la RSHA seguía pensando que la cuestión judía en Europa "se resolvería en los territorios ocupados del este y, de forma definitiva, sólo después de la guerra, combinando los trabajos forzados y las matanzas masivas" (2009: 514).

La fecha pautada originariamente era el 9 de diciembre de 1941, pero sobre la hora se decidió posponerla debido al ataque a Pearl Harbor, acaecido dos días antes, y la consiguiente entrada en la guerra de los Estados Unidos. Entonces se fijó la nueva fecha, el 20 de enero de 1942, y se enviaron nuevamente las invitaciones el 9 de ese mes.

Sin embargo, el regente de la Gobernación General, Hans Frank, que arrastraba una apremiante situación en torno a la cuestión judía en su territorio, no pudo reprimir su impaciencia y se las arregló para obtener información de antemano en Berlín acerca de los motivos de la convocatoria. Exultante, el 16 de diciembre de 1941 dio un discurso

ante las máximas autoridades de la gobernación en su capital, Cracovia: "*En enero [de 1942] se celebrará en Berlín una importante conferencia sobre esta cuestión, a la que yo mandaré al doctor Bühler [su segundo al mando]*" (en Poliakov y Wulf, 1960: 152). En efecto, se refería a la recientemente postergada Conferencia de Wannsee. Y anticipó el anuncio de Heydrich: "*es seguro que se realizará una deportación de judíos en gran escala*". A mediados de diciembre de 1941 se le había adelantado a Frank lo que iba a tratarse: el plan Siberia. "*¿Pero qué haremos con los judíos? ¿Creen ustedes que vamos a establecerlos en nuevas aldeas en el este? […]. Tengo que pedirles se prevengan contra toda consideración de compasión*" (Frank, en Poliakov y Wulf, 1960: 152).

Dado que se avizora en el horizonte el aniquilamiento de los judíos, Frank se anticipa a interpelar a sus asistentes acerca del método a emplear, en el que descarta tanto los fusilamientos sistemáticos como el empleo de gas, aunque por alguna razón prefiere no hablar de los planes de condenar a las víctimas, mediante trabajos forzados, a la inanición, el frío y demás condiciones extremas: "*es evidente que a estos tres millones y medio [de judíos] no los podemos matar a tiros. Tampoco podemos envenenarlos, pero tomaremos alguna medida que dé éxito para el aniquilamiento, y precisamente en combinación con las grandes medidas que se nos promete vendrán del Reich*" (Poliakov y Wulf, 1960: 153).

Un mes después, el 20 de enero de 1942, finalmente se concretó el mitin en el lugar indicado: Wannsee. Durante la conferencia,[85] a la que asistieron segundas y terceras líneas de los organismos implicados[86] (de ahí que dentro de la burocracia nazi pasara a citársela como "La reunión de los secretarios de Estado"), Heydrich –que asistió secundado por Heinrich Müller (IV Gestapo), Adolf Eichmann (IV-b-4) y otros tres altos burócratas de la RSHA– sostuvo que a partir de octubre de 1941, tras el cierre de las fronteras a los judíos y ante el peligro que estos representaban en tiempos de guerra, el Führer había autorizado otra solución: la evacuación al este de los once millones de judíos de Europa: "*En lugar de la emigración, existe ahora otra posible solución respecto a la que el Führer ha expresado ya su consentimiento: me refiero a la deportación hacia el este*" (Toland, 2009: 1050).

Los judíos evacuados –continuó Heydrich– serían separados por sexo y asignados a trabajos forzados pesados, como la "*construcción de carreteras*", que naturalmente habrían de reducir en gran medida su número. Esta finalidad expresa ya reconocía un antecedente inmediato: en el distrito de Galitzia, en territorio polaco, a partir de una iniciativa previa del plenipotenciario SS en la Alta Silesia, coronel Albrecht Schmelt, Himmler había autorizado en marzo de 1941 la puesta en marcha de una serie de ambiciosos proyectos a partir del

empleo de mano de obra judía. Estos no se reducían a emprendimientos fabriles (por ejemplo, de armamentos) sino que abarcaban también otras iniciativas, como el trazado de zanjas antitanque (Hilberg, 2005: 273) y especialmente la construcción de la carretera de paso IV, para que pudieran circular vehículos militares pesados de Przemysl a través de Lvov y Tarnopol en dirección sureste hacia la región del río Donets, en Ucrania oriental (Longerich, 2009: 518).

Para estos emprendimientos, decenas de miles de judíos habían sido trasladados desde los guetos de la zona a los campos de la Organización Schmelt –encargada de obtener trabajadores en la región de Silesia–, levantados para albergar a los explotados y en los cuales, según Longerich, reinaban condiciones de vida desastrosas y un régimen brutal; en ellos, los trabajadores judíos eran seleccionados y asesinados continuamente. Agrega este autor que, en el marco de esa organización, "el escenario de las columnas de trabajo judías destinadas a 'construir carreteras', como Heydrich lo esbozó en la Conferencia de Wannsee, se había hecho realidad" (Longerich, 2009: 518).

Según Burleigh, a partir de la propuesta de la Organización Schmelt de usar mano de obra esclava judía para reconstruir la ruta de tránsito IV, acabaron muriendo allí unos veinte mil judíos, en quince campos de trabajo esclavo esparcidos a lo largo de esa ruta,[87] en ocasiones asesinados a tiros cuando ya no podían trabajar más, "en un anticipo preciso del modus operandi que bosquejaría Heydrich en la Conferencia de Wannsee" (2008: 1019).

Entre las especificaciones que brindó en Wannsee, Heydrich explicó que los judíos mayores de sesenta y cinco años y los condecorados, inválidos de guerra, etcétera, incapaces de resistir el ritmo de la marcha y más aún de realizar trabajos forzados, serían alojados en el "gueto de ancianos" de Theresienstadt, en las afueras de Praga. Y aclaró que la evacuación dependería en gran medida del devenir de la situación militar. Así, "[l]o que hasta ahora había sido tentativo, fragmentado y espasmódico fue convertido en formal, comprehensivo y eficiente. Los servicios técnicos tales como los ferrocarriles, la burocracia y los diplomáticos trabajarían en armonía, con un único objetivo" (Gilbert, 1987: 283).

Llegados a este punto, podemos preguntarnos cuál fue la importancia de la Conferencia de Wannsee en la historia de la Solución Final. De un análisis global del plan Siberia, del cual Wannsee fue el último capítulo destacado, se desprende que esa conferencia tuvo una importancia relativa. Ello porque, como sostiene Burleigh (2008: 1045), la mayoría de los participantes eran funcionarios subalternos de sus respectivos organismos y ministerios y no tenían el poder de

tomar las decisiones cruciales. Coincidimos con este autor entonces en que, si bien dicha reunión fue el marco donde se ventilaron "planes febrilmente esbozados para matar a todos los judíos de Europa", no puede considerarse que haya tenido un papel determinante, en el sentido de representar *un antes y un después*, en el proceso que llevó a la Solución Final.

Si la guerra hubiera terminado con la victoria alemana en el este, condición absolutamente necesaria para la posible ejecución del plan Siberia, entonces sí Wannsee se habría convertido en un momento crucial del genocidio del pueblo judío. Pero hoy sabemos que ese plan de Solución Territorial, al igual que los anteriores, también naufragó, superado por la dinámica de los acontecimientos, en especial por el sorprendente giro que dio la guerra en el frente oriental precisamente hacia fines de 1941 y comienzos de 1942. Por tanto, cabe hacer las siguientes distinciones:

- *La situación era una* en el momento de la convocatoria a la reunión, a mediados de noviembre de 1941, simultánea al cerco total de Leningrado y a la última ofensiva sobre Moscú, acerca de la cual los nazis se mantenían moderadamente optimistas;
- *era otra distinta* cuando se decidió postergarla el mismo día en que iba a tener lugar, el 9 de diciembre de 1941, con el ingreso a la contienda nada menos que de los Estados Unidos y el avance de la contraofensiva soviética en el frente centro: "El curso de la guerra mostró varios cambios importantes la semana previa a la fecha originalmente establecida para el encuentro" (Bosch citado en Kampe, 2009: 155);
- *y era otra por completo diferente* en el momento de concretarse el encuentro del 20 de enero de 1942, cuando los nazis ya tenían dos certezas: el fracaso en el propósito de alcanzar los objetivos bélicos y la inminencia de los preparativos para una guerra despiadada en dos frentes: "Las semanas desde comienzos de diciembre hasta mediados de enero marcaron la coyuntura más crítica y malograda de la Alemania nazi" porque conllevaron "la pérdida de la iniciativa, de la sorpresa y de la apariencia de invulnerabilidad" (Mayer, 1990: 300-301).

Una detenida evaluación de todos los acontecimientos acaecidos entre noviembre de 1941 y enero de 1942 indica que, a medida que

transcurrían los días en aquel invierno boreal, los planes concretos acerca de qué hacer con los judíos, que iban a ser presentados en el marco de la conferencia, con su punto de destino en el extremo oriente europeo, se iban desvaneciendo. Como afirma Mayer, para la época de Wannsee el devenir de la guerra se hallaba en un estado de extrema fluidez, lo mismo que la cuestión judía (1990: 306).

Una vez más, el dramático escenario bélico les dio la espalda a los flamantes planes previstos en torno a la Solución Final: el enemigo seguía en pie, contaba con recursos y reemplazos que parecían inagotables, y los confines de Europa, destino escogido para el pueblo judío, estaban muy lejos, tras un frente de batalla que, para la época de Wannsee, había retrocedido entre cien y doscientos cincuenta kilómetros en algunas zonas desde el inicio de la contraofensiva soviética en diciembre de 1941.[88]

Sin embargo, pese a que en el momento de la conferencia el aciago panorama de la contienda bélica estaba bastante claro, y que incluso se estaba planificando y trabajando sobre el terreno en nuevas alternativas y opciones para arribar en forma definitiva a una Solución Final no ya en los confines sino *dentro* de los límites del imperio (de la que hablaremos en el último capítulo), Heydrich y sus hombres nada dijeron al respecto.

¿Por qué motivo la RSHA no expuso las cosas tal como estaban sucediendo a mediados de enero de 1942? ¿Por qué no revelaron francamente que para ese entonces estaban ya –como dice Kershaw– intuyendo el camino hacia la Solución Final definitiva? Al menos dos razones de peso imponían mantenerse firme en torno al plan Siberia:

- por un lado, mostrar dudas acerca de su concreción hubiera significado un inaceptable quebrantamiento de la fe absoluta en la pronta victoria de la guerra en el este, más aún considerando que Heydrich era el presentador del plan (por ello daban por seguro que la victoria se concretaría durante la primavera o el verano de ese mismo año);
- por el otro, referirse abiertamente a las cámaras de gas y los hornos crematorios frente a un nutrido grupo de burócratas poco confiables para la RSHA podría causar problemas políticos que conspirasen contra el avance de las nuevas iniciativas.

Así, se atuvieron a la consigna lanzada en noviembre de 1941, que a su vez respondía a lo encomendado por Göring en julio de ese mismo año; discurrieron sobre el plan Siberia –trabajos forzados,

deportaciones y medidas legales estrictas y coordinadas– y nada se dijo de las *nuevas instalaciones* que se estaban empleando –en forma incipiente– en distintos puntos geográficos del territorio polaco. No se hizo referencia a las matanzas mediante el uso del gas que ya para ese entonces se estaban realizando en Chelmno ni a las obras, en marcha desde fines de 1941, destinadas al empleo de gas –en forma precaria pero sistemática– en Belzec y en Auschwitz I para deshacerse de los "judíos improductivos". El pasaje más duro del discurso de Heydrich corresponde a los pormenores de lo que les esperaba a los evacuados: serían organizados en interminables columnas de trabajo; en condiciones climáticas extremas, era de esperarse que la mayoría "*cayera debido al desgaste natural*".

En cuanto a los supervivientes de este proceso de *selección natural* tras el cual quedarían los más aptos, y por lo tanto los más peligrosos según la lógica nazi, que representarían el núcleo duro del pueblo judío, habría que "*tratarlos en consecuencia*", dado que "*habían demostrado a la luz de la historia que eran peligrosos, esto es, que constituían el grupo que podría reconstruir la vida judía*". Heydrich no aclaró el sentido de la frase que empleó, "aunque sabemos por el lenguaje utilizado […] que se refería a matarlos" (Hilberg, 2005: 443). Como ya vimos, cabe trazar aquí un notable paralelismo con la metodología empleada por las huestes de los Jóvenes Turcos contra los armenios en 1915.

Es altamente probable que la esencia del plan Siberia haya encontrado inspiración en aquel genocidio precedente, y que la mayoría de los contingentes a ser "deportados al este", formando "columnas de trabajo" "separadas por sexo", fueran exterminados no sólo debido a las condiciones extremas a las que serían sometidos, sino también, y en buena medida, por la vía de fusilamientos en lugares apartados, lejos del resto del mundo. Y ello por varias razones:

- El antecedente ya mencionado del "exitoso" Genocidio Armenio, que combinó ambas técnicas (separación y fusilamientos) desde el primer momento.
- La decisión de apartar a los varones de las mujeres no se explica sino por una razón: someter a los hombres mediante el despliegue de la más desnuda violencia, y condenar a los rigores del clima y a la inanición a mujeres y niños ("bocas improductivas"), como en el caso armenio.
- Resulta inverosímil suponer que los nazis dejarían con vida por mucho tiempo, en el extremo oriental europeo, a millones de judíos, ni siquiera a cientos de miles de ellos. La logística gigantesca que habría que implementar para

dar alimento, abrigo y techo a esta población resulta impensable; al contrario, refuerza la tesis según la cual, al igual que en el caso armenio, ya fuera en el corto o en el mediano plazo, en el marco del plan Siberia la sola *deportación* era equivalente a la *aniquilación*;

- Si bien el discurso que justificaba el "espacio vital" no funcionaría en este caso para los lugares de destino, aún seguía en pie el pretexto del judaísmo como *enemigo, peligro* o *amenaza*; sería cuestión entonces de trasladar un poco más al este a las unidades móviles asesinas para que, bajo estas consignas, siguieran haciendo su trabajo: es decir, que procedieran, llegado el momento, a "*tratarlos en consecuencia*", como decía Heydrich.

Pero eso era todo. A pesar de que la aniquilación de los judíos europeos era una conclusión que podía extraerse de los términos de la conferencia –como lo habían hecho primero Frank y luego Bühler, además de la certeza que al respecto ya tenían de antemano Müller, Eichmann y los otros representantes de la RSHA en el mitin–, otros asistentes salieron, si se quiere, decepcionados: "Luther le aseguró a Fritz Hesse que no había planes de matar a los judíos. Leibbrandt y su superior, Alfred Meyer, presentaron un informe similar a Alfred Rosenberg. Ambos estuvieron de acuerdo en que no se había dicho ni una palabra sobre exterminio" (Toland, 2009: 1050).[89] De todos modos, Rosenberg ya tenía, al menos desde noviembre del año anterior, una idea bastante clara de lo que se estaba planificando, definido en sus propias palabras como la inminente "*erradicación biológica de la totalidad de la judería europea*", para lo cual era "*necesario expelerlos más allá de los Urales o erradicarlos de algún otro modo*" (Browning, 2005: 404).

Más allá de todo ello, lo cierto es que los discursos, los gestos y las directivas giraban en torno a un proyecto que Heydrich sabía de antemano que era ya inviable y que había sido desechado durante las semanas previas. Así y todo, siguió adelante con la pantomima. La postura –bastante arraigada en folletos, enciclopedias y libros de texto sobre el tema–, según la cual en Wannsee todos estaban al corriente de lo que verdaderamente iba a ocurrirles a los judíos, no tiene respaldo documental que la avale y está contradicha por el hecho de que los asistentes al encuentro no eran adictos ni leales a Himmler y Heydrich sino más bien, como vimos, representantes de sus rivales y competidores en torno a la cuestión judía. Muchos de ellos, incluso, no tenían un alto grado de conocimiento de los avances más recientes y radicales en torno a la política antijudía en general,[90] y lejos estaban entonces siquiera de intuir lo que se estaba planificando como

última estación de la Solución Final. En suma, lo que Heydrich presentó en esa conferencia tuvo poco de eufemismo, antes bien remitía a un plan que había sido elaborado en detalle y considerado seriamente en el seno de la RSHA durante los meses previos, y que no por inviable dejaba de ser funcional para la verdadera finalidad del encuentro: reafirmar aquel eslogan garabateado por Himmler semanas antes en su agenda: "*las cuestiones judías son mías*".

Heydrich haría lo mismo dos semanas después, en febrero de 1942, cuando en un discurso ante funcionarios del Protectorado en Praga dijo que en el marco de la deportación de once millones de judíos europeos para "*la colonización ulterior del área del océano Ártico*" se podría utilizar a los checos "*como vigilantes, capataces, etcétera, bajo el signo positivo de una misión proalemana*" (Longerich, 2009: 536-537; Burleigh, 2008: 966).

Al igual que en Wannsee, se hace realmente muy difícil suponer que Heydrich, a esa altura de los acontecimientos, creyera que ese escenario fuese a convertirse en realidad. Más bien parece una demostración sobreactuada de fe inquebrantable en la victoria alemana en el este. Es que el íntimo, latente objetivo de Heydrich –y por lo tanto de Himmler– era otro: como antes había ocurrido con el plan Madagascar, con las deportaciones desde el Reich y con la "pacificación" de la retaguardia del frente oriental, había que asegurarse una vez más el liderazgo y la coordinación de la cuestión judía frente a otros ambiciosos competidores, sea cual fuere en definitiva la Solución Final que en concreto se adoptara: "el objetivo del mitin no fue que los líderes políticos tomaran una decisión […]. Más bien se pretendía la coordinación de un objetivo político y establecer la orientación general de las medidas que habrían de tomarse […]. Heydrich quiso dejar en claro que su organización, la RSHA, tenía responsabilidad exhaustiva en la política del área" (Bosch, en Kampe, 2009: 155-156).

Y esta meta –sobre la base de las directivas de Göring de enero de 1939 y julio de 1941– se cumplió con creces dado que, ante las claras y explícitas demandas en este sentido de los representantes de la RSHA en el marco de la conferencia, nadie puso objeciones. La atmósfera placentera y de camaradería, colmada de satisfacción por el logro alcanzado, con la que Heydrich, Müller y Eichmann –conforme al relato de este último veinte años después, tras su captura en la Argentina y su remisión subrepticia a Israel para su juzgamiento– culminaron aquella reunión tras la partida de los invitados es una manifestación muy elocuente de ello.

Desde la perspectiva de las despiadadas luchas internas propias de todo régimen totalitario, de lo cual el nazi era un paradigma, la cuestión era asumir el mando en forma definitiva, tener el poder de un

modo indiscutible en torno a la *Judenfrage*, la cuestión judía. Había en ello enormes intereses de todo tipo, desde cumplir con los deseos de Hitler hasta aprovechar la mano de obra esclava judía disponible, sin olvidar el saqueo y la incautación de los bienes de las víctimas, que en países como Holanda o Francia todavía estaban casi intactos.

Lo que efectivamente se haría con ese mando y con ese poder en torno a la Solución Final podía esperar y caería por su propio peso: si no eran los confines de Rusia, sería Polonia. Si no era por hambre, frío y ejecuciones, sería por los mecanismos industriales de asesinato masivo con gas que entonces estaban en fase de experimentación e incipiente aplicación y en cuya puesta a punto se trabajaba sin pausa.

Ya tendrían tiempo los invitados y las agencias estatales a las que representaban, que se comprometieron a dar todo su apoyo a la misión liderada por Himmler y Heydrich, de advertir cuál sería la verdadera Solución Final que habría de desplegarse durante los meses y años venideros. Sería cuestión de ajustar una vez más las conciencias, de racionalizar un poco más el asunto y de encontrar justificativos y explicaciones que lo volvieran aceptable. Para eso durante todos esos meses una campaña antisemita sin precedentes, encabezada por los encendidos discursos de Hitler y las invectivas propagandísticas de Goebbels, venía allanando el terreno sin descanso.

Diez días después de Wannsee, el 30 de enero de 1942, Hitler dio su discurso conmemorativo de los nueve años de haber llegado al poder, en el Palacio de Deportes:

> *La guerra no terminará como los judíos imaginan, con la destrucción de los pueblos arios europeos, sino que el resultado de la guerra será la completa aniquilación de la judeidad, […] por primera vez la vieja ley judía de ojo por ojo y diente por diente será aplicada, […] llegará la hora en que será el fin del más malvado enemigo universal de todos los tiempos, al menos por mil años* (en Gilbert, 1987: 285).

Y un mes después, el 24 de febrero de 1942, en el aniversario de la promulgación del programa del partido, afirmaba: "*Mi profecía de que esta guerra no destruirá a la humanidad aria sino que exterminará a los judíos se cumplirá. Pase lo que pase en el transcurso de la batalla, y dure lo que dure, este será su resultado final*" (Toland, 2009: 1057).

Durante los días siguientes, mientras los editores de los diarios en Alemania todavía seguían trabajando con las repercusiones de este discurso, les fue transmitida una orden precisa de Goebbels: a partir de ese momento quedaba prohibida toda mención "*de la cuestión judía en Europa del Este*" en los diarios, incluyendo la reproducción de noticias o comunicados oficiales que fueran eventualmente publicados

en torno a este asunto en los diarios de los territorios ocupados. También fueron prevenidos, durante este período, acerca de la inconveniencia de mencionar el asunto de la *Endlösung*, o Solución Final de la cuestión judía, en las habituales columnas que contuviesen consignas antisemitas (Lipstadt, 1986: 136). Asimismo, menciona Gilbert que el 10 de abril de 1942 el secretario privado de Himmler anotaba en su diario que "*es el deseo del Reichsführer que no se haga mención al 'tratamiento especial de los judíos'. Debe ser denominado 'transporte de los judíos hacia Rusia oriental'*". Incluso "tratamiento especial" era considerado un término demasiado explícito (1987: 319).

Para ese entonces, todos los esfuerzos por encriptar la política nazi antijudía en el este revelarían ser insuficientes: la llegada del Mal Absoluto, en una magnitud nunca antes vista en la historia de la humanidad, resultaría imposible de ocultar.

[51] La llamada "guerra de invierno", en el marco de los protocolos secretos acordados entre Hitler y Stalin, fue un desastre militar para los soviéticos. Ellos esperaban conquistar el país en treinta días, pero la resistencia finlandesa malogró sus planes pese a que el ejército invasor era tres veces más grande en número. Los defensores resistieron hasta marzo de 1940, fecha en que se firmó un tratado de paz por el cual Finlandia cedió apenas el 10% de su territorio a la Unión Soviética (Jones, 2009: 40 y ss., Toland, 2009: 964).

[52] El 6 de abril de 1941, bajo el nombre codificado "Directriz 25", las tropas alemanas cruzaron la frontera yugoslava. Tan sólo once días después, los restos del ejército yugoslavo se rindieron. En otros diez días, la campaña de Grecia (operación Marita) llegó prácticamente a su fin cuando los ejércitos invasores ocuparon Atenas.

[53] Si bien se implementaron en Turquía procesos penales durante los dos años posteriores al final de la Primera Guerra Mundial, a partir de enero de 1921 se frustraron todas las iniciativas en tal sentido. Estos juicios, si bien documentaron en buena medida la consumación del genocidio, fracasaron en cuanto a proporcionar justicia retributiva en algún grado significativo, entre otras razones porque casi todas las figuras centrales lograron escapar de Turquía antes de ser llevadas a juicio. En conclusión, "[l]os esfuerzos de una justicia doméstica por el Genocidio Armenio fueron igualmente ineficaces. Si bien se instalaron Cortes Marciales en Turquía y se reveló una enorme masa de pruebas condenatorias concernientes al genocidio, sus perpetradores emergieron relativamente indemnes" (Dadrian, 2008: 315 y 354-358).

[54] El conflicto turco-armenio, si bien estuvo latente durante los seis siglos de opresión de los turcos sobre los armenios, comenzó a emerger como una cuestión de política no sólo local sino también internacional durante las últimas décadas del siglo XIX, época de resurgimiento de los sentimientos nacionalistas y las expectativas de liberación entre los armenios.

[55] Precisamente, este basaba su existencia y reproducción en el avasallamiento de minorías no musulmanas (además de los armenios, griegos, albaneses, árabes, kurdos, católicos libaneses, etcétera), respecto de las cuales "la relación no es de iguales, sino de tolerancia e indulgencia […] mientras acepten la autoridad y la superioridad de los musulmanes y el orden islámico"

(Akçam, 2010: 39-40).

[56] "*De hecho, el armenio es como el judío, un parásito descarriado fuera de las fronteras de su patria, succionando la médula del pueblo que lo hospeda. Año tras año, abandona su tierra natal –como los judíos polacos que emigran a Alemania– para dedicarse a tareas de usura. Es de allí que viene el odio que se ha desencadenado contra este pueblo desagradable, bajo una forma medieval, provocando su asesinato.*" Tal el pensamiento del general Bronsart, jefe del Estado Mayor en el cuartel general del ejército otomano, quien además calificaba a los armenios como "*agitadores en mucha peor medida que los judíos*" (en Dadrian, 2008: 248).

[57] La primera gran batalla entre turcos y rusos, la de Sarikamis, los últimos días de 1914 y los primeros de 1915, fue un desastre para los turcos, que perdieron casi ochenta mil hombres. Según Akçam (2010: 193) *"el desastre de Sarikamis"* fue "un punto de inflexión en el tratamiento de los armenios. […] la propaganda clamaba que los armenios habían *clavado un cuchillo en la espalda* de los turcos" (el destacado me pertenece).

[58] Véase el listado sumamente ilustrativo de "los términos que tendían a justificar las matanzas o a oscurecerlas por completo" en Hilberg, 2005: 358; véase asimismo Herf, 2005: 43-45.

[59] Con la promulgación de la llamada Ley Temporaria de Deportación, del 26 de mayo de ese año, que selló el destino del pueblo armenio en el imperio turco-otomano. Así, "desde comienzos de la primera semana de junio de 1915, y por los meses siguientes, se procedió sistemáticamente a la aniquilación del grueso de la población armenia del imperio otomano" (Dadrian, 2008: 370).

[60] Véase un análisis detenido sobre esta cuestión en Dadrian (2008: 372 y ss.). Precisamente a partir de esta expresión, el semanario *Die Zeit* de Hamburgo sostuvo fundadamente en un *dossier* de diciembre de 1984 que "Hitler debe haber conocido con exactitud los detalles del Genocidio Armenio porque uno de sus colaboradores más cercanos en las primeras etapas del movimiento nacionalsocialista [1920-1923] había sido cónsul de Alemania en Erzurum, el doctor Max E. von Scheubner Richter, cuyos impresionantes informes sobre la masacre de los armenios aún se conservan" (en Dadrian, 2008: 382). Como simple ejemplo de lo que sabía Scheubner Richter, véase uno de sus informes, redactado el 28 de julio de 1915: "*francamente [los perpetradores] admiten que el último objetivo de las acciones contra los armenios es la completa aniquilación. La expresión 'después de la guerra, ni un solo armenio debe quedar en Turquía' pertenece, palabra por palabra, a uno de los más prominentes individuos [de los Jóvenes Turcos]*" (Akçam, 2010: 165; allí se citan informes similares de otros funcionarios consulares alemanes destacados en Turquía). En el mismo sentido se expresa uno de los biógrafos de Hitler, Joachim Fest, a cuyo entender el Führer conocía muy bien los antecedentes que en el pasado habían implicado "actos de aniquilación física", expresados mediante los términos "eliminación" o "exterminio", y por lo tanto estaba informado al respecto "mucho antes que sus colaboradores más cercanos" (en Dadrian, 2008: 372).

[61] Véase también Dadrian (2008: 224), quien cita al historiador Yusuf H. Bayur: "la movilización general fue diseñada en detalle y organizada administrativamente con la ayuda de oficiales alemanes adjuntos a la Misión Militar Alemana". Esta misión llegó al país a fines de 1913, y tenía como principal objetivo la reforma y reorganización del ejército turco, aunque la injerencia alemana en las fuerzas armadas turcas se remontaba a fines del siglo XIX.

[62] En línea con la afirmación de Burleigh (2009: 203), ya citada, de emplear una "tapadera", cabe mencionar la opinión de Friedländer, para quien Hitler

usó aquí "Madagascar" en forma manifiesta como un "estándar ilustrativo" de lo que sería el logro final de su política: la definitiva expulsión de los judíos de Europa (2009: 203). Véase también Kershaw (2002: 462).

[63] Allí se aclara que las anexiones soviéticas en Europa oriental habían agregado unos dos millones de judíos a los tres millones que ya vivían en la Unión Soviética propiamente dicha. De todos ellos, unos cuatro millones residían en áreas que fueron ocupadas por los alemanes; de estos, un millón y medio alcanzaron a escapar; aquellos que quedaron eran presa fácil, en especial por su alta concentración urbana.

[64] Agrega este autor que "[m]uchos expertos militares occidentales compartían esta opinión, y en el Pentágono se decía que el Ejército Rojo estaría acabado un mes o dos después". Burrin (1990: 180) concluye que a comienzos de julio de 1941 los responsables alemanes veían prácticamente ganada la campaña.

[65] Según Toland, afirmar que la ofensiva sobre Moscú iniciada más tarde fracasó debido al lodo, el invierno y el Ejército Rojo es sólo una verdad a medias. En verdad, la razón principal fue la negativa de Hitler a lanzar dicha ofensiva en agosto y su demora de casi un mes para decidirse a lanzarla (lo haría recién el 6 de septiembre). "Si hubiera seguido el consejo de sus comandantes, Moscú habría quedado reducida a escombros y el gobierno soviético habría sido derrotado junto con todas sus fuerzas" (Toland, 2009: 1026). De otra opinión es Rodic Braithwaite: "Hitler y sus generales adoptaron una decisión crucial, quizá inevitable, que pospuso la crisis durante más de dos meses, […] discutieron durante casi un mes y a la postre decidieron que el grupo de Ejércitos Centro pasara a la defensiva, para descansar, organizarse y equiparse de nuevo antes de continuar la marcha sobre Moscú. El grupo de ejércitos Sur realizaría otra maniobra de rodeo hacia el este […]. Era una decisión razonable, aunque haya sido muy discutida por historiadores revisionistas, que […] entienden que la paralización de la conquista de Moscú costó a los alemanes la guerra" (2006: 236 y 243).

[66] Tras destacar que hasta hoy persiste la incertidumbre acerca de la fecha exacta en la que Hitler habría tomado esta decisión, Friedländer señala que algunos historiadores la fijaron el 17 de septiembre de 1941, un día antes de la carta de Himmler a Greiser sobre la decisión de deportar a sesenta mil judíos del Reich al gueto de Lodz (2007: 359).

[67] Un mes antes, el 18 de agosto de 1941, día en que accedió al pedido de Goebbels de marcar con la estrella de David y la palabra *Jude* a los judíos del Reich, Hitler expresó, respecto de las deportaciones, que los judíos serían evacuados de Berlín hacia el este *en cuanto se hallasen disponibles los primeros medios de transporte, después del fin de la campaña del este* (Freidländer, 2007: 251 y ss.; Burrin, 1990: 160). En forma similar, para Browning, "en el contexto de agosto de 1941" Hitler consideraba que "la postergación de las deportaciones hasta después de la guerra sólo significaba un muy corto retraso" (2005: 321). El Decreto de Marcaje de los Judíos se promulgó el 1º de septiembre y se puso en práctica el día 15 de ese mes. Así, "[l]a humillación pública y la estigmatización eran ya totales y perfecta la posibilidad de vigilancia de la minoría perseguida" (Benz, 2005: 64).

[68] Kershaw expresa una opinión diametralmente opuesta cuando afirma que Hitler decidió comenzar las deportaciones debido a que a esa altura se habría dado cuenta de que la guerra en el este no terminaría ese año (2002: 470-471). No compartimos esta conclusión: 1) Hitler irradiaba (y exigía a su entorno) una fe y una determinación inquebrantables en la victoria de Alemania sobre sus enemigos; 2) esta actitud, en la campaña del este, se advirtió desde un

comienzo y se mantuvo en todo momento, con períodos más exaltados y otros más moderados, al menos hasta fines de octubre de 1941 (incluso, según una crónica reciente de la Segunda Guerra Mundial, “los alemanes no salieron completamente del error hasta diciembre de 1941, cuando cotejaron sus cálculos con los datos constatados” [Molina, 2009: t. 7, 72]); 3) Hitler *nunca* hubiera dado una directiva que dejara entrever que estaba apartándose de su postura de siempre: Alemania aplastaría a los soviéticos en pocas semanas; 4) de otro modo, no podría haber reclamado esa misma convicción a sus generales; 5) es mucho más plausible sostener a un Hitler *optimista* veinticuatro horas después de haber cerrado el cerco en forma casi simultánea tanto sobre la segunda como sobre la tercera ciudad en importancia de la URSS y listo para atacar Moscú, que a uno pese a ello *pesimista* acerca del futuro de la guerra en el este.

[69] Cuando terminó la Batalla de Kiev, seis días después, un total de trescientos mil soldados soviéticos habían muerto, otros seiscientos sesenta y cinco mil habían sido tomados prisioneros, y unos ochocientos tanques habían sido destruidos.

[70] En este trabajo citamos dos ejemplos de decisiones equivocadas de Hitler en el transcurso de la guerra, producto más que nada de esta ciega confianza en su “buena estrella”: cuando en agosto de 1941 les impuso a sus generales desviar el grueso de fuerzas acorazadas del frente del centro que se dirigían a Moscú hacia otros objetivos, y al año siguiente, cuando hizo lo mismo en perjuicio del Sexto Ejército que iba rumbo a Stalingrado. Hay muchos otros ejemplos de decisiones y actitudes de Hitler basadas en su exceso de confianza (Dunkerke, las Ardenas, su fe en las “armas secretas” como los cohetes V-1 y V-2), defecto que perduró hasta sus últimos días, en el marco de la batalla por Berlín.

[71] El primer bombardeo británico sobre Berlín ocurrió el 24 de agosto de 1940; a partir de entonces las incursiones serían cada vez más frecuentes y dañinas en todas las grandes ciudades al alcance de los bombarderos. Browning señala las peticiones a Hitler de los líderes regionales de Hamburgo y Colonia en el sentido mencionado, hacia el 15 de septiembre de 1941 (2005: 324).

[72] A la orden de deportación le seguiría una sucesión interminable de medidas antijudías en el Reich, destinadas a cancelar los derechos legales remanentes, tanto de los judíos aún residentes en el territorio alemán como de aquellos ya deportados. Por ejemplo, el 18 de septiembre el Ministerio de Transporte emitió un decreto que prohibía a los judíos el uso de vagones cama y sólo les permitía viajar en la clase más baja y siempre que hubiera lugar disponible. El 24 de septiembre, una disposición del Ministerio de Economía prohibió a los judíos el uso de cheques. Ese mismo día, un decreto del Ministerio de Justicia excluyó a los judíos de todo beneficio recibido de parte de un alemán. El 24 de octubre, una circular de la RSHA ordenó el arresto de cualquier alemán que demostrara relaciones amistosas con un judío. El 13 de noviembre los judíos fueron obligados a registrar sus artefactos eléctricos. Ese mismo día debieron entregar al Estado sus máquinas de escribir, bicicletas, cámaras fotográficas y binoculares. El 14 de noviembre se les prohibió vender libros. El 25 de noviembre se sancionó la undécima Ordenanza de la Ley de Ciudadanía del Reich, por la cual los judíos alemanes residentes fuera del Reich perdieron su ciudadanía y todos sus activos pasaron al Estado (Friedländer, 2007: 289).

[73] Las dimensiones que estaba tomando la guerra en el este y la atribución a los judíos de la responsabilidad correspondiente, proverbial en Hitler, fue uno de los argumentos esgrimidos por Goebbels en una nueva acometida para

lograr el visto bueno a las deportaciones, en el marco de una reunión privada celebrada entre ambos el 1° de septiembre de 1941 (Kershaw [2002: 465-466] explica la decisión de Hitler a partir de las presiones de Goebbels y Heydrich).

[74] Es Longerich (2009: 502) quien destaca este móvil en la lógica de pensamiento de Hitler: "En vista de la cada vez más probable entrada de los Estados Unidos en el conflicto, creyó haber encontrado así una fórmula para explicar la previsible coalición entre el comunismo y el capitalismo: lo que mantenía unidos a los adversarios era la 'conspiración mundial judía'. Así, desde su punto de vista, había que considerar también como parte del bando enemigo a los judíos europeos; su deportación era una consecuencia lógica". Para argumentar su afirmación, Longerich subraya el hecho de que tanto el anuncio como las deportaciones en sí mismas se hubieran realizado a la luz pública y comentado ante corresponsales extranjeros, con el previsible (y evitable) eco en la prensa internacional (acerca de la cobertura de los medios norteamericanos de estos sucesos, entre ellos la agencia de noticias United Press y el diario *The New York Times*, véase Lipstadt, 1986: 136, nota 3).

[75] De hecho, para la época del primer bombardeo masivo sobre Moscú, el 22 de julio de 1941, Hitler había ordenado, a través de la Directriz 33, reducir a ruinas la ciudad mediante ataques aéreos (Braithwaite, 2006: 257).

[76] Hacia el 7 de octubre "[t]odos están muy seguros de que Moscú tiene los días contados" (Del Pozo, 1979: 632). En Berlín se hacen gestiones para ubicar a figuras de la Rusia zarista con el objetivo de establecer un gobierno títere como el de Vichy. Hacia mediados de octubre de 1941, según Toland, Ribbentrop decía haber recibido una "oferta de paz" de Stalin por medio del rey Boris de Bulgaria, oferta que habría sido rechazada por Hitler "porque estaba claramente convencido de que una vez pasado este momento saldría victorioso" (Toland, 2009: 1025; véase también Hesse, 1954). La mayoría de los comandantes de Hitler compartía esta convicción. "A Jodl, por ejemplo, no le cabía la menor duda de que los soviéticos habían logrado agotar sus reservas. A la hora de la cena, la conversación de Hitler versó principalmente sobre el brillante futuro. Para él, el *Lebensraum* [espacio vital] ya era un hecho" (Toland, 2009: 1025). Véase asimismo Steinert (2004: 444).

[77] "La catástrofe parecía total […]. En Berlín, Hitler y muchas autoridades dieron la guerra por definitivamente ganada" (Molina, 2009: t. 7, 86). Además de disponerse el traslado de todo el gobierno, se organizó el transporte de los restos de Lenin y la evacuación de la población civil: más de dos millones de moscovitas dejaron la ciudad y se dirigieron al este (Del Pozo, 1979: 636). Ese día Stalin declaró ante sus asistentes que "podía darse el caso de que los alemanes irrumpieran en Moscú en cualquier momento y se hacía necesario tomar las medidas oportunas" (Braithwaite, 2006: 290). Agrega Toland: "En realidad el pánico se había apoderado de la ciudad y se decía que en el Kremlin Stalin estaba fuera de sí […]. Altos funcionarios del partido y de la policía secreta se unieron a esta caótica huida […]. Otras bandas de desertores y obreros saqueaban los comercios, ya que no había policías que lo impidieran" (2009: 1024-1025). "Cuando la evacuación de Moscú se hubo completado [el 25 de noviembre de 1941], quinientas fábricas […] habían sido trasladadas fuera de la ciudad", mediante setenta mil trenes (Braithwaite, 2006: 364).

[78] En efecto, Hitler implementaría, en definitiva, una práctica que no era desconocida para la Unión Soviética: nos referimos al exterminio planificado por medio del hambre, durante 1932 y 1933, de al menos tres millones y medio de campesinos ucranianos por el régimen estalinista, episodio de la historia conocido como *Holodomor* ("La gran hambruna"). A ellos deben sumársele al menos otro millón y medio de víctimas para la misma época y con la misma

metodología en otras regiones del territorio soviético (Kazajstán, Cáucaso del Norte, etcétera). Véanse al respecto las memorables páginas que Vasili Grossman le dedica en su obra *Todo fluye* a esta otra tragedia de la modernidad (2010: 163-196).

[79] Agrega Jones: "Cuando [el general] Wilhelm Lubbeck pasó por la pequeña localidad de Uritsk, cerca del golfo de Finlandia, vio en el horizonte las chimeneas y los altos edificios del centro de Leningrado. Desde las trincheras cavadas en los Altos de Pulkovo, al sudoeste de Leningrado, se disfrutaba de una vista panorámica de la ciudad" (2009: 62).

[80] El 10 de diciembre de 1941 los rusos recuperaron Tikhvin, con lo que se reabrió el abastecimiento ferroviario a Leningrado (aunque desde el 22 de noviembre venían aprovisionándola precariamente a través del "camino de la vida" sobre el Lago Ladoga); cf. Jones, 2009: 16.

[81] Después de dejar morir a centenares de miles, el 31 de octubre de 1941 Hitler dio la orden de emplear a tres millones de prisioneros rusos y de alimentarlos convenientemente (Steinert, 2004: 442), según se supone, para aumentar la población destinada al trabajo esclavo en el Reich. No obstante, los datos recogidos no dejan dudas de que, en la práctica, su directiva distó de ser cumplida. De hecho, según Hilberg, del total de soldados soviéticos que se rindieron a las fuerzas alemanas durante la guerra (unos cinco millones setecientos mil), más del 40% murieron en cautiverio, aunque este autor destaca también el invierno de fines de 1941 y comienzos de 1942 como aquel en el que se produjeron muertes en masa por frío y por hambre de prisioneros de guerra soviéticos (2005: 366 y 367).

[82] La RSHA distribuía entre muchas otras oficinas de la burocracia nazi los "reportes" que informaban con todo detalle sobre las operaciones de asesinatos de las unidades móviles de exterminio. Hacia la época inmediatamente previa a la conferencia, se distribuyó el sexto de estos reportes en cien dependencias distintas. Según Browning, ya en octubre y noviembre de 1941 "Heydrich realmente estaba inundando la burocracia alemana con información acerca de las masacres que estaban tomando lugar en territorio soviético" (2005: 401). Cabe acotar que para la época de la Conferencia de Wannsee ya habían sido masacrados en el este más de seiscientos mil judíos detrás del frente oriental (Friedländer, 2007: 209; Poliakov y Wulf, 1960: 200).

[83] Váense en Friedländer (2007, cap. 6, apartado II) las disputas por obtener el control de los asuntos judíos con Frank y Rosenberg y las consecuentes invitaciones a Wannsee a los respectivos segundos en el mando, Josef Bühler y Alfred Meyer.

[84] *Judenfragen gehören zu mir*, Browning (2005: 404). En opinión de Gideon Bosch, desde la perspectiva de Himmler, "su más grande rival en este conflicto era el Ministerio del Interior del Reich", que en esta materia representaba Stuckart (Kampe, 2009: 156).

[85] El acta completa de la conferencia (labrada por Eichmann) puede consultarse en Kampe, 2009: 194-208 (incluyendo fascímiles de todas las páginas del único protocolo hallado después de la guerra, entre los papeles de uno de los asistentes, el doctor Martin Luther, representante del Ministerio de Relaciones Exteriores) y Poliakov y Wulf, 1960: 114. Del protocolo labrado en la conferencia se enviaron treinta copias a distintas áreas de las SS y de la administración, con el sello "secreto" estampado. Todos los historiadores abordan esta reunión asignándole dispar importancia: Hilberg, 2005: 442 y ss.; Dwork y Van Pelt, 2004: 427-428; Dawidowicz, 1990: 177-178; Gilbert, 1987: 281-282, y Kershaw, 2002: 484-485, entre otros.

[86] Véase el listado de los funcionarios participantes y su rango en Hilberg,

2005: 443. Estaban representados: la Cancillería del Reich (de H. Lammers), la Cancillería del Partido (de M. Bormann), los ministerios de Relaciones Exteriores (V. Ribbentrop), Justicia (F. Gürtner) e Interior (W. Frick), la Oficina del Plan Cuatrienal (H. Göring), el Ministerio del Este (A. Rosenberg) y la Gobernación General (H. Frank). El representante de Goebbels, doctor Gütterer, faltó a la cita.

[87] Véase también Hilberg, para quien los campos de trabajo cuya mano de obra judía era proporcionada por la Organización Schmelt "salpicaron el paisaje de Alta Silesia. El mayor campo de Silesia, con tres mil reclusos judíos, se situó en Markstädt […]. Al principio, los reclusos de los campos se utilizaban sólo para proyectos al aire libre tales como cavar zanjas antitanque, canalizar y regular ríos, construir carreteras y vías férreas, etcétera. Más tarde se trasladaron empresas industriales al interior de algunos de los campos y se construyeron campos cerca de las principales fábricas. El campo de trabajo se convirtió así en una institución permanente y dejó de depender de proyectos" (2005: 275). La base legal para la explotación de judíos en la Gobernación General databa del 26 de octubre de 1939, fecha en que se decretó el trabajo forzado de la población judía útil (Bensoussan, 2005: 39).

[88] La nueva ofensiva militar alemana no iba a comenzar sino hasta mayo de 1942, enfocada solamente en el frente sur. Véase el mapa de Europa hacia el 20 de enero de 1942, reproducido en la apertura de este capítulo (véase también Kampe, 2009: 226).

[89] Martin Luther era el funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores que hacía de enlace con las SS; Georg Leibbrandt y Alfred Meyer eran funcionarios del Ministerio del Este de Alfred Rosenberg.

[90] Claramente, en tal sentido, el representante de la Oficina del Plan Cuatrienal, secretario de Estado Erich Neumann, y el representante de la Cancillería del Reich, director ministerial Friedrich Kritzinger.

4. Cuarta etapa

La aniquilación de los judíos tras el frente oriental

Asesinato de judíos de Liepaja, sobre la costa del mar Báltico, en Letonia, 15-17 de diciembre de 1941. Gentileza: Yad Vashem

La planificación de la invasión a la Unión Soviética abarcó también la eliminación de todos los elementos locales hostiles que quedaran en la retaguardia del frente. Para ello, se desplegaron unidades especiales dependientes de las SS, quienes, a poco de iniciar su tarea, vieron modificados sus objetivos, que pasaron a ser casi exclusivamente los judíos soviéticos. Una vez que las unidades asesinas se enfocaron en este colectivo, recibieron la orden de Himmler en persona de ampliar las matanzas a ancianos, mujeres y niños judíos, lo que significó un salto inaudito en el proceso de destrucción. La infausta tarea de limpieza racial emprendida por el líder de las SS no estaba guiada sólo por la política nazi antisemita, sino también por los ambiciosos planes de trasplante poblacional que se le habían encomendado en esos extensos territorios. Los costos que implicaba el método de los fusilamientos masivos llevaron a explorar la alternativa (ya implementada con éxito en el marco del Programa T-4 de eutanasia) de los asesinatos mediante el empleo de gas, con camiones adaptados que, si bien fracasaron en territorio soviético, serían el preludio de la siguiente y última etapa en la historia de la Solución Final.

Breve retrospectiva

No es posible encarar esta nueva etapa sin hacer antes una retrospectiva, para así asomarnos a una serie de acontecimientos relacionados con la cuestión judía que fueron desarrollándose, a partir de la apertura del frente oriental, en la retaguardia del teatro de operaciones bélicas, a los cuales –deliberadamente– aún no hemos hecho referencia.

Está claro que estos sucesos, que tuvieron lugar desde fines de junio de 1941, se superpusieron temporalmente con la tercera etapa de la Solución Final, y por ello ambos suelen confundirse en un único proceso. En tal sentido, es cierto que mientras el plan Siberia seguía adelante durante aquel segundo semestre de 1941, en los vastos territorios orientales conquistados a partir de la operación Barbarroja se estaban ejecutando órdenes específicas tendientes a liquidar a los judíos soviéticos de una forma rápida y sin ningún tipo de miramientos.

No obstante, un análisis penetrante del asunto indica claramente que esta política extrema antijudía desatada tras el frente oriental obedecía a razones sólo aplicables a ese escenario y de ningún modo estaba pensada como el punto de partida de una Solución Final que abarcara, con los mismos métodos y resultados, a toda la judería europea.

Pero más allá de ello, es necesario abordar este abyecto capítulo de la Shoá –el arrasamiento tras el frente del este de entre un millón y medio y dos millones de hombres, mujeres y niños, básicamente por medio de fusilamientos– porque fue el paso previo absolutamente indispensable para cimentar ciertas condiciones que empujarían definitivamente a decidir el exterminio físico de todos y cada uno de los judíos bajo el yugo del Tercer Reich. En términos de Gilbert,

> [l]a invasión germana de la Unión Soviética […] marcó un trágico punto de quiebre en la política alemana contra los judíos. En los veintiún meses previos a Barbarroja, treinta mil judíos perecieron. De estos, diez mil fueron asesinados en matanzas individuales, en masacres callejeras, en represalias punitivas, en brotes de salvajismo en los guetos, y en los campos de trabajo. Veinte mil murieron de hambre en los guetos de Varsovia y Lodz [mientras que] en Europa occidental los judíos permanecieron virtualmente sin ser

> molestados […]. Desde las primeras horas de Barbarroja […] una nueva política fue llevada a cabo, la destrucción sistemática de comunidades judías enteras (1987: 154).

Así, creo conveniente dividir esta cuarta etapa en tres apartados: en el primero se abordará el comienzo de la actuación de las unidades móviles de exterminio (*Einsatzgruppen* –grupos de tareas– y demás unidades SS y de Policía del Orden), caracterizado por el fusilamiento de adultos judíos (mayormente hombres) estigmatizados con eufemismos y rótulos diversos (comunistas, saboteadores, agitadores, contrabandistas, etcétera). En el siguiente apartado se considerará el papel de estas unidades asesinas tras recibir y ejecutar la orden de ampliar las matanzas, para así abarcar a todos los varones y las mujeres de origen judío sin distinción, incluyendo a los niños. A veces se ha infravalorado esta mutación en el proceso genocida que estaba desarrollándose en el este; pero una meditación más detenida nos permitirá reconocer, por varias e importantes razones, que constituyó un salto inmenso en el proceso de destrucción. En el último apartado se abordará el paso lógico derivado de la ampliación de las matanzas a comunidades judías enteras: la aparición primero de los furgones a gas y, tras su rápido fracaso y descarte, la creación de los primeros *campos de exterminio* con vistas a la liquidación de los judíos todavía de un modo local y fragmentario, hasta los primeros meses de 1942.

Fusilamientos selectivos

Antecedentes

La historia de las *unidades móviles de exterminio* o *Einsatzgruppen* nos obliga a repasar los preparativos para invadir la Unión Soviética durante el primer semestre de 1941, porque allí están las claves que permiten advertir cuál era la misión que se les iba a encomendar y, dentro de estos cometidos, identificar el rol que cumplirían respecto de las comunidades judías que encontrarían a su paso.

Desde un comienzo, la operación Barbarroja no era para Hitler una campaña bélica más. Durante toda su vida política había visto en el comunismo imperante en la Unión Soviética desde el período 1917-1922 al más temible e irreconciliable enemigo, el perfecto opuesto de la mayoría de sus postulados ideológicos: el bolchevismo era, en muchos aspectos, la antítesis del nacionalsocialismo.

Especialmente revulsiva le resultaba la combinación del bolchevismo con el judaísmo; ya en *Mi lucha*, su obra de 1925, planteaba que la "subhumanidad" eslava había sido manipulada por los judíos, que controlaban el sóviet y todos los resortes del poder en Moscú y desde allí cavilaban la destrucción de la nación alemana y el sojuzgamiento de la raza aria, entre otros propósitos igualmente inconfesables y mucho más vastos.

Por ello, el pacto de conveniencia Hitler-Stalin sellado en Moscú en agosto de 1939 sorprendió a propios y extraños y generó malestar en muchos de los seguidores de Hitler, incluso de su círculo íntimo, pues contradecía rotundamente los postulados que hasta ese momento había sostenido en todos sus discursos y acciones políticas. Es que no se comprendía que un líder político reaccionario, cuyos logros se debían en buena medida a un machacante discurso anticomunista –a tal punto que llegó a ser visto a comienzos de la década de 1930 como el único líder político capaz de impedir que la izquierda alcanzara el poder durante la República de Weimar–, a fin de cuentas hubiese negociado con aquellos a quienes siempre consideró sus oponentes absolutos y que fueron blanco de sus peores diatribas.

Esta incómoda situación no estaba destinada a sostenerse en el tiempo; la traición a Stalin no tardó en pergeñarse, y hacia marzo de 1941 la ruptura del pacto, consecuencia de la invasión germana sobre su otrora socio en el reparto de Polonia, era ya irreversible.

Las cosas volvieron a ponerse en su lugar y Hitler, primero en reuniones secretas y luego públicamente, retomó su habitual rutina de definir al *judeobolchevismo* soviético como el más peligroso e irreconciliable enemigo al que había que destruir sin piedad y

prescindiendo de las reglas mínimas de una guerra convencional. Así, en una directriz operativa secreta para Barbarroja, fechada el 3 de marzo de 1941, sostuvo que "*la próxima campaña no es sólo un simple conflicto armado; conducirá también a un enfrentamiento de dos ideologías diferentes*", por lo que "*la intelectualidad judeobolchevique, que ha sido hasta ahora la 'opresora del pueblo', debe ser eliminada*" (en Kershaw, 2002: 339).

Para ese entonces, Himmler y Heydrich ya habían sido puestos sobre aviso de los preparativos de la invasión a la Unión Soviética. Además de encomendarles la preparación del plan Siberia para resolver la evacuación de todos los judíos de la Europa bajo su área de influencia, Hitler depositó en las SS la misma misión que estas ya habían tenido en las precedentes campañas: asegurar la retaguardia, anular la resistencia, hacerse de documentación e información valiosa y minimizar los actos de sabotaje y la actividad de los partisanos.

En el caso de la Unión Soviética, esta misión de aseguramiento y control policial de los nuevos territorios adquiridos vendría acompañada de medidas mucho más extremas que las implementadas en experiencias pasadas –incluso en comparación con las matanzas de la *intelligentsia* en la Polonia occidental durante septiembre y octubre de 1939–, pues en este caso Hitler estaba convencido de que, tras la ocupación de los territorios soviéticos, las fuerzas de seguridad tendrían que lidiar con numerosos elementos supuestamente mucho más peligrosos, radicalizados y dañinos: comisarios políticos, dirigentes del Partido Comunista, activistas antifascistas, unidades partisanas, saboteadores y agitadores, entre otros.

Así, el 13 de marzo de 1941 el mariscal de campo Wilhelm Keitel, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas (OKW), emitió una orden secreta relacionada con la operación Barbarroja, que permite entrever que para ese entonces estaba resuelto otorgar a las SS de Himmler esta misión de *aseguramiento* tras la línea del frente:

> *En el área de operaciones, al Reichsführer SS le ha sido encargado, por orden del Führer, llevar a cabo operaciones especiales para la preparación de la administración política, tareas relacionadas con la batalla final que tendrá lugar entre dos sistemas políticos opuestos. En el marco de estas tareas, el Reichsführer SS actuará independientemente y bajo su propia responsabilidad* (en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 411).

Y en efecto, tras haberse iniciado negociaciones preliminares desde principios de febrero de 1941 entre las SS-RSHA (Heydrich) y el ejército (mariscal Von Brauchitsch), el 26 de marzo de 1941 se redactó un "proyecto de acuerdo" entre ambas corporaciones para la

actuación de los *Einsatzgruppen* y demás unidades móviles: "*dentro del marco de sus instrucciones y bajo su propia responsabilidad, los Comandos Especiales tienen derecho a tomar medidas ejecutivas contra la población civil*" (en Hilberg, 2005: 305).

A ello le siguió la firma del acuerdo definitivo, el 30 de mayo de 1941, por el cual las SS obtuvieron una nueva concesión, ya que finalmente, y por pedido suyo, los *Einsatzgruppen* actuarían no sólo *detrás* sino también *en* la zona del frente de combate, de modo tal de realizar las barridas sin demora y reducir al mínimo la posibilidad de fuga de los futuros destinatarios de las *acciones de aseguramiento y limpieza*.

Para hacerse cargo de la tarea encomendada y alcanzar las metas propuestas, Himmler y Heydrich diseñaron una compleja organización que combinaba elementos militares, policiales y administrativos, basándose en uno de los dos decretos represivos firmados por Hitler el 13 de mayo de 1941. Por medio de este se le asignaban poderes a Himmler para llevar a cabo "*misiones especiales que deben cumplirse como consecuencia de la lucha que ha de librarse entre dos sistemas políticos opuestos*": era la oficialización de los *Einsatzgruppen* (Toland, 2009: 995).

En coordinación con los frentes del norte, el centro y el sur de los grupos de ejércitos que llevarían a cabo la ofensiva militar en el este, se establecerían tres responsables SS y de la policía (HSSPF) en cada una de esas regiones,[91] que serían la máxima autoridad SS en sus jurisdicciones y responderían directamente a Himmler. A estos responsables se les asignaron tanto unidades militares SS como batallones de la Policía del Orden[92] que actuarían a lo largo del frente oriental como unidades móviles de aniquilación.

Y paralelamente, en una estrategia típica de Himmler, se crearon cuatro *Einsatzgruppen*: A (Franz Stahlecker), B (Arthur Nebe), C (Otto Rasch) y D (Otto Ohlendorf), desplegados de norte a sur, que en un comienzo también dependían directamente del Reichsführer a través de la RSHA (véase Hilberg, 2005:308). Estos cuatro *Einsatzgruppen* estaban integrados por diversos componentes (policía criminal, Waffen SS, etcétera), a quienes se les brindó un entrenamiento mínimo y, sin adelantárseles qué misión en concreto les esperaba ni dónde sería, fueron despachados al este. En total, al inicio de Barbarroja, había unos tres mil hombres desplegados en todo el frente, integrando alguna de las unidades móviles mencionadas.

Otro paso importante en la preparación ideológica de lo que acontecería en el frente del este se dio el 6 de junio de 1941 con la emisión, desde el Alto Mando de las Fuerzas Armadas, de las Instrucciones para el Tratamiento de los Comisarios Políticos, conocida como la Orden de los Comisarios y basada en un edicto

oficial del 12 de mayo, que decía:

> *En la lucha contra el bolchevismo no debemos suponer que la conducta del enemigo vaya a basarse en principios de humanidad o de derecho internacional, […] los comisarios políticos han introducido bárbaros métodos asiáticos de guerra, así que ha de administrarse en su caso justicia inmediata y con la máxima severidad. Serán, por cuestión de principios, fusilados inmediatamente, hayan sido capturados durante operaciones o hayan mostrado resistencia de algún otro modo* (en Kershaw, 2002: 355).

Este decreto demostró una vez más la capitulación total del ejército alemán ante Hitler, pues significó la renuncia definitiva al respeto por las reglas y los principios elementales convenidos en pactos internacionales vigentes para tiempos de guerra, que Alemania también había suscripto en su momento. Según Toland, con la Orden de los Comisarios Hitler "legalizó su amenaza de lanzar una guerra sin cuartel en el plano ideológico, […] el hecho de que se hubiese dictado a través del OKW era algo más que otra victoria de Hitler sobre los militares. Los ligaba a su programa político y los convertía en cómplices involuntarios, junto con las SS, de sus grandiosos planes para el futuro" (2009: 997). Según la declaración de Dieter Wisliceny, oficial ayudante de Eichmann, "[l]a orden de exterminar a todos los comisarios y funcionarios comunistas que dio Hitler al principio de la guerra contra la URSS caracteriza una fase nueva y brutal de la contienda" (Poliakov y Wulf, 1960: 88).

La finalidad de la Orden de los Comisarios no fue tanto embarcar al ejército alemán en la masiva aniquilación física de los "enemigos políticos" que encontraran en el avance sobre el territorio soviético –baste considerar que ni Hitler ni las SS se fiaban del ejército para cumplir con esta misión, y precisamente para ello habían creado y desplegado las unidades móviles de exterminio–, sino más bien advertirles a todos sus integrantes que no deberían poner objeciones ni obstáculos a dichas fuerzas de seguridad, que al fin y al cabo habrían de encargarse de ejecutar las drásticas medidas que se estaban planificando.

Además –se razonaba entre los mandos del ejército–, si esas unidades especiales se ocuparían de llevar a cabo el "trabajo sucio", convenía darles todos los recursos materiales que demandasen en el terreno (transportes, gasolina, munición, etcétera) para poder sortear, en la mayor medida posible, la pesada y desagradable tarea que, a través de esa orden, también recaía sobre sus espaldas. Dirigida a los miembros del ejército, la orden en cuestión fue emitida en un contexto de

inyección propagandística anticomunista y antijudía difundida desde los altos mandos. Por ejemplo, en el Boletín del Ejército de junio de 1941 se agitaba la cuestión en estos términos:

> *Quien haya visto alguna vez el rostro de un comisario rojo sabe cómo son los bolcheviques. Aquí no es necesaria ninguna reflexión teórica. Decir que estos torturadores –en su mayoría judíos– tienen rasgos faciales de animal sería un insulto contra las bestias. Son la personificación del infierno, del odio contra todo lo que tiene de noble la humanidad. En estos comisarios puede presenciarse la revuelta de lo subhumano contra la sangre pura* (Jones, 2009: 38).

En paralelo, Himmler también dictó su propia orden sobre el mismo asunto para todos sus subordinados en las SS-RSHA, por cierto mucho más explícita y minuciosa que aquella. La orden que habilitaba ampliamente a las unidades móviles SS al aniquilamiento de "elementos peligrosos" entre la población de los nuevos territorios adquiridos en el este fue firmada por el Reichsführer a finales de junio de 1941 y sabemos de ella porque unos días después Heydrich se dirigió a los tres responsables de la policía y de las SS (HSSPF) en el este, recién nombrados.

En efecto, basándose en la citada orden de Himmler, el 2 de julio de 1941 Heydrich les hizo saber que los *Einsatzgruppen* habían recibido instrucciones de aniquilar "*a los judíos empleados del Partido Comunista y del Estado, y demás elementos radicales (saboteadores, propagandistas, francotiradores, asesinos, incitadores, etcétera)*" (en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 413-415). Simultáneamente, deberían provocarse pogromos en forma secreta. Todo estaba listo, tanto en lo material como en lo psicológico, para el inicio de las operaciones. Estaba a punto de comenzar un baño de sangre en una escala inimaginable.

El inicio de la ofensiva

El 22 de junio de 1941 fue el día elegido para el inicio de la operación Barbarroja. En un discurso de Hitler emitido por radio a todo el mundo, en el que anunció públicamente el inicio de la guerra con la Unión Soviética, los judíos encabezaron la enumeración de los enemigos del Reich: "*Llegó la hora de la necesaria oposición contra el complot de los instigadores de la guerra judeo-anglosajones y de los líderes de los cuarteles generales bolcheviques en Moscú*" (en Friedländer, 2007: 203).

Tras el avance de las líneas de los tres frentes de ejército –en el norte, centro y sur–, las unidades móviles de exterminio comenzaron de inmediato a realizar su trabajo.

En las primeras cinco semanas tras el inicio de la ofensiva, hasta fines del mes de julio, el detalle de los informes de los responsables de los *Einsatzkommando* que formaban parte de los *Einsatzgruppen*, como de las demás unidades móviles que dependían de los responsables SS y de la policía, muestra que en todas las operaciones realizadas los fusilamientos fueron claramente selectivos: apuntaron a la liquidación de la supuesta "intelectualidad judeobolchevique" y de la dirigencia política y otros posibles "elementos peligrosos o extremistas" en cada uno de los pueblos y ciudades alcanzados. En su mayor parte, los asesinatos se perpetraron contra judíos en edad activa, casi siempre hombres, a quienes se les aplicaron algunos de los rótulos usuales para legitimar las matanzas: se los acusaba o bien de participar en alguna actividad partisana o bien de realizar sabotajes en las inmediaciones.

Kershaw (2002: 455) resalta las diferentes interpretaciones y alcances que cada *Einsatzgruppe* daba a las consignas, de donde deduce, con razón, que las órdenes no eran categóricas ni marcaban claramente la línea de actuación. Transmitidas por la cadena de mandos hasta los ejecutores directos, reproducían en líneas generales las coordenadas emanadas de la Orden de los Comisarios y otras directivas relacionadas con ella. Por ejemplo, el 11 de julio de 1941 el coronel Montua, del Regimiento de Policía del Centro con base en Bialystok, Polonia oriental, dictó la siguiente orden:

> *Por orden del alto mando y de la policía […] todos los judíos varones de edades comprendidas entre los diecisiete y cuarenta y cinco años que fueron condenados por saqueadores tienen que ser fusilados según la ley marcial. Los fusilamientos deben realizarse*

> *lejos de las ciudades, pueblos y vías públicas, […] los soldados tienen que ser informados continuamente de la necesidad política de estas medidas* (Browning, 2002: 47).

Así, dos días después del inicio de la invasión, se tuvo registro de la primera acción del *Einsatzgruppe* A –que operaba tras el grupo de ejércitos del norte– en Garsden, Lituania, cerca de la frontera con Polonia. Un *Kommando* fusiló a doscientas personas, en su mayoría judíos varones. Las mujeres y los niños (unas trescientas personas) fueron dispersados en las afueras (Friedländer, 2007: 219; Kershaw, 2002: 456).

Dos días después, el 26 de junio, los alemanes ocuparon Kaunas (Kovno), que contaba entre sus residentes con más de veinte mil judíos. El mismo grupo de tareas arrestó a varios centenares de ellos y los fusiló en el Fuerte IX, en las afueras de la ciudad (Gilbert, 1987: 157). Ya el día 25, "la avanzada del decimosexto ejército entró en Kaunas, la capital lituana. Los acompañaban comandos SS del recién formado *Einsatzgruppe* A […]. Stahlecker, de 41 años, era un nazi que contaba con una buena educación y tenía una larga experiencia como jefe de policía" (Jones, 2009: 45).

Al día siguiente los alemanes ocuparon Bialystok, en Polonia oriental, cuya población judía ascendía a unas cuarenta mil personas. Sin más, las unidades móviles SS desataron lo que se conoció como "el viernes negro". Entre otras calamidades, encerraron a unos ochocientos judíos en la sinagoga y le prendieron fuego con las víctimas dentro. Hubo fusilamientos en las calles del barrio judío. Al final del día, unos dos mil judíos habían sido asesinados.

Un día después, el 28 de junio, el grupo de ejércitos del centro conquistó Minsk, la capital bielorrusa. Ese mismo día se les ordenó a todos los varones judíos de entre quince y cuarenta y cinco años allí residentes que se concentraran para ser registrados. Fueron conducidos a las afueras de la ciudad y se los mantuvo cautivos a la intemperie durante cuatro días. Al quinto día se les pidió a los profesionales (médicos, abogados, escritores, etcétera) que se presentaran. El 2 de julio, dos mil personas de la *intelligentsia* judía fueron llevadas a un bosque y fusiladas. Al día siguiente, 3 de julio, ocurriría lo mismo con unos trescientos líderes y profesionales en Bialystok.

Ambas acciones motivaron la visita, en los días siguientes, de Adolf Eichmann, quien informó lo ocurrido a su superior Müller, jefe de la Gestapo (Gilbert, 1987: 166). El reporte seguramente terminó en los despachos de Heydrich y Himmler, quienes estaban ávidos de información sobre el desempeño de sus unidades asesinas.

Las matanzas continuaron. El 4 de julio, una milicia lituana

reclutada por las SS en Kaunas, en cumplimiento de órdenes alemanas, fusiló a "416 varones y 47 mujeres judías" en el Fuerte VII; dos días después, otros 2514 judíos fueron fusilados allí por el *Einsatzkommando* A-3. El 8 de julio, Himmler visitó Bialystok junto con Kurt Daluege, el jefe de la Policía del Orden. En reunión con los jefes SS, Himmler dispuso que "*en principio cualquier judío [debía] considerarse partisano*" (Longerich, 2009: 486). En el transcurso de los días siguientes la orden bajó a los comandos y batallones, precisando que "deberían ser ejecutados todos los varones judíos de entre 17 y 45 años 'convictos' como saqueadores. Era una carta blanca para la matanza masiva. A mediados de julio, dos batallones del regimiento de Bialystok perpetraron una masacre en la que murieron un total de tres mil hombres judíos" (Longerich, 2009: 486).

El mismo día 8, en el extremo septentrional del frente, los alemanes ocuparon Vilna, "la Jerusalén del norte", que supo tener unos cincuenta y cinco mil residentes judíos y una vibrante vida cultural judía. Inmediatamente se produjo el primer fusilamiento del *Einsatzkommando* A en esa ciudad: tras veinte días seguidos de continuas masacres, cinco mil judíos, en su gran mayoría hombres, fueron llevados al bosque de Ponar situado en las afueras de la ciudad y fusilados allí.

En otra acción, acaecida durante los últimos días de julio, uno de los *Einsatzkommando* del "grupo de tareas" B redactó un informe sobre la *Aktion* en Lachowicze, Bielorrusia, en el que indicaba que "*toda la intelligentsia judía fue liquidada (profesores, maestros, abogados, etcétera)*", casi cuatro mil quinientas personas. Sólo dejaron con vida a los médicos para que –según el informe– se encargaran de atender a los sobrevivientes en el gueto creado especialmente (Gilbert, 1987: 172). Y en el informe mensual correspondiente a julio de 1941 de uno de los *Kommandos* del *Einsatzgruppe* C, se detallaban los asesinatos en su región, en su mayoría de judíos: Vinnitsa, 146 fusilados; Berdichev, 148; Proskurov, 146; Zhitmoir, 41. Eran las primeras ejecuciones (Gilbert, 1987: 173).

Durante estas cinco primeras semanas, es decir, hasta fines de julio, dichos informes muestran que junto con los judíos, aunque en mucha menor medida, también se fusilaba a dirigentes, prisioneros o activistas no judíos e identificados por su nacionalidad (polacos, lituanos, etcétera).

Más allá de eso, está claro que en el este, desde el comienzo de la invasión hasta fines de junio y durante todo el mes de julio, las primeras víctimas fueron objeto de una selección, es decir que habían sido escogidas en virtud de estándares más o menos similares que hicieron que las comunidades judías de cada localidad perdiesen inmediatamente a sus líderes naturales.

La actuación de las unidades asesinas sobre el terreno demostró que la orden emitida por Heydrich el 2 de julio –en cuanto a que debían ejecutarse todos los judíos *en posiciones del partido y del Estado*– contenía latente "la directiva de matar a una clase alta judía definida muy vagamente (sobre todo hombres), dejándose al arbitrio de los comandos la decisión de quién pertenecía a esa capa" (Longerich, 2009: 484-485).

En este sentido, los datos que se tienen de las primeras actuaciones de los EG bajo esta consigna selectiva terminan de ratificar que, como sostiene Burleigh (2008: 972), para los comienzos de Barbarroja no se había expedido todavía ninguna orden por la cual debiera exterminarse a todos los judíos de ambos sexos y de todas las edades en los territorios que se iban conquistando. Ello es ostensible si reparamos en la escasa cantidad de personal asignado en un comienzo a estas unidades –unos tres mil hombres– para un territorio inmenso y cientos de villas, pueblos y ciudades en los que actuar, con una población judía fácilmente estimable en alrededor del millón y medio de personas, descontando a los que lograrían emigrar a tiempo más hacia el este.

Recordemos también que no fue sino en el inicio mismo de la ofensiva en el este cuando finalmente llegaron las órdenes de Himmler y Heydrich, reveladoras de la misión encomendada: la matanza generalizada de mujeres y niños, para la cual las unidades no tuvieron preparación psicológica ni adoctrinamiento intensivo previo. Es más, el *fomento en secreto de pogromos* contra los judíos en la población autóctona, enunciado expresamente en la orden operativa de Heydrich de principios de julio, era otro indicador de que al comienzo no estaba prevista la eliminación sistemática de todos los judíos por parte de los invasores.

No obstante, este primer tramo en la historia de la Shoá consistente en fusilamientos, aun con sus alcances limitados en cuanto al tiempo y a la cantidad de víctimas, tuvo una importancia capital desde la óptica de los perpetradores, dado que significó un dramático acercamiento material y psicológico al hecho de considerar seriamente –y no sólo como una utopía– una *Solución Final de la cuestión judía* equivalente al *exterminio total de todos los judíos europeos*.

Por eso, más allá de las dificultades propias de una operación de esta escala y de los nuevos retos y planteos que se iban presentando, los altos mandos de la cancillería del Reich y de las SS consideraron que estas primeras cinco semanas constituían un remarcable paso adelante. Muchas de las dudas que albergaba Himmler acerca de la viabilidad del asesinato masivo a sangre fría de los judíos en el este fueron disipándose rápidamente.

Es que, en primer lugar, el líder SS no podía asegurar de antemano

que sus hombres, desde los mandos hasta los ejecutores directos, podrían efectivamente cumplir con la tarea encomendada; sobre todo no se sabía si aceptarían sin más, como píldora de racionalización y justificación de las matanzas, el embuste según el cual *judaísmo* era prácticamente sinónimo de *partisano, extremista* o *subversivo*. Al respecto, Himmler cifraba sus esperanzas en que la atribución de la orden a Hitler en persona, sumada al adoctrinamiento propio de militares y policías SS durante los años previos y a la insistencia panfletaria antijudía de Goebbels y las publicaciones de las SS, hubieran hecho su trabajo.

En este sentido, los fusilamientos iniciales de junio y julio despejaron la primera duda de Himmler. Aunque con rendimientos dispares, sus acólitos estuvieron en general a la altura de lo que se esperaba de las SS: obediencia ciega y lealtad al Führer. Sin dudas, el hecho de que los fusilados fueran casi siempre hombres, y en todos los casos adultos, ayudó a superar esta primera barrera. Por el momento, el argumento del *peligro partisano* no alcanzaba para ir más allá, dado que no funcionaba como coartada para incluir también a los ancianos, las mujeres y los niños.

Acerca de la futura puesta en práctica de las operaciones de exterminio por fusilamientos masivos en el este, Himmler abrigaba dudas de tres órdenes: la posible resistencia de las víctimas, el comportamiento de la población local no judía y la reacción del ejército frente a las primeras atrocidades. Como hoy sabemos, ninguna de estas variables fue un obstáculo para la consolidación del exterminio, y todas sus dudas se vieron rápidamente despejadas.

En el caso de las víctimas, fueron tomadas totalmente por sorpresa en lo que atañe a la lógica homicida que les fue impuesta desde el primer momento; pero además, el terror sembrado por los invasores produjo un grado de parálisis que hizo que la resistencia en aquel período fuera prácticamente nula.

En cuanto a la población autóctona, las reacciones fueron variadas. Algunos pocos, a riesgo de sus propias vidas, ayudaron cuanto pudieron a los judíos perseguidos. Pero la mayoría de la población se convirtió en mera espectadora de los padecimientos de aquellos. Por último, un colectivo más importante de lo que podía esperarse colaboró activamente con los nazis en la denuncia, la persecución y hasta en los asesinatos de judíos, fenómeno que fue denominador común en todas las regiones y países que abarcó la operación Barbarroja, pero que fue especialmente intenso en Lituania, Letonia, Ucrania y Bielorrusia, dado que en estas regiones no eran pocos los pobladores que, con fundamentos conspirativos y arrastrados por un antisemitismo religioso secular, identificaban a sus respectivas minorías judías como las principales responsables del sometimiento de

sus naciones durante los años de ocupación soviética.

Finalmente, en el ejército, si bien no fueron pocos los soldados, oficiales e incluso altos mandos que murmuraban la indignación que les causaba presenciar de tanto en tanto tales espectáculos, lo cierto es que las protestas no iban mucho más allá y, en todo caso, eran silenciadas en el Comando Supremo de las Fuerzas Armadas (OKW), donde Keitel, Von Brauchitsch y otros generales, además de sumarse a la campaña de adoctrinamiento ideológico antijudío para todo el frente, anulaban toda interferencia con el trabajo de las SS y les aseguraban toda la logística necesaria para que los grupos de tareas pudieran operar sin pausa sobre el terreno.

Fue así como, una vez superados todos los posibles obstáculos materiales y psicológicos que podían barruntarse, "[e]n las cinco *semanas* de la invasión germana a Rusia iniciada el 22 de junio, el número de judíos asesinados excedió el total del número de asesinados en los ocho *años* del régimen" (Gilbert, 1987: 175), lo cual habla a las claras del salto hacia adelante que significó la invasión a la Unión Soviética –aun considerando tan sólo esta primera e incipiente etapa– respecto de la política antijudía que venía desarrollándose desde que los nazis llegaran al poder.

En definitiva, Himmler dejó atrás sus titubeos iniciales y se convenció rápidamente de que a partir de entonces se abría un horizonte vastísimo en cuanto a la factibilidad de ejecutar una política de *limpieza* de supuestos *enemigos raciales y políticos* como nunca antes se había visto, para lo cual la invocación a la *lucha antiguerrillera* fue, como sostiene Burleigh, "una tapadera oportuna y un pretexto útil" (2008: 913) intensamente empleado en aquellas primeras semanas.

En palabras de Hilberg, "[a] mediados de 1941 se había alcanzado la línea divisoria a partir de la cual se extendía un campo de acciones inauditas, no constreñidas por los límites del pasado" (2005: 440). Y en el mismo sentido Gilbert afirma que "[l]a invasión a Rusia le proveyó a los alemanes de una oportunidad que hasta ese momento no se les había dado: una región remota, la cobertura de un ejército avanzando, vastas distancias, colaboradores locales y un deseo intenso de destrucción" (1987: 175).

Ahora bien, como consecuencia de esta política inicial de asesinatos selectivos, en la estela de la marcha de los *Einsatzgruppen*, ancianos, mujeres y niños judíos de las comunidades afectadas quedaron a merced de la población local y de las flamantes autoridades administrativas y del ejército, que protestaban sonoramente ante los responsables SS locales porque no había directivas ni se sabía qué hacer con aquellos restos de las comunidades judías que ingresaban rápidamente en una situación desesperante, pues en su gran mayoría no tenían cómo mantenerse ahora que los jefes de familia habían

desaparecido.

En el siguiente apartado veremos cuál fue la suerte que los nazis le tenían reservada a esa población inerme. [93]

Generalización de las matanzas

Gestación del cambio

Ya dijimos que Himmler y Heydrich eran plenamente conscientes de que la ampliación de las matanzas masivas y sistemáticas en el este (para alcanzar, además de a los hombres, también a las mujeres, los ancianos y los niños) era difícilmente justificable y racionalizable mediante el ya de por sí endeble discurso del judío inclinado irremediablemente al *extremismo*, al *sabotaje* o a la *subversión* contra los invasores en la vasta retaguardia del frente oriental, ficción empleada una y otra vez en informes y demás documentos oficiales. Como sostiene Hilberg (2005: 359), la importancia de estas racionalizaciones es clara, porque las unidades que debían llevar a cabo las ejecuciones no tenían que justificarse ante Heydrich sino sólo ante sí mismas.

Esta consigna panfletaria apenas alcanzaba para legitimar el asesinato de los varones judíos en edad activa; incluso sobre este punto hubo dudas al principio, dudas que, como vimos, fueron rápidamente despejadas. Superado este primer desafío, los líderes SS estaban decididos a avanzar hacia el nuevo objetivo: que todos esos territorios quedasen *Judenfrei* (libre de judíos) lo más pronto y eficazmente posible. Se buscaba esta meta, en primer lugar, por tratarse de una solución funcional a la lógica de limpieza racial y de preparación del *Lebensraum* (espacio vital para multiplicar al pueblo ario), misiones que correspondían al Reichsführer conforme sus competencias como "comisario étnico".

En efecto, la convergencia de políticas (por un lado, matanzas por razones ideológicas; por otro, matanzas motivadas en la liberación definitiva de espacios territoriales con fines de reemplazo poblacional) fue un factor que apuntaló el rápido pasaje de matanzas sólo de hombres al exterminio de comunidades enteras en los territorios orientales (Friëdlander, 2007: 233).

Hacia fines de julio de 1941, Himmler llegó a la conclusión de que la depuración racial en el este debía ponerse en práctica sin más dilaciones y no tras el final de la guerra, como estaba previsto. Los

primeros en desaparecer de regiones enteras serían los judíos, ya fuese por ejecuciones masivas o mediante la reclusión en guetos para aprovecharlos como mano de obra esclava. Esto respondía, en los ambiciosos planes de Himmler, a un programa que iba mucho más allá de los judíos, consistente en expulsiones y reasentamientos masivos, plan que llevaría muchos años y que en teoría habría de cobrarse las vidas de unos treinta millones de personas consideradas superfluas: "[l]as matanzas de judíos a las que tanto tiempo dedicó durante esas semanas eran para Himmler parte íntegra de una política de reordenación étnica que respondía a un planteamiento mucho más amplio" (Longerich, 2009: 495).

Pero las razones vinculadas con el *Lebensraum* no eran las únicas que motivaban las nuevas directivas; estas eran también una respuesta contundente a las quejas y los planteos permanentes de dirigentes locales y de jefes militares acerca de qué hacer con las poblaciones judías remanentes abandonadas a su suerte (Friedländer, 2007: 207). Así, en esta etapa de la evolución de los acontecimientos en la retaguardia del frente oriental, a mediados de julio de 1941, la cuestión –tanto para Himmler y Heydrich como para los HSSPF desplegados en el este– ya no era por qué los judíos debían ser asesinados sino más bien –como sostiene Matthäus– por qué *no* deberían ser ejecutados (Browning, 2005: 297).

Es que a los ojos de las SS y de los otros organismos implicados, incluyendo a muchos de los altos jefes militares y autoridades administrativas desplegados en aquellos territorios, los contingentes de judíos remanentes, en su mayoría "improductivos" (mujeres, niños y ancianos), eran vistos –según los términos burocráticos empleados en memorandos y cables– no sólo como "*bocas inservibles*" que se hallaban en una "*situación intolerable*" o "*desechos*" que debían ser "*eliminados*", sino también como una "*amenaza a la seguridad*". Entonces, para avanzar hacia su total aniquilación, necesitaban un nuevo discurso que justificara lo injustificable. Pero ¿cuál?

El punto de partida para la construcción discursiva de un pretexto mínimamente digerible, inesperadamente, provino de Moscú. Y llegó en el momento indicado: justo cuando en Berlín, tras los primeros informes de los grupos de tareas sobre las matanzas iniciales, comenzó a surgir el impulso de ampliarlas para alcanzar a todos los judíos soviéticos sin excepción.

En efecto, el 3 de julio de 1941, Josef Stalin reapareció en público luego del golpe que le había asestado la traicionera ofensiva alemana y, entre otras indicaciones, arengó a los soldados del Ejército Rojo a realizar una "guerra partisana" detrás de las líneas alemanas, donde debían crear condiciones insoportables para el enemigo, a quien habría que hostigar a cada paso. Esta guerra, seguía Stalin, no era una

vulgar contienda entre dos ejércitos: era la guerra de todo el pueblo soviético contra la agresión fascista. A este discurso, que tuvo difusión mundial e inmediatamente fue analizado en muchos despachos de Berlín, le siguió la constitución, el 10 de julio, en Moscú, del Estado Mayor del Movimiento Central Partisano, que también tuvo amplia repercusión.

La primera señal trascendente que indicó la reacción de Hitler frente a la provocación de Stalin con su llamamiento a la guerra partisana total contra Alemania se hizo presente en esos días cuando el máximo líder nazi, de acuerdo con lo que Goebbels asentó en su diario personal, le ordenó incrementar la propaganda antibolchevique: "*En pocos días* –anotó el ministro de Propaganda del Reich– *comenzará la campaña antisemita*".[94]

Contamos con sobrados ejemplos del cumplimiento de esta orden: en ese mismo mes de julio de 1941, el jefe del Departamento Moral del Ejército, general Eugen Müller, envió a los comandantes de Retaguardia de los frentes del norte, del centro y del sur –donde operaban los grupos de tareas– un mensaje en el que advertía que "*los portadores del sistema judeobolchevique*" estaban ahora empezando "*una guerra total de partisanos en la retaguardia alemana*" (Hilberg, 2005: 326).

Unos días después de la anotación de Goebbels, el 16 de julio, tuvo lugar una reunión de altos dirigentes nazis en el cuartel general de Hitler, en la que participaron Hermann Göring, Martin Bormann, Hans Heinrich Lammers y Alfred Rosenberg, y durante la cual Hitler decidió nombrar a este último ministro del Reich para los territorios ocupados del este, aunque se reafirmó la autoridad de Himmler –en tanto líder de las SS– como responsable por la "seguridad interna" de esas áreas.

En el marco de la reunión, Hitler tomó la palabra y sentó las bases de lo que sería la política alemana en la Unión Soviética ocupada: "*Básicamente tenemos que dividir esta enorme torta correctamente, a fin de regularla primero, administrarla después y, por fin, explotarla*". En ese sentido, el dictador nazi aludió al llamamiento de Stalin del 3 de julio para comenzar una guerra partisana detrás de las líneas enemigas: "*Esta guerra partisana nos da una ventaja pues nos permite destruir todo a nuestro paso […] en esta área tan vasta, la paz debe ser impuesta lo más rápido posible, y para lograrlo es necesario ejecutar incluso a quien nos mire de reojo*" (en Friedländer, 2007: 200).

Según Friedländer, probablemente como consecuencia del énfasis de Hitler en las posibilidades que ahora ofrecían las operaciones antipartisanas, Himmler había decidido pasar de las matanzas selectivas al exterminio en masa sin excepciones: "Todos los judíos podían no ser partisanos a los ojos de los alemanes, pero ¿por qué no asumir que ellos bien podrían ofrecer asistencia a los partisanos si

pudieran?" (Friedländer, 2007: 208). En el mismo sentido se pronuncia Kershaw, para quien "[l]os comentarios de ese período sobre los judíos del propio Hitler habrían convencido sin duda a Himmler" de *trabajar en la dirección del Führer* y ordenar la ampliación de las matanzas (2002: 462).

Ahora bien, una vez tomada la decisión de generalizar las ejecuciones de judíos, el líder SS no sólo tenía que resolver la cuestión del déficit de un discurso que justificara la aniquilación de ancianos, mujeres y niños, sino que ahora enfrentaba además otros tres problemas de índole práctica:

- cómo transmitir semejante mensaje;
- la insuficiencia de hombres desplegados; y
- la posible reticencia y el deterioro psicológico que habría de producirse entre los ejecutores directos de las nuevas víctimas que tenía en miras.

En busca de un discurso justificante

La directiva era clara y concreta; había que aniquilar a todos los judíos sin excepción: hombres, mujeres y niños. Todas las comunidades judías, viviesen en pequeñas aldeas, en pueblos o en grandes ciudades, debían ser arrasadas. A medida que el frente de batalla avanzaba, ningún judío debía quedar en la retaguardia.

Frente a semejante orden, el primer y más antiguo problema, el del discurso racionalizador, era imposible de superar. No existe ni existirá tal discurso. Aun en tiempos de guerra, era moral y jurídicamente indigerible. Contrariaba el más básico y elemental sentido de la condición humana. Es que, como bien enfatiza Mätthaus, "no era concebible otro paso más allá en la escalada del proceso de destrucción" de un colectivo humano como el que ahora había decidido el líder de las SS Heinrich Himmler (Browning, 2005: 297).

Lo mejor que podía hacerse era fabricar un montaje, una parodia, y repetirla hasta el cansancio con la expectativa de que, en virtud del inmenso poder que detentaba quien impartía la orden, sumado al férreo entrenamiento en la obediencia ciega de los subordinados, surtiera el efecto esperado. Hacia fines de julio y comienzos de agosto Himmler presentó el argumento ante su círculo íntimo y luego lo transmitió por la cadena de mandos a través de los tres HSSPF –responsables SS y de la policía– y de los cuatro líderes de los

Einsatzgruppen.

Como podía preverse, el argumento era pueril y ostensiblemente falso: en el contexto de la guerra total en el este, tanto en el frente como también en la retaguardia, los padres y esposos judíos estaban siendo asesinados por las SS; por lo tanto, sus mujeres y sus hijos podrían convertirse de allí en más, en cualquier momento e incluso en las décadas venideras, en vengadores de sus seres queridos muertos; para anticipar semejante escenario, había que matarlos a todos. Según Himmler, "[l]a supuesta amenaza ya no eran los judíos varones adultos (muchos de los cuales habían muerto), sino más bien las mujeres y los niños, que podían engendrar vengadores o tomar venganza ellos mismos cuando crecieran" (Burleigh, 2008: 990).

Como muchos otros clichés y falacias del imaginario nacionalsocialista, Himmler no se cansaría de repetir ante distintos públicos e interlocutores, durante los siguientes años, esta pretendida justificación; así lo hizo en el famoso discurso pronunciado en Posen el 6 de octubre de 1943, cuyo original se conserva en el Centro de Documentación de Yad Vashem: *"Decidí encontrar, también en este punto, una solución absolutamente clara. Y es que no me sentí con derecho de extirpar a los hombres […] y dejar crecer a los menores para que se vengaran de nuestros hijos y nietos"*. Así también en la arenga del 24 de mayo de 1944 ante los altos mandos militares: *"No me sentí con derecho –a las mujeres y los niños judíos me refiero– de dejar crecer a los menores y permitir que se convirtieran en vengadores que matasen a nuestros padres y a nuestros nietos. Me hubiera parecido cobarde. Por consiguiente, la cuestión se resolvió sin medias tintas"* (Longerich, 2009: 498).

Transmisión de la orden

Una vez asumido el discurso legitimador destinado a fundamentar una orden de semejantes características e implicancias, se pasó lógicamente a la siguiente cuestión, relacionada con la forma en que esta debía expresarse a los subalternos. En este sentido, el astuto jefe de las SS intuyó que esta orden y su correspondiente justificación, de ser transmitidas por las vías ordinarias, corrían el peligro de no ser "suficientemente comprendidas". Se trataba de un asunto que no admitía delegación, ni había margen para errores ni filtraciones.

Tampoco cabía confiar en que la orden se cumpliría sin más, basándose simplemente en el antisemitismo tradicional que se respiraba en Alemania, y ni siquiera a partir del intenso adoctrinamiento antijudío al que habían sido sometidos todos, pero

especialmente las unidades SS, del ejército y la policía desde que Hitler llegara al poder, exacerbado al máximo en los últimos meses. La RSHA ya contaba con un panorama bastante claro de las dificultades que hasta ese entonces se habían presentado en las unidades móviles, cuando aún sólo estaban fusilando a varones adultos.

Desde la cúpula del aparato de poder, se advertía lo delicado de la cuestión. Como subraya Hilberg, las justificaciones psicológicas formaban parte esencial de las operaciones de exterminio: "Si no se podía justificar una acción propuesta, esta no se llevaba a cabo" (2005: 361). Fue por ello que, a partir de fines de julio, Himmler tomó la iniciativa y decidió viajar al frente, no *una* sino *varias* veces durante los siguientes dos meses. Combinaría estos desplazamientos con convocatorias a altos jefes SS responsables de los fusilamientos, para que fueran en persona a su despacho a rendirle cuentas y a recibir instrucciones directas.

Podemos vislumbrar el impacto que generó que el Reichsführer SS abandonara sus múltiples y complejos asuntos (en Berlín y en Rastenburgo, donde estaba la sede de su cuartel general) y se trasladara al este, a la retaguardia del frente oriental, para hacerse presente, por ejemplo, en la precaria sede del estado mayor de un grupo de tareas a cargo de oficiales y jefes de graduación intermedia e impartirles órdenes directas, acompañadas de un discurso legitimador, y reclamar el estricto cumplimiento de las nuevas directivas.

Así, según noticias y registros documentales, ya el 21 de julio de 1941 Himmler visitó Lvov, en Polonia oriental (hoy Ucrania), para entrevistarse con el responsable de los batallones de reserva policial (que dependían de las SS) allí desplegados, coronel Besser. Según un testimonio recogido en la posguerra, Himmler le hizo saber que "*se había decidido la destrucción de los judíos*" en Rusia y que había que "*actuar en consecuencia*". Unos días después, elementos bajo el mando de Besser incorporaron a las matanzas a mujeres y niños durante una acción en Shepetovka acaecida en la última semana de julio (Browning, 2005: 311; Husson, 2007: 24).

En los días siguientes, Himmler se entrevistó de un modo más sistemático con los máximos responsables SS en los distintos territorios conquistados, comenzando por el norte y terminando en el extremo sur del frente oriental. En primer lugar, recorrió las sedes del estado mayor de los *Einsatzgruppen* y otras unidades SS encargadas de las tareas de exterminio en la zona del mar Báltico, y a todos les transmitió las nuevas y terribles instrucciones –sin privarse de dar en ningún caso discursos y arengas justificantes– para que a su vez las transmitieran por la cadena de mandos (Browning, 2002: 43). En el mismo sentido, Kershaw afirma que "[s]ólo después de que en agosto de 1941 Himmler aclarara cuáles eran las tareas del *Einsatzgruppen*, se

produjo una drástica extensión de la matanza de todos los judíos, independientemente de su edad o su sexo" (2009: 126).

El máximo líder SS cerró esta serie de visitas con la efectuada en el extremo sur del frente a comienzos de octubre, cuando se apersonó en la sede del *Einsatzgruppe* D dejando tras de sí, como en todos los otros lugares en los que había estado, una estela de brutalidad e inhumanidad inimaginables. Como veremos más adelante, lo hizo precisamente en el momento en que este grupo de tareas, a cargo del doctor Ohlendorf, debía comenzar a extender las matanzas a todos los judíos sin excepción, etapa inaugurada con la amplia y brutal aniquilación de las juderías de Nikoláiev y Kherson en la región del mar Negro, sobre las que volveremos oportunamente.

Este intenso trajinar de Himmler por el extenso frente oriental durante poco más de dos meses llamó la atención de su biógrafo Peter Longerich, quien, pese a que su trabajo no está centrado en la Solución Final, puso de relieve que

> [s]i observamos su actividad viajera realmente vertiginosa de esos meses –finales de julio a finales de septiembre/principios de octubre–, vemos que [Himmler] hizo cuanto pudo para convertir las ejecuciones masivas de judíos en la Unión Soviética –con las que sus unidades asesinas habían comenzado bajo el pretexto de la "seguridad policial"– en un genocidio de cobertura territorial: en todas las zonas de operación de sus unidades, el impulso determinante de pasar a la matanza sistemática de la población civil judía partió de él (2009: 498).

En efecto, siguiendo su rastro, se advierte que:

- El 29 de julio de 1941 llegó a Kaunas (Kovno), capital de Lituania, y se reunió con Heinrich Lohse, comisario del Reich en el Báltico (*Ostland*), un funcionario designado para la región por Alfred Rosenberg.
- El 31 de julio viajó a Riga, capital de Letonia, y se entrevistó con la máxima autoridad SS en la zona norte, el HSSPF Hans Prützmann.
- Ese mismo día voló a Baranowicze, en Bielorrusia, donde hizo lo propio con el HSSPF de la zona del centro, Erich Von dem Bach-Zelewski.
- Al día siguiente, 1º de agosto, volvió a reunirse en Riga con Lohse y con el HSSPF Hans Prützmann, quien durante

los días sucesivos transmitió las órdenes al comandante del *Einsatzgruppe* A, Stahlecker (Longerich, 2009: 492; Browning, 2005: 310). En consonancia con esas órdenes, a partir de mediados de agosto el *Einsatzkommando* 3 de Karl Jäger, que operaba en Lituania, pasó a fusilar indiscriminadamente a varones, mujeres y niños, según muestran los detallados informes que se conservan hasta hoy. También el *Einsatzkommando* 2, activo en Letonia, comenzó en agosto a matar a tiros a mujeres y menores; ambos formaban parte del *Einsatzgruppe* A de Stahlecker, que en septiembre asesinaría a unas dieciocho mil personas (Longerich, 2009: 491).

- El 2 de agosto, Himmler le impartió una "orden explícita" al responsable militar SS en Pinsk, Bielorrusia (la Brigada de Caballería al mando de Hermann Fegelein), para iniciar el barrido de judíos de los pantanos del Pripet: *"todos los judíos de catorce o más años que sean encontrados serán fusilados; mujeres y niños serán llevados a los pantanos [para ser ahogados]. Los judíos son la fuerza de reserva de los partisanos, ellos los apoyan"*. Mujeres y niños, tras algunos rodeos, fueron finalmente asesinados. Es obvio que las distinciones entre hombres, mujeres y niños estaban destinadas a desaparecer rápidamente.
- El 12 de agosto, tras regresar a su cuartel general en Rastenburgo y disconforme con el pobre desempeño que había mostrado hasta entonces Jeckeln, el HSSPF en el sur de Rusia, Himmler lo convocó para hacérselo saber. Después de esa reunión, Jeckeln incrementaría considerablemente la tasa de asesinatos en la región que tenía asignada (Browning, 2005: 312; Longerich, 2009: 493). El efecto inmediato que causó este encuentro fue referido por Erwin Schulz, del *Einsatzkommando* C-5, que operaba en Bielorrusia:

Después de permanecer dos semanas en Berdichev, se les ordenó a los jefes del comando que se trasladaran a Zhitomir, donde se encontraba acuartelado el estado mayor del doctor Rasch [Einsatzgruppe C]. El doctor Rasch nos informó que el Obergruppenführer Jeckeln había estado allí, y que les había dicho que el Reichsführer SS nos había ordenado tomar estrictas medidas contra los judíos […]. También tendrían que ser asesinadas las mujeres y los niños, para no dejar vivo a ningún futuro vengador.

- El 15 de agosto, Himmler realizó otro viaje al este, esta vez a Minsk, la capital de Bielorrusia, donde fue recibido por el jefe del *Einsatzgruppe* B, Arthur Nebe, y otras autoridades SS que actuaban tras el grupo de ejércitos del centro. Allí asistió a una secuencia de fusilamientos y dio un discurso en el que arengaba a sus subordinados a asumir la dura tarea encomendada.
- En el mismo sentido testificaría luego de la guerra Gustav Nosske, jefe del *Einsatzkommando* 12 incorporado al *Einsatzguppe* D, quien señaló que alrededor de dos meses después del inicio de la campaña, es decir, a mediados de agosto, su jefe Otto Ohlendorf (*Einsatzgruppe* D) y también el doctor Rasch (*Einsatzgruppe* C) le dieron la orden de extender el exterminio también a mujeres y niños bajo el pretexto de eliminar a adversarios potenciales del futuro (Burrin, 1990: 134).

El paso de las matanzas selectivas a las generalizadas fue gradual y escalonado, dado que del 1º al 5 de agosto se registraron varias del primer tipo, casi siempre de hombres, en Kishinev (ex Rumania), Czernowitz (Ucrania), Mitau (Letonia), Panevezys, Rasainiai y Ukmerge (Lituania), y en algunos casos, como en Stanislawow (Polonia oriental), todavía apuntaban a aniquilar sólo a la *intelligentsia* local. Se computaron en total unos siete mil ochocientos judíos masacrados, "sin contar varias docenas de episodios igualmente terribles acaecidos por todas partes en el este durante esos mismos cinco días" (Gilbert, 1987: 178).

Así, "[s]iguiendo instrucciones verbales transmitidas durante el mes de agosto a lo largo de toda la línea de mando por Himmler" (Kershaw, 2002: 461), se pasó en forma creciente a incluir en las matanzas a las mujeres y los niños. "La intensa escalada que se produjo desde mediados de agosto en adelante indica claramente que no se había emitido antes de que se iniciase Barbarroja ningún mandato general de exterminar a la totalidad de los judíos soviéticos" (Kershaw, 2002: 461). En el mismo sentido se expresa Rhodes: "Este argumento de la 'venganza' se comunicó a los oficiales de los *Einsatzgruppen* directamente responsables de las ejecuciones masivas, así como a sus colegas de la Policía del Orden" (2005: 184). Finalmente, según Rees: "A mediados de agosto [de 1941] todos los comandantes de los pelotones de exterminio conocían el nuevo alcance de su misión" (2005: 90).

El círculo se completó a comienzos de octubre; ya para ese entonces todas las unidades asesinas en el este operaban de un modo homogéneo, cumpliendo cabalmente con los designios de Himmler. De

este modo, los dos primeros problemas a superar, el del discurso legitimador y el de cómo transmitirlo, podían considerarse superados.

Incremento de los efectivos

Todavía quedaba el inconveniente del déficit de personal para la ampliación de las matanzas. Un mes después del inicio de Barbarroja, el 23 de julio de 1941, Himmler destinó al menos once batallones de la Policía del Orden (la unidad a cargo de Kurt Daluege y que integraba la RSHA), unos cinco mil quinientos hombres, a los HSSPF para Rusia norte, centro y sur.

Este sustancial incremento, que casi triplicaba al personal original destacado para estas misiones, no sería el último sino el primero de una serie de sucesivos refuerzos, de unidades SS y demás elementos que nutrirían estos batallones, tanto durante los siguientes meses de 1941 como durante 1942.

Y no es que –como acontecía en el frente de combate– las bajas entre muertos y heridos obligaran a reponer a los efectivos perdidos: en este sentido, lo que caracterizó la actuación de las unidades móviles de exterminio fue que el registro de bajas durante las operaciones, pese a los cientos de miles de asesinados, resultó insignificante.

Ello permite concluir que las razones del rápido incremento del número de integrantes de estas unidades respondía a un solo motivo, la ampliación de los objetivos encomendados: "Los 3000 hombres encargados de esta tarea hasta ese entonces eran incapaces de ejecutar un programa genocida de esa envergadura" (Kershaw, 2002: 461). Por eso, sostiene Rees, a fines de julio Himmler "[r]eforzó los *Einsatzgruppen* con unidades de caballería de las SS y batallones policiales […]. Tan formidable incremento de mano de obra estuvo motivado por un hecho concreto: la política de aniquilamiento en Oriente acabó por hacerse extensiva a las mujeres y los niños judíos" (2005: 91).

Solucionado entonces este problema, quedaba una última cuestión: paliar el deterioro psicológico y la aversión que muchos de los ejecutores directos manifestaron desde el inicio de las operaciones (Browning, 2002: 118-119; Klee, Dressen y Riess, 1993: 60-61) y que podría potenciarse aún más a partir de ahora.

En respuesta a ello, ya se contaba con numerosos informes acerca del reclutamiento informal de voluntarios autóctonos (policías locales, miembros de partidos fascistas o anticomunistas, activistas antisemitas, etcétera), de quienes se resaltaba el entusiasmo y el apego a las órdenes con tal de "colaborar" en las matanzas. Ante este nuevo horizonte, el 25 de julio de 1941, dos días después del reforzamiento del personal propio despachado al este, Himmler ordenó la rápida

formación de unidades de policía auxiliar: "*entre los elementos no comunistas fiables de ucranianos, estonios, letones, lituanos y bielorrusos*".

Este fue otro punto de partida que llevó a una expansión impresionante, esta vez de unidades auxiliares reclutadas principalmente entre el porcentaje no despreciable de las poblaciones locales nacionalistas con marcada inclinación antisemita. A fin de año estos batallones auxiliares contarían con treinta y tres mil hombres.

Ambas medidas –tomadas por Himmler el 23 y el 25 de julio de 1941– testimonian la expansión del programa de asesinatos masivos de esta segunda etapa de actuación en el frente oriental.

Ampliación de los fusilamientos

Liberados entonces los grupos de tareas y demás unidades de exterminio en el este de toda restricción en cuanto a la liquidación de las comunidades judías, y reforzados en número, al contar especialmente con auxiliares locales dedicados a las tareas más macabras, a partir de agosto el baño de sangre por fusilamientos alcanzaría una escala nunca antes vista.

En Vilna había tenido lugar durante todo julio una serie de matanzas masivas que afectaron en su gran mayoría a judíos varones adultos. Con las nuevas directivas impartidas por Himmler, las mujeres y los niños fueron incluidos a partir de agosto en las matanzas, que se extendieron de modo incesante hasta diciembre de 1941. Hacia el fin de las acciones, treinta y tres mil judíos de Vilna habían sido asesinados, en su mayoría en los bosques de Ponar.

Un tal Sakowicz, periodista polaco que vivía cerca del lugar de las matanzas, escribía el 3 de agosto de 1941 en su diario: "*Este tipo de ejecuciones eran ahora un acontecimiento diario a lo largo de toda la Rusia ocupada. No había ciudad, pueblo o aldea que escapara a la búsqueda de judíos para sacarlos de sus casas, desvestirlos, llevarlos con armas y fustas a las fosas, y fusilarlos*" (Gilbert, 1987: 178).

El 5 de agosto de 1941, los batallones de policía 309 y 316, con base en Bialystok, se dirigieron al pueblo de Tykozin. Ese día asesinaron a toda su población judía, unos dos mil hombres, mujeres y niños, en el bosque de Lupojowa (Rhodes, 2005: 196). Aún hoy pueden verse en el lugar los restos edilicios de la vida cultural y religiosa judía existente durante siglos en Tykozin, entre ellos una magnífica sinagoga donde funciona un museo. También, en las afueras del pueblo, están demarcadas las dos fosas comunes donde yacen las víctimas, en medio de un bosque silencioso y espeso.[95]

Resulta muy claro también el cambio en las acciones emprendidas al

analizarse el desempeño del EK 3 (a cargo del coronel Jäger) del *Einsatzgruppe* A, del cual quedaron documentadas, con una pasmosa minuciosidad, las víctimas diarias. A partir del 15 de agosto de 1941, esta unidad, destacada en Lituania, comenzó a detallar las matanzas de los niños en sus informes sobre los fusilamientos (Gilbert, 1987: 183 y ss.). Así, el 15 y 16 de agosto, en la localidad de Rokiskis, Lituania, se asentó la aniquilación de "*3200 judíos, judías y niños*".

Resulta muy ilustrativo detenernos en la siguiente masacre, perpetrada el 23 de agosto de 1941 en Panevezys, la quinta ciudad en importancia de Lituania, con unos cien mil habitantes. La secuencia de hechos que condujo a esa masacre permite ver claramente cómo las unidades de exterminio pasaron de liquidar judíos junto con otros elementos presuntamente peligrosos a exterminar solamente a los judíos: el 28 de julio, Jäger ya había estado allí y fusilado a los primeros "*234 hombres judíos y 15 mujeres judías*", además de unos "*40 comunistas rusos y lituanos*"; regresó el 4 de agosto para proceder al fusilamiento de "*362 varones y 41 mujeres judías*" y "*19 comunistas*"; y nuevamente el EK A-3 de Jäger operó allí el 11 de agosto para aniquilar a otros "*450 hombres y 48 mujeres judíos*". Finalmente, el 23 de agosto, en cumplimiento de la nueva política ordenada por Himmler, se liquidó a toda la comunidad restante: "*1312 judíos, 4602 judías y 1609 niños judíos, con un total de 7523 personas fusiladas*". Todo ello, según el informe elevado por el propio Jäger a su superior Stahlecker y remitido a la RSHA en Berlín.

Rusos y lituanos pronto desaparecieron de los informes. Para esta época, a medida que los *Einsatzkommando* avanzaban, varios cientos de comunidades judías, la mayoría de ellas en villas y pequeños pueblos, fueron completamente destruidas: "El objetivo ahora eran todas las comunidades judías. Las masacres se convirtieron en un genocidio" (Dwork y Van Pelt, 2004: 420).

El 27 de agosto –tras el duro reproche de Himmler al HSSPF del frente sur, Jeckeln– se produjo la primera matanza de cinco cifras de las SS. En tres días, la primera Brigada de Infantería SS fusiló en Kámenets-Podolski, al sudoeste de Ucrania, a 23 600 judíos, entre húngaros expulsados y judíos locales. El total de fusilados por Jeckeln en agosto fue de 44 125, casi todos judíos (Hilberg, 2005: 322).

Al día siguiente, en el norte, el *Einsatzkommando* A-3 (Jäger) regresó a la localidad de Kedainai, Lituania. Por allí había pasado el 23 de julio, y fusilado a "*83 judíos, 12 judías, 14 rusos comunistas, 15 lituanos comunistas y 1 ruso*". Volvió para liquidar a toda la comunidad judía restante, unos dos mil judíos: "*710 hombres, 767 mujeres y 599 niños*" (Gilbert, 1987: 184-185).

Según relata Gilbert, ese mismo 28 de agosto, en el pueblo de Kelmé, en Lituania, al noroeste de Kaunas, donde los judíos fueron obligados

a cavar las fosas en las que serían fusilados, el rabino local Rabbi Daniel le pidió permiso al comandante alemán para dirigirse a su congregación. El permiso fue concedido, con la condición de que fuera breve. El rabino habló suave y pausadamente, recordándole a su congregación el significado del precepto religioso judío del *Kiddush Hashem*, en hebreo "la santificación del nombre de Dios", término usado en la tradición judía para nombrar el martirio. En un momento dado, el oficial alemán interrumpió el discurso. El tiempo se había acabado. Entonces Rabbi Daniel exclamó: "*¡Hermanos judíos! El momento ha llegado de colmar el precepto de la santificación del Nombre, del que les hablé. Les pido una sola cosa: no entremos en pánico, aceptemos nuestro destino de buena voluntad y amorosamente*" (Gilbert, 1987: 184-185).

Las unidades asesinas también regresarían al primer pueblo que había sufrido la matanza selectiva de judíos, Garsden, al que nos referimos en el apartado anterior. A mediados de septiembre, se despachó un *Kommando* para fusilar a todos los sobrevivientes: aquellos trescientos ancianos, mujeres y niños que habían sido dispersados en los bosques circundantes (Friedländer, 2007: 219).

Es que durante septiembre y octubre, de conformidad con la nueva consigna irradiada personalmente por Himmler, las matanzas no sólo continuaron sino que aumentaron.

El 22 de septiembre de 1941 comenzó el año nuevo judío, con diez días sagrados, que según Gilbert vieron un incremento en la intensidad de las matanzas como en ningún otro período de diez días desde el inicio de la guerra. En Vinnitsa, veintiocho mil judíos fueron asesinados ese día. Al siguiente, en Minsk (Bielorrusia), el *Einsatzgruppe* B fusiló a veinticinco mil judíos. Y un día después, en Wolkowysk, Bielorrusia, dos mil mujeres y niños fueron retirados del gueto y fusilados, entre otros cruentos episodios.

Al 25 de septiembre de 1941, el EK A-3 (Stahlecker-Jäger) llevaba ya fusilados setenta y cinco mil judíos en Lituania. Entre otros eufemismos, en el informe se alegaba que las víctimas habían sido responsables de desplegar "*actividad propagandística*".

El 29 de septiembre, el EK C-4-a (Rasch-Blobel) entró a Kiev, la capital de Ucrania. En dos días, con el apoyo de milicianos ucranianos, masacraron a 33 771 judíos en la colina de Babi Yar, en supuesta represalia por una serie de atentados con explosivos que los rusos habían dejado colocados durante su retirada de la ciudad y en los que murieron unos cuantos cientos de alemanes.

Simultáneamente, el *Einsatzgruppe* D (Ohlendorf), que actuaba más al sur, llevó adelante una matanza aún más grande que la de Babi Yar: 35 782 "judíos y comunistas" fueron fusilados en los puertos del mar Negro de Nikoláyev y Kherson, cerca de Odessa. Para Matthäus, se

trató del "punto de quiebre desde las matanzas masivas hacia el genocidio" en el sector extremo meridional del frente (Browning, 2005: 249).

Esta última matanza, una de las mayores en la historia de los fusilamientos en el este, contó nuevamente con la instigación directa del máximo responsable SS: Heinrich Himmler. Enterado de la liquidación del gueto de Nikoláyev merced al asesinato de cinco mil hombres, mujeres y niños, Himmler decidió apersonarse en la ciudad, donde estaba la sede del *Einsatzgruppe* D. Desde allí se dirigió a Kherson. Según relata Longerich, ante los jefes y oficiales del grupo de tareas Himmler pronunció una vez más "una alocución […] calificando los fusilamientos masivos como una tarea dura pero necesaria", en la misma línea de sus previas visitas a otras unidades móviles de exterminio.

Días después, el EK D-11-a fusiló a todos los habitantes judíos de Kherson. Con esas matanzas, el *Einsatzgruppe* D "pasó definitivamente a asesinar de forma generalizada a la población civil judía de su área. Es obvio que la visita de Himmler tuvo que ver con esa radicalización" (Longerich, 2009: 491).

Se redobla la campaña de propaganda antijudía

De modo concomitante al desarrollo de estas masacres –ahora con dotaciones y objetivos ampliados–, entre agosto y diciembre de 1941 tampoco hubo respiro en el incesante adoctrinamiento ideológico tendiente a justificar y racionalizar las matanzas de comunidades enteras inermes que, como vimos, acompañaron en forma creciente la ofensiva en el este.

En lo atinente a los discursos que arreciaron por aquel entonces, se destacó la difusión por todo el frente, el 12 de septiembre de 1941, de un mensaje del jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas en el frente oriental, Keitel, en el marco de una directiva relacionada con "*los judíos en los territorios orientales recientemente ocupados*", en la que transmitía las pautas que le habían sido asignadas desde Berlín: "*la lucha contra el bolchevismo demanda medidas implacables y enérgicas, sobre todo contra los judíos, los principales transmisores del bolchevismo*".

Durante octubre, esta línea de incitación al odio racial y político contra los judíos fue seguida de una carta del mariscal de campo Von Reichenau –que Hitler calificó de "excelente"– en la que explicaba los peligros que suponía el sistema judeobolchevique para la cultura alemana y aseguraba que la contienda en el este no era una guerra ordinaria: "*Por consiguiente, el soldado debe tener pleno conocimiento de*

la necesidad de tomar contramedidas estrictas pero expiatorias contra la subhumanidad judía". Toland sostiene al respecto que "el mariscal de campo Von Reichenau, el primer general en abrazar la causa del nacionalsocialismo, cursó al Sexto Ejército la orden de que endureciese el tratamiento a los guerrilleros […]. Órdenes similares fueron dadas por Rundstedt, Manstein y otros altos mandos" (2009: 1024). El 11 de octubre, la "Orden Reichenau" llegó a los ejércitos del grupo norte: "*El objetivo más fundamental de nuestra guerra contra el judeobolchevismo es la completa destrucción y eliminación de la influencia asiática sobre la cultura europea […]. Todavía no se está tomando suficientemente en serio la tarea de combatir el enemigo […]. Alimentar a los nativos con víveres del ejército es un acto humanitario insensato*" (en Jones, 2009: 153); esto último era particularmente apropiado para lograr los objetivos genocidas que perseguía el cerco total a Leningrado, según ya vimos.

El propio Hitler pronunciará arengas similares para esta misma época (Friedländer; 2007: 286).

Un mes después, el mariscal Von Manstein siguió machacando sobre el punto al difundir en el orden del día del ejército en el frente oriental que:

> *La judería sirve de enlace entre el enemigo de retaguardia y los restos, todavía activos, del Ejército Rojo y de los dirigentes rojos. Con más fuerza todavía que en Europa, la judería domina todos los puntos clave de la dirección política y de la administración […] y forma la célula germinal de todos los desórdenes y subversiones políticas. El sistema judeobolchevique tiene que quedar exterminado de una vez para siempre. Nunca más tiene que poder introducirse en nuestro espacio vital europeo* (Poliakov y Wulf, 1960: 171).

Además, cabe deducir –como lo hace Lucy Dawidowicz (1990: 163) – que si así fue el adoctrinamiento antisemita a las tropas regulares, el impuesto a los *Einsatzgruppen* y similares debió haber sido aún más intenso.

Continúan las masacres

En cuanto a los fusilamientos, debemos retomar el relato tras haber descripto las acciones de agosto y septiembre, y considerar ahora las masacres perpetradas entre octubre y diciembre de 1941.

En el gueto de Kaunas (Kovno), en Lituania, erigido a mediados de agosto de ese año, se hacinaban unos veintiséis mil judíos. El 4 de octubre de 1941 se produjo allí una redada masiva, a resultas de la cual unos quince mil judíos sin permisos de trabajo fueron llevados a una antigua fortificación en las fronteras de la ciudad, el Fuerte IX, y fusilados en masa. En la misma *Aktion* se bloquearon los accesos al hospital del gueto, dentro del cual quedaron pacientes, médicos y enfermeras, y se lo prendió fuego (Gilbert, 1987: 208).

Tres días después, en Rowne (Rovno), Polonia (hoy Ucrania), más de diecisiete mil judíos fueron sacados de sus casas, conducidos a un bosque cerca de Sosenski y fusilados. Ese mismo día, el *Einsatzgruppe* A terminó la matanza de judíos en Dvinsk, Letonia. Sólo quedaron aquellos que contaban con permisos de trabajo.

Para ese entonces, principios de octubre, sólo el *Einsatzkommando* 6 del *Einsatzgruppe* C no había dado inicio todavía a la ejecución de mujeres y niños judíos. Al tanto de esto, Himmler visitó el 3 de octubre la unidad en la localidad de Krivói Rog. A partir de entonces, los integrantes de ese comando fusilaron sin excepción a todos los judíos de esa ciudad, que, según el parte del 20 de octubre, quedó finalmente *Judenfrei* (Longerich, 2009: 493).

El 12 de octubre de 1941, el responsable SS en el sur de la Galitzia polaca recibió la autorización para "actuar a discreción" por parte de su jefe, el líder SS Katzmann. Unos once mil judíos fueron fusilados ese mismo día (Friedländer, 2007: 282). Al día siguiente, uno de los grupos de tareas SS al mando de Jeckeln fusiló a quince mil judíos en Dniepropetrovsk.

Días después, el 22 de octubre, en Odessa, Ucrania, tras un atentado al Estado Mayor Rumano en el que murieron cuarenta y un personas –entre ellas un general de división–, que se sumaron a la pérdida de diecinueve mil hombres en los combates, el dictador rumano Antonescu, por entonces aliado de Hitler, ordenó la represalia. Ese día asesinaron a cinco mil personas, en su gran mayoría judíos. Y al día siguiente otros diecinueve mil judíos fueron fusilados, casi todos mujeres y niños (Dwork y Van Pelt, 2004: 413-414).

Los efectos de las deportaciones desde el Reich

A pesar de que al 15 de octubre de 1941 el *Einsatzgruppe* A (Stahlecker) contabilizó unos ciento veinticinco mil judíos ejecutados, las matanzas se intensificaron en el extremo septentrional del frente oriental: a fines de ese mes, unos diez mil judíos (alrededor de dos mil hombres, tres mil mujeres y cinco mil niños) fueron retirados del

gueto de Kaunas y fusilados (Gilbert, 1987: 223-227).

Este fusilamiento masivo en Kaunas y otros ocurridos entre octubre y diciembre de 1941 en las ciudades de Minsk, Riga y Vilna tuvieron íntima relación con la orden de evacuación de los judíos provenientes del Reich, a quienes indefectiblemente había que hacer lugar en los guetos de acogida: "Claramente, las matanzas en masa de octubre y noviembre fueron efectuadas para hacer espacio a los nuevos arribos provenientes del Reich" (Friedländer, 2007: 267).

Es que una vez terminada, el 5 de octubre de 1941, la denominada *primera fase* de las deportaciones masivas al este –que trasladaron en veinte transportes a unos veinte mil judíos del Reich al gueto establecido en la ciudad de Lodz (cuya devastación abordaremos en el apartado siguiente)– de inmediato se dio paso a la *segunda fase* de deportaciones, que se iniciaron el 8 de octubre de 1941 y se extendieron hasta mediados de enero del año siguiente. Veintidós transportes, con unos veintidós mil judíos, fueron deportados a los guetos de Riga, Kaunas, Vilna y Minsk.

Como la derrota de los soviéticos no se precipitó tal como se esperaba, y por lo tanto fue imposible coordinar estos inminentes arribos con las expulsiones de los judíos locales "más al este", hacia Siberia y otros páramos, la solución de coyuntura fue trágicamente simple: había que intensificar los fusilamientos. Si se exterminaba a los judíos locales, los guetos de estas ciudades tendrían espacio para recibir a los nuevos deportados: judíos alemanes, austríacos y checos.

Así, el 7 de noviembre de 1941, en Minsk, capital de Bielorrusia, fueron exterminados unos doce mil judíos. Tres días después arribó el primer transporte proveniente de Hamburgo con mil judíos alemanes. Los seguirían, en los días siguientes y en formaciones provenientes de otras ciudades de Alemania, unos seis mil judíos más. Otros siete mil arribarían hasta el 20 de noviembre (Gilbert, 1987: 229).

Mientras tanto, tras ser informado en noviembre de 1941 de los fusilamientos en Riga, la capital de Letonia, Himmler los estimó insuficientes y le ordenó al HSSPF en Lituania, Jeckeln (a quien previamente trasladó del sur al norte), la aniquilación de los treinta mil judíos que quedaban con vida en el gueto de Riga.

La orden se cumpliría sin demoras, ya que el 7 y el 8 de diciembre fueron fusilados unos veintisiete mil judíos, lo que redujo a sólo dos mil quinientos la población del gueto (Friedländer, 2007: 262). En forma coordinada, desde principios de noviembre comenzaron a recibir a los judíos deportados desde el Reich.

Simultáneamente, en Vilna –ciudad tradicionalmente disputada por Lituania y Polonia, que hasta 1939 formaba parte de esta última y que supo tener una pujante comunidad judía– también se intensificaron las matanzas, a tal punto que hacia fines de 1941 el total de judíos

asesinados se acercaba a los cincuenta mil, entre ellos los transportados en trenes desde el Reich (Gilbert, 1987: 207).

Es que la suerte de los judíos alemanes, austríacos y checos recién llegados a estos territorios y puestos a merced de las unidades asesinas de las SS fue dispar. En su mayoría fueron alojados en crueles condiciones de hacinamiento en los guetos recién despejados. Pero en algunas ocasiones los contingentes eran fusilados sin miramientos apenas llegaban.

Por ejemplo, el 25 de noviembre de 1941 llegaron a Kaunas cinco transportes con cinco mil judíos del Reich y del Protectorado. Estaban destinados en principio a Riga, pero sobre la marcha fueron redireccionados a Kaunas. Apenas arribaron, el EK A-3 los llevó directamente al Fuerte IX y los fusiló a lo largo de tres jornadas. Cuando la noticia llegó a Berlín, Himmler ordenó el cese inmediato de las matanzas de los contingentes recién arribados (Friedländer; 2007: 267).

La decisión de empezar a deportar a los judíos alemanes, austríacos y checos al este, cuando aún seguía la guerra con toda intensidad, fue fatídica, ya que aceleró el proceso de exterminio por fusilamientos tras el frente oriental, que se ensañó especialmente con aquellos que sobrevivían agolpados en grandes concentraciones y que fueron diezmados en cuestión de meses.

En resumidas cuentas, los *Einsatzgruppen* y demás formaciones SS y de la policía, a través de las operaciones móviles de exterminio tras el frente del este, asesinaron a medio millón de judíos entre junio y noviembre de 1941, en un raid que fue de menor a mayor a medida que avanzaban los días (Hilberg, 2005: 323 y 346). [96]

Conclusiones parciales

Lo hasta aquí narrado fue sólo el comienzo de la política emprendida en la retaguardia del frente oriental respecto de los judíos soviéticos. Porque hacia comienzos de 1942 el *segundo barrido* de las unidades de exterminio se expandió por completo, comenzando por el norte y terminando en el extremo sur.

En este segundo barrido, la maquinaria empleada, más amplia y elaborada que en el primero, estaba diseñada "para el completo aniquilamiento de los judíos soviéticos que aún se hallaban con vida" (Hilberg, 2005: 403), y se prolongó durante todo 1942.

En definitiva, no caben dudas de que a partir de agosto de 1941 comenzó a aplicarse una nueva política antijudía en los territorios conquistados como consecuencia del inicio de la operación Barbarroja: el arrasamiento de todas las comunidades judías, desde las más pequeñas hasta las más grandes.

Llegados aquí, cabe preguntarse si esta decisión puede considerarse una demostración de que Hitler y sus secuaces habían decidido para ese entonces la aniquilación física de todos los judíos europeos. Y lo cierto es que no hay evidencias que abonen una respuesta afirmativa.

- En primer lugar, como señalamos en el apartado anterior, en forma paralela seguía discurriendo en las altas esferas del poder nazi el denominado plan Siberia, que aún gozaba de buena salud, de la mano de los éxitos en la campaña bélica y los pronósticos de una guerra que concluiría en el este a más tardar hacia fines del otoño de 194 Ello, sin perjuicio del tropiezo que significó el comienzo de las deportaciones desde el Reich hacia el este, frente a las que hubo que improvisar, debido a la inesperada prolongación de la guerra.
- Así y todo, al menos hasta octubre-noviembre de 1941 se seguía confiando en la victoria final en el este, aunque hubiese que esperar hasta los albores del invierno ruso. Imaginar otro escenario hubiera significado caer en el más imperdonable derrotismo, para colmo frente a la "subhumanidad" eslava, que verificaba para ese entonces millones de prisioneros y cuyas más importantes ciudades o bien ya habían sido conquistadas, o bien estaban siendo acechadas por las tropas del *Reich de los mil años*.

- La vigencia del plan Siberia, que incluso se cristalizaría con la convocatoria a la Conferencia de Wannsee propuesta por Heydrich en aquel mes de noviembre, no parece haber competido con *una solución más drástica a la cuestión judía paneuropea*, al menos para ese entonces.
- En segundo término, era evidente que la decisión de aniquilar a los judíos soviéticos respondía a razones particulares, relacionadas con la *guerra total* contra el bolchevismo, sumada a la idea del *Lebensraum* respecto de aquellos territorios orientales; y es por ello que no se había extendido a otras regiones con alta densidad de población judía que generaban graves problemas de supervivencia (como la Gobernación General en territorio polaco) ni a aquellos que aún vivían dentro de las fronteras del Reich, pese a que la lógica del territorio *Judenfrei* era prioritaria, así como tampoco a aquellos que eran sospechosos de continua actividad partisana, como en Francia.

Por el contrario, la decisión de incluir en las matanzas a mujeres y niños, además de solucionar los problemas surgidos a partir del inicio de los fusilamientos masivos, estuvo guiada por motivaciones político-raciales (la identificación del judeobolchevismo como el más acérrimo enemigo) e imperialistas (generación del *Lebensraum*) y no –aún– como parte de una Solución Final de exterminio físico de todos los judíos europeos.

Durante aquellos meses, las acciones genocidas se concentraron en esta única región y aún no había indicios de que se pensara extenderlas al resto de la judería europea. Una decisión así hubiese requerido o bien una gigantesca inyección de recursos humanos y logísticos para aplicarse en la dirección que estaba en curso (los fusilamientos masivos), o bien establecer instalaciones industriales de exterminio que para aquel entonces sólo existían en una fase embrionaria, prototípica y que se pensaba emplear en una escala significativamente menor.

Fue en los siguientes meses, y a raíz de una serie de acontecimientos, cuando el aparato burocrático desplegado en torno a la cuestión judía tuvo que adaptarse para el nuevo, holístico objetivo.

Por el momento, la decisión de incluir a mujeres y niños en las matanzas en el este conllevaría nuevos problemas, que a su vez conducirían a buscar nuevos métodos homicidas, más eficientes e impersonales. A ello nos referiremos en el punto siguiente, con el que se completa esta cuarta y penúltima etapa del camino hacia la Solución Final.

Liquidación de juderías locales mediante gaseamiento

La irrupción de los transportes de gaseo tras el frente del este

Estamos ante el último escalón que condujo a la destrucción física de todos los judíos soviéticos atrapados por los invasores nazis en el frente oriental. Se trata de un hito clave en la historia de la Shoá porque este es el momento que servirá de nexo indiscutible entre todo lo que hasta aquí se había realizado en torno a la cuestión judía y la etapa posterior, la definitiva, tendiente a alcanzar a todos los judíos europeos bajo dominio nazi.

Es que, como veremos, los métodos que a esta altura de los acontecimientos se incorporaron y desarrollaron para "tratar" a los judíos soviéticos serán luego ampliados y perfeccionados, para aplicarse, entre 1942 y 1944 y en una fenomenal y sofisticada adaptación de la escala requerida, a todos los judíos de la Europa conquistada.

Dicho esto, debe señalarse que este capítulo aparte en la historia de la destrucción de los judíos soviéticos nada tiene de distinto respecto de la instancia previa que acabamos de describir en lo que atañe a la determinación nazi de exterminar a todos y cada uno de los judíos de los territorios orientales ocupados una vez pasadas las primeras semanas de la operación Barbarroja.

La diferencia entre esta etapa y la precedente se justifica exclusivamente por los métodos empleados por los perpetradores para procurar su infame objetivo: antes se habían empleado básicamente los fusilamientos masivos, que ahora abarcaban miles y hasta decenas de miles de víctimas en cada operación. Ahora la perspectiva abría paso a un método, el *asesinato mediante gas* –ya sea por envenenamiento o por asfixia–, que en cualquier caso requería muchos menos ejecutores directos e implicaba, al menos en teoría, un menor deterioro para aquellos que debían operar la nueva maquinaria destructiva si se lo comparaba con el método previo de los fusilamientos.

Los planes en desarrollo en distintas áreas de la RSHA para el asesinato mediante gas debían asegurar que la mayor parte de las futuras matanzas fueran efectuadas bajo un manto de secreto, por métodos a los que tuvieran acceso muchas menos personas y bajo circunstancias que redujeran al mínimo la posibilidad de rechazo o de difusión (Hilberg, 2005: 1061).

La demanda de nuevos métodos de exterminio se hizo evidente desde el mismo momento en que Himmler decidió hacia fines de julio de

1941 abarcar con los fusilamientos masivos en el este a mujeres y niños judíos, ya que tenía muy claro que sus unidades estarían sometidas a un fuerte y constante deterioro psicológico, algo prácticamente inevitable ante tamaña empresa criminal.

Por eso, al tomar esa determinación, Himmler recorrió en persona el frente para transmitir su abominable directiva, incrementó rápidamente las dotaciones de los grupos de tareas e incitó al reclutamiento de tropas autóctonas, que al parecer realizaban las peores atrocidades con un mayor grado de aceptación que las propias unidades SS.

Ese fue sólo el comienzo. Durante los siguientes meses, se les ordenó a los responsables de los *Einsatzgruppen* y demás unidades SS y de policía que informasen al detalle las dificultades que fueran detectando en el desarrollo de las acciones. Todos esos datos eran recabados y sistematizados en los estados mayores y enviados a Heydrich y a Himmler.

Como era de esperar, las quejas y planteos acerca de las matanzas de mujeres y niños llegaban en grandes cantidades a las oficinas de la RSHA, y por diversos canales.[97] Una de esas vías era la de las propias unidades SS, que registraban cierto desconcierto ante la orden de ampliación y hasta algunas bajas de servicio por no soportar el espantoso panorama que ofrecían los fusilamientos.

Otro canal eran los comentarios en tono de protesta de algunos oficiales de las Fuerzas Armadas, algunos de los cuales se basaban en razones económicas (pues muchos judíos soviéticos contribuían con su trabajo esclavo al esfuerzo bélico), otros en la preocupación por la imagen que el Estado alemán estaba teniendo en los territorios ocupados, y algunos en una genuina indignación ante la crueldad y la barbarie imperantes.

Otra de las vías era la Gestapo, la policía secreta estatal, que venía detectando en las ciudades del Reich la peligrosa dispersión de rumores acerca de lo que estaba sucediendo con los judíos detrás del frente del este. Es que los integrantes de los grupos de tareas, en compensación por la labor encomendada, gozaban de un régimen especial de licencias. Y si bien estaban compelidos a mantener en secreto sus actividades, muchos de ellos, de regreso al hogar, de un modo u otro contaban lo que estaba sucediendo.

Ante este panorama, el 15 de agosto de 1941 Himmler viajó nuevamente al frente oriental, esta vez a Minsk, para ver en persona una de las ejecuciones ampliadas. Fue recibido por el jefe del *Einsatzgruppe* B, Arthur Nebe, y otras autoridades SS que actuaban tras el grupo de ejércitos del centro. Como era esperable en un burócrata, Himmler “se conmovió visiblemente” ante la secuencia completa de un fusilamiento masivo frente a una fosa común, y unas horas después

pronunció –como lo había hecho ya muchas veces ante otras unidades– un discurso para todos los allí reunidos. Entre otros conceptos que intentaban explicar lo inexplicable, plagados de lugares comunes y clichés, señaló que los *Einsatzgruppen* estaban llamados a desempeñar el más repulsivo deber por el bien del Tercer Reich (Hilberg, 2005: 364). Al término de su alocución, y durante una conversación en privado, le pidió a Nebe que "*buscara en su mente otros métodos más humanos que los fusilamientos*": más humanos, por supuesto, para los ejecutores.

Si bien en un principio se experimentó con explosiones que fueron inmediatamente descartadas, la respuesta al pedido de Himmler no tardó en llegar: el furgón de gaseo.

Un antecedente ineludible: el Programa T-4

La idea del gaseamiento como método de asesinato masivo no era nueva. Durante 1940 y los primeros ocho meses de 1941, Hitler había autorizado esta metodología siniestra para liquidar a todos los "*portadores de una vida que no merecía ser vivida*" y mejorar de ese modo el perfil racial del pueblo alemán.

El programa se apoyaba en un documento firmado por Hitler. Según Steinert, lo propuso por primera vez el 19 de septiembre de 1939 en Dánzig ante los altos mandos militares y sus funcionarios de mayor confianza, como una medida tendiente a paliar la demanda de camas, médicos y enfermeros que debían abocarse a atender a los heridos en la contienda bélica. Entonces, "Hitler convocó a médicos, juristas y responsables políticos […] a fin de estudiar la posibilidad de matar a los enfermos considerados 'irrecuperables' por los medios más apropiados. Fue el comienzo de la 'eutanasia', de la destrucción de seres juzgados 'indignos de vivir' (*lebensunwert*)" (2004: 368).

En dicha orden ("unas pocas líneas mecanografiadas en un papel con el membrete privado de Hitler" [Kershaw, 2009: 85]), autorizaba a dos hombres de su máxima confianza (el funcionario de la cancillería Philipp Bouhler y su médico personal, el doctor Karl Brandt) a "*ampliar la autoridad de cada médico con miras a permitir, tras un examen completamente crítico, dentro del ámbito del conocimiento humano, administrar a las personas incurablemente enfermas una muerte clemente*" (Hilberg, 2005: 962).

El programa, que se denominó T-4 y fue mantenido en el máximo secreto posible, autorizó a comisiones de expertos médicos nazis a recorrer las instalaciones y hospicios donde se trataba a las personas con discapacidad mental –aunque también abarcaba otras categorías,

como personas seniles, epilépticos, con trastornos neurológicos, “delincuentes morales”, etcétera– y, tras llenar unos formularios, enviarlas a alguno de los cuatro establecimientos acondicionados especialmente,[98] donde eran asesinadas.

El método más empleado a partir de enero de 1940 fue, justamente, la muerte por gas. Consistía en subir a unos cuarenta “pacientes” al furgón de un camión especialmente adaptado, cuyo caño de escape de gases de combustión del motor se había redireccionado hacia el interior del furgón, que a su vez estaba completamente sellado. La muerte de las víctimas por envenenamiento o asfixia, por la acción del monóxido de carbono, llegaba durante un trayecto que duraba unos veinte a treinta minutos, y los cadáveres eran descargados en los centros especiales del programa. A los deudos se les mentía abiertamente sobre la suerte corrida por sus seres queridos: se despachaban cartas en las que abundaban las menciones de paros cardiorrespiratorios e infecciones pulmonares, entre los ardides más comunes, firmadas por los profesionales de la salud responsables de los centros donde las víctimas estaban supuestamente internadas.

Además, mediante el Programa T-4, por primera vez pequeños recintos fueron convertidos en cámaras de gas. Así, alrededor de setenta mil alemanes y austríacos fueron exterminados en lo que era sin dudas “una prefiguración conceptual así como tecnológica y administrativa de la ‘solución final’ en los campos de exterminio” (Hilberg, 2005: 963).

Cuando el programa se proponía expandir sus alcances a otras categorías de personas (por ejemplo, con deficiencias pulmonares y otras afecciones), las denuncias públicas de las iglesias católica y protestante en 1941 de lo que era ya un secreto a voces hicieron retroceder al régimen nazi, que estaba preocupado por mantener la cohesión popular en tiempos de guerra. Fue así como el proyecto se discontinuó: el 24 de agosto de 1941 Hitler ordenó suspenderlo (Steinert, 2005: 458).

No obstante, al menos parte de la burocracia al servicio del plan T-4 siguió activa, esta vez bajo el amparo del Programa 14 f 13, que consistía en la ampliación del plan de eutanasia para adultos a los campos de concentración, para ser aplicado a aquellos cautivos que, por enfermedad u otras razones, ya no eran productivos, y que se desarrolló desde mediados de 1941 hasta el desmantelamiento de los campos de concentración durante 1944-1945 (Gellately, 2002:146).

El ritmo del exterminio llegó a ser tal que el propio Himmler debió restringir las actividades enmarcadas en este programa, primero a través de una severa advertencia en marzo de 1942 y luego mediante una drástica reducción de sus alcances en abril del año siguiente. Por otra parte, explica Gellately que la denominación “14 f” correspondía

a cualquier tipo de muerte que se produjera en los campos, y la clave "13" a la muerte por empleo de gas. Señala que por este programa fueron asesinados en las "clínicas" de Brandemburg, Hartheim y Sonnenstein unos veinte mil reclusos de los campos de concentración, con justificaciones no sólo médicas, sino también sociales y raciales. La misma cifra consigna Browning, quien especifica las causas que anotaban los médicos en los formularios: raza, salud, antecedentes criminales, comportamiento en el campo, capacidad para trabajar. "Para los prisioneros judíos, no hay necesidad de decirlo, la sola cuestión racial era muchas veces suficiente para una sentencia de muerte" (Browning, 2005: 192; véanse asimismo Hilberg, 2005: 964, y Steinert, 2004: 458).

En este caso, los expertos del Programa 14 f 13 recorrían personalmente los establecimientos tanto en el Reich como en los territorios anexados, seleccionaban a aquellos que reunían las condiciones estipuladas y los despachaban a las mismas clínicas que antes servían al Programa T-4. Por ejemplo, el 28 de julio de 1941, una de estas comisiones médicas, producto de la ampliación del programa de eutanasia para adultos a los campos de concentración, llegó al por aquel entonces modesto campo de concentración de Auschwitz, del cual unos quinientos cautivos enfermos fueron retirados y llevados en tren a Sonnenstein (en Dánzig, sobre el Mar Báltico), donde fueron gaseados (Rees, 2005: 88).

Aun así, a partir del desmantelamiento del Programa T-4 decenas de trabajadores, técnicos y expertos en la materia quedaron ociosos, pero pronto volverían a la plena acción. Browning señala al respecto que "la reducción de tareas de los centros de exterminio [del programa de eutanasia] puso en disponibilidad para otras asignaciones a un gran staff de asesinos profesionales entrenados en el manejo de cámaras de gas" (2005: 193). Citando a Gerald Reitlinger, resalta la "directa conexión, tanto del personal como de la tecnología de las cámaras de gas, entre el programa de eutanasia y la Solución Final definitiva". En efecto, la mayoría de ellos, como veremos más adelante, irán recibiendo a lo largo del año 1942 órdenes para trasladarse a distintos puntos del territorio polaco.

En conclusión, aquella visita de Himmler a Minsk, a mediados de agosto de 1941, fue importante en el avance hacia la nueva etapa que despuntaba, ya que fue allí cuando el líder de las SS pudo ver en persona los fusilamientos y la carga psíquicamente perturbadora que implicaban.

En efecto, un oficial afirmó que el presenciar las ejecuciones llevó a Himmler "a la conclusión de que la muerte por fusilamiento no era, ciertamente, la más humana" (Rhodes, 2005: 245). Pero no le preocupaban las víctimas sino los perpetradores; y no sólo eso, además

le preocupaban los espectáculos interminables de las matanzas –a veces de varios días– de los cuales muchos no involucrados se enteraban y hasta eran observadores, lo cual favorecía todo tipo de rumores y comentarios.

Allí confirmó personalmente lo que las múltiples protestas que había recibido por diversas vías señalaban acerca de las matanzas indiscriminadas, y se convenció de que habría que apelar a un nuevo método. Este giro condujo directamente al desarrollo de tecnologías de matar más impersonales. Fue entonces cuando la respuesta a su pedido, los furgones a gas, cobró fuerza y llegó a concretarse.

Según Himmler y los burócratas de distintos departamentos de las SS, el transporte de gaseo, que ya había sido utilizado durante el Programa T-4 y lo estaba siendo en el marco del Programa 14 f 13, supondría la solución a buena parte de los problemas surgidos a partir de la ampliación y generalización de las matanzas en el este: reduciría al mínimo el personal directamente implicado en el "tratamiento" de las víctimas y era especialmente indicado para las matanzas de mujeres y niños, pues le evitaba al perpetrador enfrentarse cara a cara con ellos, algo que con los fusilamientos ocurría ineludiblemente (Rhodes, 2005: 376). Por otra parte, el furgón a gas limitaría el contacto público y, por ende, los rumores y comentarios tanto de militares alemanes como de pobladores locales.

Fracaso de la iniciativa en los territorios soviéticos

Sin embargo, una vez despachados los transportes de gaseo –con sus choferes incluidos– a los sitios donde operaban los grupos de tareas, durante noviembre y diciembre de 1941 y enero de 1942,[99] nada funcionó como se esperaba y la iniciativa pronto resultó un evidente fracaso (Hilberg, 2005: 366).

En primer lugar, a diferencia de los caminos y carreteras del Reich, los del frente ruso eran casi intransitables, de modo tal que los vehículos pronto resultaron imposibles de utilizar. Además, los continuos desperfectos mecánicos, la falta de repuestos y las condiciones climáticas adversas sumían a los rodados en un rápido estado de abandono. Asimismo, la circulación de estos llamativos y misteriosos transportes por los alrededores de pueblos y ciudades no pasaba desapercibida; pronto se advirtió que eran fácilmente identificables y que mucha gente estaba al tanto de la función que cumplían.

Pero el golpe definitivo a la implementación de los transportes de gaseo tras el frente del este fue el rechazo de que fueron objeto por

parte de los propios miembros de los grupos de tareas que debían operarlos. Al parecer, debido a su traslado desde el Reich y a las malas condiciones de los caminos locales, los furgones perdían su capacidad de sellado hermético, de modo tal que, al terminar el recorrido con las víctimas dentro, estas, en su mayoría mujeres y niños, en muchos casos seguían con vida o habían muerto no por envenenamiento sino por asfixia y desesperación, lo que convertía la apertura de las puertas traseras en una escena aún más horrible que la de los propios fusilamientos (Dwork y Van Pelt, 2004: 421).

En consecuencia, fueron muy pocos los transportes de gaseo que se emplearon para la misión encomendada, y los grupos de tareas y demás unidades SS continuaron durante los últimos meses de 1941 y todo 1942 con el ya tradicional método de los fusilamientos. Así, en el segundo barrido emplearon casi siempre, para las matanzas de mujeres y niños, a sus unidades secundarias conformadas por letones, lituanos, ucranianos o bielorrusos.

[91] En el frente oriental fueron designados: Hans Prutzmann en el norte, Erich von dem Bach-Zelewski en el centro y Friedrich Jeckeln en el sur.

[92] Se trataba de una nutrida corporación policial estatal que había quedado bajo la órbita de la RSHA (es decir, de Heydrich) y que estaba a cargo del general Kurt Daluege.

[93] Sostiene Kershaw (2002: 459-460) que en las primeras semanas de Barbarroja las unidades de exterminio "tenían como objetivo principal a los judíos varones. La matanza, pese a ser horrible, no era en modo alguno comparable a la magnitud que alcanzaría a partir de agosto". Agrega el autor que una acción a gran escala rara vez pasaba del millar de víctimas hasta ese momento.

La unidad de Karl Jäger, del Einsatzgruppe A, por ejemplo, por cada judío asesinado durante julio mataría a *nueve* en agosto y a *catorce* en septiembre. Conclusiones similares pueden encontrarse en Gilbert (1987: 186).

[94] Que se mantendrá durante todo el verano de 1941. Y de hecho continuará hasta el final de la guerra (Friedländer, 2007: 204).

[95] El haber estado allí, junto con otros miembros del Museo de la Shoá de mi ciudad, le da a esta escritura un inevitable sabor amargo, de impotencia, de dolor. Este trabajo tiene también el propósito de servir como homenaje a las víctimas de Tykozin.

[96] Friedländer (2007: 209) llega a un cálculo similar, ya que contabiliza seiscientas mil víctimas porque incluye en el primer barrido al mes de diciembre. La misma cifra aparece en Poliakov y Wulf (1960: 200). En un informe de diciembre de 1941 del *Einsatzgruppe* A (Stahlecker) a Berlín, se menciona un total de 229 052 judíos ejecutados "*en la Rusia Occidental y la Rusia Blanca, así como en los Estados Bálticos*", de los cuales 136 421 eran de Lituania (cf. documento en Poliakov y Wulf, 1960: 133-139). Uno de sus *Einsatzkommando*, el A-3 (Jäger), que operaba en Lituania, informó que al 1º de diciembre de 1941 llevaba fusiladas 133 346 víctimas. "*En el día de hoy –se jactaba Jäger– puedo confirmar que nuestro objetivo, resolver el problema judío [en Lituania], ha sido conseguido por el EK 3*" (Dwork y Van Pelt, 2004: 420; Gilbert, 1987: 234-235. Véase el extracto del documento en Arad, Gutman y Margaliot,

1996: 438-440).

[97] Es muy conocida la nota que el 15 de noviembre de 1941 remitió a Berlín el comisario del Reich en el Báltico, Henrich Lohse, que dependía de Alfred Rosenberg, en la cual pedía que se clarificara si era preciso ejecutar la orden de aniquilar judíos "sin consideraciones de edad ni sexo, ni de intereses económicos" (véase la copia íntegra en Poliakov y Wulf, 1960: 159-160). Un mes después, conforme veremos en el último capítulo, Lohse recibió una respuesta que puso fin a sus inquietudes.

[98] Grafeneck, Brandemburg, Sonnenstein y Hartheim (los dos primeros, tras su cierre, pasaron a ser denominados Hadamar y Bernburg, respectivamente).

[99] Según Hilberg (2005: 366), se enviaron dos o tres furgones de gas a cada *Einsatzgruppe*, desarrollados por los departamentos II-D y V-D de la RSHA y empleados previamente en Polonia y en Serbia.

5. Quinta etapa

El exterminio en cámaras de gas de todos los judíos europeos

Entrada a las instalaciones del campo de exterminio de Birkenau. Fotografía de Daniel Rafecas

En este último capítulo se desarrollan los acontecimientos que llevaron a la burocracia nazi –liderada por las SS-RSHA– a adoptar el asesinato masivo con gas como método definitivo para el exterminio de todos los judíos europeos que estuviesen a su alcance. Si bien la decisión básica habría sido tomada por Hitler en diciembre de 1941 –tras la derrota en la batalla de Moscú y el simultáneo ingreso de los Estados Unidos en la guerra–, lo cierto es que la dirigencia encargada de su ejecución y la maquinaria estatal dispuesta debieron adaptarse durante los siguientes meses a los nuevos objetivos y métodos que se habían concebido, y que iban a concretarse no ya en el lejano oriente sino en territorio polaco (la Gobernación General). Durante este lapso, las iniciativas locales que en Polonia apuntaban al exterminio de los judíos improductivos (Chelmno, Belzec, Auschwitz I) fueron reconvertidas en función de los nuevos, ampliados objetivos, que implicó que se sumaran Sobibór y Treblinka. Durante la segunda mitad de 1942, en casi todos los campos de exterminio se ampliaron exponencialmente las instalaciones de gaseo, al tiempo que crecía el número de los transportes de judíos que eran despachados desde todos los puntos del continente europeo bajo la égida nazi hacia Polonia. Pese a los reveses militares que sufriría el Eje durante los años siguientes, el proceso de destrucción de la judería europea no se detendría sino hasta el colapso del imperio nazi.

Sucesos que marcan el rumbo final

El campo de exterminio de Chelmno

Ya señalamos en los capítulos anteriores que a mediados de septiembre de 1941 Hitler decidió la expulsión de los trescientos cincuenta mil judíos que aún vivían en el Reich y en el Protectorado de Bohemia y Moravia, para enviarlos a varias ciudades del este. Esta decisión –que en una primera etapa, entre octubre de 1941 y enero de 1942, implicó trasladar a unos cuarenta y dos mil judíos alemanes, austríacos y checos en cuarenta transportes– tuvo trágicas consecuencias, tanto para quienes vivían en los puntos de destino como para los recién llegados, que tarde o temprano siguieron la suerte de aquellos.

Entre las ciudades escogidas descollaba Lodz, pues contaba con un importante y bien organizado gueto (cuya creación había sido decretada el 8 de febrero de 1940, y que venía funcionando plenamente desde el 30 de abril de ese año). Además, su ubicación geográfica en territorio anexado y cercano a la antigua frontera

germano-polaca la convertía en un destino accesible para miles de judíos deportados.

Así, lo que se conoció como la "primera fase" de este incipiente proceso de evacuación consistió en despachar veinte transportes con unos veinte mil judíos desde Berlín, Viena, Praga, Luxemburgo y otras ciudades durante la segunda quincena de octubre y hasta el 5 de noviembre de 1941 hacia la ciudad, o más precisamente el gueto, de Lodz (Gilbert, 1987: 213).

Para que la llegada de este enorme contingente de judíos fuera aceptada por las autoridades administrativas correspondientes, el 18 de septiembre de 1941 Himmler le hizo saber al responsable político de la zona en la que estaba ubicada la ciudad de Lodz, Arthur Greiser, amo y señor del Wartheland (un amplio territorio anexado, situado entre el antiguo Reich y la Gobernación General), que Hitler quería que el Reich y el Protectorado de Bohemia y Moravia quedaran libres de judíos "*de oeste a este*" lo más rápido posible, y había propuesto mandarlos a los territorios incorporados bajo la condición de "*deportarlos aún más lejos la próxima primavera*", esto es, durante la temporada de marzo a junio del año siguiente, cuando la guerra con la Unión Soviética hubiera ya finalizado, según los cálculos por demás optimistas de Hitler y su entorno (Friedländer, 2007: 263-264). La carta de Himmler hablaba de despachar unos sesenta mil judíos del Reich hacia Lodz, siempre como "parada temporal" en su seguro tránsito más hacia el este en los meses siguientes (Hilberg, 2005: 440).

Greiser, como era de esperarse, intentó resistirse a esa decisión, que iba en contra de sus propios designios de dejar el Wartheland libre de judíos lo más pronto posible. La novedad que le estaba siendo transmitida por Himmler contradecía abiertamente sus expectativas: no sólo tenía que conservar a *sus judíos* sino que además debía importar una cuota de varias decenas de miles y acomodarlos como fuere en el superpoblado gueto de Lodz.

Por eso, en compensación por la pesada carga que se le imponía, Himmler le prometió a Greiser –en el marco del entonces plenamente vigente plan Siberia– que tras la inminente victoria definitiva en el frente oriental los judíos del Wartheland serían prontamente evacuados "*más hacia el este*", hacia los confines de la Rusia profunda (Rhodes, 2005: 285).

Tras ser notificado de las novedades, Greiser se contactó con Heydrich. Como las promesas de aligeramiento de judíos en su región aparentemente no se cumplirían en lo inmediato, el máximo líder de la RSHA lo autorizó a explorar una *solución local a la cuestión judía* que no llevase aparejadas las dificultades de diversa índole que había evidenciado el método de los fusilamientos masivos.

Greiser le encargó entonces al jefe regional de las SS, Kubbe, que

ideara una “solución”, y este razonó en forma similar a como lo habían hecho otros jerarcas nazis en esa misma época. Así se establecieron las condiciones materiales para que en ese distrito se aplicara la metodología ya empleada con éxito en el Programa T-4 y que se estaba extendiendo a través del Programa 14 f 13.

Documentos hallados demuestran que, el 15 de octubre de 1941, un experto en eutanasia enviado desde Berlín, Herbert Lange, comenzó a buscar un lugar apropiado para las matanzas mediante gaseamiento en el Wartheland, señal evidente de que el responsable regional Greiser había obtenido el permiso de Heydrich y Himmler para emprender una acción inmediata de “tratamiento especial” y descomprimir rápidamente la situación (Friedländer, 2007: 284; Hilberg, 2005: 960).

Una vez elegida una finca solitaria en la localidad de Chelmno, a sesenta kilómetros de Lodz, la RSHA envió tres camiones de gaseamiento en noviembre y a comienzos de diciembre de 1941, y muy pronto todo estuvo listo para el primer despacho de víctimas. Las instalaciones, convertidas en un centro de exterminio en sentido estricto, recibieron el nombre de Kulmhof.

Nótese la coincidencia temporal de la remisión de camiones de gaseamiento tanto para los *Einsatzgruppen* detrás del frente del este como para esta iniciativa local en la zona de Lodz. Ambos emprendimientos, sin un mayor contacto entre sí, procuraban un mismo objetivo –exterminar a los judíos locales mediante un método menos problemático que el de los fusilamientos masivos– y llegaron a una misma, simultánea respuesta: el gaseamiento por medio de automotores sellados.

En comparación con la experiencia que estaba llevándose a cabo más al este, la versión que habría de estrenarse en Chelmno tenía mayores posibilidades de prosperar, pues contaba con una base fija ubicada en un sitio discreto, que evitaba que los transportes fueran vistos circulando por zonas pobladas; el sitio estaba rodeado de carreteras en buen estado y en parajes apartados y boscosos, lejos de las líneas enemigas y cerca de la frontera con la antigua Alemania, lo que aseguraba además la rápida solución de los inconvenientes técnicos que pudieran surgir.

Así fue como el 5 de diciembre de 1941 abrió sus puertas el campo de exterminio de Chelmno, cerca de Lodz (Kershaw, 2009: 134). Para ese entonces ya se contaba con los resultados exitosos del más reciente experimento con gas realizado a fines de noviembre: entre los judíos alemanes prisioneros en Buchenwald, se seleccionaron mil doscientos que fueron llevados a uno de los institutos de eutanasia del Programa T-4 en Bernburg y gaseados. En Chelmno, el método fue aplicado por primera vez con pretensiones sistemáticas el 8 de diciembre de ese mismo año (Gilbert, 2007: 250). Sus primeras víctimas fueron unos

setecientos judíos de zonas aledañas, llevados allí a partir del día 7 y gaseados durante los días sucesivos.

Cabe resaltar, como lo hace Gilbert (1987: 240), la oscura coincidencia de estas fechas con el ataque a Pearl Harbor, al que Roosevelt llamó "*el día que viviría en la infamia*". No sería sino varios años después, una vez reconstruidos estos acontecimientos que ocurrían en el máximo secreto en territorio polaco –nada menos que la inauguración del primer campo de exterminio–, cuando la historia de la humanidad le asignaría una dimensión mucho más trascendente a la admonición del presidente norteamericano.

Pero estaba claro desde el inicio que, más allá del arrasamiento de medio centenar de pequeñas comunidades judías desperdigadas por todo el distrito, el principal y más urgente objetivo que Greiser y Kubbe tenían en mente, atendiendo a las órdenes de Himmler, era la nutrida comunidad judía agolpada en el gueto de Lodz. Así, el 16 de diciembre de 1941, el líder del Consejo Judío (*Judenrat)* de ese gueto, Chaim Rumkowski, recibió la instrucción de las SS de entregar a veinte mil judíos para "*tareas laborales fuera del gueto*". Tras algunas negociaciones encabezadas por el propio Rumkowski, el número finalmente se redujo a diez mil, que fueron retirados del gueto, trasladados a Chelmno en transportes a partir del 16 de enero de 1942 y asesinados mediante el uso de gas durante los días siguientes (Gilbert, 1987: 249).

Previsiblemente, con la puesta en marcha de esta suerte de Solución Final con alcance local, los nazis suspendieron el servicio de correos que existía en el gueto desde noviembre de 1941, cosa que muestra a las claras los dramáticos cambios de planes en torno a cómo resolver la cuestión judía en los distintos territorios bajo ocupación alemana (véase Friedländer, 2007: 314). Hacia finales de mayo habían sido exterminados unos cincuenta y cinco mil judíos del gueto de Lodz (Kershaw, 2009: 152).

En definitiva, Chelmno, con una capacidad de aniquilamiento de unas mil personas diarias si operaban los tres camiones de gaseo (Friedländer, 2007: 316), se llevaría la vida de más de ciento cincuenta mil víctimas, y cumpliría así acabadamente con los objetivos –eminentemente locales– que llevaron a construirlo, pues todos los asesinados, hasta su cierre en 1944, fueron judíos de la región en la que estaba emplazado el campo, especialmente los de la ciudad de Lodz (Browning, 2005: 366). Los despachos a Chelmno terminaron por abarcar también a los judíos alemanes, austríacos y checos deportados a Lodz desde el oeste.

La historia del campo de exterminio de Belzec resulta de sumo interés para la reconstrucción de este abordaje secuencial de la Solución Final.

Una vez desencadenada la operación Barbarroja, y tras el rápido avance de las tropas alemanas, el distrito de Lublin en Polonia oriental fue escogido por el ambicioso Himmler, en su calidad de comisario étnico del Reich, como un territorio ideal para hacer realidad la plena y grandiosa expansión del imperio a través del "espacio vital" que reclamaba, por derecho propio, la "raza superior".

Para concretar con rapidez estos planes de colonización, Himmler pergeñó la creación de un circuito de instituciones en las que concentrar y explotar a cientos de miles de prisioneros de guerra, como así también a parte de la población local, en este caso polacos que vivían desde siempre en la región. Desterrados y recluidos en los campos de concentración, los "subhumanos" eslavos serían puestos al servicio de las necesidades de los colonos arios que, tras el esperado final de la guerra, Himmler pensaba trasladar en masa a este territorio.

Para los preparativos de estos ambiciosos planes de trasplante poblacional, Himmler contaba, como responsable de las SS en el distrito, con uno de sus más fieles colaboradores, Odilo Globocnik, un siniestro personaje que terminaría teniendo un papel crucial en las sucesivas etapas de la Solución Final.

Conforme surgía de planes más generales elaborados por Himmler y las SS, la implantación de nuevas poblaciones necesariamente conducía a definir como prescindible a buena parte de los habitantes autóctonos. En este orden de ideas, los judíos locales estaban en la primera fila de los colectivos desechables, pero a ellos les seguirían buena parte de los eslavos y también otras minorías igualmente despreciadas por los nazis en términos raciales.

Además, los grandiosos planes de colonización de Himmler y las medidas derivadas requeridas para liberar el espacio vital coincidían a la perfección con las matanzas de comunistas, judíos, dirigentes y profesionales varios iniciadas con la ofensiva más al este y con las directivas de Hitler de tomar medidas extremas ante el "peligro partisano" (Friedländer, 2007: 233).

Dicho esto, el primer dato de importancia respecto de la cristalización de estos planes en el distrito de Lublin data del 20 de julio de 1941. En ese momento, el avance alemán en el frente oriental era arrollador y parecía imparable; era la época en que se aseguraba, en todos los despachos de Berlín, que el Ejército Rojo no tardaría en desplomarse y que la victoria total en el frente oriental sería

aplastante y definitiva. En ese contexto triunfalista, Himmler viajó a la ciudad de Lublin para encontrarse con Globocnik, el ya referido responsable de las SS del área (HSSPF) y hombre de gran confianza del Reichsführer. A esta reunión también fue convocado otro personaje clave, el responsable de los aspectos económicos de las SS, Oswald Pohl.

Probablemente fue entonces cuando, a instancias de Himmler, se establecieron las primeras medidas que requerían los nuevos y grandilocuentes proyectos colonizadores en marcha. Entre ellas, se decidió ampliar en forma inusitada el campo de Majdanek, situado en los suburbios de Lublin, a fin de que pudiera albergar a decenas de miles de prisioneros de guerra que serían empleados como mano de obra esclava en las obras proyectadas.[100]

Mientras tanto, al igual que en el resto de la Polonia ocupada, con el transcurso de los meses los líderes de las SS del distrito veían con creciente preocupación la falta de una solución definitiva a la cuestión de qué hacer con los judíos del área, en su mayoría ya confinados en guetos. Las imprevistas demoras en la campaña del frente oriental atrasaron la prometida deportación de los judíos más al este, y convirtieron a estos grandes grupos humanos en una pesada carga administrativa para los responsables locales.

Recordemos además que en su distrito de Lublin el HSSPF Globocnik había instalado ya a gran escala, no bien había asumido su cargo en noviembre de 1939 (Zadoff, 2004: 262), campos para trabajadores forzados judíos que –sumados a los nuevos emprendimientos dispuestos por Himmler– generaban la necesidad de deshacerse de aquellos elementos que dejaban de ser productivos debido a las inhumanas condiciones a las que eran sometidos.

El segundo momento importante sobrevino unos meses después. Siguiendo las directivas emitidas a mediados de agosto por Himmler tras su viaje a Minsk, en las que encomendaba la búsqueda de nuevos métodos de exterminio más eficaces, varios expertos en eutanasia (Viktor Brack, Philipp Bouhler) fueron enviados a Lublin desde Berlín durante el mes de septiembre (Friedländer, 2007: 284).

Al igual que su colega HSSPF en el Wartheland, Globocnik también estaba sobre la pista del método más prometedor: el gas. Sólo que, en Lublin, en vez de decantarse por los ya conocidos furgones de gas, se consideró preferible la segunda metodología, que se había estado empleando y perfeccionando en el marco del Programa T-4: la cámara de gas.

Finalmente, el 13 de octubre de 1941, Himmler recibió en Berlín la visita de Globocnik. Todo indica que este, como Greiser unos días antes, llevaba una propuesta concreta para resolver, con alcance local, el problema planteado. En efecto, según Longerich, “[e]l 13 de

octubre, Globocnik se encontró con su Reichsführer para debatir una propuesta, presentada dos semanas atrás, de limitar la 'influencia de los judíos', a los cuales habría que 'tratar con medidas de policía de Seguridad'" (2009: 506). En el mismo sentido, Kershaw (2002: 475) concluye que el propósito del viaje de Globocnik a Berlín era instigar al exterminio de los judíos de su zona. Y, tal como lo demuestran los acontecimientos de los días siguientes, es evidente que su propuesta fue aceptada.

En concreto, habría sido en este encuentro cuando el jefe de las SS convino con Globocnik iniciar de inmediato la construcción de un establecimiento sobre las márgenes del río Bug, convenientemente disimulado, de pequeñas dimensiones, equipado con recintos fijos para gasear a seres humanos con monóxido de carbono proveniente de un motor a explosión que se ensamblaría dentro del mismo edificio. Era la simiente del campo de exterminio de Belzec.

Según Longerich, "[s]e puede dar por cierto que Globocnik propuso construir un campo de exterminio, y que Himmler le dio luz verde para hacerlo" (2009: 506). Evidentemente, aquel encuentro con el *Reichsführer* fue determinante, puesto que dos o tres semanas más tarde, a principios de noviembre, se pusieron en marcha las obras del campo de exterminio de Belzec.. Más allá de las razones pragmáticas que Globocnik tenía en mente para deshacerse de los judíos de su distrito, la autorización de Himmler para esta iniciativa local seguramente estuvo influida por la plena vigencia de sus planes colonizadores para el área. Es que para aquel entonces, octubre-noviembre de 1941, en palabras de Peter Longerich,

> [e]n las regiones que eran de importancia central para los desplazamientos ulteriores planeados en el marco de la "reordenación" racista, se preveía exterminar por lo menos a la población judía autóctona "no apta para el trabajo". Paralelamente, persistía la intención de deportar al resto de los judíos a los territorios soviéticos ocupados, un plan de "Solución Final" que apuntaba igualmente al exterminio físico de los judíos europeos (2009: 508).

En sintonía con esto, se lanzaría durante aquel mes de noviembre la primera convocatoria a Wannsee, para desplegar los pormenores del plan Siberia. Ello, sumado a que para ese entonces se estaban concretando las deportaciones de judíos desde Alemania, Austria y el Protectorado, por lo cual también en el gueto de Lublin –suponía Himmler– debía hacerse espacio para cumplir con su cuota de recepción "hasta la siguiente primavera", tal como ya estaba sucediendo en el gueto de Lodz, y como sucedería en los de Riga,

Kaunas y Minsk.[101]

Por eso, sin más demora, ya el 1º de noviembre de 1941 comenzó la construcción de Belzec (Hilberg, 2005: 965-966), en un predio que hasta 1940 había funcionado como campo de trabajo. En diciembre se levantaron las primeras barracas (Rees, 2005: 124) y hacia febrero de 1942 se hicieron las pruebas de rigor con gas sobre diversos grupos de judíos (Browning, 2005: 420) –para lo cual llegó desde Berlín un experto químico– y al mismo tiempo se terminaron las torres de vigilancia (Hilberg, 2005: 966-967).

Pese a lo que pueda suponerse, las reuniones previas del máximo nivel y los preparativos y acondicionamientos que se sucedieron revelan claramente que todavía a fines de 1941 y comienzos de 1942 se pensaba emplear el campo de Belzec, una vez más, con un marcado sesgo local, tendiente a acabar con la cuestión judía sólo en la zona de influencia, mediante un método más eficiente que el malogrado de los fusilamientos masivos, que tantos contratiempos había generado desde su implementación a lo largo del verano y el otoño de aquel año en territorio soviético.

De las instalaciones que en definitiva quedarían inauguradas hacia marzo de 1942, que constaban de tres pequeñas cámaras de gas en un edificio de madera (Browning, 2002: 109), diseñadas para que semejaran duchas colectivas (Rees, 2005: 217), surge sin dificultad esa conclusión: que inicialmente el objetivo era usar Belzec para gasear a los judíos de la zona de Lublin, comenzando por aquellos que no eran aptos para el trabajo, dado que la capacidad asesina del dispositivo era relativamente limitada en los primeros meses de funcionamiento (Burleigh, 2008: 1033; Kershaw, 2002: 475). Incluso su ubicación, en una zona remota de la Gobernación General, indica que Belzec, como Chelmno y como Majdanek a partir de septiembre de aquel año, había sido concebido con la intención de asesinar a los judíos de los alrededores, en especial, como ya dijimos, a los “improductivos” (Browning, 2005: 366; Rees, 2005: 217).

En definitiva, al compás de los avances en la construcción e instalación del equipamiento técnico requerido para los fines buscados, recién en marzo de 1942 arribaron los primeros transportes con judíos del distrito de Lublin y los gaseamientos comenzaron el 17 de ese mismo mes (Gilbert, 1987: 288).

Pero los planes iniciales que habían llevado a Globocnik a construir este campo quedaron superados por la dinámica impuesta a la Solución Final en su escala europea; ello le fue transmitido en persona por el propio Himmler en su visita a Lublin, justamente para la época de la inauguración de Belzec. Lo que sobrevino a partir de entonces –la utilización sistemática del campo para exterminar comunidades enteras en toda la región– será analizado en un próximo apartado, “El

campo de exterminio de Belzec y su papel en la Solución Final".

A las puertas de la Solución Final definitiva

Ya señalamos cómo, desde octubre de 1941 en adelante, Hitler, Goebbels y los demás líderes nazis, tanto en la burocracia ministerial como en la del partido, así como también en el ejército, intensificaron las consignas antijudías al compás del baño de sangre desatado en los territorios soviéticos ocupados.

Los altos mandos, en especial en las SS, bien pudieron haber interpretado la evidente radicalización del discurso antisemita en las intervenciones públicas y privadas de Hitler como una instigación implícita a llevar adelante matanzas judías locales, por ejemplo para resolver los problemas causados por las deportaciones desde el Reich o para motivar a dirigentes zonales como Greiser o Globocnik a tomar la iniciativa en este aspecto.

Lo que está claro es que ninguno de ellos pudo haber interpretado esos discursos como una orden de iniciar el exterminio total de los judíos europeos. En tal sentido, como sostiene Friedländer, "cruzar la línea desde las operaciones de matanzas locales hacia el exterminio completo requirió de una señal de avance proveniente de la suprema autoridad", lo que hasta ese momento no había ocurrido aún (2007: 287). Precisamente, lo que Göring denominara "la Solución Final" en mayo y junio de 1941 estaba bajo activa discusión en octubre y noviembre de aquel año (Gilbert, 1987: 213) en los despachos de Berlín (Hitler, Himmler, Goebbels), Praga (Heydrich) y Cracovia (Frank), entre otros.

Heydrich, quien el 3 de septiembre de 1941 fue designado por Hitler gobernador ("protector") de Bohemia y Moravia, aunque retuvo su alto cargo en la RSHA, el 10 de octubre se reunió en Praga con los comandantes de las SS y con Eichmann (RSHA-IV-b-4). Allí hizo saber que cincuenta mil judíos checos serían deportados al este. Y que planeaba establecer allí campos de tránsito (como el de Theresienstadt, o *Terezín*) desde los cuales los judíos serían trasladados al este tras ser fuertemente diezmados. También, según Heydrich, para fines de 1941 Hitler quería el Reich y el Protectorado libre de judíos (Friedländer, 2007: 283: Gilbert, 1987: 213).

Sin embargo, ni las masivas evacuaciones de judíos alemanes y austríacos a los guetos del este iniciadas en octubre de 1941, ni las simultáneas deportaciones al campo de concentración de Theresienstadt de los judíos checos,[102] fueron en sí mismas la Solución Final definitiva; más bien constituyeron una muestra más de

cómo esta expresión "cambió de significación con el tiempo" (Burrin, 1990: 16). En efecto, todavía estaba en etapa de maduración, y estuvo un paso más cerca aquel octubre, en las entrañas de Alemania. Allí, un experto en eutanasia, el doctor Fritz Mennecke, que supo trabajar en el Programa T-4 y que para ese entonces lo estaba haciendo en su derivado, el Programa 14 f 13, llevó adelante un "exitoso experimento" de gaseamiento de dos mil prisioneros judíos que habían sido especialmente trasladados desde el campo de concentración de Buchenwald, cerca de la ciudad de Weimar, y transportados a una de las cuatro clínicas que funcionaron en su momento para el Programa T-4, en Bernburg, a ciento setenta kilómetros de allí (Gilbert, 1987: 238).

Como sostiene Friedländer, puede argumentarse plausiblemente que

> desde octubre hasta diciembre, Hitler caviló la decisión, como lo muestran sus obsesivos ataques diarios a los judíos: el líder nazi tuvo que convencerse a sí mismo de que el asesinato sistemático de millones de personas era efectivamente la decisión correcta. En ese caso la decisión pudo haber sido considerada en octubre o incluso antes, para convertirse en *final* una vez que Estados Unidos entró en la guerra, las fuerzas soviéticas contraatacaron y la espantosa "guerra mundial" en el este y en el oeste se convirtió en una realidad (2007: 286).

Esta parece ser la tesis correcta puesto que los nazis, aunque lo hubieran querido, en el otoño de 1941 todavía no contaban con proyectos, ni menos aún con los medios concretos suficientes, para encarar esta última etapa de la Solución Final. Las únicas instalaciones diseñadas a tal efecto que se hallaban en construcción en noviembre de 1941 eran el ya mencionado dispositivo de camiones de gaseamiento en Chelmno y las tres cámaras de gas de limitadas dimensiones en Belzec; además, para ese entonces aún no había plan alguno de construir otros campos de exterminio y ni siquiera de aumentar la capacidad de alojamiento en Auschwitz (Rees, 2005: 126-127).

No obstante, a partir de entonces, los sucesos se precipitarían sin pausa. A fines de aquel mes de noviembre el doctor Mennecke llevó adelante el segundo experimento con judíos de Buchenwald. Esta vez fueron mil doscientos los gaseados en la clínica de Bernburg (Gilbert, 1987: 239). Cinco días después se cursarían las invitaciones a Wannsee, conferencia en la que, como señalamos, nada se dijo acerca del avance logrado en estos experimentos.

Llegamos así a un episodio clave en la historia de la Shoá: el 7 de

diciembre de 1941, Japón bombardeó Pearl Harbor y los Estados Unidos ingresaron en la guerra. El 11, tras convocar al Reichstag, Hitler le declaró la guerra a los Estados Unidos. El conflicto europeo se transformó así en una guerra mundial.

Al día siguiente, 12 de diciembre de 1941, en Berlín, Hitler y Himmler se reunieron en las dependencias privadas de la Cancillería del Reich con los líderes regionales, sus más fieles funcionarios, a quienes el Führer dirigió unas palabras con inusual franqueza. Acerca de este discurso, Goebbels (quien asistió al mitin) escribió en su diario: "*por lo que respecta a la Cuestión Judía, el Führer está decidido a hacer una limpieza total*". Según el fiel Goebbels, Hitler "*había advertido a los judíos que si estos volvían a desencadenar una guerra mundial, serían destruidos. Y no fue una amenaza en vano, […] la guerra mundial ha llegado, y con ella la aniquilación de la judería*" (Dwork y Van Pelt, 2004: 425). A continuación, Goebbels consignó: *"Este asunto debe examinarse sin sentimentalismo alguno. No somos nosotros los que debemos tener piedad de los judíos, sino del pueblo alemán. Si una vez más nuestra nación ha sacrificado la vida de ciento sesenta mil hombres en la campaña del este, entonces los que han provocado este sangriento conflicto deberán pagar con sus vidas"* (Dwork y Van Pelt, 2004: 425).

La cifra de muertos alemanes que Goebbels admitió en ese discurso estaba muy por debajo de las cifras reales que manejaba el alto mando: "durante 1941 [las Fuerzas Armadas alemanas] habían enterrado a 800.000 soldados en las estepas rusas y sus divisiones estaban […] sólo al 50% de sus efectivos y personal" (Molina, 2009: t. 11, 7).

En la particular visión de Hitler, el nuevo escenario no era sino una prueba irrefutable de que la judería mundial se había unido para organizar un conflicto a escala mundial (Rees, 2005: 127). Para Burleigh, este discurso del día 12 de diciembre "probablemente constituya la prueba más sólida que tenemos de cuándo [Hitler] decidió compartir esta resolución con sus seguidores más probados y de mayor confianza" (2008: 1044-1045); va más allá incluso el historiador Christian Gerlach, al cifrar exactamente en esta jornada la decisión básica de Hitler en torno a la Solución Final de los judíos europeos.[103]

Unos días después, el 17 de diciembre, Hitler se reunió con Goebbels. En su entrada del diario, al día siguiente, este escribía respecto de la cuestión judía en términos similares a los de la semana anterior: "*El Führer está determinado a proceder consistentemente en este asunto y no habrá de detenerse por sentimentalismos burgueses*". Y agregaba: "*Todos los judíos habrán de ser transferidos al este. Qué pase con ellos allí no puede ser de gran interés para nosotros. Ellos se lo buscaron, ellos trajeron la guerra, ahora tienen que pagar la cuenta*" (Friedländer, 2007: 280).

En el mismo sentido, para esta época Goebbels publicó un famoso artículo plagado de invectivas antisemitas. En efecto, el 16 de noviembre escribió

> una filípica llena de odio que publicó en *Das Reich,* un periódico de "calidad" que llegaba a un millón y medio de hogares, titulada "Los judíos son culpables" ("*Die juden sind schuld"*). Citaba expresamente la "profecía" de Hitler […] diciendo: "*Estamos presenciando precisamente ahora el cumplimiento de esa profecía*". El destino de los judíos, proclamaba, era un destino "*duro, pero sobradamente justificado, […] la culpabilidad histórica de la judería mundial por el estallido y la expansión de esta guerra ha quedado tan ampliamente demostrada que no hay necesidad de desperdiciar más palabras. Ellos deseaban la guerra, y ahora la tienen*". Por lo que, sostenía Goebbels, "*no tenía ningún sentido ni compadecerles ni lamentarlo […], la política del gobierno será, finalmente, darles lo que se merecen*" (Kershaw, 2002: 474). [104]

A su vez, en respuesta al reclamo regional en el frente del este proveniente del comisario del Reich en el Báltico, Heinrich Lohse, que como vimos, estaba fechado el 15 de noviembre de 1941, por el cual pedía que se le aclarara si era preciso ejecutar la orden de exterminio de judíos "*sin consideraciones de edad ni sexo, ni de intereses económicos*" (Poliakov y Wulf, 1960: 159), el Departamento Político del Ministerio de los Territorios Orientales (Bräutigam, enlace de Rosenberg con el ejército) respondió más de un mes después, el 18 de diciembre de 1941:

> *En el intervalo [esto es, entre mediados de noviembre y mediados de diciembre de 1941], la cuestión judía ha tenido que aclararse mediante conversaciones. En principio, deben dejarse totalmente de lado las consideraciones de orden económico en la solución de este problema. Por otra parte, se recomienda resolver directamente con el jefe supremo de policía y de las SS [HSSPF Jeckeln] todas las cuestiones que puedan surgir* (Poliakov y Wulf, 1960: 160).

Esta respuesta a Lohse permite interpretar que, finalmente, ya se había tomado una decisión al respecto en el máximo nivel del poder nazi: los judíos tenían que ser asesinados, sin excepción.

Ese mismo día, 18 de diciembre, Himmler se reunió con Hitler. En

sus anotaciones, el primero escribió: "*cuestión judía / exterminar como partisanos*". No se refería, evidentemente, a los judíos de los territorios soviéticos, que venían siendo aniquilados desde hacía seis meses. Se refería al "enemigo mortal interno" en todo el Reich. La consigna era lo suficientemente clara, en el sentido de que significaba el exterminio de los judíos sin ninguna limitación (Kershaw, 2002: 484: Burleigh, 2008: 1045). Y aquí, en este punto culminante, nos valemos de un esclarecedor resumen de la situación hacia fines de 1941, que presenta Friedländer:

> En el curso de dos meses el líder nazi [Hitler] mencionó explícitamente el exterminio de los judíos el 19 de octubre, el 25 de octubre, el 12 de diciembre, el 17 de diciembre y el 18 de diciembre, y fue indirectamente citado por Goebbels, Rosenberg y Frank entre el 12 y el 16 de diciembre. Nada semejante nunca había pasado antes en las declaraciones de Hitler. Es más, el hecho de que cinco sobre siete de estas alusiones al exterminio hayan sido efectuadas a pocos días del 11 de diciembre [la declaración de guerra a los Estados Unidos] puede ser visto como un mensaje velado pero convergente de que una decisión final [sobre la cuestión judía] fue tomada a resultas de la entrada americana en la guerra (2007, 281).

En el mismo sentido, concluye Rees:

> [p]ese a que jamás se ha encontrado un documento escrito por Hitler […] aquel mes de diciembre, instigó y dirigió la intensificación de los actos perpetrados contra el pueblo judío […]. La rabia y la frustración que produjo a Hitler el contraataque efectuado por el Ejército Rojo a las puertas de Moscú el 5 de diciembre debió de haberlo predispuesto a desahogarse con el pueblo hebreo; pero lo ocurrido en Pearl Harbor acabó de determinar sus intenciones (2005: 128-129).
>
> Por su parte, para Toland, "[u]na de las razones por las que Hitler había demorado la puesta en práctica de la Solución Final era la esperanza de que su velada amenaza de exterminar a los judíos mantuviese a Roosevelt fuera de la guerra. Pero Pearl Harbor terminó con esta vaga ilusión; sus esperanzas dieron paso a la amargura, y el exterminio adquirió características de represalia internacional" (2009: 1048).

También Peter Klein suscribe esta tesis, al sostener que "la declaración de guerra a los Estados Unidos trajo consigo la extensión de la guerra europea a una guerra mundial, de tal modo, él mismo creó una condición decisiva para el cumplimiento de su 'profecía'. Al día siguiente, Hitler convino una reunión secreta con los *Reichsleiters* y *Gauleiters*" (en Kampe, 2009: 137). En esa dirección se orienta la estimación del oficial de la oficina de Eichmann, Dieter Wisliceny, para quien "[l]a segunda fase del proceso de exterminio comenzó después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra. […] En mi opinión es en esta época, después de la entrada en guerra de los Estados Unidos, cuando Hitler decidió el exterminio biológico del judaísmo europeo" (Poliakov y Wulf, 1960: 89).

Además, en este caso, la reacción de Hitler ante lo que consideraba una "provocación" de los Estados Unidos –vengarse en forma inmediata con los judíos que tenía bajo su dominio– no era para nada nueva sino que más bien se inscribía en una larga lista de represalias adoptadas desde 1933 en la Cancillería del Reich, en las que se advierte incluso cierta proporción entre la gravedad de la "provocación" y la reacción de Hitler. Sin pretensión de ser exhaustivos, recordemos los siguientes episodios:

- La ola de críticas de referentes políticos y de la prensa norteamericana a la persecución a los judíos desatada por los nazis, sumada a los boicots a negocios alemanes, llevó a Hitler a disponer, en respuesta, el boicot a los negocios judíos de Alemania el 1° de abril de 193 [105]
- Tras la invasión a Polonia del 1° de septiembre de 1939, la reacción crítica del gobierno y de los medios gráficos norteamericanos llevó a Hitler a decidir, el 10 de septiembre de ese año, el toque de queda para todos los judíos del Reich, como enemigos del Estado, para escarmiento del presidente *Rosenfeld* y de "la prensa judía" (Toland, 2009: 854).
- Cuando los Estados Unidos decidieron, el 6 de septiembre de 1941, escoltar sus barcos y disparar a las naves alemanas en la "zona neutral" del Atlántico, Hitler, en parte como represalia, decidió el día 16 la deportación al este de los judíos del Reich.

Así las cosas, pese a que a comienzos de 1942 el único campo de exterminio en funcionamiento era Chelmno (Rees, 2005: 169), con su limitada capacidad de asesinato de mil víctimas diarias, lo cierto es que desde mediados de diciembre de 1941 la cúspide del aparato de

poder nazi contaba con la irreversible decisión de Hitler de aniquilar a todos los judíos alcanzados por la mano del imperio, como nuevo norte en cuya dirección había que ponerse a trabajar.
No obstante, durante los meses siguientes la burocracia digeriría el tránsito desde el proyectado plan de transportar a toda la judería europea a Siberia hacia otro método que alcanzara igualmente a varios millones de personas, pero que por primera vez (a diferencia de los planes Madagascar o Siberia) no dependería tan directamente de la marcha de la guerra y por lo tanto podría ser implementado sin más demoras ni contratiempos.

El análisis de los movimientos de la cúpula de las SS muestra que durante diciembre y enero se abrió un compás de espera en torno a la cuestión judía,[106] y que bastante después de la Conferencia de Wannsee, recién hacia marzo de 1942, las medidas orientadas a consolidar el circuito de campos de exterminio en territorio polaco cobraron nuevo impulso.

Es que si los nuevos planes apuntaban al territorio de la Gobernación General, el despliegue de las nuevas medidas, con deportaciones masivas de millones de judíos para su aniquilación en las cámaras de gas, requería que ninguna autoridad local interfiriese ni pusiera obstáculos u objeciones de ningún tipo a las operaciones. Y sobre este punto Himmler encontró desde siempre en el gobernador de esos territorios, Hans Frank, a un obstinado rival, que no se resignaba a entregarle por completo el manejo de la cuestión judía y apelaba para ello directamente a Göring y Hitler.

Era evidente que, como paso previo para implementar la Solución Final en la Gobernación General más allá del distrito de Lublin (donde las SS eran soberanas en este asunto), había que sacar del medio al molesto jurista (ácidamente bautizado “el rey alemán de los polacos”), de quien, además, no cabía esperar que aprobara por completo las drásticas medidas que habrían de adoptarse a partir de entonces en “su” territorio, donde aún vivían un millón setecientos mil judíos (recordemos el comentario de Frank a sus colaboradores meses atrás, según el cual sería impensable “envenenar” a todos los judíos o matarlos a tiros).

Y, en efecto, ya a principios de marzo de 1942, Frank tuvo que ceder en forma definitiva las competencias policiales a las SS. Esta rendición a su gran rival en torno a la cuestión judía fue consecuencia directa de un grave escándalo de corrupción que Frank tuvo que atravesar en esos días y que lo debilitó internamente; la cesión de estas competencias a Himmler fue el precio que tuvo que pagar para mantener sus cargos y privilegios.[107]

En un intento por conservar parte de sus prerrogativas, Frank designó al máximo responsable de las SS en la Gobernación General,

el HSSPF Friedrich Krüger, como su secretario de Estado en materia de seguridad (Hilberg, 2005: 219). En teoría, se suponía que de este modo Krüger también le respondería a él y lo mantendría informado de sus actos. En la práctica, nada de ello sucedió: Krüger siguió rindiendo cuentas en forma exclusiva a Himmler, y Frank tuvo que procurarse información por otras vías.

En definitiva, recién a partir de entonces Himmler se adueñó del control de la política judía, y extendió los poderes ilimitados de Odilo Globocnik de Lublin a toda la Gobernación General (Longerich, 2009: 521) para así montar, con la ayuda del HSSPF Krüger y otros jefes de las SS, la empresa criminal en ciernes.

Longerich señala que, una vez removido el último obstáculo político, en ocho días, entre fines de abril y comienzos de mayo de 1942, el calendario de Himmler registró siete reuniones con Heydrich en tres lugares distintos (Berlín, Múnich, Praga). Fue un "intercambio insólitamente intenso", enmarcado en dos reuniones de larga duración con Hitler en su cuartel general, el 23 de abril y el 3 de mayo. La cronología de los hechos "indica que Hitler, Himmler y Heydrich determinaron durante esos días los parámetros fundamentales del programa de exterminio paneuropeo que se pondría en práctica a partir de mayo-junio de 1942" (Longerich, 2009: 520). En medio de estas reuniones, el 5 de mayo de 1942, Heydrich se apersonó en París y reveló que en el este "*se estaban ideando soluciones más prometedoras y eficaces*" para dar impulso a la Solución Final (Hilberg, 2005: 703). En el mismo sentido, sostiene Burleigh que: "En el período intermedio entre la construcción de Belzec y la activación de Treblinka, probablemente en mayo de 1942, las operaciones se ampliaron a todos los judíos de la Gobernación General y del resto de la Europa ocupada" (2008: 1037).

A partir de esta revitalización de las iniciativas, los avances en la Solución Final serían muy llamativos, no sólo por la ampliación del circuito de campos de exterminio y de su "capacidad instalada" de producción de cadáveres, sino también debido a la multiplicación de los programas de deportación, que pasaron, del escaso número que había hasta ese entonces,[108] a abarcar muchos países y localidades, con destino a los campos de exterminio, comenzando por los judíos de Holanda, Francia y Varsovia (julio), los de Bélgica y Croacia (agosto), y así sucesivamente (Friedländer, 2007: 536).

Auschwitz y la Solución Final. Una cronología esclarecedora

Tras haber sido erigido inicialmente como campo para prisioneros de

guerra, Auschwitz estuvo sujeto a ampliaciones y complejizaciones que comenzaron en 1941 y no finalizaron sino hasta mediados de 1943, fecha en que se culminaron unas sofisticadas instalaciones industriales destinadas a la matanza masiva de personas –que lo transformarían en el campo de concentración y de exterminio Auschwitz-Birkenau–.

Así, la evolución de Auschwitz-Birkenau a lo largo de este período constituye una valiosa fuente de información para determinar los avances, a través de las últimas etapas, de la Solución Final. Es que cada una de esas instancias dejó sus huellas en la geografía de lo que comenzó siendo Auschwitz y terminó convirtiéndose en Auschwitz-Birkenau.

Prescindiremos del relato brindado por su comandante, Rudolf Höss, pues se ha demostrado que su versión dista de ser confiable, dado que tiende a favorecer su situación personal y a depositar la responsabilidad por los acontecimientos en sus superiores.[109]

Auschwitz durante las etapas de la Solución Territorial, el plan Siberia y los fusilamientos de judíos en el este

Hasta comienzos de 1941, Auschwitz había tenido un papel poco trascendente, entre otros campos que ya para aquel entonces coexistían en el imperio nazi.

La orden de su construcción data de abril de 1940. Fue el séptimo campo que se creó (los anteriores habían sido Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald, Flossenburg, Mauthausen y Ravensbruck). Se dispuso que un experimentado director de campos, Rudolf Höss, quedaría al mando. El 14 de junio de 1940 comenzó a funcionar como un centro destinado a prisioneros políticos polacos. En el marco del sistema de campos nazis, Auschwitz, con una capacidad de alojamiento en aquellos primeros tiempos de unos diez mil prisioneros, fue una más entre muchas instituciones destinadas a confinar y disciplinar a oponentes al régimen; vale decir que no se caracterizaba por alojar a cautivos judíos, sino más bien a prisioneros políticos polacos y miembros de la resistencia (Steinbacher, 2005: 29).

La primera fecha que demuestra un viraje en la funcionalidad del campo fue el 1º de marzo de 1941, cuando Heinrich Himmler lo visitó (Dawidowicz, 1990: 160). Bajo el paraguas de las SS, en toda la región se estaban erigiendo emprendimientos fabriles que requerían la explotación intensiva de mano de obra, la cual era provista a las industrias a un mínimo costo a través de la Dirección de Asuntos Económicos de las SS.

En aquella ocasión, Himmler le dio claras instrucciones a su comandante, Rudolf Höss: había que ampliar al triple la capacidad de alojamiento del campo, a fin de que pudiera acoger hasta treinta mil prisioneros comunes (Rees, 2005: 74). La orden estaba relacionada con los grandes planes que estaban pergeñándose, ya que avanzaban las negociaciones para que la firma alemana IG Farben instalara en la zona un gigantesco complejo industrial para producir caucho sintético. El pacto entre las SS y la más importante empresa química alemana, de capitales privados, presentaba, al igual que otros emprendimientos similares, un gran atractivo para ambos: la explotación de mano de obra disponible en el campo de concentración, gracias a lo cual las dos partes se beneficiarían económicamente de un modo considerable.

Un mes después de la visita de Himmler a Auschwitz, en la que ordenara la ampliación del campo, el 7 de abril se celebró la reunión fundacional de la nueva filial de la IG Farben en Katowice (Kattowitz), a treinta kilómetros de Auschwitz y sesenta kilómetros de Cracovia. La planta industrial llevaría el nombre de Buna. En una carta dirigida a la central de la empresa en Fráncfort, fechada al día siguiente, se mencionaba que "*durante una comida que nos ha ofrecido la dirección [Rudolf Höss] del campo de concentración [Auschwitz], se han puntualizado todas las medidas relativas a la utilización de empresas muy interesantes del campo de concentración por parte de las fábricas Buna*" (Poliakov y Wulf, 1960: 64).

Este emprendimiento edilicio, que colocó a Auschwitz en una nueva fase de su evolución, era el único existente en ese momento. En efecto, en un informe detallado recientemente descubierto sobre el avance de las obras en Auschwitz, fechado el 12 de septiembre de 1941, sólo se habla de estas ampliaciones en el complejo I, para albergar a treinta mil reclusos (Rees, 2005: 112), como producto del acuerdo con la IG Farben para la construcción de la IG Auschwitz (Hilberg, 2005: 972).

El siguiente paso en la ampliación del campo se dio recién el 27 de septiembre de 1941. Ese día, Hans Kammler, jefe de la Oficina Central de Edificación de las SS, ordenó la construcción, en Birkenau, de instalaciones para albergar a cincuenta mil prisioneros de guerra soviéticos transferidos a las SS, en forma administrativa, el día anterior (Kranz, 2007: 13).

Se trató de una iniciativa de Himmler a raíz de la invasión a la Unión Soviética, que lo llevó a decidir el apresurado emplazamiento de dos grandes campos de prisioneros de guerra: uno en Lublin y otro en Birkenau, en las inmediaciones de Auschwitz. Tampoco en estas decisiones de fines del verano de 1941 estuvo presente la cuestión judía (Hilberg, 2005: 972), sino los ya referidos megalómanos planes de Himmler relacionados con la cristalización del "espacio vital".

Sin embargo, hacia fines de 1941 y comienzos de 1942, con el

avance de las obras y la efectiva triplicación de la capacidad de albergue y de explotación de Auschwitz, los planes acerca de qué población sería enviada al campo variaron drásticamente, no sólo a partir del deterioro de los presos soviéticos durante aquel invierno, [110] sino también debido al fracaso del plan Siberia.

En efecto, descartados los prisioneros de guerra del Ejército Rojo, de los cuales sólo diez mil llegaron en octubre de 1941 y fueron diezmados rápidamente –un mes después de haber llegado a Auschwitz sólo quedaba con vida la mitad, en febrero de 1942 subsistían unos dos mil, y en mayo apenas ciento ochenta y seis (Steinbacher, 2005: 94)–, y dado que el envío de los judíos polacos más al este resultaba imposible, se estaban tomando iniciativas locales en toda la región para resolver la cuestión judía de un modo rápido y efectivo. Por ello, tanto en la zona de Lublin como en la de Cracovia se aprovecharon las obras avanzadas en ambos campos, pensadas con otra finalidad (estrechamente ligada a la victoria final en el este, que nunca llegó), y se le dio prioridad a la evacuación de decenas de miles de judíos locales, que en gran medida terminaron poblando ambos campos a partir de entonces. Así y todo, en Auschwitz, "hasta mediados de 1942, durante la 'fase polaca' de la historia del campo, el número de judíos, la mayoría de ellos arrestados por razones políticas, se mantuvo relativamente bajo" (Steinbacher, 2005: 30).

En resumen, con las sucesivas expansiones del campo de concentración durante el año 1941 y la consiguiente multiplicación de las situaciones de explotación, no sólo dentro del campo sino también por el empleo de mano de obra esclava en otros campos de trabajos forzados de la zona, como los de la Organización Schmelt, también Rudolf Höss llegó a la conclusión de que debía buscar un método eficiente de asesinato masivo. Es que en los campos de la Organización Schmelt se empleaba mayormente mano de obra judía, extraída de los guetos de la Alta Silesia. Bajo el amparo de esa organización "se practicaron, desde noviembre de 1941, selecciones –al principio esporádicas, luego sistemáticas– entre las decenas de miles de trabajadores judíos forzados. A los no aptos se los deportaba a Auschwitz, donde eran asesinados" (Longerich, 2009: 518).

El hambre, la sed, las enfermedades, los malos tratos, las duras condiciones de trabajo, la falta de descanso, la exposición a temperaturas extremas, entre otras causas, llevaban a miles de esclavos al colapso físico a las pocas semanas de llegar al campo, o bien eran enviados allí ya en esas condiciones desde otros campos.

Se trataba simplemente de dar otro paso en el camino iniciado con el Programa T-4 y que tuvo su continuación con el Programa 14 f 13 –que, como señalamos, pasó por Auschwitz a fines de julio y durante agosto de 1941–. Había llegado el momento de instalar en el seno del

campo los recintos adecuados para darles “tratamiento especial” a enfermos y disminuidos físicamente, en forma directa, sin tener que depender de los expertos en eutanasia del Programa 14 f 13.

Así, hacia el 3 de septiembre de 1941 (Hilberg, 2005: 974), en el área donde estaban alojados los cautivos, más precisamente en el subsuelo del Bloque 11 de Auschwitz, novecientas personas, entre ellas doscientos cincuenta pacientes de un hospital cercano, seiscientos prisioneros de guerra soviéticos que habían sido llevados al campo para ser asesinados,[111] además de judíos desechados por la Organización Schmelt (Steinbacher, 2005: 88), fueron los primeros gaseados con Zyklon B (cianuro de hidrógeno) en un experimento vinculado con la idea de diseñar y construir instalaciones fijas con ese fin dentro del campo. Para ello, dos civiles de Hamburgo les habían enseñado previamente cómo emplearlo (Dawidowicz, 1990: 175).

Tras la evaluación positiva del experimento, en parte para mantener el secreto frente al resto de los prisioneros, y también porque la remoción de los cadáveres desde el sótano del Bloque 11 era una tarea dificultosa, se prefirió proyectar la instalación de la cámara de gas en uno de los edificios del sector administrativo de las SS, donde desde 1940 funcionaba un pequeño crematorio cuya sala mortuoria sería convertida en una cámara de gas de reducidas dimensiones, mediante el sellado hermético y el acondicionamiento del cielorraso para poder introducir el Zyklon B. En este recinto, como parte del proceso de adaptación, se efectuó un segundo experimento, aparentemente el 16 de septiembre de 1941.

No fue sino hasta el 15 de febrero de 1942 cuando el experimento de gaseamiento efectuado cinco meses antes, como parte de un plan de instalación de algún mecanismo eficiente de liquidación de los cautivos improductivos, se convirtió en algo concreto y permanente: el Krematorium I, que contaba con una cámara de gas y dos hornos crematorios.[112]

El complejo, pese a sus discretas dimensiones, estaba emplazado (como puede verse hoy) en un lugar evidentemente inapropiado para finalidades más abarcadoras: cerca de la entrada al campo y rodeado de otros edificios, barracas y viviendas de los SS en los que transcurría la vida cotidiana del campo. Su disfuncional ubicación y sus pequeñas dimensiones indicaban a las claras que, en el momento de su diseño y construcción, no estaba pensado más que como una especie de continuidad con la política de eutanasia iniciada con el Programa T-4 y continuada con el Programa 14 f 13, ahora completada con la instauración de una solución local que libraría a los médicos itinerantes de esos programas de tener que ocuparse del asunto en los lindes del campo.

Fue así como, pese a las dificultades que se verificaron con su puesta

en marcha,[113] comenzó el gaseado de los judíos en el *Stammlager* (campo viejo) de Auschwitz. Estas instalaciones funcionaron durante todo 1942 como cámara de gas y hasta julio del año siguiente como horno crematorio (Steinbacher, 2005: 89; Hilberg, 2005: 974). La construcción, puesta a punto e inicio del funcionamiento del Krematorium I también constituyeron una iniciativa local y funcional a la vida del campo, a la vez que consolidaron la expectativa de alcanzar a los "judíos improductivos" de la región donde Auschwitz estaba emplazado, para que fueran enviados allí (en especial por la Organización Schmelt y a partir de la directiva de Heydrich de liquidar a los prisioneros soviéticos "comunistas o judíos"). Sin embargo, en palabras de Hilberg,

> [d]ado que el tamaño de la cámara y la capacidad de los dos hornos no eran suficientes para la tarea emprendida, Höss buscó un nuevo emplazamiento para practicar gaseados adicionales. […] encontró en Birkenau dos pequeñas granjas que parecían adecuadas. Empezaron por tapiar las ventanas. Eliminaron las paredes interiores e instalaron puertas herméticas especiales. Los dos edificios de gaseado se pusieron en funcionamiento en 1942, el más pequeño en marzo y el mayor en junio. Se denominaron Bunker I y II (2005: 974).

En efecto, el 27 de febrero de 1942, prácticamente en forma simultánea al inicio de las funciones del Krematorium I, Rudolf Höss (que ese día recibió la visita del jefe de construcciones de las SS, Kammler) decidió trasladar a Birkenau un horno crematorio que se había proyectado colocar también en el campo principal; pero junto con ello se planeó la construcción de nuevas instalaciones de gaseo, evidentemente conforme a los nuevos planes de recepción masiva de judíos de la región en el campo.

En efecto, más allá de los crecientes despachos a Auschwitz de judíos exhaustos provenientes de la Organización Schmelt para su liquidación (Longerich, 2009: 520), es muy probable que estas nuevas construcciones estuvieran relacionadas con la misiva, ya referida, del 26 de enero de 1942, por la cual Himmler le informaba a Richard Glücks (la máxima autoridad del sistema concentracionario) que ciento cincuenta mil judíos alemanes serían deportados a los campos, entre ellos a Auschwitz.

En previsión de este panorama, debían ampliarse las "instalaciones especiales" para desechar mediante "tratamiento especial" a los "elementos improductivos". Höss y sus expertos, con el asesoramiento de la oficina central de construcciones de las SS, escogieron dos

modestas casas de campo a medio camino entre el campo y la localidad de Birkenau, convenientemente apartadas, que no tardaron en convertirse, la primera en una cámara de gas con capacidad para ochocientas personas, denominada Bunker I o Casa Roja, y la segunda, el Bunker II o Casa Blanca, en otra cámara de gas con capacidad para mil doscientas personas (Longerich, 2009: 520). El Bunker I se utilizaría desde marzo de 1942, durante un año aproximadamente, y el Bunker II comenzaría a usarse a fines de junio de ese año y su vida útil se extendería unos meses más que la del Bunker I. [114]

Fue en este último, hacia el 20 de marzo del 1942, donde se experimentó nuevamente con Zyklon B para exterminar a varios cientos de judíos procedentes de distintos campos cercanos. Nuevamente, el experimento fue juzgado exitoso (Gilbert, 1987: 291). Los cuerpos de las víctimas conducidas a estos dos recintos se incineraron a la intemperie, pues la construcción del horno demoró mucho más tiempo e incluso este terminó cambiando de lugar y de funciones.

Mientras se ponía a punto la cámara de gas del Bunker I y se terminaba de construir la del Bunker II, los prisioneros recién llegados eran mantenidos temporalmente en barracas. Durante cuatro semanas llegaron más de seis mil judíos eslovacos. Así, cuando las cámaras de gas comenzaron a funcionar en Auschwitz, las autoridades del campo actuaron de acuerdo con lo que, para esa misma época (fines de 1941, comienzos de 1942), se estaba haciendo en Chelmno y en Belzec y hacia agosto se haría en Majdanek: aplicar la técnica del gas para deshacerse de los "judíos improductivos" que cayesen en sus manos, tanto los cautivos propios como los de los campos y guetos existentes en la región; no obstante, la escala creciente de los asesinatos indica claramente que durante marzo, abril y mayo de 1942 se estaba acelerando el proceso de destrucción de los judíos alcanzados con vistas a hacer lugar (tanto en los guetos como en los campos) a decenas de miles más que los nazis esperaban deportar desde toda la Europa conquistada.

Auschwitz-Birkenau durante la etapa de la Solución Final de la cuestión judía en Europa

Un signo inequívoco del rol que desempeñaría el campo a partir de los siguientes meses fue que, tras la visita de Himmler al HSSPF Krüger en Cracovia el 13 de marzo de 1942 (Longerich, 2009: 518), seguramente con el objetivo de coordinar la nueva etapa que se iniciaba, el día 25 llegaron a Auschwitz los primeros deportados desde el exterior, unos

mil judíos de Eslovaquia (Steinbacher, 2005: 105).[115] Y el 30 de marzo llegó un transporte desde un nuevo punto de origen: Francia. Unos mil cien judíos no franceses (en su mayoría polacos) que estaban en campos de internamiento habían sido despachados desde París.[116]

En sintonía con ello, debe resaltarse que las ejecuciones de judíos en las cámaras de gas de Auschwitz dejaron de ser esporádicas e intermitentes en mayo de 1942, cuando pasaron a efectuarse de un modo más sistemático, y se convirtieron en rutina cotidiana a partir de julio (Steinbacher, 2005: 106). De acuerdo con esta nueva metodología, la mayoría de los judíos recientemente arribados serían gaseados en el Bunker I y luego también en el Bunker II, y sus cuerpos, incinerados mientras avanzaba la edificación de los hornos crematorios. Entre mayo y septiembre fueron gaseados judíos eslovacos, franceses, belgas y holandeses, además de polacos.

Paralelamente, debido a la abundante oferta de mano de obra esclava, el rápido crecimiento del campo como centro de atracción para emprendimientos económicos en sus más variadas expresiones –entre las firmas allí radicadas pueden mencionarse Krupp y Siemens-Shuckert– tuvo su momento culminante con la inauguración de lo que sería Auschwitz-III (Monowitz) el 30 de mayo de 1942 (Gilbert, 1987: 353; Steinbacher, 2005: 56-57).

Pero muy pronto, como había ocurrido en Belzec, la capacidad de gaseamiento disponible no sería suficiente para eliminar a los cientos de miles de deportados que se planeaba despachar allí. Era necesario ampliar las instalaciones. En concreto, a mediados de 1942 se inició una serie de sucesivas ampliaciones edilicias, todas destinadas a un único fin: el asesinato masivo y sistemático de judíos provenientes de toda la Europa bajo dominio nazi.

Para esa época, la Solución Final de la cuestión judía en Europa estaba en plena escalada hacia las nuevas metas previstas. Auschwitz desempeñaría en esta empresa un papel descollante: las obras encaradas a partir de ese momento se vieron desbordadas más de una vez por el aumento exponencial en la escala del exterminio. Así, el 2 de julio de 1942 se dio comienzo a las obras de construcción, ya en el sector de Auschwitz-Birkenau o Auschwitz II, de lo que finalmente se conocería como el Krematorium II. Su amplia cámara de gas fue incluida en los planos durante marzo de 1942.

La llamativa demora para iniciar las obras tuvo que ver con las idas y venidas relacionadas con los sucesivos cambios de planes ocurridos hasta mediados de 1942, detalladas por Raul Hilberg (2005: 977). Veamos:

- A fines de 1941, estas instalaciones estaban pensadas sólo

como crematorio con cinco hornos; es decir, un equipamiento muy usual en los campos de concentración, destinado a deshacerse de los cadáveres de los cautivos que iban muriendo por inanición, explotación esclava, enfermedades, ejecuciones individuales, penas de muerte sumarias, etcétera. Sin duda, este proyecto originario empalmaba con la idea de trasladar a cien mil prisioneros de guerra soviéticos a Auschwitz.

- Cuando esto se dejó de lado, el tamaño se redujo a dos depósitos de cadáveres en el sótano y dos hornos en la superficie.
- El 27 de febrero de 1942, el jefe de construcciones de las SS, Kammler, visitó el campo y decidió instalar de nuevo los cinco hornos. A esa altura ya estaba claro que el campo recibiría decenas de miles de judíos. Pero se decidió instalar los hornos fuera del campo principal, en una zona más apartada (donde también se construirían los Bunker I y II).
- Durante marzo, se efectuaron nuevos cambios en los planos: una de las salas se convirtió en el lugar para desnudarse; la otra, en una gran cámara de gas. Otro síntoma de que para entonces ya se estaba gestando la Solución Final de la cuestión judía en Europa.

Este enorme edificio de ladrillo en Birkenau, el Krematorium II, sería el primero de cuatro grandes complejos que tornarían obsoletos los Bunker I y II y llevarían a su desmantelamiento. Al Krematorium II, cuya construcción comenzó el 2 de julio de 1942, le seguirían otras instalaciones, todas muy parecidas entre sí y con una capacidad similar. Los tres siguientes fueron: el Krematorium III, iniciado el 14 de septiembre de 1942; el Krematorium IV, el 9 de octubre de ese mismo año, y el Krematorium V, el 20 de noviembre (Hilberg, 2005: 979).

Evidentemente, había mucho apuro para la ampliación, pese a que durante todo 1942 Auschwitz “apenas” recibió unos 175 000 judíos. Era indispensable aumentar la producción, puesto que Auschwitz-Birkenau reveló ser el único campo, ahora de exterminio, donde al mismo tiempo podía hacerse una “selección” y explotar la mano de obra esclava judía que estuviese en condiciones.

Es por eso que hacia allí se pensaba destinar la mayoría de la población cautiva judía europea a partir de entonces, justo en la época en que “la ofensiva alemana contra los judíos de Europa llegó a su punto culminante” (Friedländer, 2007: 536): a las ya diezmadas

comunidades del Warthegau (exterminados en Chelmno) y del este soviético (masacrados por fusilamientos), el proceso de exterminio estaba sumando a los judíos del Reich, de Eslovaquia y de toda la Gobernación General, salvo Varsovia. Y en las siguientes semanas –como ya señalamos– se sumarían los judíos de Holanda y Francia, así como también los de Varsovia, los de Bélgica y demás.

Prueba cabal de la importancia que se le asignaba fue que el propio Himmler efectuó una exhaustiva visita de dos días al campo, el 17 y el 18 de julio de 1942, en la que recorrió en compañía de su anfitrión Rudolf Höss el "Campo Viejo" y Auschwitz III-Monowitz, y también supervisó el funcionamiento de los Bunker I y II–-incluso asistió a un gaseo con Zyklon B en el Bunker II– y el inicio de las obras del Krematorium II.

Así y todo, por distintas dificultades, contratiempos y cierta complejidad propia del diseño de los edificios, los cuatro artefactos de cámaras de gas con capacidad para dos mil personas como máximo cada uno, provistos con sus respectivos hornos crematorios, recién entraron en funcionamiento entre marzo y junio de 1943[117] y estuvieron funcionando hasta noviembre de 1944, mes en que Himmler ordenó la clausura y voladura de todos estos artefactos de la muerte.

Así, según las referencias de Hilberg (2005: 979 y ss.), las fechas de construcción e inicio de las operaciones y las fechas de cierre fueron las siguientes:

[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			
[illegible]	[illegible]			

En total, desde los primeros tiempos hasta la liberación del campo el 27 de enero de 1945, en Auschwitz-Birkenau fueron asesinados, por múltiples causales, pero especialmente en las cámaras de gas, aproximadamente un millón de judíos. Debemos señalar que, si bien

fueron ellos las víctimas más numerosas, no fueron las únicas: allí también perecieron setenta mil prisioneros políticos polacos, unos veinticinco mil romaníes ("gitanos") y alrededor de quince mil prisioneros de guerra soviéticos, entre otros colectivos menos numerosos (comunistas y demás perseguidos políticos alemanes, homosexuales, testigos de Jehová, etcétera).

El campo de exterminio de Belzec y su papel en la Solución Final

Retomamos aquí el relato efectuado en torno a este campo. En forma contemporánea a la inauguración de Belzec, el 14 de marzo de 1942, Himmler viajó a Lublin y se reunió una vez más con Globocnik. La idea original que Globocnik había planteado en Berlín, según la cual serían llevados a Belzec en forma sistemática los judíos enfermos, malogrados y otras "bocas improductivas" de los guetos y campos de la región para ser tratados por un método más eficiente que el de los fusilamientos (como se venía haciendo en Auschwitz I), daría paso al nuevo escenario –que ahora estaba a la vista– de la cuestión judía.
En este encuentro, fiel a su estilo de transmitir "órdenes duras" cara a cara, el Reichsführer le encargó a Globocnik que acelerara la matanza de los judíos de la región con vistas a preparar el terreno de la Solución Final pautada durante los meses previos. A partir de estas instrucciones, entre el 16 de marzo y el 20 de abril

> el gueto de la capital del distrito, Lublin, fue evacuado casi completamente. En esa "acción" sangrienta, que se desarrolló en dos fases, se fusiló a muchas personas en el propio gueto. Varios miles fueron retenidas como mano de obra, y unas treinta mil fueron deportadas a Belzec y asesinadas. El 24 de marzo comenzaron las deportaciones desde las zonas rurales del distrito, de las cuales Globocnik y su gente acarrearon a alrededor de catorce mil hasta mediados de abril […]. Existen diversas pruebas de que Globocnik tenía por esas fechas [mediados de marzo de 1942] el encargo de Himmler de asesinar a los judíos "no aptos para el trabajo" de todo el distrito (Longerich, 2009: 518).

Fue así como Belzec pasó a convertirse, hacia la primavera de 1942, en una pieza fundamental del exterminio de los judíos residentes en la región, en mucha mayor medida que la que estaba prevista en los planes originales, en especial los del gueto de la ciudad de Lublin, un

centro cultural y religioso judío de relevancia mundial. También desde el vecino distrito de Galitzia, entre mediados de marzo y principios de abril, Globocnik deportó a Belzec a unos quince mil judíos improductivos del gueto de Lvov (Longerich, 2009: 519).

El 27 de marzo de 1942, Goebbels, que desde Berlín estaba evidentemente al tanto de lo que ocurría, escribía en su diario sobre las deportaciones al este. Las medidas necesarias estaban siendo ejecutadas por Globocnik, quien actuaba "*con considerable circunspección y acorde a métodos que no atraen mucho la atención*" (Gilbert, 1987: 309; Burleigh, 2008: 1039). En concreto, el ministro de Propaganda apuntaba que "*los guetos en la Gobernación General, purgados de judíos polacos, serán repoblados con judíos removidos desde el Reich, y este proceso habrá de ser repetido varias veces*" (Kranz, 2007: 15-16). Respecto de los judíos de Lublin, escribía: "*El 60% tienen que ser liquidados, mientras que sólo el 40% es utilizable para fines laborales*". Y concluía del siguiente modo: "*Se les está aplicando a los judíos una sentencia que es brutal, pero plenamente merecida. Lo que les profetizó el Führer por traer una nueva guerra mundial está empezando a cumplirse de la forma más terrible […]. el Führer es también en este caso el portavoz y el adalid inquebrantable de una solución radical*" (Kershaw, 2002: 453 y 486).

El campo de exterminio de Belzec, durante esta primera fase, recibió contingentes de judíos de la región y llevó a cabo los respectivos gaseamientos desde mediados de marzo hasta mediados de junio: en ese lapso se cobró un total aproximado de ochenta mil víctimas.[118] Pero los primeros planes de alcance local, que habían desembocado en una "capacidad instalada" relativamente limitada de asesinatos, se mostrarían insuficientes ya desde el comienzo de las operaciones de gaseado, por lo que serían ampliados sustancialmente; en este marco, Belzec estaba llamado a convertirse en uno de los campos de exterminio fundamentales de lo que ya se había decidido en Berlín: la Solución Final de la cuestión judía en Europa.

El síntoma más significativo de este cambio trascendental en los alcances de su poder de exterminio se produjo concretamente a mediados de junio de 1942, cuando se suspendieron los transportes, a fin de construir nuevas cámaras de gas con mucha mayor capacidad y acordes con los nuevos planes en desarrollo. En efecto, hoy sabemos que el cierre temporario del campo de Belzec –hasta su reapertura a fines de julio de 1942– se debió a la construcción de un gran edificio de piedra que albergaba seis cámaras de gas de mayores dimensiones que las anteriores (Hilberg, 2005: 969), pues "no tardó en hacerse patente que la capacidad" de las que estaban instaladas "no bastaba para acabar con la cantidad de condenados que tenía previsto recibirse en el campo" (Rees, 2005: 222).

Por cierto, las tres cámaras originales eran de reducidas dimensiones, cuartos comunes en los que se habían instalado cañerías con supuestas duchas en los techos de las cuales, en vez de salir agua, emanaba gas. En un comienzo se empleó gas embotellado como en el Programa T-4, pero luego fue emplazado un motor a explosión de gran porte, que suministraba monóxido de carbono a las tres habitaciones.

Cuando concluyeron las obras de ampliación, en el verano de 1942, la capacidad homicida de Belzec se amplió de unos cientos a unas mil quinientas personas en forma simultánea. La supervisión de las obras estuvo a cargo del jefe de la Oficina de Construcciones de las SS, Hans Kammler, que visitó las obras el 8 de agosto de 1942 (Kranz, 2007: 40). Una vez reabierto el campo, durante la segunda semana de julio de 1942, se reiniciaron las deportaciones desde el distrito de Cracovia a Belzec.

En esta segunda etapa, desde mediados de julio hasta fines de diciembre de 1942, fecha en que se cerró el campo, fueron gaseados otros cuatrocientos mil judíos y se verificaron más de dos centenares de deportaciones desde casi todas las comunidades judías en las regiones de Lublin y Galitzia (Gilbert, 1987: 302; Zadoff, 2004: 149), que incluyeron, además de los judíos locales, contingentes de alemanes, austríacos, checos y eslovacos enviados allí en forma temporaria.

Merced al funcionamiento continuo de las nuevas instalaciones, el total de judíos gaseados se aceleró hasta alcanzar una cifra total que no ha logrado precisarse pero que resulta cercana al medio millón de víctimas.[119]

En los meses siguientes a su emplazamiento originario, Belzec serviría además como prototipo para otros dos campos de exterminio que se levantarían en las márgenes del río Bug y que pasarían a conformar el circuito de campos de la operación Reinhard: Sobibór y Treblinka (Hilberg, 2005: 965).

El campo de exterminio de Sobibór

Por lo expuesto hasta aquí queda claro que durante la primavera de 1942 tomó forma rápidamente un programa global de aniquilación sistemática de los judíos europeos (Kershaw, 2002: 485). En este marco, el campo de exterminio de Sobibór, cuya construcción se había iniciado hacia marzo de 1942, abrió sus puertas a mediados de abril de ese año (Hilberg, 2005: 967-968) y recibió el primer grupo de deportados a principios de mayo (Browning, 2002: 110).

El campo, dirigido por Franz Stangl, tenía una superficie muy

reducida –al igual que Belzec y Treblinka–, de pocos cientos de metros cuadrados. Parecía una estación ferroviaria de tránsito. Al llegar, las víctimas eran engañadas con una imagen bucólica, la de un lugar intermedio hacia el supuesto destino final que las aguardaba más al este.

En el curso de su existencia, Sobibór operó con un pesado motor de gasolina ruso de ocho cilindros, que liberaba una mezcla de monóxido de carbono y dióxido de carbono en sus tres cámaras de gas originales (Hilberg, 2005: 969). Al igual que en Belzec y en Treblinka, no había hornos crematorios: los cadáveres se cremaban a la intemperie en los confines del campo.

En esta planta de exterminio fueron asesinados, desde principios de mayo hasta fines de julio de 1942, cerca de noventa y cinco mil judíos deportados, tanto del distrito de Lublin como desde el Reich (alemanes, austríacos y checos); pero aquí también, poco después de haber entrado en funcionamiento, entre agosto y octubre, se suspendieron los envíos de judíos para mejorar el sistema de enlaces del transporte local y ampliar el proceso de gaseo, que pasó de una capacidad instalada que rondaba las quinientas víctimas por vez, al doble (Rees, 2005: 222; Zadoff, 2007: 452).

Así, en octubre se reiniciaron las deportaciones prácticamente desde todos los puntos geográficos de la Europa ocupada, y sumaron, en menos de un año, otros ciento cincuenta mil judíos a la cifra de asesinados, con lo que, en un año y medio de existencia del campo, se gaseó allí a unos doscientos cincuenta mil judíos en total (Zadoff, 2007: 452; Bensoussan, 2005: 72).

Sobibór, al igual que Belzec, pasó a integrar desde el inicio de sus operaciones un repertorio de establecimientos que, a través de la aniquilación de los judíos de la región, tenían como finalidad allanar el camino a la Solución Final a escala europea. Llegado ese momento, Sobibór también experimentó una ampliación de sus instalaciones de gaseo para adaptarse a la nueva escala de asesinatos que se esperaba efectuar de allí en más.

El campo de exterminio de Treblinka

Treblinka fue otro de los campos de exterminio relacionados directamente con el advenimiento de la Solución Final, al que fueron enviados, principalmente, los judíos del gueto de Varsovia.

La construcción del campo se inició días después de que Himmler se adueñara del control absoluto de la cuestión judía en la Gobernación General, a expensas de Hans Frank. En abril de 1942 fueron remitidos

al lugar unos cuarenta trabajadores esclavos desde Varsovia (Gilbert, 1987: 327). A medida que avanzaban las obras, en junio de 1942 los nazis comenzaron el tendido de una vía férrea especial hacia Treblinka. El campo siguió acondicionándose para recibir a los trescientos cincuenta mil sobrevivientes del gueto de Varsovia durante ese tiempo. Finalmente, hacia mediados de julio, todo estuvo listo para recibir a las primeras víctimas, porque las deportaciones efectivamente comenzaron a concretarse desde el gueto de Varsovia el 22 de julio de 1942.

Para ello, seguramente en coordinación con estos acontecimientos, y a los efectos de brindar cobertura legal y administrativa a las deportaciones –en especial frente a los pedidos de mantener con vida a trabajadores judíos considerados irreemplazables en muchos sitios, ya que el inicio de las deportaciones en la Gobernación General coincidió con una rápida disminución de la oferta de mano de obra (Hilberg, 2005: 580-584)–, Himmler emitió una directiva tres días antes, por la cual ordenó "*que se dé inicio al reasentamiento del total de la población judía de la Gobernación General, que deberá haber culminado llegado el 31 de diciembre de 1942*".[120]

A esta altura de los acontecimientos, el eufemismo del "reasentamiento" era lo suficientemente claro para todos los implicados: debía interpretarse como "exterminio". Baste decir que unos meses antes, el 10 de abril de 1942, el secretario privado de Himmler anotaba en su diario que "*es el deseo del Reichsführer que no se haga mención al 'tratamiento especial de los judíos'. Debe ser denominado 'transporte de los judíos hacia Rusia oriental'*". Incluso *sonderbehandlung*, es decir, "tratamiento especial", se consideraba demasiado explícito (Gilbert, 1987: 319).

En realidad, esta directiva de Himmler no apuntaba tanto al futuro sino que era más bien la cristalización de una decisión tomada, "resultado último de un proceso acumulativo de decisiones que había comenzado antes de la invasión de la Unión Soviética: el postrero eslabón de una cadena de causalidad […]. La fase conceptual había llegado a su fin, y la decisión fundamental se había tomado ya meses antes" (Rees, 2005: 215; similar en Rhodes, 2005: 393): los nazis iban a aniquilar a todos los judíos europeos.

En el gueto de Varsovia se produjo un bloqueo total de movimientos de los judíos, con guardias SS ucranianos y letones. Como consecuencia de la exigencia de seleccionar a seis mil judíos diarios para ser deportados, el titular del Consejo Judío, Adam Czerniakow, se suicidó, y dejó la siguiente nota manuscrita: "*Ellos me demandan que asesine a los niños de mi pueblo con mis propias manos. No hay nada más que pueda hacer que suicidarme*".

Entre fines de julio y fines de agosto de 1942, en apenas treinta días,

se calcula que más de trescientas mil personas fueron asesinadas en Treblinka, un promedio de diez mil por día (Rees, 2005: 223). Las deportaciones desde Varsovia continuarían casi sin pausa hasta el 12 de septiembre de 1942. Pero para esa fecha se suspendieron. Hubo cambios en la comandancia del campo. Christian Wirth, supervisor general de los campos de la operación Reinhard, reemplazó al doctor Irmfried Eberl (un experto del programa de eutanasia) por Franz Stangl, que había sido trasladado desde Sobibór. Este no tardó en comenzar la ampliación de las cámaras de gas, que, de ser tres de pequeñas dimensiones, pasaron a ser ocho en un amplio edificio de ladrillo, capaces de acoger a tres mil ochocientas personas, lo que sextuplicaba la capacidad de gaseamiento (Burleigh, 2008: 1039). En octubre de ese año estuvieron listas y así pudieron reanudarse las deportaciones, ahora con mayor ritmo (Rees, 2005: 236).

En total, en Treblinka fueron asesinados entre ochocientos mil y novecientos mil judíos, además de los más de trescientos mil de Varsovia, casi medio millón proveniente de las regiones de Radom, Bialystok y Lublin, más algunos miles desde Theresienstadt (Praga), Grecia y Eslovaquia. Nos dice Gilbert sobre ello que "[t]an sólo listar los nombres de cada uno de los asesinados, a un renglón por cada nombre, tomaría cerca de siete mil páginas impresas" (1987: 389).

El papel del campo de concentración y exterminio de Majdanek (Lublin)

Ya señalamos cómo fueron los orígenes de este campo de concentración asentado en la ciudad de Lublin: el 20 de julio de 1941, Himmler visitó la ciudad y dejó instrucciones al líder SS de la región, Globocnik, para levantar un campo de trabajo de grandes proporciones que albergara decenas de miles de prisioneros de guerra soviéticos, acorde con los ambiciosos proyectos asignados a esa región, destinada no sólo a germanizarse por completo sino además a servir como base militar y económica del imperio de las SS, incluyendo emprendimientos fabriles. Para cumplir con tales cometidos, hacia fines de agosto de ese año se dispuso la transferencia de cien mil prisioneros soviéticos al área de Lublin para ponerlos a disposición de Himmler.

El 27 de septiembre de 1941, Hans Kammler, ingeniero jefe encargado de las construcciones del sistema de las SS, dispuso la creación de dos campos gemelos para prisioneros de guerra, uno en Birkenau (al cual ya hicimos referencia) y otro en Lublin, ambos con capacidad para cincuenta mil personas.[121] Sin embargo, la

población destinada en un primer momento al campo nunca llegaría: "la intención asumida por las SS de trasladar [a Lublin] una gran cantidad de soldados del Ejército Rojo no tuvo posibilidad alguna de ser implementada, debido a la enorme tasa de mortalidad y las catastróficas condiciones sanitarias, y también debido a la decisión de Hitler del 31 de octubre [de 1941] de emplearlos en las industrias de armamentos dentro del Reich" (Kranz, 2007: 14).

Ante esta contrariedad, el 26 de enero de 1942 Himmler le informó a Richard Glücks que, en vez de los prisioneros soviéticos, ciento cincuenta mil judíos serían deportados a los campos desde el oeste. Y en efecto, el 13 de marzo de ese año arribó a Lublin el primer convoy desde el gueto de Theresienstadt, Praga; dos días después llegaría un transporte con judíos de Alemania, y del 29 de marzo al 7 de abril arribaron cuatro mil quinientos judíos eslovacos (Kranz, 2007: 15).

El campo, finalmente levantado a partir de marzo de 1942, fue denominado "Campo de prisioneros de guerra de las Waffen-SS en Lublin" (recién a partir de 1943 pasaría a llamarse, como se lo conocería en la posguerra, Konzentrationslager Lublin o KL Lublin, denominaciones halladas por los soviéticos en la época de la liberación).

Su naturaleza quedó clara a partir de un informe y de una carta que datan de aquella época. El informe, de mediados de marzo, fue redactado por un empleado del distrito de Lublin a partir de una conversación con el segundo de Globocnik. Allí se asienta que: "*está comenzando la construcción de un campo inmenso donde trabajadores calificados judíos serán clasificados por profesiones y en donde uno podrá servirse de ellos*" (Kranz, 2007: 17). Y la carta, enviada nada menos que por Himmler a un funcionario del Ministerio de Transporte del Reich el 14 de abril de 1942, señala: "*El campo de prisioneros de guerra [de Lublin] se supone que debe servir también como campo de concentración*" (Kranz, 2007: 13).

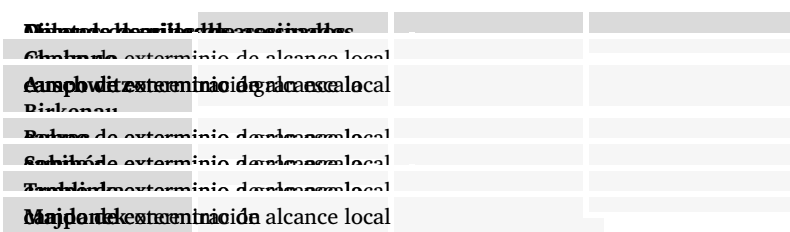
A partir de entonces, y por un largo período, Majdanek (Lublin) se mantuvo predominantemente como un campo de trabajo y, al mismo tiempo, como campo de tránsito para los judíos deportados al área de Lublin. En este sentido, tras la visita de Himmler del 19 de julio de 1942, Majdanek fue uno de los puntos escogidos para concentrar a la población judía (Kranz, 2007: 17). La situación era terrible, no sólo por las condiciones de vida y sanitarias, que generaban una alta tasa de mortalidad debido al hambre y las enfermedades, sino además por el agotamiento que provocaban los trabajos forzados para la construcción del campo y otras tareas impuestas a los cautivos. Majdanek se destacaba además por ciertas tácticas de terror que empleaban los guardias y los *kapos* sobre los cautivos y que casi siempre terminaban en asesinatos (Kranz, 2007: 37).

A ello hay que agregar que, por disposición de Globocnik, Majdanek también fue provisto con instalaciones de cámaras de gas, que fueron construidas hacia agosto de 1942 para deshacerse de los “judíos improductivos” (niños, ancianos y mujeres en gran proporción, así como trabajadores exhaustos o enfermos) y comenzaron a funcionar en septiembre.[122] En términos comparativos, su capacidad de matanza era bastante limitada debido a las acotadas dimensiones del edificio que las albergaba, y en ellas se empleaba monóxido de carbono embotellado y cianuro de hidrógeno (Zyklon-B). Sobre el particular, Hilberg (2005: 970) sostiene que eran tres pequeñas cámaras en forma de U, y que la fase de gaseado produjo entre quinientas y seiscientas víctimas semanales durante un período de un año.

En definitiva, entre septiembre de 1942 y julio de 1944, sumando todas las causas de muerte (hambre, enfermedades, castigos, agotamiento, gaseo, fusilamientos, etcétera), en Majdanek fueron asesinados entre cincuenta mil y sesenta mil judíos (Hilberg, 2005: 1367; Kranz, 2007: 75), dos tercios de ellos de origen polaco y el resto de diversas nacionalidades (eslovacos, alemanes, etcétera). Esa cifra incluye la aniquilación, ordenada por Himmler, en sólo dos días –3 y 4 de noviembre de 1943–, de unos dieciocho mil cautivos (lo que dejó el campo prácticamente vacío) fusilados por las SS, acción conocida como Día de la Cosecha, que sumó en total unas cuarenta y dos mil víctimas judías en todo el distrito de Lublin.

Si nos propusiéramos hacer una descripción comparativa de Majdanek, habría que establecer una diferencia con Treblinka y Sobibór (que nacieron directamente como campos de exterminio), y señalar que, al igual que Auschwitz, transitó por un primer período como campo de concentración, y que, al igual que Chelmno, no evolucionó hacia una escala industrial de matanza capaz de absorber a cientos de miles de víctimas de toda Europa, sino que –posiblemente por su ubicación en un enclave urbano demasiado visible– se quedó en la etapa previa; esto es, mantuvo su capacidad de asesinato limitada a un alcance local.

Ello, conforme al siguiente cuadro:



La lógica de la instalación y el empleo intermitente de cámaras de gas en Majdanek, en agosto de 1942, evoca los planes originales tanto de Auschwitz I como de Belzec; la diferencia radicó en que en estos dos últimos los gaseamientos evolucionaron hacia una fase sistemática (que Majdanek nunca alcanzó) y luego, tras sendas ampliaciones edilicias, hacia una escala mucho más vasta.

Conclusiones sobre el advenimiento de la Solución Final

Será durante la progresión del año 1942 cuando todas las señales indicarán la puesta en marcha de la Solución Final definitiva: la aniquilación de toda la judería europea mediante métodos industriales de gaseamiento en plantas de exterminio ubicadas en distintos puntos del territorio polaco. En retrospectiva, las diversas variables que deben considerarse para desentrañar el momento en que Hitler arribó a esta determinación indican que la decisión debió de haber sido tomada en diciembre de 1941, tras el desencadenamiento de la guerra a nivel mundial.

Así las cosas, durante los primeros meses de 1942 las distintas burocracias comprometidas de un modo u otro con el destino de los judíos europeos bajo dominio del imperio nazi, que ya habían asimilado el plan de connotaciones claramente genocidas esbozado por Heydrich en la Conferencia de Wannsee, sólo tuvieron que hacer algunos ajustes racionalizadores para digerir los nuevos métodos que se estaban aplicando en el este.

Es que lo único que variaba en el nuevo escenario era el método que se emplearía (gas) y el lugar donde se lo aplicaría (Polonia). El resto de los aspectos se mantenían incólumes, especialmente el objetivo (el genocidio del pueblo judío), la minimización de los aspectos negativos (en especial, el mantenimiento del secreto de las operaciones) y la organización que lideraría y centralizaría todo el proceso (las SS).

El 24 de abril de 1942, Hitler llamó a Goebbels para decirle que quería pronunciar un importante discurso ante el Reichstag. El domingo siguiente denunció al bolchevismo como "*la dictadura de los judíos*". Una vez más, sostuvo que los judíos debían ser tratados de un modo implacable, puesto que no eran más que "*gérmenes parásitos*". Para salvar a Alemania de ese mal, sostuvo, era necesario aprobar una ley que le concediera plenos poderes: "Los términos de esta ley eran tremendos […]. Ahora él quedaba oficialmente por encima de la ley, con potestad sobre la vida y la muerte […]. Los miembros del Reichstag […] aprobaron de forma unánime la medida 'ruidosamente y con entusiasmo'" (Toland, 2009: 1059).

A partir de las drásticas decisiones tomadas a fin de año, y con los ajustes finales para la radicalización del régimen totalitario, el descenso a través de los círculos del infierno se precipitaría aún más rápido, a raíz de un suceso ciertamente inesperado: tras ocho meses como regente del Protectorado de Bohemia y Moravia, el 27 de mayo de 1942 Reinhard Heydrich sufrió un atentado en Praga a manos de un grupo de partisanos checos y murió el 4 de junio.

En el ínterin, Himmler se reunió con Hitler tres días seguidos, el 3, 4 y 5 de junio. La cuestión judía no fue ajena a las conversaciones que mantuvieron entonces. Señala Friedländer al respecto: "No se sabe si fue durante esas reuniones cuando el líder nazi y su esbirro decidieron acelerar el proceso de exterminio y poner una fecha límite para completar la Solución Final, pero parece plausible […]. Más que nunca los judíos se encontraban con una amenaza interna" (2007: 469). En el funeral de Heydrich, realizado el 9 de junio en Berlín, Himmler dijo en su discurso: "*Nos corresponde la santa obligación de vengar su muerte, hacernos cargo de su misión y exterminar, sin perdón ni flaqueza, a los enemigos de nuestro pueblo*".

En plena expansión de las persecuciones a los judíos, según Longerich, "ocurrió algo que, en un plazo de pocas semanas, radicalizaría aún más el proceso de exterminio y movería a Himmler a hacer asesinar a la inmensa mayoría de los judíos europeos todavía antes de fin de año: el atentado a Heydrich, el cómplice más importante de Himmler en la organización del Holocausto" (2009: 523). El atentado "fue percibido como un desafío a ultranza" lanzado por los judíos. Por eso, "[l]a jefatura de las SS […] enseguida se puso manos a la obra para intensificar aún más la escalada de asesinatos masivos […]. El encargo de Globocnik se centró ahora en matar, bajo el nombre de 'operación Reinhard', a todos los judíos de la Gobernación General" (Longerich, 2009: 526).

En paralelo, y fiel a su estilo burocrático, la Oficina RSHA-IV-B-4 de Eichmann anunciaría en junio de 1942 la conclusión de un programa que seguramente le había sido encomendado durante los meses previos, no muy lejos del comienzo del año. Ya sabemos, por su desempeño en encargos anteriores (sin ir más lejos, los del plan Madagascar y el plan Siberia), que el estilo meticuloso y detenido del ambicioso oficial de la Gestapo demoraba la culminación de un trabajo más de la cuenta, pero el producto final era difícilmente superable.

En este caso se trataba de un programa para la deportación, desde Europa occidental, de judíos belgas, holandeses y franceses, aunque debido a la escasa capacidad de exterminio con que se contaba a comienzos de 1942 en el este (Rees, 2005: 174), el plan sólo abarcaba a varones de entre dieciséis y cuarenta años, el 90 % de ellos "aptos

para el trabajo", y dejaba atrás al resto de aquellas comunidades, es decir, a todos los "judíos improductivos" que, conforme al plan de Eichmann, debían esperar su suerte en los lugares de partida, sujetos a los nuevos planes que se ocuparían de proporcionarles una Solución Final.

Así, según Toland, a mediados de 1942 "comenzó el exterminio masivo bajo la autoridad de una orden escrita por el propio Himmler. Eichmann mostró esta autorización a uno de sus asistentes, Wisliceny, con la explicación de que 'Solución Final' significaba la aniquilación biológica de la raza judía" (Toland, 2009: 1062). Himmler así lo confirmó en una carta fechada el 28 de julio de 1942 al Gruppenführer Gottlob Berger, alto dirigente de la SS-RSHA (dedicado a la organización de las Waffen SS) y enlace de Himmler con Rosenberg, a quien el líder de las SS quería mantener a raya en todo lo atinente a la cuestión judía en el este: "*Los territorios orientales ocupados serán limpiados de judíos. El Führer ha depositado sobre mis hombros el peso de esta dura tarea. Nadie puede relevarme de esta responsabilidad en ningún caso. De modo que prohíbo toda injerencia*" (Toland, 2009:1062).

En julio comenzaron las deportaciones masivas y sistemáticas desde el oeste (Kershaw, 2002: 485). Hasta ese momento se habían limitado exclusivamente a los judíos polacos y de otras nacionalidades similares, que eran entregados por las autoridades francesas y enviados a Auschwitz a partir de fines de marzo de ese año desde Compiegne y Drancy, dos de los cuatro campos de concentración levantados por el régimen de Vichy en octubre de 1941 para internar allí a los judíos extranjeros.

Las primeras detenciones en Francia, conforme este programa, ocurrieron el 16 de julio de 1942. Ese día y el siguiente se llevó a cabo la redada conocida como *Vél d'Hiv,* organizada por las autoridades francesas a petición de los alemanes tanto en la zona ocupada como en la zona bajo el control de Vichy: al final de la redada, casi trece mil hombres, mujeres y niños judíos franceses fueron capturados. Para ello, mediante la Ordenanza Administrativa 8 del 29 de mayo de 1942, se había ordenado previamente a todos los judíos en la Francia ocupada llevar la estrella amarilla (Poliakov y Wulf, 1960: 257). Desde aquel 17 de julio de 1942 hasta el 30 de septiembre de ese año serían deportadas a Auschwitz treinta y cuatro mil personas desde Drancy.

Podemos advertir la radicalización de las iniciativas en torno al exterminio de los judíos a partir de las fechas en que, en forma contemporánea, se decidió la inusitada ampliación de la capacidad de las cámaras de gas en los siguientes campos de exterminio:

Inicio del [illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible] las instalaciones ampliadas
[illegible]			
[illegible]			
[illegible]			
[illegible]			
[illegible]			

A partir de lo que examinamos en este trabajo, estamos finalmente en condiciones de aproximarnos al momento en que se habría decidido la Solución Final. Para ello, y a fin de considerar las distintas teorías y posiciones, hemos optado por plantear preguntas y respuestas:

La orden de Göring a Heydrich, del 31 de julio de 1941, ¿implicó la Solución Final de la cuestión judía en Europa (SFCJE) tal como la conoció la historia?
No. Esa orden estaba claramente enmarcada en la etapa en la que se buscaba una Solución Territorial a la cuestión judía, y estuvo orientada a impulsar el incipiente plan Siberia de la mano de la exitosa campaña en el frente oriental, como asimismo a reasegurar el control de las SS-RSHA sobre el tema en desmedro de sus rivales y potenciales competidores (Frick, Rosenberg, Frank).

La ampliación de las matanzas en Rusia en agosto de 1941, ordenada en persona por Himmler ¿suponía la llegada de la SFCJE?
No. Esa decisión obedeció a múltiples razones de índole local: en primer lugar, la concepción de *guerra total* con el gigante soviético, motivada en la identificación del *bolchevismo* con el *judaísmo*; en segundo término, la lucha encarnizada e impiadosa contra la guerrilla partisana; y, por último, la atribución de la lógica del *Lebensraum* o espacio vital a esos territorios, que debían ser liberados para asentar allí a los pobladores de origen germano y expandir la raza aria.

La orden de Hitler, de mediados de septiembre de 1941, de deportar al este a todos los judíos del Reich ¿permite inferir que este decidió la SFCJE?
No. A diferencia de lo que afirma Burrin (1990: 177 y 195), esa decisión estuvo enmarcada en los planes, más vastos, de deportar a todos los judíos de Europa al extremo oriente una vez finalizada la guerra. Hitler cometió la imprudencia de

apurar las deportaciones a sitios de tránsito, confiado en una victoria en el este durante los próximos meses debido a que en las últimas horas había logrado cerrar el cerco en torno a Kiev y Leningrado y se disponía a conquistar Moscú. Otros factores también coadyuvaron, como las presiones habitacionales producto de los bombardeos, la simultánea deportación de los alemanes étnicos del Volga decidida por Stalin y la escalada en la tensión con los Estados Unidos, que dio pie a una "represalia" de Hitler contra quienes consideraba sus rehenes: los judíos.

El cierre total de las fronteras del imperio nazi para los judíos, ordenado el 21 de octubre de 1941, que prohibía de este modo su emigración, ¿fue señal de que en Berlín se había decidido la SFCJE?

No. Fue una decisión coherente con los avances en los planes de deportación masiva al extremo oriental tras el final de la guerra, que coincidió con la finalización de la elaboración del plan Siberia por parte de Eichmann y precedió por unas semanas el envío de las invitaciones de Heydrich para la Conferencia de Wannsee. Si, aunque más no fuera como pretexto, todos los judíos disponibles iban a ser destinados a trabajos forzados en carreteras y construcciones en las estepas rusas, no había por qué mantener vigente su posible emigración; además, frente al nuevo destino que le esperaba a la judería europea, era de esperar que los que estuvieran a salvo se volcasen decididamente contra el régimen (Marrus-Paxton, 1989: 181-182).

La puesta en funcionamiento del campo de exterminio de Chelmno el 5 de diciembre de 1941 ¿inauguró la SFCJE?

No. Dada su genealogía, su ubicación y su relativamente escasa capacidad de gaseo, todo indica que se trató de una iniciativa de los líderes de las SS de la región para dar una solución local al problema judío, que se había visto agravado por la masiva deportación de decenas de miles de judíos del Reich al gueto de Lodz. Chelmno no formó parte de un plan más vasto, ni siquiera aplicable a las regiones vecinas al Wartheland.

¿Pudo haber decidido Hitler la SFCJE durante el verano

de 1941, o durante los meses de octubre o noviembre de 1941?

Si bien no puede descartarse de plano esa posibilidad, el conjunto de variables relevantes parece indicar que no. Más allá de algunas iniciativas locales e inconexas entre sí (las de Greiser, Globocnik y Höss) y de algunos experimentos en Alemania, pasarían demasiados meses hasta que finalmente comenzara a concretarse esa fase final, recién a partir de la primavera de 1942. Por el contrario, los indicios apuntan a la vigencia en todo este período del plan Siberia, de la mano de las expectativas que aún se conservaban de derrotar al Ejército Rojo antes de la llegada del invierno. No obstante, precisamente a partir de las previsibles consecuencias genocidas de la puesta en marcha del plan Siberia, lo que sí estaba instalado desde mediados de 1941 (con la directiva de Göring a Heydrich, y luego en la Conferencia de Wannsee) era la decisión de implementar medidas que tarde o temprano, de una forma u otra, acabarían aniquilando a la judería europea. Pero la definitiva SFCJE, tal como la registró la historia, todavía no había surgido.

¿Pudo haberlo hecho en el mes de diciembre de 1941, tras la entrada de los Estados Unidos en la guerra?

Esta resulta la hipótesis más plausible. Como vimos, en pocos días Hitler tuvo dos pésimas noticias: en el este, la derrota de la batalla de Moscú y la contraofensiva soviética; en el oeste, la entrada de los Estados Unidos en la conflagración, por lo que la guerra en dos frentes se convirtió de un día para el otro en una durísima realidad que había que asumir y de la cual había que culpar a alguien: los judíos. La lógica del pensamiento hitleriano, aunada al curso de los acontecimientos y sumada a las expresiones públicas y privadas de Hitler y de su entorno de aquel entonces, indica que, como sostienen Friedländer, Gerlach y Burleigh, entre otros, fue entonces cuando Hitler decidió la SFCJE tal como el mundo la conoció.

Entonces, en la Conferencia de Wannsee el 20 de enero de 1942 ¿se trató la SFCJE?

No. El principal objetivo de la conferencia era asegurar, una vez más, la coordinación y el liderazgo de las SS-RSHA sobre la cuestión judía, y exigir la aprobación y cooperación de los demás organismos implicados, objetivo que se cumplió

ampliamente. En esa reunión, Heydrich y Eichmann no expusieron los nuevos proyectos que se estaban calibrando en el máximo secreto, sino que argumentaron como si el plan Siberia continuara vigente, pese a que saltaba a la vista que el escenario del final de la guerra en el este estaba bastante lejos de hacerse realidad. De todos modos sirvió para que la burocracia nazi se preparara psicológicamente para lo que culminaría de una forma u otra en un proceso genocida de inmensas proporciones.

La planificación y construcción de las primeras cámaras de gas en Auschwitz I y en Belzec ¿pueden considerarse parte de la SFCJE?

No. Como vimos, en ambos casos las iniciativas y los experimentos de gaseado llevados a cabo por sus responsables tuvieron lugar durante los últimos meses de 1941 y comenzaron a funcionar hacia febrero y marzo de 1942 respectivamente, pero con dimensiones y capacidades ciertamente precarias, indicativas de que a priori lo que se buscaba, en ambos casos, eran soluciones locales para deshacerse de los miles de "judíos improductivos" de la región prescindiendo tanto de los fusilamientos masivos como de las injerencias de los expertos del Programa 14 f 13.

Si Hitler decidió poner en marcha la SFCJE a fines de 1941, ¿por qué no se advierten avances significativos en su implementación durante enero y febrero del año siguiente?

Hay que considerar que esta nueva, radical y definitiva solución tuvo primero que ser digerida por la dirigencia de la RSHA, que además, como medida previa, debió terminar de desplazar al poco confiable Hans Frank en las disputas por las competencias de asuntos judíos en la Gobernación General, hecho que sucedió recién en marzo de ese año. En segundo lugar, no es ilógico pensar que mientras se encargaba a Eichmann, hacia fines de 1941, un nuevo plan general que contemplara la SFCJE, se dejó que avanzaran y se testearan las múltiples iniciativas locales de gaseo en desarrollo mientras transcurría el crudo invierno boreal. [123] Himmler y Heydrich, ya durante marzo y abril, retomaron paso a paso el impulso de la cuestión y activaron el aparato de poder que dominaban para lograr el objetivo

sin más demoras.

¿Puede hablarse de una etapa preparatoria de la SFCJE durante la primavera de 1942?
Efectivamente, los discursos de Hitler y las anotaciones de Goebbels en Berlín durante los primeros meses de ese año, y las intensas reuniones entre Hitler, Himmler y Heydrich de marzo-abril, coinciden con los pasos que fueron dándose en la Gobernación General para ese entonces, donde, tras anular a Hans Frank en marzo, se verifica la siguiente secuencia: la visita de Himmler a Globocnik en Lublin para liquidar las juderías locales (marzo); en paralelo, el inicio de la construcción de Sobibór (marzo) y Treblinka (abril), además de la sistematización de los gaseos en los Bunker I y II en Auschwitz, adonde ya estaban llegando judíos desde afuera del Reich (mayo). Todos ellos constituyen elementos de juicio confluentes que permiten establecer esta suerte de *etapa preparatoria* de la SFCJE con base en el territorio polaco.

La ampliación de las instalaciones de gaseo a partir de junio de 1942 en cuatro de los seis campos de exterminio ¿resulta indicativa de la llegada de la SFCJE?
Sí. Resulta evidente que, tras el atentado a Heydrich a fines de mayo de 1942 (que le dio a esta fase el nombre de operación Reinhard), la simultánea ampliación de las cámaras de gas en Belzec (junio), Auschwitz-Birkenau (julio), Sobibór (agosto) y Treblinka (septiembre), en exacta coordinación con la visita de Himmler a Auschwitz el 17 y 18 de julio, y con su decreto del 19 de julio en el que ordenaba *reasentar* a los judíos polacos para fines de ese año, hay elementos más que suficientes que demuestran el advenimiento definitivo, en los hechos, de la SFCJE. A ellos se agrega la profundización del "segundo barrido" de los *Einsatzgruppen* durante esa primavera de 1942 (Hilberg, 2005: 403-430) –entre marzo y diciembre, solamente en Ucrania fueron masacrados setecientos mil judíos, en su mayoría poblaciones remanentes alojadas en guetos (Husson, 2007: 28)–, la presentación en junio del plan de deportaciones de judíos occidentales por parte de Eichmann, y los discursos y declaraciones de Hitler y de su entorno.

¿Pudo haber sido decidida la SFCJE recién hacia abril o

mayo de 1942, y no antes?
Es la hipótesis de algunos autores. En general, se basan en las expectativas que podrían albergar los máximos responsables del régimen en una victoria en el frente oriental a mediados de 1942, y en que recién ante el fracaso definitivo de esta idea se habría abandonado el plan territorial y pasado a la SFCJE (Kampe, 2009: 172). Sin embargo, en primer lugar, ya para la época de Wannsee el panorama de la contienda era lo suficientemente oscuro para percatarse de que era necesaria una alternativa al plan Siberia.[124] En segundo término, esta postura no explica la decisión de construir Sobibór y Treblinka, entre otros sucesos previos. Por último, los tiempos de la contienda no permiten respaldar esta hipótesis: más bien, el inicio de la ofensiva militar en la primavera de 1942[125] fue contemporáneo con el inicio de la SFCJE, y fue desarrollándose a la par de las victorias y conquistas de territorios soviéticos durante los meses de julio y agosto. El avance militar alemán se haría más lento durante el otoño y recién se detendría hacia noviembre de 1942. Por ello, si la SFCJE hubiese dependido de la guerra en el este, habría comenzado a implementarse estando ya bastante avanzado el segundo semestre del año.

Señalamos previamente que los cambios y las ampliaciones que tuvieron lugar en forma simultánea en cuatro de los seis campos de la muerte eran un síntoma revelador de la llegada de la última etapa de la Solución Final. Pero las consecuencias de esa decisión se reflejarían con mayor dramatismo en las cifras de víctimas. En palabras de Browning, "[a] mediados de marzo de 1942, alrededor del 75 al 80 por ciento de todas las víctimas del Holocausto seguían aún con vida, mientras que del 20 al 25 por ciento habían muerto. Apenas once meses después, a mediados de febrero de 1943, los porcentajes se invirtieron" (2002: 15).

Más de cuatrocientos mil judíos fueron asesinados solamente durante agosto de 1942, tanto en los cinco campos de exterminio (Chelmno, Auschwitz-Birkenau, Belzec, Sobibór y Treblinka)[126] como por fusilamientos masivos, por hambre, enfermedades y asesinatos en guetos y localidades (Gilbert, 1987, 419). La cifra demuestra el incremento en la velocidad impuesta al exterminio de la judería europea. Según los cálculos de las propias SS, hacia fines de 1942, cuatro millones de judíos habían sido asesinados (Kershaw, 2002: 485).

En el Archivo Nacional londinense se halló un cable alemán que informaba de las matanzas en los campos de exterminio hasta el 31 de diciembre de 1942 (Rees, 2005: 236-237), en el marco de la operación Reinhard: allí se registra un total de 1 274 166 víctimas. El desglose fue el siguiente:

- Majdanek: 24 733
- Sobibór: 101 370
- Belzec: 434 508
- Treblinka: 713 555

Por otro lado, los *Einsatzgruppen* y sus cohortes de las SS habían cumplido en buena medida su misión. Según sus informes (Rhodes, 2005: 396), los asesinatos de judíos sumaban a esa altura:

- *Einsatzgruppe* A: 249 421
- *Einsatzgruppe* B: 126 195
- *Einsatzgruppen* C y D: 363 211

En febrero de 1943, se produjo la rendición del Sexto Ejército en Stalingrado. La derrota en el frente ruso de los ejércitos alemanes fue, entonces, definitiva e irreversible. Hitler y su entorno se prepararon para extremar la *guerra total*, tanto en el frente externo como en el interno.
El exterminio del pueblo judío bajo su yugo sufrirá una última, dramática e irreversible escalada, con epicentro en Auschwitz-Birkenau, y no se detendrá bajo ningún motivo hasta el derrumbe del imperio, en especial del frente oriental, dos años después.

[100] Este campo de concentración de inmensas proporciones (en el que más tarde se adaptaron algunas instalaciones para albergar un campo de exterminio) cayó casi intacto en manos de los soviéticos y permanece en buenas condiciones hasta hoy. Actualmente funciona como museo recordatorio de las víctimas.

[101] “No sabemos con certeza si el campo [Belzec] fue pensado sólo para exterminar a los judíos de Lublin y hacer espacio a los judíos deportados desde el Reich, o si la matanza de todos los judíos en el distrito estuvo también relacionada con los planes de colonización en el área […]. Puede ser entendida para ambos objetivos” (Friedländer, 2007: 283).

[102] El 30 de noviembre de 1941 llegó el primer grupo de diez mil judíos al campo de tránsito y concentración de Theresienstadt (Terezín), que distaba unos sesenta kilómetros de Praga. Ya el 6 de enero de 1942 saldría un

transporte desde allí hacia Riga (Friedländer, 2007: 352, y Gilbert, 1987: 238).

[103] Gerlach llega incluso a identificar con precisión en esta reunión del 12 de diciembre el que –a su juicio– habría sido el momento definitorio en el cual Hitler decidió extender el exterminio a todos los judíos europeos (citado en Kershaw, 2009: 422; véase también Gellately, 2002: 203).

[104] Véase también Herf, 2005: 62.

[105] Para Zadoff, Goebbels lanzó el boicot "en respuesta a lo que denominó la propaganda del horror que, según él, difundían los judíos contra los alemanes, y a los boicots antinazis que habían comenzado a realizarse en el mundo" (2004: 162-163). En el mismo sentido, Friedländer sostiene: "los periódicos [norte]americanos no se anduvieron con reparos a la hora de recoger la persecución antisemita. Las protestas, tanto judías como no judías, fueron en aumento. Esas mismas protestas se convirtieron en pretexto de los nazis para el notorio boicot a los comercios judíos del 1° de abril de 1933, […] la decisión final en favor del boicot probablemente se tomó durante una reunión celebrada el 26 de marzo por Hitler y Goebbels" (2009: 38). Sobre la fuerte reacción de indignación en la prensa de los Estados Unidos ante la violencia nazi de los primeros meses de 1933, Lipstadt concluye que "[l]os acontecimientos que estaban siendo reportados sonaban tan fantásticos que la sola condena no parecía suficiente" (2009:40).

[106] Himmler, entre el 23 de diciembre de 1941 y el 6 de enero de 1942, estuvo viajando a lo largo del frente oriental, visitando mandos militares de la Fuerzas Armadas y a sus unidades SS allí destacadas:

23/12 → Rastenburgo-Poltava (Ucrania)
24/12 → Mariupol-Taganrog (mar de Azov)
25/12 → Nicoláievka (Mar Negro)
26/12 → Posiciones en el frente oriental
27/12 → Poltava (Ucrania)
28/12 → Regreso a su cuartel general (Rastenburgo)
3/1 → Viaje al frente norte (zona de Leningrado)
6/1 → Regreso a Rastenburgo

En los escasos días en que estuvo en su cuartel general, se dedicó a otras cuestiones alejadas de los judíos. Y del 7 al 20 de enero estuvo ocupado atendiendo asuntos pendientes surgidos en los viajes al frente. Recién el 21 de enero, en una conversación telefónica con Heydrich, habló entre otros asuntos de la cuestión judía, pues el día anterior había tenido lugar la Conferencia de Wannsee (Longerich, 2009: 512-513).

[107] Según Longerich, "[c]uando el 5 de marzo fue interrogado por Himmler, Bormann y Lammers […], sus explicaciones no resultaron muy convincentes […]. Acorralado de esa manera, Frank se vio obligado a hacer considerables concesiones políticas" (2009: 521).

[108] A mediados de abril tan sólo se estaba transportando a los judíos de Lublin y Galitzia a Belzec; a los del Reich y Eslovaquia, al distrito de Lublin y a Auschwitz, y a los judíos extranjeros de Francia, a Auschwitz (Longerich, 2009: 520).

[109] Para ello, Höss apeló a un hábil recurso: antedatar la época en la cual Himmler le habría transmitido la decisión de Hitler de implementar la Solución Final de la cuestión judía en toda la Europa conquistada (véase la cita textual en Toland, 2009: 1046, y, más ampliamente, Höss, 2009: 25 y ss.). La estrategia de Höss es evidente: si la orden de asesinar a todos los judíos le vino "desde arriba" en el verano de 1941, todo lo que él hizo a partir de entonces en su condición de comandante del campo respondió a órdenes superiores, y no fue por propia iniciativa. Las investigaciones históricas posteriores demostraron

que ese dato aportado por Höss era falso, y que esa orden, de haberle llegado en forma expresa, debió de haberle sido transmitida en algún momento del año siguiente. Por lo tanto, la construcción y puesta en funcionamiento tanto del Krematorium I en Auschwitz I, como de las dos casas convertidas en cámaras de gas en las afueras del campo (Bunker I y II) se deben a su iniciativa, en la misma línea de lo que hicieron Greiser en Lodz y Globocnik en Lublin. Véanse, entre otros, Burleigh (2008: 1038): "La investigación moderna ha demostrado que las versiones ofrecidas por Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, sobre su papel en la 'solución final' reflejaban su actitud errática hacia las fechas […]. Según él, en el verano de 1941, Himmler le encargó que aplicase la 'solución final'. La fecha que asignó a la reunión se ha demostrado que no era correcta", y Browning (2005: 356-357). De todos modos, dicho argumento no le sirvió de mucho: fue condenado a muerte y ejecutado en Polonia en 1947. A la misma estrategia recurrirían, también infructuosamente, Adolf Eichmann en su juicio en Jerusalén en 1961 y Franz Stangl, el comandante de Sobibór, que fue calificada como "absolutamente increíble para cualquiera que esté familiarizado con los hechos" (Burleigh, 2008: 1033). Tampoco fue de mucha ayuda. Como es sabido, Eichmann fue colgado en Jerusalén en 1962, y Stangl, condenado a cadena perpetua, murió en prisión en 1971. Un último ejemplo, también bastante patético, fue el del comandante del *Einsatzgruppe* D, Otto Ohlendorf, quien tras la finalización de la guerra, en noviembre de 1945, alegó que las órdenes de asesinar hombres, mujeres y niños judíos le habían sido impartidas en persona por Himmler antes del inicio de la invasión a la Unión Soviética (Hilberg, 2005: 310; Browning, 2005: 227, con cita detallada de un trabajo de Albert Streim que cuestiona dicha versión). Véase asimismo Burrin (1990: 120), para quien esta interpretación de los acontecimientos, según la cual la orden de exterminio debió de caer en el curso de los preparativos de la invasión a Rusia, a más tardar en la primavera de 1941, "se apoya en una base documental estrecha y frágil, al mismo tiempo que en una visión discutible de la ideología hitleriana". La consabida estrategia de adelantamiento de las órdenes genocidas exhaustivas tampoco le sirvió a Ohlendorf: fue condenado a muerte por un tribunal militar estadounidense y ahorcado el 7 de junio de 1951 (Hilberg, 2005: 1198), en especial a partir del testimonio de uno de sus lugartenientes, Steckenbach, quien inesperadamente regresó a Alemania desde su cautiverio en la URSS a mediados de los años cincuenta y demolió la versión de Ohlendorf (Burrin, 1990: 130-135).

[110] Como vimos, los millones de prisioneros de guerra soviéticos estaban muriendo rápidamente, sobre todo de hambre. Además, Hitler emitió la directiva del 31 de octubre de 1941, que destinaba a tres millones de ellos al trabajo esclavo dentro del Reich.

[111] Habían sido seleccionados por ser "comunistas activos" o judíos, y retirados de campos de prisioneros de guerra por los *Einsatzkommandos* conforme la orden impartida por Heydrich el 17 de julio de 1941 (Rees, 2005: 83). La directiva alcanzaba a todos los "*elementos políticos intolerables*" e incluía a comisarios soviéticos, miembros del Partido Comunista y judíos (Dawidowicz, 1990: 160). Por esta directiva de Heydrich (que requirió el acuerdo y consentimiento del ejército alemán) fueron asesinados aproximadamente veinte mil prisioneros de guerra soviéticos a manos de las SS durante la segunda mitad de 1941.

[112] Si bien se trata de una cuestión que suscita controversias entre diversas posiciones, nos inclinamos por la de Hilberg (2005: 974, nota 59, basada en la investigación actualizada hasta 1989 de D. Czech, en su momento publicada por el Museo de Auschwitz).

[113] Desde el primer momento, su funcionamiento trajo dificultades. Es que no se habían tenido en cuenta, entre otros inconvenientes, los gritos desgarradores de las víctimas encerradas en la cámara de gas durante los veinte minutos que duraba el proceso de envenenamiento. Según Steinbacher, para tapar el griterío "el campo principal era cerrado cada vez que tenía lugar una operación de matanza [con gas]; motores ruidosos eran encendidos y bocinas eran accionadas para acallar los gritos de las víctimas" (2005: 89), pero al parecer eso no solucionaba el problema.

[114] Hilberg, 2005: 974, nota 59; Longerich, 2009: 520; Steinbacher,2005: 97. Y funcionó hasta la primavera de 1943 (Hilberg, 2005: 982). Véase el diario del médico SS destacado en Auschwitz Johann Paul Kremer, quien a partir de septiembre de 1942 asistió a numerosas "acciones especiales" en el Bunker II (Bezwinska y Czech, 2007:162).

[115] En total, llegarían a Auschwitz un total de diecinueve transportes desde Eslovaquia, con 18 746 deportados. Otros 40 000 judíos eslovacos serían diseminados por distintos guetos y campos de concentración en el distrito de Lublin. La gran mayoría de estas víctimas terminarían en Majdanek y Sobibór (Hilberg, 2005: 818).

[116] La fecha de partida del convoy fue el 27 de marzo de 1942, y fue gestionado por Eichmann mediante un pedido enviado el 11 de marzo al Ministerio de Relaciones Exteriores (Hilberg, 2005: 702). "Fueron las primeras deportaciones de judíos que habían sido capturados en París. Su destino: Auschwitz" (Gilbert, 2007: 254). Si bien las autoridades francesas venían deteniendo a judíos, mayormente extranjeros, "[e]l primer convoy de miles de rehenes a Auschwitz no saldría de Francia hasta marzo de 1942" (Longerich, 2009: 504). Recuérdese que semanas después, el 5 de mayo, Heydrich en persona llegó a París y reveló que en el este "*se estaban ideando soluciones más prometedoras y eficaces*" para dar impulso a la Solución Final (Hilberg, 2005: 703). En junio de 1942 entraba en vigor en la Francia ocupada la ordenanza por la que todos los judíos mayores de seis años debían portar la estrella amarilla. A aquel primer convoy desde Francia le seguiría un segundo recién el 3 de junio, enviado desde Compiegne con destino a Auschwitz (Hilberg, 2005: 703, con cita de Serge Klarsfeld). A partir de junio (tras aquella visita de Heydrich), muchos otros transportes los seguirían: hasta el 2 de septiembre se despacharían a Auschwitz un total de veintisiete mil judíos, dos tercios de ellos provenientes de la zona ocupada y el tercio restante de la zona bajo control del régimen de Vichy (Hilberg, 2005: 716). Hasta 1944, el total de deportados desde Francia sería de unos setenta y seis mil, la mayoría extranjeros (de origen polaco, alemán, austriaco, rumano, etcétera).

[117] Según Hilberg (2005: 980), a quien sigue también Steinbacher (2005: 99), el primero en ser entregado a las SS por la empresa constructora fue el Krematorium IV, el 22 de marzo de 1943; le siguieron el II el 31 de marzo, el V el 4 de abril y el III el 24 de junio.

[118] Dentro de este trimestre hubo treinta días (entre mediados de abril y mediados de mayo) en los que no estuvo operable (Zadoff, 2004: 148-149), por lo que el promedio diario de los sesenta días restantes fue de unas mil trescientas víctimas diarias.

[119] Friedläender (2007: 356-357) y Hilberg (2005: 991) estiman en 434 000 los asesinados; es decir, consideran confiable el cable alemán que informaba de las muertes en los campos de exterminio hasta el 31 de diciembre de 1942, hallado en el Archivo Nacional londinense (Rees, 2005: 236-237). En cambio, Gilbert (1987: 302), Bensoussan (2005: 72) y Yad Vashem (Zadoff, 2007: 148) calculan alrededor de seiscientas mil víctimas. Sólo se conocen dos

sobrevivientes: Rudolf Reder y Chaim Hirszman (Gilbert, 1987: 302).

[120] Y agrega Himmler en otro párrafo: "*Estas medidas son indispensables para conseguir la necesaria división étnica de razas y pueblos que requiere la instauración del Nuevo Orden en Europa, así como para los intereses de la seguridad y de purificación del Reich alemán y de sus áreas de influencia*" (véase el texto completo en Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 303-304).

[121] Kranz (2007: 13), con citas de fuentes alemanas y polacas. Es muy probable que Kammler tuviese en mente las demandas de albergar allí el doble de cautivos. No era la primera vez ni sería la última que el *Amt III* a su cargo diseñaba espacios manifiestamente inhumanos en el sistema concentracionario de las SS.

[122] Destaca Kranz (2007: 39-40) que el ya conocido jefe de construcciones del sistema de campos, Hans Kammler, visitó Majdanek el 7 de agosto de 1942; el día 17 lo hizo el experto en gases tóxicos Kurt Gerstein, famoso por haber filtrado luego a Occidente todo lo que sabía acerca de los campos.

[123] Algo similar ocurría en paralelo con los fusilamientos en el este por las unidades móviles de exterminio: "El invierno hacía más difíciles las operaciones de asesinato, pero en la primavera [de 1942] una nueva ola de masacres a gran escala fueron re-instigadas" (Husson, 2007: 28).

[124] Es que desde la contraofensiva del 5 de diciembre de 1941 los soviéticos no habían dejado de recuperar terreno en el frente oriental, aprovechando su mejor adaptación al invierno. Según los comunicados oficiales soviéticos, solamente entre el 9 y el 22 de enero de 1942 se reconquistaron dos mil localidades y se infligieron al enemigo unas treinta mil bajas, entre muertos y prisioneros. Entre enero y abril, el Ejército Rojo consiguió hacer retroceder al enemigo hasta doscientos cincuenta kilómetros en ciertas zonas del frente; en otras, entre cien y ciento cincuenta kilómetros (Del Pozo, 1979: t. 2, 757-759).

[125] Los planes estaban listos hacia fines de marzo y tenían como único teatro de operaciones el frente sur. Si bien el 8 de mayo se iniciaron los ataques alemanes, la gran ofensiva comenzó el 28 de junio (operación Azul) con dos grandes objetivos: conquistar Stalingrado, sobre el río Volga, y los pozos petrolíferos de Bakú en el Cáucaso.

[126] El sexto de la nómina usual, Majdanek, entraría en funcionamiento durante el mes siguiente.

Reflexiones finales

El análisis secuencial de lo que la propia dirigencia nazi dio en llamar "la Solución Final" nos permite acercarnos a la comprensión de los acontecimientos históricos que desembocaron en la conformación de Auschwitz-Birkenau y de los demás campos de exterminio. En tal sentido, seguir paso a paso los sucesos que fueron sellando la suerte del pueblo judío bajo el Tercer Reich obliga a situar en primer plano la notable capacidad de adaptación de la dirigencia nazi para mantener y expandir el objetivo de destrucción de los judíos a pesar de todos los contratiempos y de los permanentes cambios en la marcha de la guerra en Europa, y a la vez, para aprender y reformular experiencias genocidas previas que sirvieron de punto de partida, sobre las cuales generó luego sus propias ideas y desarrollos, incorporando técnicas de aniquilación más avanzadas, nunca antes vistas.

Asimismo, debe destacarse el aspecto cuantitativo, y no me refiero tan sólo a la cuestión de las víctimas (conocida universalmente) sino también a la de los perpetradores involucrados en todas las fases del proceso de aniquilación física de la judería europea. Al respecto, lejos de lo que podría suponerse a partir de lo insoportablemente atroz del crimen masivo cometido, la contemplación del funcionamiento interno de las corporaciones estatales implicadas –tanto las Fuerzas Armadas y de seguridad, como la administración pública–, no sólo de Alemania y de Austria, sino también de prácticamente todas las naciones bajo el influjo del imperio de Hitler, nos revela que el aporte consciente a la empresa criminal en desarrollo en aquellos años fue a todas luces masivo. En efecto, decenas de miles de individuos en toda la Europa conquistada –ya fueran altos dirigentes, autores de escritorio o bien ejecutores directos– colaboraron activamente para allanar el camino del exterminio de los judíos.

Ello, pese al hermetismo impuesto por la cúpula nazi durante las últimas etapas de la Solución Final, a fin de impedir que la información acerca de lo que estaba acaeciendo llegara a más personas de las estrictamente necesarias; lo que sucedió, empero, es que el extenso alcance territorial de las medidas, la inmensa cantidad de víctimas, la máxima celeridad y el extremo rigor para alcanzar los objetivos, además de los problemas suscitados (administrativos, de seguridad, de fronteras, etcétera), llevaron a que la cantidad de

personas “estrictamente necesarias” para concretar la empresa genocida fuera inusitadamente elevada.

Todo ello transcurrió en el marco de lo que podríamos definir como una *política de Estado antijudía*, que abarcaba a todos los estamentos del régimen totalitario, cuya cúspide exigía una coordinación absoluta en pos del objetivo final y demandaba la rápida neutralización de todos los obstáculos –materiales, administrativos o jurídicos– que pudieran surgir durante el avance del proceso.

Es evidente, asimismo, que Auschwitz-Birkenau fue concebido tras una larga evolución y preparación, a través de las cuales los métodos genocidas fueron volviéndose cada vez más eficientes e impersonales, mientras se radicalizaba el discurso legitimador necesario para que la maquinaria burocrática pudiera funcionar aceitadamente.

Lo primero –la cuestión del método– estuvo guiado por una lógica economicista, capaz de acelerar la producción homicida y al mismo tiempo reducir los costos que ella provocaba (como el deterioro psicofísico de los ejecutores; el empleo de numerosas unidades armadas, de munición y de transportes; la dispersión de rumores acerca de los sucesos); la obra cumbre de este proceso fueron las cuatro instalaciones de cámaras de gas y hornos crematorios de Birkenau (como vimos, toda una proeza de la razón instrumental puesta al servicio del Mal absoluto). En cuanto a lo segundo, la cuestión de los discursos racionalizadores, estos desempeñaron un papel clave para concretar los objetivos de la empresa criminal, y para ello, a medida que se fueron intensificando las iniciativas antijudías, la producción de discursos y publicidad antisemita también evidenció una escalada acorde con aquella evolución.

Repárese en que, si es cierto que no fueron sólo algunos cientos sino al menos varias decenas de miles los perpetradores que formaron parte del aparato de poder dirigido a la destrucción física de los judíos, la cuestión de la justificación del proceder genocida adquiere una relevancia mucho mayor de lo que, a primera vista, podría suponerse. Hitler, Himmler, Goebbels y los demás autores que controlaban los resortes de ese aparato de poder aprendieron con rapidez, ya durante las primeras etapas de este largo proceso, la crucial importancia de este aspecto, que apuntaba a calmar conciencias o, en todo caso, a hacer digerible la participación activa en el genocidio de todos los agentes que fueran necesarios.

En este punto, no me refiero tan sólo a la tarea de identificar y discriminar jurídicamente al colectivo perseguido (sin dudas, una condición también necesaria, en todo caso el punto de partida). Me refiero en especial al enorme conglomerado de discursos antisemitas, con orígenes sumamente diversos, que en algunos casos no se conectaban entre sí y que en otras muchas ocasiones se combinaban y

potenciaban mutuamente. Estos discursos del odio lograron generar, en la conciencia de esas decenas de miles de autores y cómplices, la certeza de que las medidas que conducían al exterminio de hombres, mujeres y niños por el solo hecho de ser judíos eran o bien indispensables para salvar a la patria de su disolución o sojuzgamiento (sobre todo a partir de la insistente identificación del *judaísmo* con el *bolchevismo*), o bien un acto de justicia o al menos de venganza talionar frente a tantos males adjudicados a los judíos, o bien un mandato amoral de la naturaleza, confirmado "científicamente", relacionado con la fatal e inevitable imposición de la raza más fuerte sobre otras razas, enemigas o inferiores.

Es en este filón de recursos discursivos donde el contexto de la guerra adquiere una importancia capital. Tal como había sucedido con los armenios durante la Primera Guerra Mundial, Hitler y su entorno, a partir de conceptos tales como el de "guerra total", extremaron el recurso de apelar a las consecuencias generadas por el conflicto bélico en perjuicio de Alemania para justificar la radicalización de las medidas antijudías. Este recurso resultó muy efectivo, por ejemplo, entre los oficiales de las Fuerzas Armadas, a quienes muchas veces, en el frente oriental, se les exigía colaboración o intervención directa en las atrocidades masivas perpetradas en la retaguardia de los territorios conquistados, que las convenciones internacionales aplicables a tiempos de guerra estaban muy lejos de amparar.

Recordemos que la propaganda nacionalsocialista les adjudicaba a los judíos no sólo la manipulación desde las sombras de la dirigencia política tanto norteamericana como soviética (en el marco de un plan secreto de dominación mundial), sino también la responsabilidad de haber de-sencadenado la guerra contra Alemania. Si a ello le sumamos que la agitación antisemita oficial también los consideraba instigadores de los bombardeos aliados y tan enemigos –en el frente interno– como los ejércitos con los que combatían en el frente externo, proclives por lo tanto en cualquier momento al sabotaje, el atentado y la rebelión, es evidente que todos estos factores, más allá de su meridiana falsedad, constituían recursos publicitarios funcionales para que los burócratas, los "hombres grises", cumplieran con convicción –cuando no con fervor– con los necesarios aportes materiales en pos de concretar las "medidas de seguridad requeridas" respecto de los judíos.

A esto debemos agregar otras vertientes discursivas nazis (muchas heredadas de autores y escuelas antisemitas previas, otras de producción propia) de por sí sumamente efectivas, tales como las que sostenían que los judíos eran racialmente repudiables, incluso subhumanos, o las que los consideraban como una peste, o una suerte de plaga a la que había que exterminar mediante procesos de

desinfección; o bien las que los presentaban como elementos peligrosos innatos, delincuentes por naturaleza, inclinados a la usura, la corrupción racial, la explotación, la seducción, la especulación, la disolución del ser nacional. Frente a ellos, había que tomar medidas de defensa social, tales como la neutralización de elementos hostiles o peligrosos; todo ello sin considerar los estereotipos tradicionales del antisemitismo religioso…

Más allá de discriminar y humillar al colectivo perseguido, tal proliferación de discursos que propiciaban el odio antijudío buscaba, como un cometido fundamental, remover posibles resistencias entre los funcionarios implicados dentro del aparato estatal del régimen totalitario. Y está a la vista, conforme lo argumentado en este trabajo, que dicho cometido se alcanzó con creces en cuanto a la eficiencia y la velocidad del proceso de destrucción.

Por otra parte, el análisis secuencial de la Solución Final revela, desde el lado de las víctimas, que, a lo largo de las sucesivas etapas por las que esta fue pasando, los episodios de resistencia colectiva, de levantamiento ante el opresor, de enfrentamiento organizado a la maquinaria nazi, fueron muy aislados, y en la mayoría de los casos no pasaron de iniciativas espontáneas poco más que individuales. En efecto, como pudimos ver a lo largo del trabajo, los protagonistas activos de los sucesos fueron siempre los perpetradores; frente a ellos, las comunidades judías, una y otra vez, se resignaron a adaptarse a la situación intentando, en todo caso, reducir los daños o retrasar las decisiones de los victimarios. Una letal combinación de terror y engaño permanentes, impuesta por los nazis, paralizó a las juderías y a sus dirigentes, orientándolas casi siempre a la resistencia pasiva como única estrategia de oposición organizada, al tiempo que se descartaban o postergaban las propuestas de enfrentamiento abierto al opresor.

Es cierto que hubo episodios colectivos de enfrentamientos heroicos ante la violencia nazi y su programa de exterminio, pero fueron ciertamente posteriores a la implementación de la *Solución Final de la cuestión judía en Europa* tal como la vimos en el capítulo 5, y fueron protagonizados por las poblaciones remanentes de algunos de los guetos –como el de Varsovia (abril de 1943) o el de Byalistok (agosto de 1943)–, o las de algunos de los campos de exterminio (así ocurrió tanto en Treblinka, en agosto de 1943, como en Sobibór, en octubre de 1943, y en Birkenau, en octubre de 1944).

Contemplando las sucesivas etapas por las que discurrió el proceso que desembocó en la Solución Final, también podemos advertir cómo, durante un largo período de tiempo, en todo caso hasta el inicio de la guerra en Europa, buena parte de Occidente –Latinoamérica incluida– pudo haber rescatado a muchos más refugiados judíos europeos que

pugnaban por escapar de la persecución a la que estaban siendo sometidos en sus países de origen. Dicho con otras palabras, decenas de miles de familias judías alemanas, austríacas o checas, perfectamente asimilables, podrían haber sido rescatadas cuando todavía era posible, para continuar con sus vidas allí donde las hubieran acogido. Pero pese al considerable espacio de tiempo en que ello pudo haber sucedido, en la clase dirigente mundial pesaron más los prejuicios y el temor a los costos políticos internos de corto plazo, que el cumplimiento de un mandato humanitario insoslayable e impostergable ante el peligro que se cernía sobre los judíos europeos a la vista de todo el mundo.

Por último, el estudio de la Shoá, en este caso a través de sus sucesivas etapas, nos permite asomarnos a la magnitud de lo que significa un *genocidio*. Es más, la acuñación de este término estuvo motivada, precisamente, en que el crimen contra los judíos por parte de la Alemania nazi y sus aliados no encontraba adecuada expresión en ningún término conocido. Fue este crimen el que generó la aparición del concepto de genocidio y la posterior consagración de la respectiva convención de 1948. Cuando acaece un hecho de estas dimensiones, el crisol de vertientes que conforman la especie humana corre el riesgo de perder una de sus cepas, en el caso de la Shoá una muy antigua, muy rica y que tanto ha aportado, a lo largo de los siglos, a la cultura universal. Los nazis y sus aliados no estuvieron muy lejos de concretarlo: como dice Hilberg, dos terceras partes de los judíos europeos, esto es, un tercio de los judíos del mundo, perecieron en el contexto de la Shoá.

Este objetivo genocida se advierte muy claramente en la planificación de las últimas etapas de esta criminal política de Estado: en el programa de exterminio de los judíos no hubo ninguna clase de excepción. Todos debían ser asesinados. El destino que les aguardaba era el mismo para todos: la fila ante la fosa común o la cámara de gas.

Es importante señalar también que la planificación de un genocidio por parte de sus perpetradores siempre conlleva dos aspectos bien definidos: por un lado, la destrucción física del grupo humano elegido como enemigo; por el otro, la estrategia de absoluta impunidad que habrá de imponerse a continuación, no sólo para sortear cualquier tipo de enjuiciamiento criminal, sino también para perpetuar los efectos del exterminio en la cultura imperante.

Es por eso que un genocidio no sólo persigue el exterminio de hombres, mujeres y niños en un momento determinado; su erradicación procura, tal como dijimos en la introducción de este libro, la desaparición de la minoría perseguida de una vez y para siempre: borrarla de la faz de la tierra, como si nunca hubiese estado. Así, la existencia misma de esa minoría, en la cultura impuesta por los

genocidas, pasa a ser, en las décadas siguientes, un mito, un rumor. Lo mismo sucede con su historia, su cultura, sus raíces. Es que si aquel pueblo jamás existió, entonces tampoco tuvo lugar su criminal desaparición.

Por eso es que los nazis no sólo se ocuparon del aspecto material del genocidio judío: también dedicaron ingentes esfuerzos al día después, cuando el exterminio hubiera llegado a su fin y el último judío hubiera perecido en las cámaras de gas. Heinrich Himmler lo dijo a sus oficiales en 1943: se trataba de una historia de la que nunca se habló ni se hablaría en el futuro.

A menudo los perpetradores transmitían a los cautivos judíos esa perversa estrategia de ocultamiento e impunidad; es muy frecuente leer en las crónicas y biografías de sobrevivientes de la Shoá las soberbias y desafiantes arengas de los captores: nadie quedaría entre las víctimas para contar lo sucedido, y aun cuando alguien escapara al exterminio ¿quién le creería a un judío pobre, privado de familia, amistades y comunidad, frente a la "verdad" monolítica del nazismo victorioso? Claro que la derrota a manos de los Aliados impidió que esta estrategia pudiera hacerse realidad. Sin embargo, aun con la Alemania de Hitler devastada y convertida en una pesadilla del pasado, retazos de aquel mecanismo de cerrojo a la verdad histórica siguieron en pie, pues no todos los vencidos quisieron rendirse ante la evidencia de que habían formado parte del crimen más espantoso que haya visto el hombre moderno.

En relación con esto último, quisiera plantear alguna reflexión respecto de aquellos que aún hoy, ya entrado el siglo XXI, insisten en negar la existencia de la Shoá. Se trata de sectores que miran con nostalgia el estado de cosas establecido por los nazis y otros movimientos fascistas en la Europa de entreguerras. Claro que para asumirse partidario del neonazismo hay que defender sin vacilar las consecuencias a las que condujo el discurso del odio racial: la matanza planificada de millones de inocentes, por el solo hecho de habérseles atribuido, de un modo cruel y arbitrario, ciertas condiciones que los identificaban como miembros de un colectivo enemigo.

Como los neonazis saben perfectamente que Babi Yar, Ponar, Treblinka o Auschwitz son palabras que producen un efecto demoledor frente a sus especulaciones ideológicas, el único recurso que les queda para defender sus postulados es negar la existencia de esos episodios. Es aquí donde aparece la funcionalidad del negacionismo. Es que la Shoá constituye una *barrera moral absolutamente infranqueable* para quienes hoy en día pretenden sostener la ideología que precisamente condujo a aquella catástrofe. El único modo de superar este formidable obstáculo es poner en duda que lo que pasó haya tenido lugar efectivamente.

Sin embargo, este ensayo discursivo es imposible de sostener seriamente. Estamos hablando del episodio histórico más documentado de la historia reciente. Por añadidura, en la actualidad disponemos de casi todas las evidencias, en documentos y en imágenes, a un clic a través de Internet. Quienes no se conforman con ello y, además de documentarse, quieran ver con sus propios ojos los vestigios del horror, no hace falta que recorran las barracas del campo de exterminio de Birkenau, con su sordidez y su carga de muerte, ni que ingresen en las cámaras de gas de Majdanek, para vislumbrar el aterrador tono azulado de las paredes y los techos debido al empleo incesante de los cristales de cianuro de hidrógeno. Basta con una visita al cementerio judío de Varsovia. Un predio vastísimo, doscientas cincuenta mil tumbas, en un estado de abandono absoluto, como si el tiempo se hubiese detenido allí hacia 1943. Desde entonces, aquellas miles de tumbas quedaron sin nadie que las visitara. Como dice Tzvetan Todorov, el exterminio de los judíos tuvo ese efecto suplementario: el de dar muerte por segunda vez a los muertos anteriores, los del siglo XIX; desde ese momento no hubo ya más memoria que pudieran habitar.

Está claro que la consolidación de los valores fundamentales de la Humanidad, el mandato de evitar que Auschwitz se repita, sólo podrá lograrse preservando la memoria de lo acontecido, extrayendo las enseñanzas necesarias en todos los ámbitos del conocimiento humano y honrando a todas las víctimas de aquel horror. Todo ello, en exacta oposición a quienes relativizan, tergiversan o directamente niegan estos sucesos.

Mi mayor deseo es que esta obra contribuya a alejar el peligro de minimización o cancelación de este cruento episodio del siglo XX, en especial entre las nuevas generaciones; a frustrar la estrategia de aquellos que hoy siguen proclamando el odio, como si la Shoá no hubiese sido la Tempestad desatada luego de haber sembrado esos mismos, infaustos vientos.

Buenos Aires, diciembre de 2011

Referencias bibliográficas

Arendt, Hannah (1999), *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen.

Akçam, Taner (2010), *Un acto vergonzoso: el genocidio armenio y la cuestión de la responsabilidad turca*, Buenos Aires, Colihue.

Arad, Yitzhak; Israel Gutman y Abraham Margaliot (eds.) (1996), *El Holocausto en documentos. Selección de documentos sobre la destrucción de los judíos de Alemania y Austria; Polonia y la Unión Soviética,* Jerusalén, Yad Vashem.

Bankier, David (2005), "Mostrando la Solución Final a los alemanes", en Bankier, David e Israel Gutman (eds.): *La Europa nazi y la Solución Final*, Madrid, Losada.

— (1992), *The Germans and the Final Solution. Public Opinion under Nazism*, Oxford y Boston, Basil Blackwell.

— (1986), *El Holocausto: Perpetradores - víctimas – testigos*, Jerusalén, Magnes y Yad Vashem.

Bauer, Yehuda (2010), "La Segunda Guerra Mundial, Shoá y genocidio", *Nuestra Memoria*, año XVI, n° 33, Fundación Memoria del Holocausto, Buenos Aires, pp. 27-35.

Bensoussan, Georges (2005), *Historia de la Shoá*, Barcelona, Antrophos.

Benz, Wolfgang (2005), "La exclusión como fase integrante de la persecución: la situación de los judíos en Alemania, 1933-1941", en Bankier, David e Israel Gutman (eds.): *La Europa nazi y la Solución Final*, Madrid, Losada.

Berenbaum, Michael (2006), *The World Must Know. The History of the Holocaust as Told in the United States. Holocaust Memorial Museum*, 2ª ed., Baltimore, The John Hopkins University Press.

Bezwinska, Jadwiga y Danuta Czech (2007), *KL Auschwitz Seen by the SS*, Oswiecim, The Auschwitz-Birkenau State Museum.

Bloch, Michael (1994), *Ribbentrop*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.

Braithwaite, Rodric (2006), *Moscú 1941. Una ciudad y su pueblo en guerra*, Barcelona, Crítica.

Broszat, Martin (1979), "Hitler and the Genesis of the Final Solution: An Assessment of David Irving's Theses", en *Yad Vashem Studies,* XIII, Jerusalén, Yad Vashem, pp. 73-126.

Browning, Christopher (2005), *The Origins of the Final Solution*, Londres, Arrow Books.

— (2002), *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa.

Bullock, Alan (1974): *Hitler*, 4ª ed., Barcelona, Bruguera.

Burleigh, Michael (2008): *El Tercer Reich. Una nueva historia*, México, Punto de Lectura.

Burrin, Philippe (1990), *Hitler y los judíos. Génesis de un genocidio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Dadrian, Vahakn (2008), *Historia del Genocidio Armenio*, Buenos Aires, Imago Mundi (un resumen de la obra en Dadrian, Vahakn: "Las interrelaciones históricas y legales entre el genocidio armenio y el holocausto judío: de la impunidad a la justicia retributiva", Índice, año 35, n° 22, Centro de Estudios Sociales, Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, DAIA, 2004, pp. 13-100).

Dawidowicz, Lucy S. (1990), *The War against the Jews 1933-1945*, 10ª ed., Nueva York, Penguin Books.

De Zayas, Alfred (2009), *El genocidio contra los armenios y la relevancia de la Convención de 1948 para la prevención y la sanción del delito de genocidio*, Buenos Aires, Catálogos.

Del Pozo, Mariano (dir.) (1979), *Crónica militar y política de la Segunda Guerra Mundial*, 3ª ed., Madrid, Sociedad de Revistas, Periódicos y Ediciones.

Dwork, Deborah y Robert Jan Van Pelt (2004), *Holocausto. Una Historia*, Madrid, Algaba.

Evans, Richard J. (2005), *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona, Península.

Fest, Joachim C. (1975), *Hitler*, Nueva York, Random House.

Foucault, Michel (2000), *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.

Friedländer, Saul (2009), *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939).*

Los años de la persecución, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg.
— (2007), *Nazi Germany and The Jews 1939-1945. The Years of Extermination*, Nueva York, Harper Collins Publishers. [*El Tercer Reich y los judíos (1939-1945). Los años del exterminio*, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 2009.]
Gellately, Robert (2002), *No sólo Hitler*, Barcelona, Crítica.

Gilbert, Martin (2007), *Kristallnacht. Prelude to Destruction*, Harper Perennial, Nueva York.
— (2005), *La Segunda Guerra Mundial (1939-1942)*, Madrid, La esfera de los libros, t. I.
— (1987), *The Holocaust. The Jewish Tragedy*, Londres, Harper Collins.

Goldstein, Yossi (2010), "El plan de 'Solución Final' según nuevas tendencias historiográficas", *Nuestra Memoria*, año XVI, nº 34, diciembre, Museo del Holocausto, Buenos Aires, pp. 11-26.

Grossman, Vasili (2010), *Todo fluye*, Buenos Aires, Sudamericana.

Hancock, Ian (2005), "Los romaníes y el Holocausto", *Nuestra Memoria*, n° 26, diciembre, Museo del Holocausto, Buenos Aires, pp. 137-153.

Hesse, Fritz (1954), *Hitler and the English*, Londres, Wingate.

Herf, Jeffrey (2005), "La 'guerra judía': Goebbels y las campañas antisemitas del Ministerio de Propaganda nazi", *Nuestra Memoria*, n° 26, diciembre, Museo del Holocausto, Buenos Aires, pp. 37-71.

Hilberg, Raul (2005), *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal (véase nuestra recensión a esta obra, en dos partes, publicada en los números 26 y 27 de *Nuestra Memoria*, Museo del Holocausto, Buenos Aires, diciembre 2005 y julio 2006).
— (1992), *Perpetrators, Victims, Bystanders: the Jewish Catastrophe 1933-1945*, Nueva York, Harper Collins Publishers.

Höss, Rudolf (2009), *Yo, Comandante de Auschwitz*, Barcelona, Ediciones B.

Howard, Michael (2004), *La Primera Guerra Mundial*, 3ª ed., Barcelona, Crítica.

Huberman, Abraham (2002), *Justos de la humanidad*, Buenos Aires, Milá.

Husson, Edouard (2007), "The extermination of the Ukrainian Jews", en *The Mass Shooting of Jews in Ukraine 1941-1944. The*

Holocaust by Bullets, París, Memorial de la Shoá.

Johnson, Eric (2003), *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán,* Buenos Aires, Paidós.

Jones, Michael (2009), *El sitio de Leningrado 1941-1944,* Barcelona, Crítica.

Kaplan, Marion (1998), *Between Dignity and Dispair. Jewish Life in the Third Reich,* Nueva York, Oxford University Press.

Kampe, Norbert (dir.) (2009), *The Wannsee Conference and the Genocide of the European Jews*, Berlín, House of The Wannsee Conference, Memorial and Educational Site.

Kenrick, Donald y Grattian Puxon (1997), *Gitanos bajo la Cruz Gamada*, Madrid, Presencia Gitana.

Kershaw, Ian (2009), *Hitler, los alemanes y la Solución Final*, Madrid, La Esfera de los Libros.
— (2002), *Hitler 1936-1945. Némesis*, 5ª ed., Barcelona, Península.

Klee, Ernst, Willi Dressen y Volker Riess (1993), *"Those were the Days". The Holocaust through the Eyes of the Perpetrators and Bystanders*, Londres, Hamish Hamilton Press.

Kranz, Tomasz (2007), *Extermination of Jews at the Majdanek Concentration Camp*, Lublin, Fundación Museo de Majdanek.

Lepsius, Johannes (2009), *Alemania y Armenia 1914-1918: compilación de actas diplomáticas*, Buenos Aires, Anahid Barikian.

Lipstadt, Deborah E. (1986), *Beyond Belief. The American Press and the Coming of the Holocaust*, Nueva York, The Free Press.

Longerich, Peter (2009), *Heinrich Himmler. Biografía,* Barcelona, RBA libros.

Macdonogh, Giles (2010), *Hitler 1938*, Barcelona, Crítica.

Marrus, Michael R. y Robert Paxton (1989), "The Nazis and the Jews in Occupied Western Europe 1940-1944", en Francois Furet (ed.): *Unanswered Questions. Nazi Germany and the Genocide of the Jews*, Nueva York, Schocken Books.

Mayer, Arno J. (1990), *Why did the Heavens not Darken. The "Final Solution" in History*, Nueva York, Verso.

Milgram, Avraham (ed.) (2003), *Entre la aceptación y el rechazo. América Latina y los refugiados judíos del nazismo*, Jerusalén, Yad Vashem.

Molina, Juan (dir.) (2009), *Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Centro Editor PDL, tomos 7 y 11.

Poliakov, León (1988), *Auschwitz (Documentos y testimonios del genocidio nazi),* Buenos Aires, Hyspamérica-Orbis.

Poliakov, León y Josef Wulf (1960), *El Tercer Reich y los judíos. Documentos y estudios*, 2ª ed., Barcelona, Seix Barral.

Rafecas, Daniel E. (2010), "La ciencia del Derecho y advenimiento del nazismo: el perturbador ejemplo de Carl Schmitt", *Academia*, año 8, nº 15, Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires y www.catedrahendler.org.ar.

— (2008), "Latinoamérica siglo XX ¿refugio de la nueva diáspora judía?", *Nuestra Memoria,* año XIV, nº 30, julio, Museo del Holocausto, Buenos Aires, pp. 123-126.

Rees, Lawrence (2005), *Auschwitz*, 3ª ed., Barcelona, Crítica.

Reitlinger, Gerald (1961), *The Final Solution: The Attempt to Exterminate the Jews of Europe 1939-1945*, Nueva York, Perpetua.

Rhodes, Richard (2005), *Amos de la muerte. Los SS Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*, Barcelona, Seix Barral.

Sereny, Gitta (2009), *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo Franz Stangl, comandante de Treblinka*, Barcelona, Edhasa.

Steinbacher, Sybille (2005), *Auschwitz: a History*, Londres, Penguin Books.

Steiner, Jean-Francois (1987), *Treblinka*, Barcelona, Ediciones G.P.

Steinert, Marlis (2004), *Hitler y el universo hitleriano*, Barcelona, Ediciones b.

Thacker, Toby (2010), *Joseph Goebbels. Vida y muerte*, Barcelona, Planeta.

Toland, John (2009), *Hitler. Una biografía narrativa*, Barcelona, Ediciones B.S.A.

Weitz, Eric (2009), *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Madrid, Turner.

Wistrich, Robert (2002), *Hitler y el Holocausto*, Barcelona, Mondadori.

Zadoff, Efraim (2004), *Enciclopedia del Holocausto*, Jerusalén, EDZ Nativ Ediciones (con el auspicio de Yad Vashem).

Zylberman, Abraham (2010), "El plan Madagascar: Prólogo de la

‘Solución Final de la cuestión judía’”, *Nuestra Memoria*, año XVI, nº 33, Fundación Memoria del Holocausto, Buenos Aires, pp. 117-124.

Lista de siglas utilizadas

EG *Einsatzgruppe,* Unidad Móvil

EK *Einsatzkommando*, Comando Móvil

GESTAPO *Geheime Staatspolizei*, Policía Secreta del Estado

GG *Generalgouvernement*, Gobernación General en Polonia

HSSPF *Höherer SS und Polizeiführer,* Máximo Líder SS y Policial Regional

KL *Konzentrationslager,* campo de concentración

KRIPO *Kriminalpolizei*, Policía Criminal

NSDAP *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores

OKH *Oberkommando des Heeres*, Comando Supremo del Ejército

OKW *Oberkommando der Wehrmacht,* Comando Supremo de las Fuerzas Armadas

RSHA *Reichssicherheitshauptamt*, Oficina Principal de Seguridad del Reich

SA *Sturmabteilung*, Tropas de Asalto

SD *Sicherheit Dienst,* Servicio de Seguridad

SFCJE Solución Final de la Cuestión Judía en Europa

SS *Schutzstaffeln*, Escuadras de Protección

URSS Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

Agradecimientos

En primer lugar, a mis colegas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, por sus aportes y críticas a este estudio.

A las autoridades, colegas y amigos en la Cátedra Libre sobre Holocausto, Genocidio y Discriminación de la Facultad de Derecho de la UBA.

A los docentes e investigadores Leonardo Senkman y Efraim Zadoff, quienes desde Jersualén también han colaborado para que esta obra pudiera cristalizarse. Más en general, quisiera expresar mi agradecimiento y mi admiración por la labor que se realiza en Yad Vashem, la institución en Israel dedicada a la recordación de las víctimas, los mártires y los Justos entre las Naciones. Mis breves estancias allí en 2005, 2006 y 2008, y el contacto directo con profesores como David Bankier, Haim Avni o Avraham Milgram, además de los materiales allí editados, han sido realmente fundamentales para mi formación en estos temas. Todo ello fue posible gracias al apoyo y afecto que siempre me brindó la directora para Hispanoamérica del Departamento de Relaciones Institucionales de Yad Vashem, Perla Hazán, con quien siempre estaré en deuda.

Al Museo de la Shoá, en Buenos Aires, por su permanente apoyo. Al doctor Mario Feferbaum; a la directora ejecutiva, licenciada Graciela Jinich; a la directora de la publicación *Nuestra Memoria* (de la que tengo el honor de ser consejero académico), licenciada Sima Weingarten; a Nejama Schneid, a Julia Juhaisz, y a los demás integrantes del *staff*.

Al personal de la Biblioteca del Seminario Rabínico Latinoamericano Marshall Meyer, por su inestimable ayuda en la búsqueda de material.

Al doctor Wolf Kaiser, director pedagógico del Museo de la Casa de la Conferencia de Wannsee, en Berlín, por haberme recibido y discutido algunas de las hipótesis de este trabajo.

A Karel Fracapane (actualmente encargado de estos temas en la Unesco) y demás autoridades del Memorial de la Shoá en París.

Al Consejo Nacional Armenio de la República Argentina. A Khatchik Der Ghougassian, experto en Genocidio Armenio y profesor de la Universidad de San Andrés, por su revisión del capítulo 3 y sus valiosas recomendaciones. A las autoridades de la AMIA, a Generaciones de la Shoá en la persona de Diana Wang, a Casa Sefarad de Madrid, en especial a Henar Corbí, a la Fundación Heinrich Böll, a

los amigos de Yad Vashem en Venezuela y México, y a los de B'nai B'rith en la Argentina, Uruguay y Paraguay. A Mario Cohen y José Mensascé, del Centro de Investigación y Difusión de la Cultura Sefardí (CIDICSEF).

A mis colegas del Juzgado Federal, por su apoyo y su colaboración en todos los aspectos, en especial al doctor Adrián Rivera Solari.

A Carlos Díaz y Caty Galdeano, de Siglo Veintiuno Editores, por el apoyo que me ofrecieron.

A mi esposa Viviana y a mis hijos, Camila y Andrés, por su paciencia.

Y muy especialmente, a mis entrañables amigos sobrevivientes: Sara Rus, David Galante, Moshe Borowicz, Lea Zajac, Mira Kniaziew, Eugenia Unger, Enrique Dychter, Román Danon, Trudy Spira (Venezuela), Ania Besser, Francisco Wichter y Edgar y Sonia Wildfeuer (Córdoba)… A todos ellos, y en memoria de sus seres queridos perdidos en la Shoá, les dedico este trabajo.